

araucaria

de Chile





araucaria

de Chile

N.º 10 - 1980

Director: Volodia TEITELBOIM

Secretario de redacción: Carlos ORELLANA

Comité de redacción: Soledad BIANCHI, Luis BOCAZ,

Osvaldo FERNANDEZ, Luis Alberto MANSILLA y Alberto MARTINEZ

Diseño gráfico: Fernando ORELLANA

La portada y contraportada están basadas en las obras
Crepúsculo interior y *Tango*, del pintor Nemesio ANTUNEZ

La correspondencia, pedidos de ejemplares y suscripciones, y remesa de valores, dirigirlos a nombre de Ediciones MICHAY, Apartado de Correos 5056, Madrid-5, España.

NOTA: La Redacción de ARAUCARIA no responde por originales que no hayan sido previamente solicitados.

Ediciones MICHAY, Carrera de San Francisco, 13, Of. 002. Tel. 265 98 80.
Apartado de Correos 5056. Madrid-5. España.

I.S.B.N.: 84-85272-27-7

Depósito legal: M. 20.111-1978

Imprime: G. Robles, S. A.

A. Pardal Reyes, 209 - Humanes de Madrid (España)

SUMARIO

HOMENAJE A ALEJANDRO LIPSCHUTZ

- Pablo Neruda: *El hombre más importante de mi país* 5
Itinerario científico del Prof. Lipschutz 8

NUESTRO TIEMPO

- Jaime Quezada: *Una experiencia poética a través de un viaje a Nicaragua* 13

EXAMENES

- Carlos A. Ossandón: «*Nuestra América*» de José Martí 23
 Ariel Dorfman: *El Estado chileno actual y los intelectuales* 35

LA HISTORIA VIVIDA

- Alvaro Mulchén: *Apuntes* 53

TEMAS

- Julio Cortázar: *América Latina. Exilio y literatura* 59
 Volodia Teitelboim: *Guillermo Atías. Los días de la Contraco-
 rriente* 69
 Miguel Rojas Mix: *Oskl, Vero ciudadano de Indias* 77

CAPITULOS DE LA CULTURA CHILENA

- Las ciencias sociales* (Luis Bocaz) 84
 Alberto Martínez: *La economía chilena entre el desarrollismo
 y la Escuela de Chicago* 91
 Juan Arriet: *Con los pies puestos en la Geografía* 111
 Marcello Carmagnani: *Historiografía y conciencia nacional* 123
 Osvaldo Fernández: *Chile: ¿Qué enseñanza filosófica?* 129
 Cecilia Montero: *La sociología: De la teoría social al análisis
 empírico de las transformaciones sociales* 139

TEXTOS

- Oscar Hahn: *Poemas* 149
 Claudio Gíaconi: *F* 155

LOS LIBROS

- Virginia Vidal: *América en los cantares de Manuel Scorza* 179

CRONICA 189

El cartero pierde sus pisadas (Humberto Díaz-Casanueva) / *Los toros de Moscú* (José Miguel Varas) / *Notas en Blanco y en Negro* (Luis Alberto Mansilla) / *Varia intención* / *La musicología en América* (Fernando García).

NOTAS DE LECTURA 209

Mapa de la Extrema Riqueza / *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* / *Imperialismo y liberación en América Latina* / *A partir de Manhattan* / *El Barco de Papel* / *Lecturas dispersas.*

A principios de este año murió, en Santiago, Alejandro Lipschutz, notable caso histórico de sabio de intención y vocación universales, que, como Bello y más que él, como Domeyko y Gay —europeos— se marchan al último país del mundo para hacer ciencia en ese confín desconocido.

Este sabio —tío de Lily Brik y de Elsa Triolet— que muy joven vive en Riga la experiencia de la Revolución de 1905, no resiste la tentación de América Latina y se viene, primero a la Argentina, a la Universidad de Córdoba, y luego a Chile, donde se nacionalizará, realizará una obra científica fecunda, y permanecerá hasta el fin de sus días.

Preocupado de cosas que son esenciales para el hombre —la biología, la fisiología experimental, la endocrinología— vuelca su esfuerzo y su imaginación creadora hacia problemas como el origen, la naturaleza del cáncer. Pero es también un apasionado del problema social y deviene historiador, antropólogo, ensayista del hombre. Por sus méritos en todas esas disciplinas, obtiene distinciones innumerables y termina por convertirse, según frase de Neruda que hizo fortuna, en «el hombre más importante» de Chile.

Araucaria rinde homenaje a este hombre eminente que vivió casi un siglo (que no puede decirse que haya pasado por él en vano) y que nos lega una enseñanza en que se asocian ciencia y humanismo, es decir, amor a la verdad, a la historia y al hombre. La revista le rinde homenaje publicando justamente el texto en que Pablo Neruda acuñara su célebre frase, y en el que, más allá de la imagen afortunada, el poeta dice con lucidez y certitud, en nombre de su pueblo, todo lo necesario para hacer comprensible la vida y la obra de quien supo ser sabio sin renunciar jamás a su compromiso revolucionario.

Araucaria recuerda también a Guillermo Atías, cuya ausencia querriamos que fuera «sólo una pesadilla pasajera»; no lo es, aunque sus libros aseguran su presencia entre nosotros; y a Oski, «vero ciudadano», en efecto —«de Indias», en general, y de Argentina y de Chile, en particular—, instalado para siempre en nuestra historia cultural con las armas de un humor «personal, crítico, lúdico, amargo y absurdo», pero sobre todo, inolvidable.

Una advertencia final sobre el número. En la Sección «Textos», **Araucaria** publica un relato: F. No engañarse con la economía del título. Se trata de un trabajo doblemente notable: Por sus méritos excepcionales como narración y por marcar la vuelta al oficio de las letras de Claudio Giaconi, cuentista insigne de los años cincuenta, silencioso desde hacía veinte años.

EL HOMBRE MAS IMPORTANTE DE MI PAIS

PABLO NERUDA

El hombre más importante de mi país vive en una vieja casa que enfrenta la gran Cordillera. Desde el fondo de su jardín suele sentarse a contemplar los inmensos muros de piedra nevada que nos aíslan, haciéndonos daño, y nos preservan, haciéndonos bien. Se ve muy frágil mi amigo, con la mirada puesta en la colosal blancura, y su cabeza y su barba blanca parecen un pequeño pétalo caído desde la magnitud de la nieve.

Pero, aunque nórdico originario, tiene poco o nada que ver este gran hombre frágil con la nieve. Más bien podría buscársele parentesco con el fuego. Esta comparación parecería simplista y, desde luego, es sólo el parcial parecido de un alma tan abundante. El tiene, en realidad, la condición del fuego cuando destruye y hace cenizas prejuicios, sinrazones y confabulaciones, por más antiguas que ellas sean. Las busca, las escarmena, las quema, las hace cenizas. En esto se parece al fuego, tiene esa crepitante energía.

El fuego es impaciente, devora sin continuidad. Se aleja, bailando, de su propia obra. Pero, nuestro amigo, en su vieja casa de Los Guindos, no sólo reduce a cenizas las necedad y la mentira, sino que establece la verdad cristalina construyéndola con todos los materia-

* Texto escrito en 1963 con motivo de los ochenta años del profesor Lipschutz. Con posterioridad, se publicó como prólogo del libro *El problema racial en la Conquista de América y el mestizaje*.

les del conocimiento. Si bien es un impaciente enemigo de la falsedad es también el más porfiado investigador de la razón.

Para mí, su humilde vecino de las proximidades de la montaña nevada, paraje en el que convivimos durante muchos años, fue siempre mi sorprendente admiración y la revelación sucesiva de la grandeza y la belleza. Siempre pensamos los niños provincianos que los sabios tenían zapatos de bronce, guantes de mármol, y pesadas texturas de estatuas. Los sabios, para nosotros los niños tontos, tenían pensamientos de piedra. Y como tontos que éramos crecimos admirando falsos sabios de piedra que acumularon pesados y repetidos pensamientos. Mi vecino me dio la sorpresa del eterno descubrimiento, del continuo florecer, de la incesante curiosidad, de la justiciera pasión, de la perpetua alegría del conocimiento.

Recuerdo una vez, y era tarde, y desde los altos Andes habían bajado cubriendo nuestras vecinas habitaciones las tinieblas frías del invierno de Chile. Aquel día lo había visto yo a mi amigo en su laboratorio y había soportado el tormento de que me mostrara uno a uno tumores y probetas, cifras hormonales, pizarras llenas de números: todos los elementos de su lucha fructífera con el cáncer que es, en nuestros días, la lucha contra el demonio. No hay duda que allá estaba como un arcángel blanco batallando con su espada incomprensible contra las tinieblas del organismo humano.

De pronto sonó el teléfono, en la noche. Era su voz que me decía, excusándose con la extrema cortesía que es el escudo de su noble audacia: «No puedo, Pablo, resistir. Debo transmitirle esta maravillosa poesía» y por quince minutos, trabajosamente, me tradujo verso por verso, páginas y páginas de Lucrecio. Su voz se elevaba con el entusiasmo. En verdad, la espléndida esencia materialista me pareció flagrante, instantánea, como si desde la casa de Los Guindos la más antigua sabiduría y poesía iluminaran, en la sombra de mi ignorancia, el amanecer nuclear, el despertar del átomo.

Junto con mandarme, poco después, versos burlescos y flores de su jardín que yo retribuí también con poesía y flores, se apasionó por la recóndita historia de América. Este luchador inexpugnable se preocupa tan pronto de Gonzalo Guerrero, marinero de Palos, que se asimiló a la vida de los mayas en plena guerra imperial, como de las viejas tribus araucanas, de su condición y precarias protecciones legales. Cada uno de sus trabajos no sólo defiende, acusa, fundamenta, sino que propone todas las normas de la futura consideración de los entrecruzados problemas indígenas y sus derivaciones filosóficas, raciales, sociales y políticas.

Y poéticas yo diría. Hay tal intensidad en el minucioso planteamiento de todas sus tesis, proposiciones, esclarecimientos y verdades que nos comunica su generosidad, que tiembla la tierra, a pesar de sus mesuradas palabras. Porque cada una de sus acciones tiene raíces indestructibles. Es el gran iluminador marxista de regiones oscuras de nuestra historia, oscuras por la charlatanería sin sustancia o por la interesada vileza. Por lo tanto, sus palabras despiertan

tan, como las revelaciones poéticas, la contra ola del furor, la estéril espuma reaccionaria. Sobre esos oleajes del pasado, nuestro inextinguible amigo trabaja a plena conciencia dándonos tanta luz que aún somos incapaces de medirla.

El hombre más importante de Chile no mandó nunca Regimientos, no ejerció nunca un Ministerio, no mandó, sino que fue mandado en una Universidad de provincia. Sin embargo, para nuestra conciencia él es un General del pensamiento, un Ministro de la creación nacional, el Rector de la Universidad del porvenir.

El más universal de los chilenos nació lejos de estas tierras, de estas gentes, de estas cordilleras. Pero nos ha enseñado más que millones de los que aquí nacieron: nos ha enseñado no sólo ciencia universal, método sistemático, disciplina de la inteligencia, devoción por la paz. Nos ha enseñado la verdad de nuestro origen mostrándonos el camino nacional de la conciencia. Y su sabiduría nos revela que la exactitud, la plenitud y la pasión pueden convivir con la justicia y la alegría.

El hombre más importante de mi país en estos años en que escribo es don Alejandro Lipschutz, vecino de Los Guindos, suburbio de Santiago de Chile. En estos días cumple ochenta años de vida, y me siento orgulloso de dejar aquí este débil retrato escrito de un alma ardiente, de un sabio verdadero. Mi orgullo es, además, decir aquí que aunque ya casi nunca nos vemos desde que yo me vine a vivir a mi Isla Negra, seguimos siendo los sencillos amigos que se intercambian de casa a casa hallazgos nuevos, flores y poesía.

ITINERARIO CIENTIFICO DEL PROFESOR ALEJANDRO LIPSCHUTZ

I

- 1883 Nace en Riga (Latvia, hoy Letonia), el 28 de agosto.
- 1907 M. D., Goettingen.
- 1915 Docente en la Universidad de Berna (Suiza), hasta 1919.
- 1919 Profesor ordinario de Fisiología, Facultad de Medicina de la Universidad de Dorpat, Tartu (Estonia), hasta 1926.
- 1926 Viaja a Chile.
Profesor de Fisiología, Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción, hasta 1936.
- 1927 Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción.
- 1937 Funda el Instituto de Medicina Experimental del Servicio Nacional de Salud, cuya dirección ejerce hasta 1960.
- 1969 Premio Nacional de Ciencias.
- 1972 Académico Honorario del Instituto de Chile.
- 1980 Muere en Santiago, en el mes de enero.

II

1. DISTINCIONES Y GRADOS ACADEMICOS Y CIENTIFICOS

Doctor Honoris Causa de las Universidades de La Habana (Cuba), de Montevideo (Uruguay) y de la Universidad Técnica del Estado (Chile).

Doctor Honoris Causa del Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias (Moscú, URSS).

Profesor Honorario de las Universidades de Sucre (Bolivia), Quito (Ecuador) y León (Nicaragua).

Miembro Académico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

Médico Honorario del Servicio Nacional de Salud (Chile).

Presidente Honorario de la Sociedad Chilena de Antropología.

Presidente Honorario de la Sociedad Chilena de Endocrinología y Metabolismo.

Miembro correspondiente, titular u honorario de los siguientes organismos:

Colegio Médico de Costa Rica.
Sociedades de Endocrinología de Roma, de Río de Janeiro, Bucarest, México y Haití.
Sociedades de Biología de Barcelona, México, Buenos Aires, Montevideo y Santiago.
Sociedad Médica de Chile.
Sociedad de Ciencias Naturales de Chile.
Sociedad de Medicina Legal de Santiago.
Sociedad de Anatomía Normal y Patológica de Santiago.
Sociedad Chilena de Cancerología.
Sociedad de Medicina Veterinaria de Chile.
Sociedad de Obstetricia y Ginecología de Rosario (Argentina).

Asociación Médica de Quito.
Asociación Latinoamericana de Ciencias Fisiológicas.
Endocrine Society (U.S.A.).
Society of Experimental Biology & Medicine (U.S.A.).
American Eugenics Society (U.S.A.).
The New York Academy of Sciences.
Sociedades de Endocrinología de Moscú, París y Lisboa.
Association Française du Cancer.
Schweizerisches Naturforschende Gesellschaft.
Sociedad Ginecológica del Uruguay.
Sociedad Médico-Quirúrgica de Guayaquil.
Royal Society of Medicine (Londres).
National Academy of Sciences (U.S.A.).
Société de Biologie (Paris).
Academia de Ciencias (Turín, Italia).
Academia Nacional de Medicina (Madrid, España).
Academias de Medicina de México y Turín.
Instituto Internacional de Sociología (Roma).
Royal Anthropological Institute (Londres).
Instituto Indigenista de Chile.
Instituto Arqueológico Nicaragüense.
Centro Cultural «Euclides da Cunha» (Paraná, Brasil).

2. PRINCIPALES TRABAJOS DE INVESTIGACION MEDICA

- 1908-1912 Sistema nervioso central, con el Prof. Max Werworn
Metabolismo comparativo, con el Prof. August Putter, en Goettingen y Bonn.
1914-1918 Aspectos sociales del problema de la alimentación. En Berna.
1919-1920 Atrofia muscular. En Tartu.
1916-1934 Endocrinología sexual. Primero en Viena (1916) con Steinach; en seguida en Tartu y en Concepción.
1935-1970 Trastornos hormonales experimentales y tumorigénesis.
1960-1967 Acción prolongada de esteroides anticonceptivos.

3. PUBLICACIONES

a) Libros y folletos médicos

Allgemeine physiologie des Todes. Vieweg, 1915, 184 pp.
Allgemeine physiologie des Hungers. Vieweg, 1915, 92 pp.
Physiologie und Entwicklungsgechichte. Jena, 1916, 24 pp.

Probleme der Volksernahrung. Bern, 1917, 74 pp.
Ueber den Einfluss der Ernaehrung auf die Körpergrösse. Bern, 1918, 32 páginas.
Die Pubertaetsdruse und ihre Wirkungen. Bern, 1919, 454 pp.

Internal secretions of the sex glands. Cambridge y Baltimore, 1924, 513 pp. Hay edición española (*Las secreciones internas de las glándulas sexuales*), Madrid, 1928.

Operative Methoden zur Untersuchung der inneren Sekretion der Geschlechtsdrüsen. Viena, 1926, 140 pp.

Die Experimenten tellen Grundlagen der Eierstocksverpflanzung. Leipzig, 1930, 51 pp.

Transplantación ovárica. Madrid, 1930, 83 pp.

Autonomía del corazón. Santiago, 1929, y Madrid, 1930, 83 pp.

Autorregulación orgánica. Madrid, 1930.

Curso práctico de fisiología. (Colaboración de Jaime Pi-Súñer), Madrid, 1934, 2 tomos (235 y 245 pp).

El médico y la medicina experimental. Santiago, 1939, 118 pp.

Steroid hormones and tumors. Baltimore, 1950, 309 pp. (Hay edición japonesa. Tokio, 1953).

Cáncer gástrico experimental. Santiago, 1954, 91 pp. (Hay edición japonesa. Tokio, 1954).

Steroid Homeostasis, Hypophysis and Tumorigenesis. Cambridge, 1957, 92 páginas. (Hay edición checa, Praga, 1956; y japonesa, Tokio, 1960).

Cincuenta años de endocrinología sexual. Santiago, 1959, 117 pp. Numerosos artículos publicados en revistas científicas de Alemania, Austria, Bélgica, Canadá, Francia, Gran Bretaña, España, Italia, Suiza, URSS, Estados Unidos y países latinoamericanos.

b) Obras de divulgación científica

Unsere Genussmittel. Berlín, 1913.

Pflanze und Tier. Leipzig, 1912. Hay edición en ruso (Petrogrado, 1923).

Warun wir Sterben. Stuttgart, 1914, 88 pp. Hasta 1929 se publicaron 16 ediciones en alemán. Aparte de ellas, hay ediciones en finés (1920), en estoniano (1923), en ruso (dos ediciones, en Moscú y Leningrado, ambas de 1925), en letón (1929); en portugués (*Porque morremos*, Sao Paulo, 1933)

4. OTRAS ACTIVIDADES Y DISTINCIONES

Director de 16 tesis de Médico-Cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción y 81 en

y en español (*Por qué morimos*, Madrid, 1939).

Stoffwechsel und Energiewechsel des Menschen. Leipzig, 1914. 189 pp.

Der Anfang des Lebens. Leipzig, 1917, 80 pp. (Hay edición estoniana, 1924).

c) Obras de antropología y etnografía

Indoamericanismo y raza india. Santiago, 1937, 78 pp.

El Indoamericanismo y el problema racial en las Américas. Santiago, 1944, 501 pp.

La comunidad indígena en América y en Chile. Santiago, 1956, 205 pp.

El problema racial en la conquista de América y el mestizaje. Santiago (dos ediciones: 1963 y 1967), y México, 1975, 384 pp.

Perfil de Indoamérica en nuestro tiempo. Antología (1937-1962). Santiago, 1968, 329 pp.

Oriente y Occidente. Del Neolítico al Siglo XX. Santiago, 1968.

Los muros pintados de Bonampak. Enseñanzas sociológicas. Santiago, 1971.

Artículos publicados en las siguientes revistas: *América Indígena* y *Boletín Indigenista* (México); *American Anthropologist*, *Science*, *American Journal of Physical Anthropology* y *Current Anthropology* (Estados Unidos); *Nature y Man* (Inglaterra); *Journal des Américanistes* (París); *Sovietskaia Ethnographia* (Moscú); *Revue Internationale de Sociologie* (Roma); *Revista de la Universidad Técnica del Estado* (Chile); etc.

d) Otros temas

La función de la Universidad. Santiago, 1935, 47 pp.

La organización de la Universidad y la investigación científica. Santiago, 1943, 216 pp.

Tres médicos contemporáneos: Pavlov, Freud, Schweitzer. Buenos Aires, 1958, 325 pp.

Seis ensayos filosóficos marxistas (1959-1968). Santiago, 1970.

la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile (años 1926 a 1953). Presidente del Tercer Congreso Pa-

americano de Endocrinología, Santiago (1954), y Presidente Honorario de los Congresos Panamericanos de Buenos Aires (1957) y Sao Paulo (1970). Presidente del Primer Congreso Chileno de Endocrinología y Metabolismo. Santiago, 1966.

Relator oficial de los Congresos Internacionales del Cáncer realizados en San Luis, París, Sao Paulo, Londres y Moscú.

Jefe de la Misión chilena para el estudio del Indio Fueguino (1946).

Huésped de Gobiernos e instituciones oficiales en Europa, Asia y América Latina, y conferencias en Universidades y academias de Inglaterra, Francia, Suiza, España, Portugal, URSS, China, Estados Unidos, Canadá, Brasil y la mayor parte de los países de Hispanoamérica.





UNA EXPERIENCIA POETICA A TRAVES DE UN VIAJE A NICARAGUA*

JAIME QUEZADA

I

Puede ser la selva. Lugar selvático es ciertamente Solentiname: perdido y encontrado, lejos de la gran ciudad, cerca del mundo y en el mundo. Vuelan las oropéndolas. Las oropéndolas son negras y amarillo el plumaje de su cola. Y cantan todo el santo día: guru-guru-guru. Anuncian un tiempo por venir. El gran Lago de Nicaragua —la mar dulce de su descubridor Gil González Dávila o el antiguo Cocibolca de sus indígenas ribereños— azulito, transparente como un rostro de Dios. Apacible, aparentemente apacible: el único lago de agua dulce del mundo que tiene pesierras y tiburones. Tiburones en el agua, tiburones en la tierra nicaragüense.

Llegan isleños en sus canoas a remo. Un isleño trae una enorme y vivita tortuga que comeremos guisada mañana. También guineos, bananos, mangos, zapotes, pithayas. ¡Ah, de Chile!, me dicen al saludarme, como queriendo medir en ese ¡Ah...! la lejanía, la distancia, la alegría. *Qué lindo país debe ser Chile. Si no hubiese sido por Chile, pues, no habríamos tenido los nicaragüenses un Rubén Darío.* Estos campesinos isleños que yo creía que no conocían más allá de sus ranchos de palmera de coyol. Qué sabios campesinos. Ignorante yo, bien aventurado acaso seré.

* Texto leído en la Sociedad de Escritores de Chile, en acto de homenaje a Nicaragua, Santiago, 30 de agosto de 1979.

Con razón Rubén Darío escribiría la palabra *harmonía* con *h*. Con *h* de hermandad, con *h* de humanidad.

II

Las rojas flores de los malinches alegran el día en Managua. En las sucias aguas del lago Xolotlán flota un guante, una cáscara de banano, una ruedita de un juguete de carey, un volante blanco-azul con la imagen de Somoza repartido en la «elección presidencial» de febrero de 1972. Una joven pareja trata de hacerse el amor entre zancudos y mosquitos. ¡Cómo tocan hora tras hora las campanas de las iglesias de Managua! Sonido como voz humana que viene de las selvas de Segovia: *Algún día triunfaremos*, dice Sandino, y *si yo no lo veo las hormiguitas llegarán a contármelo bajo la tierra*. ¡Cómo tocan las campanas!

Joaquín Pasos tiene 16 años y corriendo por estas calles de Managua: y su lenguaje español que dice: «*Gringo, macho, anda vete*». *Esta tierra es nuestra con toda su hermosa floración de costumbres*. Y Gabriela Mistral —nuestra Mistral— con la sangre viva de la historia escribiendo en París el 28, en Nueva York el año 31: *El general Sandino* (¿y a usted quién lo hizo general? Mis hombres, señor) *carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros*. Lo leyeron los chilenos en el diario *El Mercurio* cuando yo estaba todavía lejos de nacer, pero no lejos de un futuro que es América, y he venido a recordarlo al son de estas campanas, al calor que combato con un fresco de guayaba, al vuelo eterno de tantas golondrinas en los cables eléctricos como no he visto en capital alguna.

A pesar de todo, yo no puedo verle la cara al General — al otro general— que cabalga en su gordo caballo frente al estadio de Managua. El sol reluce en la macidez del bronce: «El pueblo nicaragüense a su presidente Anastasio Somoza García, 1954». *No es que yo crea que el pueblo me erigió esta estatua / porque yo sé mejor que vosotros que la ordené yo mismo / Ni tampoco que pretendo pasar con ella a la posteridad / porque yo sé que el pueblo la derribará un día*. Epigrama de Ernesto Cardenal. Y en la verde y amplia cancha del estadio los muchachos juegan béisbol.

III

Entre palomas y zenzontles que se disputan una semilla de jícara entro a la vieja Catedral de León —heróica León— este sábado 12 de junio de 1971 a invocar tu nombre de paisano inevitable: *vete a Chile, vete a nado*. Sobre la lápida una inscripción: *Rubén Darío*. Y al frente en un muro este verso: *Y tuve hambre de espacio y sed de cielo*. Qué será del leoncito de mármol muy echado —si es que está aún echado—

sobre tu sepulcro junto a la estatua de San Pablo, en esta Catedral, Rubén, *padre y maestro mágico, liróforo celeste*, verso que tú escribiste en 1896 al responso de Verlaine, y yo ahora en tu tumbra celebro para ti. Tú que dijiste: *ser sincero es ser potente*. Tú que viviste en lo cotidiano como hombre, y como poeta no claudicaste nunca, pues siempre tendiste a la eternidad.

Rubén Darío, nieto de abuelo español o nieto de indio chorotega, a despecho de tus manos de marqués. Pero a gloria de tus palabras liminares o de tus no profanas prosas: *He aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República, no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti.*

Huele a agua sucia dejada en los floreros. A incienso quemado también. Un coro de niños canta en latín himnos litúrgicos. Y un gringo no hace otra cosa que tomar fotografías al leoncito echado un poco más arriba de tus huesos: *Dichoso el árbol que es apenas sensitivo / y más la piedra dura porque ésta ya no siente*. Afuera un jeep azul de la Guardia Nacional da vueltas alrededor del Parque Central haciendo sonar su sirena de alarma. En fin, Rubén, *ídolo de mi generación*, te llama Gabriela Mistral, *el primer poeta de habla castellana*. Y Pablo Neruda escribe que sin ti *no hablaríamos nuestra propia lengua: hablaríamos aún un lenguaje endurecido, acartonado y desabrido*. Y en la oda de Coronel Urtecho *te saludo con mi bombín que se comieron los ratones en mil novecientos veinte i cinco. Amén.*

IV

Lejanas luces que se apagan y se encienden iluminan la noche en medio del gran Lago. Exactamente donde las aguas empiezan a deslizarse hacia el Atlántico, está el puertecito de San Carlos: lacustre y fluvial a la vez, en la ribera misma del río San Juan. Es el lugar más insólito acaso de la tierra. Sórdido también. Las arañas y las telas de araña lo invaden todo. Un pueblo fantasma que no existe, que quizá existió en un tiempo futuro, en un pasado remoto. Ahora me parece como inventado, como cuento o leyenda que sólo la imaginación caribeña puede hacer realidad. De las casa-palafitos sale olor a café, un intenso olor a café negro en la húmeda y calurosa mañana.

Zumban y pican moscas, mosquitos, zancudos, chayules: cuatro plagas que llegan a siete. Apesta a caca seca de no sé qué animal. Aquí contrajo matrimonio el poeta-patriarca José Coronel Urtecho, un día miércoles cuando el vapor ya daba el segundo pitazo, y el cura daba señales de prisa, porque se regresaba en el vapor en que había llegado, yo en pantalones kaki, ella lo mismo, la cabeza cubierta con mi pañuelo, un nudo en cada punta. Fue un casamiento rápido y para siempre. Camina con orgullo afirmado en su bastón, con un hálito

de seguridad en sí mismo. Viste pantalón mezclilla, overoll color kaki, quizá el mismo que usó el día de su matrimonio, según cuenta en su *Pequeña biografía de mi mujer*, tan pequeña —la biografía— que sólo cabe en un libro de varias páginas. Tiene 66 años y yo me lo imaginaba más viejo. Increíblemente conversador, anima sus palabras, se apasiona, habla y habla y todo lo que habla vale por cuanto libro bueno no se ha leído. *Ha sido la verdadera biblioteca nacional y el maestro de todos*, escribe Ernesto Cardenal.

El calor nos hace beber una cerveza *Victoria* heladísima. Coronel Urtecho y Cardenal han pedido un asado de ternera con ensalada de remolacha. Yo un guapote guisado, a recomendación de José Coronel, todavía fresco casi recién sacado del lago: *Los poetas deben comer buen pescado como deben escribir buena poesía. Y sobre todo tener mucha fe, ser hombres de fe.* Y moviendo sus pequeños ojos color lago de Nicaragua dice con resuelta ironía: *Nicaragua es un país muy ordenado. ¡El orden establecido por Somoza! La parálisis somocista ha invadido hasta el último tendón de Nicaragua. Yo he tratado por todos los medios de hacerme somocista y resomocista. Pero no, no se puede. Me es más fácil hacerme tico —costarricense— que somocista. Lo tienen programado todo, hasta el año 2010. Yo no digo que ello se vaya a cumplir, pero es cosa que la familia se reúna: ayer Somoza padre, ahora Somoza hijo, después Somoza nieto... Aquí Somoza, el Banco Central y los Jesuitas es la misma mafia. Y el Opus Dei, la Santa Mafia. Como el jefe de la Guardia Nacional que controla a los delincuentes y a los traficantes y a los rufianes. También controla a las putas y al Nuncio.*

Sí, ciertísimo, no es ninguna metáfora, corrobora Ernesto Cardenal, apurando su cerveza que ha dejado de estar fría.

V

El año 1923 nace en Masaya (cómo no recordar las blancas colchas de hilo tejidas por las campesinas de Masaya) Ernesto Mejía Sánchez. El 24, Carlos Martínez Rivas. Y en Granada el 25 el otro Ernesto, Cardenal pero monje. Una generación, una trilogía que retoma la gran poesía nicaragüense del siglo. Carlos Martínez Rivas, poeta tan importante como vital, autor de un sólo libro: *La insurrección solitaria*, título que bien define y personaliza su vida y su tiempo: siempre solitario, siempre insurrecto. Viviendo en Europa o en los Estados Unidos, no en su Nicaragua pero sí en su Centroamérica. Lo conocí en San José de Costa Rica —la sutil arcadía del istmo—, una tarde de truenos y relámpagos, de tormenta cósmica huracanada. Nos embriagamos con el puro aroma del café en la pequeña habitación de su hotel con ventana a su patria. Mejía Sánchez parece un matemático, un erudito. Lo aplaudí a rabiarse leyendo sus poemas en un recital en ciudad de México el 72: *Algún día sabremos si no perdí la virtud por ejercer la filología, / como deseaban mis amigos, algún*



día sabré / si la Biblioteca del Congreso quema realmente / mis libros. Porque ya salió, ya viene la / flecha de acerada armadura con mi condena. Y Ernesto Cardenal, poeta, monje, revolucionario («llámame aspirante a revolucionario, o aspirante a cristiano, que es lo mismo»). La vida contemplativa es acción, el retiro del mundo es estar en el mundo: *Aquellos son los volcanes de Ometepe*, y me los señala con su mano afirmado en las hamacas del lanchón *Río San Juan. El puntito que se ve al fondo es la isla Zapatera. Más allá, y no se ve, el Mombacho de Granada, hermano gemelo del Momotombo: «ronco y sonoro Momotombo». Esa isleta la compró un comerciante de San Miguelito. Estos, los restos de un barco de rueda que unía el Atlántico con el Gran Lago y hundido a mediados del siglo pasado... Y mirá, ahora se ve Solentiname.* Y se observa en verdad una mancha azulita por la lejanía.

VI

Acabamos de sentarnos a la mesa a la hora del almuerzo. En un abrir y cerrar de ojos el lago se cubre de nubarrones. Una garza vuela seguida de otra garza: las garzas presienten las tormentas y buscan refugio en otras islas. Un gran trueno —trueno como de fin de mundo— retumba sobre los ranchos de Solentiname. Las terneras salen corriendo del establo. Instintivamente nos agachamos a punto casi de ocultarnos debajo de la mesa de madera de cedro. Luego un silencio: se escucha la lluvia, el viento en los coyoles, el sonido de las cucharas en los platos de porcelana. De repente Ernesto dice: *Bendice Señor este guiso de tortuga que vamo a comer.* Y yo, bajito, para mis adentros... *que no puedo comer.*

VII

Se vive en sobriedad, ajeno a todo apego a las cosas materiales. En las blancas murallas del cuarto fotos y dibujos a tinta china de Thomas Merton, un Cristo oxidado y torcido como un clavo, mapas del archipiélago. Un bosque con una casita y flores y gallinas pintadas en una tela por Laureano, que descalzo detrás de la puerta siempre está tratando de tocar una canción en su guitarra. Ernesto lee, escribe (*escribo en esta vieja máquina portátil marca Royal, hace 22 años que la tengo... ¡a la puta qué tiempo!*), toma notas, contesta cartas, habla lo menos posible —cuando no habla—, reposa en su hamaca, medita largamente. O está en éste u otro lugar, preguntando, compartiendo ideas: cómo hacer mejor un vaciado de cerámica o quienes van a ir a pescar mañana. Siempre con más de un libro de Ezra Pound entre sus manos: *Yo me dedico a aprender entre los poetas*, dice. *El poeta debe identificarse con su poesía, con su verdad. Si uno se siente revolucionario en su poesía, debe serlo. Si*

se siente religioso, debe serlo. Y si no se siente religioso o revolucionario, debe escribir esa verdad. La poesía debe tener un mensaje y una enseñanza sobre la vida de nuestros pueblos. No creo en la literatura por la literatura. La literatura y el arte deben contribuir a la sociedad, a la urgente tarea de la construcción de la sociedad futura, del hombre de naturaleza nueva como habla San Pablo.

Yo voy anotando con un lápiz de grafito estas palabras en la última hoja de una página del libro de Merton *La montaña de los siete círculos*. Y leo luego casi de memoria: *Y cuando hayas sido elogiado un poco y amado un poco. Yo te quitaré todos tus dones y todo tu amor y todos tus elogios y quedarás totalmente ovidado. Y en aquel día empezarás a poseer la soledad que has ansiado tanto tiempo. Y tu soledad producirá inmenso fruto en las almas de los hombres que no conocerás nunca en la tierra.*

VIII

Pablo Antonio Cuadra me regala la colección completa de *El pez y la serpiente*, que iré leyendo revista a revista en mi tiempo de Managua. Poeta un poco apóstol, un poco quijote: nicaragüense y ecuménico. Su *Prensa Literaria* es la casa, la mesa, la máquina de escribir de los poetas. También la mía. Y una tertulia como ya no queda en el periodismo literario de esta América. Pablo Antonio Cuadra hablando siempre de los otros, nunca de él. De los otros poetas buenos como él, maravillosos como él, inolvidables como él.

Y los que vienen, los poetas jóvenes o no tan jóvenes, los poetas muchachos, casi niños (Francisco Santos acompañándome toda una noche en el gran Lago de Nicaragua comiendo tortillas de maíz, queso fresco, frijolitos fritos, y poesía, pura poesía): en qué frente murieron gritando con Rugama: *La poesía no se rinde*. En qué frente triunfaron cantando con Cardenal: *Hay tanto maíz que sembrar tanto niño que instruir, tanto enfermo que curar, tanto amor que realizar, tanto canto: Yo canto un país que va a nacer*. La poesía en sus morales, en sus exilios, en sus retornos, también en sus *celebraciones o cerebraciones*, en la restauración de la conciencia. Porque la poesía nicaragüense tiene un profundo sentido de la realidad y una más profunda todavía relación con la vida humana y geográfica, social y política.

Un país que tiene su Momotombo y su Darío, sus nacatamales y su Salomón de la Selva, el poeta de *el paladar*: *La Patria es el sabor que se fija en el niño / y para siempre lo acompaña y nunca / pueden otros sabores desplazarlo*, su ciudad León y su Alfonso Cortés, el poeta loco, el loco Cortés: *los chiquillos de la escuela pasaban por su casa haciéndole burlas. Y los chiquillos, y también los mayores, no sabían que ese hombre —que la familia lo tenía atado con grillos por temor a sus furias— era uno de los más grandes poetas de la lengua castellana*. La poesía nicaragüense que no es iconoclasta, que

en un encadenamiento perpetuo y futuro se hace y rehace —semejante también a la chilena—, contingente, precolombina, histórica, exteriorista: tradición enriquecida por sus lenguas natales, criolla-española, y por las otras latinas o gringas: inglesa-norteamericana. Una poesía viva siempre.

Y con verdad, otra vez Darío, escribía muy ufano: *Mi esposa es de mi tierra. Mi querida, de París*. El París de Verlaine, por cierto. Su tierra de Nicaragua. Y el verso de Ernesto iluminando el Canto Nacional: *Veo el nuevo día. Cantá, cantá zanate clarinero*.

IX

Desde hoy por la mañana, a la hora de tomar café, y luego acentuado por las 9, y las 10, hasta cerca de las 11, me vino el deseo de marcharme.

Adiós Joaquín Pasos. Estuve contigo tanto tiempo y tan poco tiempo, aunque todavía lo estoy: te dejo en tu maravillosamente colonial ciudad de Granada —la más colonial del continente—, recordando en tu petate el perro que querías tener en tu infancia. Nunca saliste a conocer el mundo y conociste el mundo: las hormiguitas del viejo y eterno Sandino ya te lo habrán contado bajo la tierra. Yo me llevo por ahora una estrofa de tu vital *Despedida*:

*Es preciso que levantes el brazo derecho
porque quiero llevar de ti un recuerdo de árbol.
Quiero saber que dejo sembrada en el horizonte
tu mano.*

«... Los exiliados son un pedazo de Chile que está fuera de Chile. Es muy triste el problema humano, con todos los conflictos familiares que se crean como producto de la tensión, de la nostalgia, de las dificultades con el idioma, de los hijos que se distancian de sus padres.»

(Obispo de Valdivia José Manuel Santos, Presidente de la Conferencia Episcopal, en «Hoy», el 26 de diciembre de 1979.)





«NUESTRA AMERICA» DE JOSE MARTÍ

CARLOS A. OSSANDON BULJEVIC

I. La significación más inmediata del concepto *Nuestra América*, creado por el cubano José Martí (1853-1895), se puede delimitar diciendo que éste se refiere al conjunto de pueblos que en nuestro continente se ubican al sur del Río Bravo. Esta América nuestra, donde nació Juárez, se diferencia de la otra América, la que no es nuestra, donde nació Lincoln.

El alcance de este concepto no se agota, sin embargo, en la sola fijación de límites o fronteras geográficas, presentándose sobre todo como *una concepción determinada de nuestra realidad*: la visión de lo que es esencialmente y de lo que puede históricamente llegar a ser esta América nuestra. El presente trabajo tiene precisamente la intención de mostrar, en sus grandes rasgos, la concepción americana que encierra el concepto en cuestión.

II. Basta echar una mirada superficial sobre la historia de América Latina para comprobar cómo este continente ha tenido distintas denominaciones desde su descubrimiento hasta nuestros días. Una mirada un poco más atenta nos puede enseñar cómo estos nombres corresponden a concepciones singulares de América Latina.

Ahora bien, mientras que un buen número de estas concepciones responden, en lo fundamental, a utopías e intereses ajenos, *Nuestra América* de Martí representa, a nuestro entender, uno de los primeros intentos que se hacen por repensar nuestra realidad a partir de nosotros mismos. Esto hace que la concepción martiana de Amé-

rica no sea un ensayo más, al lado de otras concepciones «interesadas» que se han presentado.

En el estudio de los elementos que contempla esta peculiar idea de América habrá que considerar el contexto histórico en el cual estos elementos se originan. La determinación de escribir, en una tierra que como la cubana no es libre todavía, «la última estrofa del poema de 1810»¹ constituye una de las motivaciones históricas principales que será preciso tener en cuenta. En verdad, el presente concepto se halla bastante condicionado por motivaciones de este tipo, que en lo inmediato significan la lucha por la independencia de Cuba y en lo más mediato la prevención de los efectos de la política expansionista que comenzaba a implementar los Estados Unidos de Norte América. El concepto que analizamos no se explica sino en el marco de estos grandes objetivos históricos, siendo este concepto un resultado —en buena medida— de esos objetivos.

III. Con el propósito de precisar la noción que nos ocupa, hemos querido ponerla en relación con otra concepción de América, inmediatamente anterior a la de Martí. Nos referimos, en general, a la visión del movimiento liberal, post-independentista, y, en especial, a la que nos ofrece el argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). La comparación —no en todos sus puntos, sino tan sólo en aquellos que hemos creído ver como fundamentales— de estas dos concepciones de América, es lo que intentaremos hacer en lo que sigue:

Antes de entrar en los elementos de diferenciación, veamos brevemente los elementos comunes más importantes que se pueden apreciar en estas dos visiones del continente:

Quizás lo más sobresaliente sea el hecho que tanto los liberales del XIX como Martí aspiran a una América no colonial.

Los primeros, valorizando en muy alto grado la independencia que nuestros pueblos han obtenido con respecto a España, entienden, no obstante, que los fines de la misma no están aún plenamente realizados. La presencia en las entrañas de América de huellas importantes del pasado colonial es la razón que explica, según estos pensadores, la realización incompleta de la obra de los Libertadores. De aquí la necesidad de llevar a su término el impulso independentista, liberando definitivamente a América de los restos del edificio colonial².

¹ MARTÍ, José, *Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana*, el 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana. En *Obras completas*. Nuestra América, vol. 6, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, p. 134.

² Sobre este tema se puede consultar la obra de Leopoldo ZEA: *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del Romanticismo al Positivismo*. Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, México, 1949.

Para el segundo, no habiendo logrado Cuba lo que ya tenían la mayoría de los países latinoamericanos, la independencia de la isla de la metrópoli española es concebida como un objetivo de primerísima importancia.

Tanto en los primeros como en el segundo, encontramos pues la voluntad de forjar una América emancipada del antiguo régimen, no colonial sino republicana, capaz de combatir los residuos mentales y estructurales del pasado —para el primer caso—, y completamente independiente del poder español —para el segundo caso.

Para ambos también, este combate no se dirige contra los españoles, sino contra las ideas, costumbres e instituciones dejadas por el sistema colonial —en el esquema liberal—, y contra este mismo sistema que impide la plena soberanía del pueblo cubano —en la situación de Martí. «Sarmiento y Martí —señala en este sentido Ezequiel Martínez Estrada— pensaban más que en la España peninsular en la España americana y no se levantaban contra el pueblo español ni contra sus viejas instituciones democráticas y liberales, sino contra el poder despótico del gobierno de España, de la injusticia de España, del fanatismo de España y de sus secuelas en los sostenedores vocacionales tanto como en los mantenedores autocráticos»³. Aún más, vemos en Martí el deseo de incorporar a los propios españoles a la lucha contra la opresión, como también a la sociedad que resulte de esta contienda. «En el pecho antillano —señalan Martí y Gómez— no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia»⁴. En la lucha contra «la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España»⁵, Martí propicia el agrupamiento de todos aquellos que, españoles o americanos, estén en contra de esa España y se hallen dispuestos a abrazar la causa americana. Así se explica que Juan Ramón Jiménez haya dicho, con razón, «que Martí, contrario a una mala España inconsciente, era hermano de los españoles contrarios a esa España contraria a Martí»⁶.

Destaquemos ahora las diferencias esenciales que existen entre las dos visiones de América que estamos comparando:

³ MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel: *Sarmiento y Martí*. En *Cuadernos Americanos*. Año V, vol. XXVIII, 4, México, julio-agosto, 1946, p. 213.

⁴ MARTÍ, José y GÓMEZ, Máximo: *Manifiesto de Montecristi*. *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*. Montecristo, 25 de marzo de 1895. En *Obras Completas*. Cuba, vol. 4, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, pp. 97 y 98.

⁵ *Ibid.*, p. 99.

⁶ Citado por MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel, *Op. cit.*, p. 214.

Formulada de golpe, nuestra tesis es la siguiente: *la concepción americana de Martí representa un salto cualitativo con respecto a la concepción liberal*. De aquí que se haya señalado, en cierta ocasión, la imposibilidad de estar a la vez de acuerdo con el *Facundo* de Sarmiento y con *Nuestra América* de Martí⁷.

En oposición a una concepción dicotómica de América, que levanta a costa de la sangre «bárbara» el emblema pretencioso de la «civilización» europea, Martí presenta a ésta *Nuestra América* como el lugar del mestizo, del criollo, del indio, del negro y del mulato americano, como la tierra que convida «a la fortuna de su hogar a las razas todas»⁸. En oposición pues a una América despedazada y dependiente (con respecto a Europa), Martí nos presenta otra que incorpora a los «infelices», que hermana «la vincha y la toga»⁹, y que está al acecho de los peligros externos que la amenazan. Comienzan a aparecer aquí los primeros atisbos de una concepción *popular* y *anti-imperialista* de América.

Detengámonos un poco más en estos elementos nuevos que trae Martí:

1. Es por todos sabido que la polaridad «Civilización o Barbarie» consagrada por Sarmiento constituyó la alternativa de principios dentro de la cual se intentó encerrar a esta América. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos mucho, que esta polaridad representó durante un buen tiempo el horizonte de comprensión de América, al interior del cual los americanos se sintieron obligados a elegir. No había aquí posibilidad alguna de transacción o de pacto, ya que se debía necesariamente escoger entre la «civilización» o la «barbarie». En concreto, se trataba de inclinar la balanza por la ciudad o por el campo, por el americano de origen europeo o por el indígena, por el letrado o por el ignorante, por las ideas e instituciones modernas o por las antiguas, por la República o por la Colonia, por las naciones modernas o por España, etc. Es lógico que, planteadas así las cosas, fuera el proyecto «civilizador» el propuesto para este continente.

Pensamos que Martí es uno de los primeros que intenta romper con el esquema clásico del liberalismo. Esta ruptura se lleva a efecto proponiendo un nuevo marco de interpretación de América.

«No hay batalla —dice Martí— entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza»¹⁰.

⁷ Cfr. MARTÍ, José: *La guerre de Cuba et le destin de l'Amérique Latine*. Chronologie, Choix de textes, traduction et introduction par Jean Lamoire. Prologue de Cintio Vitier. Aubier Montaigne, Collection Bilingue, Paris, 1973, p. 272, nota 17.

⁸ MARTÍ, José: *Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana*, p. 139.

⁹ MARTÍ, José: *Nuestra América. El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891. En *Obras Completas*. *Nuestra América*, vol. 6, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, p. 20.

¹⁰ *Ibid.*, p. 17.

El auténtico dilema no consiste en enfrentar una América pretendidamente civilizada a otra considerada bárbara, sino en una que se concibe artificialmente, sin tener en cuenta los componentes híbridos y peculiares de estas tierras, a otra América que rechazando lo que no le conviene, busca aquellas expresiones que corresponden a su ser.

«La incapacidad —indica Martí— no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia»¹¹.

Una de las tareas más urgentes que demanda esta realidad «de composición singular y violenta» es la búsqueda —a través de una práctica muy seria de conocimiento, capaz de argüir los elementos peculiares y los factores reales de América— de formas sociales y políticas adecuadas a esa realidad, más bien creando formas nuevas y originales que utilizando «antiparras yanquis o francesas»¹². Gobernar en este continente no es lo mismo que hacerlo en Europa. Las características específicas de esta América imponen un gobierno propio, independiente, fiel a su circunstancia, y orientado a superar la colonia y el atraso.

Una América así proyectada no puede dejar de considerar los componentes sociales específicos de su mundo, «los elementos todos» que, al nacer como pueblos libres, se levantaron para fundar nuestras patrias¹³. En la necesidad de abrir «los brazos a todos»¹⁴, Martí da un significado completamente distinto a los términos de la polaridad sarmientina. Ya no se trata de la contradicción irreconciliable entre un polo «civilizado» que hay que potenciar y otro «bárbaro» que es preciso negar, sino de recuperar la importancia que cada uno de estos términos tiene en la determinación del ser que somos, eliminando de paso la connotación mítica que tenía el primero y peyorativa el segundo. Si, a pesar de esto, se quisiera forzar la entrada del concepto que analizamos en la disyuntiva liberal, Roberto Fernández Retamar tiene razón cuando señala que «Martí toma partido por la segunda»¹⁵. Nuestra América es, en efecto, el continente que tiene que hacer causa común con «los oprimidos», «para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores»¹⁶.

¹¹ Ibid., pp. 16 y 17.

¹² Ibid., p. 17.

¹³ MARTÍ, José: *Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana*, p. 138.

¹⁴ MARTÍ, José: *Nuestra América*, p. 21.

¹⁵ FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto: *Martí en son (tiers) monde*. En MARTÍ, José: *Notre Amérique*. Anthologie présentée par Roberto Fernández Retamar. Traduction d'André Joucla-Ruau. François Maspéro, «textes à l'appui», París, 1968, pp. 16 y 17. (La traducción es nuestra.)

¹⁶ MARTÍ, José: *Nuestra América*, p. 19.

Esto último no debe, sin embargo, provocar expectativas desmesuradas. Si la concepción martiana de América contempla como deseable la incorporación del pueblo a nuestras repúblicas, si incluso —cuando se trata de escoger— esta concepción privilegia a los sectores populares y naturales de estas comarcas, esto no quiere decir que ella plantee derechamente el proyecto de una *América popular*, en el sentido fuerte del término. Una opción de esta naturaleza, con tal radicalidad, no se encuentra en *Nuestra América*, y menos aún en otras concepciones de esa época (piénsese en el *Ariel* de Rodó o en la *Raza Cósmica* de Vasconcelos).

No obstante, la «línea de demarcación»¹⁷ que aquí hemos querido establecer, no puede conducir a ver en la concepción que estudiamos una cierta tibieza o inadecuación entre ésta y las exigencias concretas de la realidad americana de ese entonces. Muy por el contrario, pensamos que el proyecto martiano recoge bien el sentido y las demandas particulares de su momento histórico, siendo capaz de impulsar, con signo positivo y progresista, las posibilidades más radicales que ofrecía su tiempo. Lo interesante del mismo es que, sin que se pueda definir como un proyecto de las clases desposeídas en el sentido marxista —no habían aún condiciones ni subjetivas ni objetivas para ello, y las exigencias de la lucha independentista imponían la necesidad de un frente amplio— representa uno de los primeros intentos de acercarse, desde una óptica no liberal, al mundo de esas clases. Su novedad reside en la voluntad de valorizar y aceptar lo que la visión liberal quería estigmatizar y negar. La concepción americana de Martí apunta pues a comprender y a equilibrar los diversos componentes de nuestra realidad, los distintos grupos sociales y culturales que coexisten entre nosotros, reformulando con ello los términos de la contradicción consagrada por Sarmiento. Ninguno de estos grupos puede ser desconocido, menos aún el mundo popular, y todos ellos deben ocupar un lugar en este continente.

Las expresiones superestructurales (de orden jurídico, político, etcétera) que se ensayan deben corresponder a este ser que somos. Estas expresiones no deben ser ni «civilizadas» ni «bárbaras», sino «tout court» americanas. El dilema no está en ser lo uno o lo otro, sino en dejar o no dejar manifestarse a nuestra realidad. Se trata, en definitiva, de ser o no ser auténticos, de optar por una América positiva o por otra real, sin que esto signifique la adopción de un autototonismo retrógrado y paralizante. La afirmación de lo nuestro no indica, en Martí, la negación de todo lo extranjero y del progreso. Es precisamente esta afirmación la que posibilita una adecuada recepción de lo que viene de afuera. Su americanismo no se contrapone, pues, ni con un bien entendido universalismo —«Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras

¹⁷ Expresión leninista retomada por Louis ALTHUSSER en *Curso de filosofía para científicos*. Editorial Laia, Barcelona, 1975.

repúblicas»¹⁸ — ni con la necesidad de domar la selva, llevando «el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril»¹⁹.

2. La polaridad «Civilización y Barbarie» incluye, además de su acepción más explícita, una serie de otras acepciones, algunas de ellas nombradas en el desarrollo anterior. A la mencionada polaridad —de orden más bien ideológico— corresponde —en otro orden— la división entre litoral e interior, como también la que se establece entre las ideas e instituciones nuevas que trae la modernidad y las antiguas que consagró la Colonia. En el orden político, por citar otro caso, la contradicción entre «Civilización y Barbarie» corresponde a la lucha entre unitarios y federales en la Argentina, aunque es preciso indicar la distancia que la generación de Sarmiento va a ir tomando con respecto a estos dos bandos políticos. La dicha contradicción ideológica incluye también, y es esto lo que nos interesa destacar ahora, la oposición entre una América concebida como abierta o, mejor aún, integrada al desarrollo del progreso que vanguardizan las naciones modernas, y otra encerrada en sí misma, salvajemente americana, como la que practican el doctor Francia en el Paraguay y el caudillo Facundo y el dictador Rosas en la Argentina. Huelga decir cómo la apertura propiciada por el liberalismo significó, en los hechos, la instauración de una nueva dependencia para nuestros pueblos. Del dominio ejercido por España se pasó al de las nuevas potencias europeas.

Una vez más la concepción americana de Martí rompe con el esquema liberal, mostrando ingredientes nuevos del ser de América: *la revelación de una identidad propia* —por un lado—, *la lucha anti-imperialista como defensa de esta identidad* —por otro lado. Ya no se trata, en el pensamiento del cubano, de contraponer una América ensimismada (cosa imposible, dada la necesidad de la interdependencia) a otra alterada (es decir, dependiente), sino más bien de reconocer los componentes característicos y las necesidades específicas de nuestra realidad, siendo capaces, con este prisma, de aceptar los elementos exógenos que nos convienen y de rechazar aquellos que atentan contra nuestro ser.

Veamos con mayor detalle los dos nuevos ingredientes que hemos mencionado:

a) El concepto que estudiamos contiene una idea que hoy, debido a la lucha de los pueblos contra el colonialismo y el neocolonialismo, no constituye una novedad, pero que sí lo era más en los tiempos de Martí. Es lo que Cintio Vitier llama, refiriéndose a nuestro autor, *el descubrimiento «de la especificidad hispanoamericana»*

¹⁸ MARTÍ, José: *Nuestra América*, p. 18.

¹⁹ MARTÍ, José: *Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana*, p. 139.

na»²⁰. Aunque no nos atrevemos a afirmar que Martí sea el primero en darse cuenta de esto (en el propio movimiento liberal —piénsese en Francisco Bilbao, por ejemplo— es posible hallar algunas formulaciones en este sentido), está claro, no obstante, que su aporte es verdaderamente significativo. La incitación al estudio «de los factores del país en que se vive»²¹, el tener que atender a «lo que es» para gobernar bien²², así como la necesidad de crecer conforme a nuestras propias características y con métodos que resulten de ellas²³, son algunas de las afirmaciones que prueban la consistencia ontológica, por así decir, que Martí le atribuye a su América.

El modo de ser particular que Martí descubre en Nuestra América tiene que determinar para ella un destino también particular. América tiene que ser tal como la quiere en literatura Santiago Pérez Triana, es decir, «americana, no madrileña o rubia»²⁴. Es preciso desechar las soluciones importadas que no se avienen con nosotros, para buscar el camino que corresponde a nuestro ser específico. «Con un decreto de Hamilton —señala Martí— no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india»²⁵. Y el gobierno, termina diciendo, «ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país»²⁶. El descubrimiento de una América que es nuestra, con rasgos peculiares, conlleva una América futura también nuestra, con formas políticas acordes a su peculiaridad. Una proposición de este tipo se aleja bastante, creemos, de las fórmulas europeizantes del liberalismo decimonónico.

b) La conciencia de sí que *Nuestra América* alcanza con Martí, le permite reconocer los peligros de orden interno y externo que la amenazan. El descubrimiento de una identidad americana es precisamente la condición que posibilita el conocimiento de los factores que ponen en entredicho este descubrimiento.

El mayor peligro externo que corre América, una vez que se hayan eliminado los últimos vestigios de la dominación española, es la política expansionista y anexionista de los Estados Unidos:

²⁰ VITIER, Cintio: *Martí et «Notre Amérique»*. En MARTÍ, José: *La guerre de Cuba et le destin de l'Amérique Latine*, p. 25. (La traducción y el subrayado son nuestros.)

²¹ MARTÍ, José: *Nuestra América*, p. 18.

²² *Ibid.*, p. 17.

²³ MARTÍ, José: *La Conferencia monetaria de las repúblicas de América. La Revista Ilustrada*, Nueva York, mayo de 1891. En *Obras Completas. Nuestra América*, vol. 6, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, p. 167.

²⁴ MARTÍ, José: *Palabras en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York sobre Santiago Pérez Triana*. En *Obras Completas. Nuestra América*, vol. 7, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, p. 428.

²⁵ MARTÍ, José: *Nuestra América*, p. 17.

²⁶ *Ibid.*

«Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América —advierde Martí—, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdenea»²⁷.

Frente a la ambición manifiesta de la América del Norte, «el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante»²⁸. La conquista de la independencia de Cuba tiene, por su parte, el objetivo de impedir a tiempo «que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América»²⁹. Junto con esta acción particular, está también, como se decía, la obligación de promover y desarrollar la unión de nuestros pueblos. Si *Nuestra América* es capaz de entender la solidaridad fundamental que existe entre sus partes, si uniéndose formula un proyecto histórico dirigido a superar los vicios del pasado, si se da así a conocer y se hace respetar, puede encarar entonces, con buen pie, la avalancha imperialista que se le avecina. *Frente al expansionismo del país vecino del norte, nuestros pueblos tienen pues principalmente el arma de la unión:*

«Ya no podemos —dice Martí— ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes»³⁰.

El «gigante de las siete leguas» no pasará si las todavía débiles repúblicas americanas se vuelven fuertes, conscientes y fieles a su común destino continental.

El resguardo de la integridad y de la independencia de América cara a nuestro codicioso vecino exigen, además de la implantación de una política de unidad, la existencia de condiciones concretas que garanticen lo primero. La libertad de nuestros pueblos no se afirma tanto en discursos grandilocuentes, sino más bien en el cuidado de las cuestiones de orden material que la posibilitan. Esto significa que si *Nuestra América* quiere conservar su libertad debe prestar atención, por ejemplo, a los asuntos relativos a su comercio. Dice Martí:

²⁷ Ibid., p. 21.

²⁸ Ibid., p. 22.

²⁹ MARTÍ, José: *A Manuel Mercado*. Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895. En *Obras Completas*. Cuba, vol. 4, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, p. 167.

³⁰ MARTÍ, José: *Nuestra América*, p. 15.

«Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político /.../. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios»³¹.

Nuestros pueblos deben tomar las medidas concretas capaces de proteger y permitir el valor indicado. *En esto, lo decisivo es la asunción, por nosotros mismos, de nuestra propia historia.* «¡Sólo perdura, y es para bien —dice Martí—, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista, con las propias manos!»³².

Y dado que los Estados Unidos están decididos a extender sus dominios entre nosotros, a *Nuestra América* le ha llegado la hora de «declarar su segunda independencia»³³.

A punto de cerrarse el ciclo colonialista, Martí prevee el surgimiento del neocolonialismo. Los Estados Unidos, en el caso de Cuba, comienzan a ocupar el sitio que deja libre España. En este nuevo ciclo de nuestra historia, los pueblos de América deben aprontarse a iniciar un nuevo combate: contra el imperialismo, por su liberación. Expresado en términos actuales es éste el significado preciso que tiene la declaración de la «segunda independencia».

Una América concebida *anti-imperialísticamente* representa, como decíamos más atrás, un cambio sustancial frente a la concepción liberal, en la versión que nos ofrece Sarmiento especialmente. Con este nuevo ingrediente, Martí confiere a *Nuestra América* una dignidad no conocida, en una tal dimensión, hasta ese entonces. Más adelante se verá la línea de continuidad existente entre las tareas de liberación nacional asignadas por el cubano a esta América y las actuales tareas revolucionarias que están planteadas para nuestro continente y que la patria de Martí ya ha emprendido.

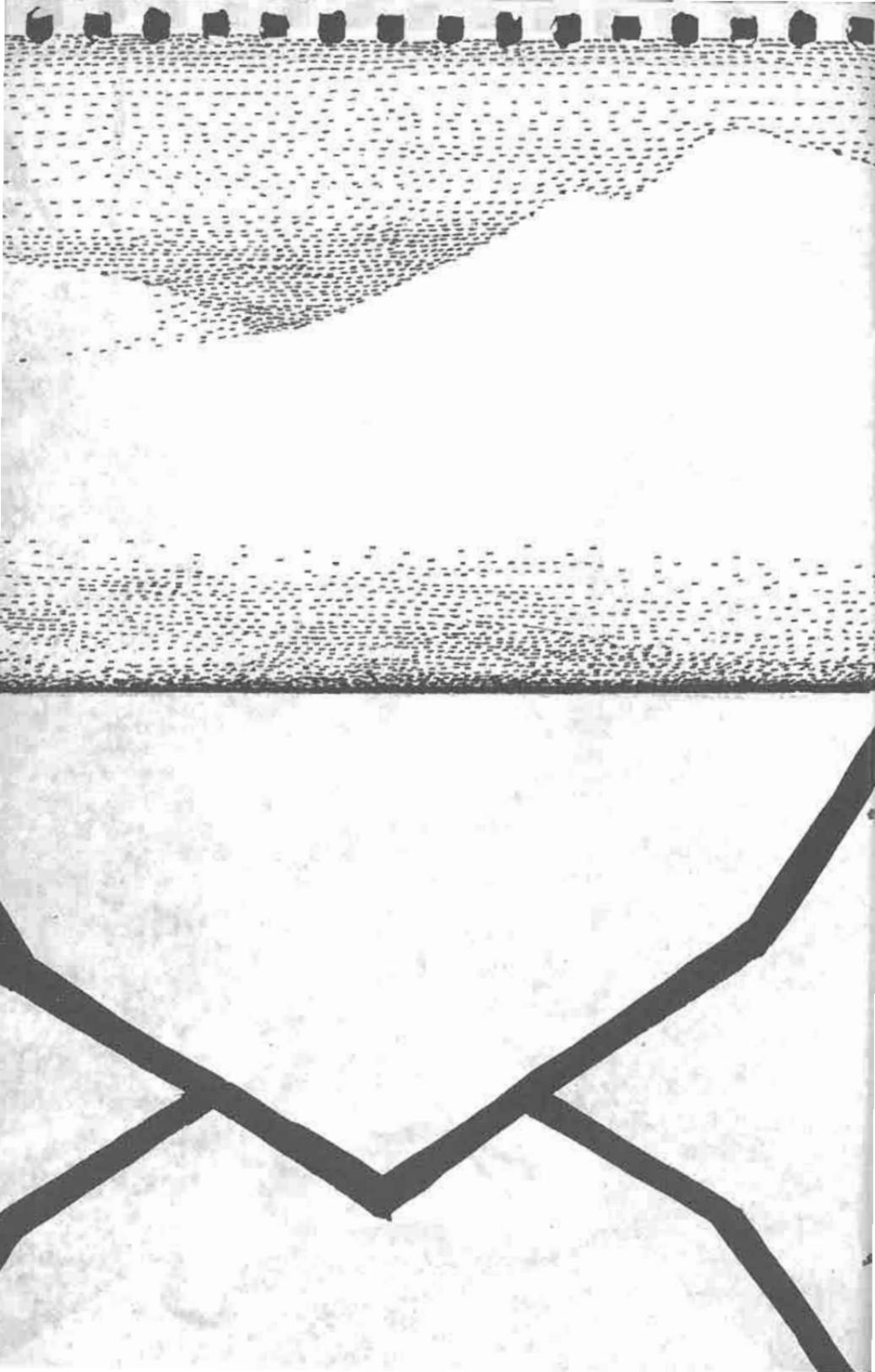
³¹ *La Conferencia monetaria de las repúblicas de América*, p. 160.

³² MARTÍ, José: *Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana*, p. 139.

³³ MARTÍ, José: *Congreso internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias. La Nación*, Buenos Aires, 19 de diciembre de 1889. En *Obras Completas. Nuestra América*, vol. 6, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, p. 46.

Es significativo constatar cómo la necesidad de una «segunda independencia» indicada por Martí, ha sido reasumida, utilizando esta misma expresión, por los pueblos latinoamericanos que luchan hoy contra el imperialismo. Como ejemplo, basta recordar la interpretación que tuvieron algunas de las más importantes realizaciones del Gobierno de Salvador Allende.





EL ESTADO CHILENO ACTUAL Y LOS INTELECTUALES

*Acercamiento preliminar a
algunos problemas impostergables*

ARIEL DORFMAN

Durante el gobierno de Salvador Allende, los artistas e intelectuales chilenos tuvimos ocasión, por primera vez en nuestra historia independiente, de enfrentar en nuestra práctica, y de ir revelando con ella, los grandes problemas culturales que el país había venido acumulando en el curso de su existencia. Más allá de los éxitos, exploraciones y febriles accesos de participación cultural, que han sido suficientemente exaltados —¡y con razón!— en libros y encuentros solidarios, esta situación inédita significó descubrir, al tratar de resolverlos, algunos dilemas y contradicciones que vivían los trabajadores de la cultura comprometidos con la emancipación de nuestro pueblo creador de riqueza material y cuya lucha es la condición para el desarrollo de las percepciones y avances del proceso de pensamiento y emoción nacional y liberador.

Sin entrar acá a definir estas disyuntivas que quedaban al desnudo, bastará afirmar que se trataba, en lo esencial, de encontrar una respuesta a varias fracturas estructurales cuya solución ya no podía diferirse: cómo se vinculaba el creador intelectual al semillero magnífico y marginal de la contra-cultura

* Este trabajo es una versión reducida de un ensayo, «El Estado y la creación intelectual: Reflexiones acerca de la experiencia chilena de la década del setenta», presentado al Simposio sobre Creación Intelectual en América Latina, organizado por la Universidad de las Naciones Unidas y la UNAM de México, en abril de 1979. Su publicación está autorizada por estas entidades.

popular, de la que se proclamaba adherente abstracto pero con la que mantenía escasos y esporádicos vínculos reales; de qué manera integrarse a los medios masivos de comunicación y a las instituciones formalizadoras y difusoras de sensibilidad luchando por sustituir la múltiple visión imperial dominante, cuando las prácticas artísticas eran reducidas y solitarias; en qué sentido era posible definir las tareas del arte como algo que desbordara el campo, por muy imprescindibles y urgente que fuera, de la agitación y la propaganda en una lucha por el poder; desde dónde definir los grados y límites de la participación y de la crítica en una lucha por el poder, frente a un proceso revolucionario que engendraba tanta esperanza y entusiasmo pero que acabó en una derrota de tales proporciones; cómo conciliar el arte como servicio y el arte como revelación no-inmediata; cómo crear un lenguaje que expresara la unidad nacional y a la vez contribuyera a una hegemonía creciente de la clase obrera.

El golpe de 1973 zanjó con brutalidad muchos de estos problemas y dudas, y otros más, que los intelectuales nos habíamos estado fijando en los años anteriores. Complicó en demasía la vida (y la muerte) del pueblo chileno, y la de sus artistas y pensadores, pero simplificó —desafortunadamente— bastante nuestras relaciones con el nuevo Estado retrógrado que se gestó y acometió de una manera tan dramática. Frente a la existencia, y frente a nuestra profesión misma, nos dejó con las opciones estrechas, reduciendo el inmenso caudal de posibilidades que había abierto el período anterior, y nos dejó también con las tareas anchas y supuestamente transparentes.

Podemos ilustrar brevemente la distancia que va de un momento a otro. En efecto, no es inimaginable la siguiente situación, que por lo demás fue rigurosamente histórica y hasta podríamos confesar autobiográfica. Pongamos la atención en alguien que el día 10 de septiembre de 1973, el día lunes previo al golpe militar, diseñaba en Chile la filmación de una tele-serie que sería difundida nacionalmente, ante millones de espectadores. Ese individuo, tal cual, se encontraba, dos días después, el 12 de septiembre, buscando rabiosamente un lápiz y una muralla (o un prudente pedazo de papel más íntimo) para expresar su furia, pero también su esperanza y su certidumbre de que tiene importancia compartirla, y superarla, con otros seres humanos. El resquebrajamiento temporal de ese trabajador de las ideas de repente escindido de sus medios de reproducción coincide con la de todo un pueblo desfasado, que retrocede en el poder obtenido, lo que incluye, por cierto, el poder intelectual, la posibilidad material de producir, distribuir y recibir las formalizaciones y representaciones.

En efecto, en Chile a partir de 1973 se trataba, y aún se trata, de reformular enteramente el país como tal, de arriba y

especialmente de abajo, para restaurar y garantizar una dominación a largo plazo del imperialismo y de la gran burguesía monopólica y agraria. Ese sojuzgamiento no se encontraba tan sólo amenazado por el poderío que había obtenido la clase obrera y sus aliados, sino que por toda la trayectoria democrática e institucional anterior de Chile. Había que erradicar a los marxistas, por cierto, pero también era menester eliminar de la vida nacional a todos los que creyeran en la democracia y el diálogo, acusados de haber sembrado el advenimiento del «caos». Rehacer un país con la conciencia y la organización de Chile no podía efectuarse sin una intervención militar incesante, sin el terror como norma del Estado.

Todos sabemos lo que ha sido la crónica de estos años. Ha llamado la atención, ante todo, la represión masiva y cruel: los asesinatos, las cárceles, las torturas, las emigraciones, las prohibiciones de todo tipo a asomos de libertad.

Desde el punto de vista del tema que tocamos, nos interesa, sin embargo, detectar el hecho de que se vuelve una política del Estado controlar y someter a su vigilancia todas las esferas, públicas y privadas, de la realidad, incluyendo, por cierto, las actividades intelectuales, a las que corresponsabiliza específicamente del clima subversivo. Comunicarse se vuelve un crimen y hay maneras eficaces de castigar sin demoras esas transgresiones a los dictámenes oficiales. La persecución, por ende, desborda a los habituales sectores a los que estaba reservada predilectamente desde hace siglos, los campesinos y obreros, para dar la bienvenida masiva a estudiantes, profesionales, artistas y la clase política como tal.

Pero es un error comprender estas políticas fascistas únicamente en el terreno de las libertades (de expresión, de reunión, de elección, etc.), como atentados a los derechos humanos que ningún Estado debe desconocer. El asunto va más allá de eso. El Estado se vuelve omnipresente en la vida de una manera nunca vista antes en el Cono Sur de América Latina, recomponiendo sistemática y metódicamente todos los aparatos ideológicos y las instituciones de socialización para ensayar la procreación de un engendro humano dúctil, coherente con los modelos económicos de entrega a las transnacionales y de sobreacumulación acelerada del capital. La organización de la economía misma es una incesante escuela educativa, presionando conductas y confines. Esto significa la fascistización de los medios masivos, de las universidades y los kindergarten, de la vía pública y de la transcurrencia cotidiana. Esto significa que baja la inversión en la cultura y en la educación mientras se clausuran los canales habituales de financiamiento y de subvención de las actividades intelectuales. Se mercantiliza la salud, los cementerios, los sectores estratégicos de la economía. ¿Por qué escarparía a esta regla comercial el pensamiento y el sentimiento

organizados? El empobrecimiento, la cesantía, la desnacionalización tocan doblemente al intelectual: en cuanto atacan y paralizan a la comunidad misma de la que forma parte de tantas maneras diversificadas, y en cuanto desamparan las posibilidades de producir, circular, recibir ideas, restringiendo los recursos. El país se vuelve más dependiente del extranjero, y esto no se aprecia tan sólo en el mercado sino que asimismo en los libros, las revistas, los teatros, las modas. La mirada cotidiana queda sometida a jurisdicción militar, y el diálogo y el pluralismo son meros engaños frente a los genuinos representantes de una esencia «nacional», «cristiana» y «occidental», como son el orden, la disciplina, la obediencia, la propiedad privada para algunos y la privación de propiedad para todos los demás.

Esta mera enumeración de las virtudes del régimen del General Pinochet permite discernir la distancia que nos separa de los atascaderos y brechas que enfrentaba el intelectual durante el gobierno de Salvador Allende. Ante todo, se observará que el fascismo nos ha relevado de todas esas complicaciones y alternativas que derrochamos generosamente antes, puesto que ya nadie se imagina participar en los aparatos ideológicos del Estado, por lo menos los públicos y masivos, ni tampoco es viable expresarse sin provocar la bota o la censura. Hoy, lo que está a la orden del día es luchar por la libertad, que surge como algo básico y previo a cualquiera otra ambición o escaramuza, que es fuente y manantial que permite hacerse las preguntas que llegamos a dilucidar demorosamente durante el tiempo de la democracia. Habíamos tomado la libertad alegremente como algo irreversible, algo dado. Su ausencia tan repentina nos enseña que es la secuela de una larga contienda anterior, y su reconquista no puede originarse, por lo tanto, sino como corolario de una contienda idéntica, ojalá menos larga. Veremos que los grandes dilemas enunciados continúan ahí, sin arreglarse, exigiendo también una respuesta, pero entendemos que la tarea más apremiante es liquidar a la dictadura, porque mientras ella subsista, mientras se prolongue un Estado como éste, no habrá ninguna posibilidad tampoco de identificar y profundizar los debates y las prácticas en torno a la independencia, cultural y económico-social, del país y del continente. Paradójicamente, entonces, la dictadura acaba politizando aún más a ciertos intelectuales, en cuanto los fuerza a concebir su trabajo principal en términos precisamente políticos, por lo menos mientras tanto, en cuanto sirva o no para avanzar hacia la democracia, para acumular fuerza, para convencer a los indecisos y animar a los convencidos.

Esta política no afecta únicamente al intelectual progresista o comprometido con los cambios estructurales, sino que la tiranía conculca y menosprecia también a otros sectores inte-

lectuales que se sienten asfixiados y asqueados por ella, y que sin embargo no estaban ni están ni tal vez estarán preocupados pre-eminentemente por lo que se puede llamar «servicios» a la comunidad ni por su integración a las necesidades y vivencias de las capas populares. El régimen les repugna. Esos intelectuales más tradicionales, que se han definido por su neutralidad en otras coyunturas y que se sienten satisfechos con los estatutos y comportamientos que un «intelectual» tiene en nuestras sociedades, se sienten sofocados por las prohibiciones y los vejámenes, por la mediocridad y la estrechez mental, por la hipocresía y la miseria, igual que sus colegas más militantes. Aunque expresen su rechazo de otra manera.

Frente a este tipo de Estado, por lo tanto, al intelectual no le resta otra alternativa que la oposición, más o menos frontal. La cantidad de trabajadores de la cultura que se han doblado obsecuentes ante la dictadura es realmente ínfima. Porque se está vulnerando el país entero, se quiere retrotraer a toda la comunidad hacia el pasado, se impone la barbarie de la muerte y esa segunda barbarie que es la mentira, se persigue tanto al público habitual y potencial como a las fuentes de inspiración y estímulo. Pero además porque a los productores intelectuales se les aflige directamente. Ya no en cuanto les acontece una respetable cuota de sufrimiento junto a su pueblo, sino en el hecho de que el Estado los excluye a priori de toda participación significativa, tanto en las actividades de «servicios» en los que habíamos colaborado en los últimos años como en labores más consagradamente intelectuales. El Estado se reserva el derecho y los medios para acusar, juzgar, condenar y castigar a los sospechosos de creación y pensamiento, puesto que entre sus prerrogativas se yergue la defensa del orden ideológico vigente, monopolizando el poder cultural. Se presupone que todo esfuerzo intelectual con algún mínimo margen de soltura y honradez va a finalizar cuestionando la validez de la retórica oficial, que no admite refutación alguna. Por eso, se usan términos médicos para calificar a los chilenos: contagio, contaminación, cáncer, paciente, purulencia, convalecencia, intervención quirúrgica, amputación, extirpación, insania. Los intelectuales son el síntoma más vocal de una enfermedad que ha alcanzado al cuerpo nacional, y hay que remendar pronto al lisiado. Y que el paciente no grite durante la operación.

El Estado fascista nos revela con esto, absurdamente, algo de que muchos habíamos dudado secretamente desde que tenemos uso, y buen uso, de razón, si bien no faltó quien lo proclamara quizás con más emoción que convencimiento: la palabra es poder. La ración de fuerza que representa dependerá siempre de los medios a su disposición (nunca olvidemos la situación material desde la cual el mensaje se difunde). Pero

aprendimos otra cosa: igualmente importante es cuánta verdad contiene, cuántas personas se sienten interpretadas y vocalizadas por lo dicho, hasta qué punto esa mirada sobrepasa el mero punto de vista subjetivo, siendo reconocida y requerida por un colectivo como portadora de una revelación.

Inmediatamente después del golpe esta fuerza fue utilizada por muchos intelectuales en labores lindantes con la política. Sea por su capacidad expresiva, sea por el prestigio ganado en trabajos anteriores, se tenía acumulado algo valioso que aprovecharía la resistencia, más en el exilio que en el interior. Se hacía agitación, se protestaba, se redactaba esto y aquello, se conseguía apoyo y dinero, se ayudaba a organizar, se contactaba. Veremos más tarde que esto conlleva una tendencia peligrosa a subordinar el trabajo intelectual a la propaganda, a la agitación, a la denuncia, pero en un primer momento eso no se revela como una contradicción fundamental.

Ocurre que en la cultura nacional persisten todos los problemas estructurales de ayer, pero agravados en mucho, y a los cuales se agrega ahora una cantidad de otros que tocan a la supervivencia misma de la nación que se supone tendría que desarrollar esa cultura. Como todo depende de la eventualidad de concertar una alternativa mayoritaria liberadora, se aduce que los otros requerimientos pueden relegarse a tercer plano para concentrarnos en la resolución de las emergencias. Cuando el barco se está yendo a pique, se argumenta, no vamos a ponernos a discutir de qué color pintar la cubierta.

Este es uno de los nudos gordianos esenciales en la actualidad. Se prioriza, justificadamente, la lucha contra la represión, entendiéndose que es también cultural cualquier forma de represión. Pero perdura aún el problema de la *opresión* cultural. Al haber intervenido el Estado con toda su fuerza disponible para reprimir, no nos queda otra que priorizar esa lucha, porque sólo superando la merma de libertad podremos enfrentar la opresión cultural, sólo así encontraremos los medios y las atmósferas movilizadoras, sólo con democracia estaremos en condiciones y con energías para proponernos tareas más complicadas.

Claro que tal grado de violencia puede aplicarse impunemente sólo si hay un pueblo culturalmente deprimido, desequilibrado, menoscabado, sin brotes de identidad, que acepta esa furia animal sin rebelión, sin resistir, con la pasividad de los fallecidos. Esa represión puede adscribirse un éxito considerable, aunque parcial, puede neutralizar, paralizar, torcer y dañar, pero si se encuentra con constelaciones inapagables de cultura liberadora, no los podrá borrar para siempre, esa clase dominante no podrá asegurar su estabilidad en el poder. La salvaje reacción de las fuerzas armadas chilenas en contra de los trabajadores de la cultura se debe, a mi entender, entre otros factores, a que justamente muchos intelectuales se habían enfrentado a la opre-

sión cultural, y que el hostigamiento a los fundamentos ideológicos de la dominación, de las formas de operar del Estado, había crecido hasta una masividad irreverente y sancionable.

Así que la posposición de los problemas de la opresión cultural tiene que ser provisional. Uno de los peligros del momento para nuestra intelectualidad es una fijación obsesiva en los acontecimientos inmediatos. Esto es beneficioso en cuanto nos arrima al pulso vital, cercano, candente, de la realidad. Pero la cultura tiende a concebirse únicamente como un arma de combate contra la dictadura, desplazando otros aspectos inapreciables de lo intelectual, que no poseen efectos vistosos, contantes y sonantes, pero que pueden ser decisivos para la creación y el fortalecimiento de un país capaz de conocerse y practicarse en el lenguaje, capaz de oponer a las minorías sojuzgadoras otro concepto de nación, de naturaleza, de relaciones humanas, otros valores. En estos últimos tiempos, a medida que la dictadura hace crisis pero prorroga su estadía, nos comenzamos a demandar, más allá de la acción y la animación cultural, ¿qué pasó con Chile, qué mitos construimos o consentimos entre todos que nos condujeron a esta catástrofe, cómo pudimos habernos equivocado tanto, cómo podemos objetivar mejor nuestras experiencias para no recurrir a los mismos errores y a cultivar las mismas sectas? ¿Qué éramos, qué fuimos, qué hemos de ser? Preguntas que no se responden con facilidad y sin un esfuerzo doloroso.

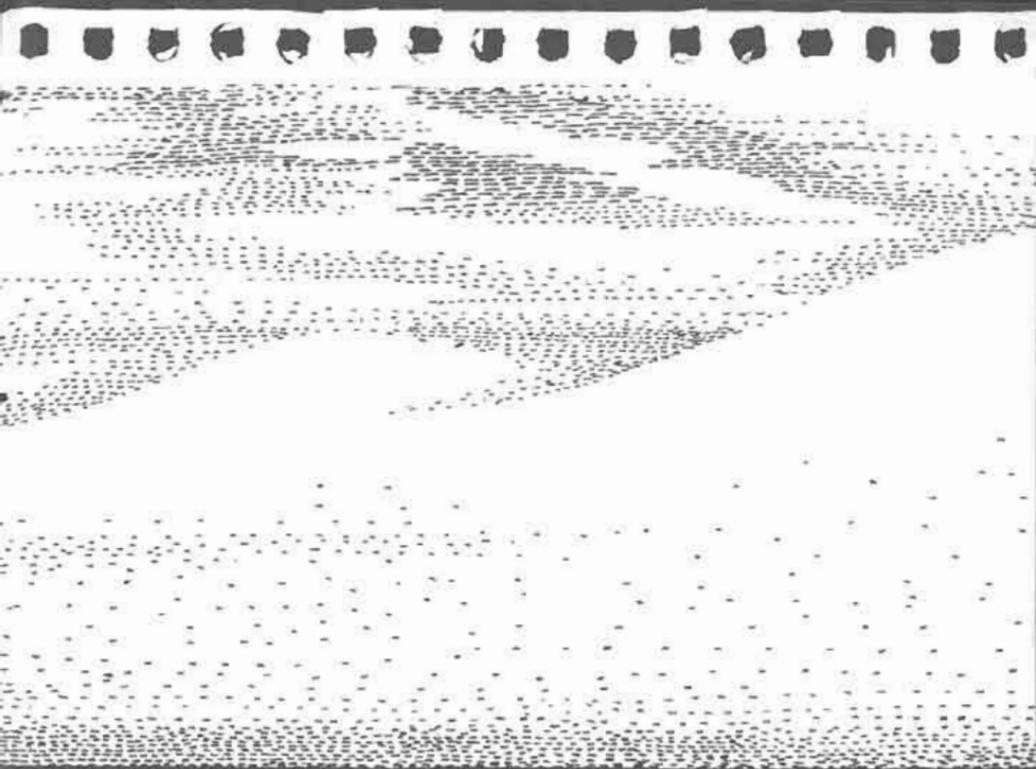
Pero estas preguntas se entremezclan con un sentido de urgencia, no se pueden suscitar en la abstracción. Iremos discutiendo también sus respuestas en tanto hoy se les pide a los intelectuales determinadas actuaciones que no pueden dejar de acometer.

Ante todo, hay que defender lo que se está atacando con tanta irracionalidad. La Junta busca cortar el país en pedacitos flotantes e inconexos, sin hilación entre sí ni hacia el pretérito. Así que tenemos que defender los órganos de la solidaridad y del corazón y de la inteligencia. Hay que mantener caliente la herencia, lo que hizo antes y sigue sirviendo y se halla amenazado. Hay que dejar intacta y tonificada la razón, y negarse a que la conviertan en una máquina de restar o de sumar fracciones. Hay que descubrir la esperanza no-retórica, y reiterar el sentido mismo, primigenio, de comunicarse. La degradación general de los instrumentos culturales en el país, su baja de nivel, la abulia, el abotogamiento, indican que el lenguaje está siendo minado. El poder dominante, que se arroga la facultad de los botones y de los altoparlantes y de las cámaras, lo sabe, y no tiene para qué argumentar, no tiene para qué convencer a nadie, no tiene para qué hacer dudar o movilizar los ánimos, no tiene para qué fecundar las emociones. Desde Chile nos llegan mensajes en que los compañeros mur-

muran acerca de la interminable tarea cotidiana de no achatarse, de seguir furiosa y tranquilamente lúcidos o siquiera lógicos, de seguir explorando los pluralismos de la semántica entre el ruido ensordecedor y a veces arrullante de marchas militares y jingles de detergente que limpia todo, incluso la conciencia.

Esto quiere decir que cuando el Estado asume plenamente su función de Intelectual Dominante, cuando ya no confía en que las formas habituales de hegemonía sirvan, ocurre a la vez que convexamente se potencia la voz y la responsabilidad del intelectual como una especie de pequeño estado. Otros sectores del pueblo han sido marginados de las decisiones, de la participación, de la expresión. Al disminuir las fronteras de lo democrático, el intelectual tiene más que pronunciar, relativamente, y se espera de él más que antes. La mordaza realza la claridad de la voz. Aumenta su resonancia, como un bardo que sobrevive necesita relatar la vida de los que naufragaron y continúan esperando el rescate.

Al prohibirse la palabra, se pone de relieve la esterilidad de tantas polémicas sobre el rol, culpable o no, del intelectual en países subdesarrollados o, por lo menos, se las posterga. El fascismo nos enseña, decreto mediante, que expresarse ya es una victoria, y que lo que habíamos expresado antes se debía a combates minúsculos de personas que no conocemos, que nuestra libertad individual es irrelevante si no se acompaña de la libertad que se construye por y para el pueblo que es su soberano y garantizador. Nuestra capacidad se ve sustentada y a la vez recibimos una lección de modestia, al fundar nuestra acción en la de un destino colectivo mayor. En todo caso, en vez de inculparnos por tener la dádiva de la palabra, deberíamos sentirnos conmovidos, agradecidos, alegres, aliviados, por disponer de algo que nos permita hablar y ser escuchados en una época en que son tantos los que merecerían esa celebración y no la tienen. Retroactivamente, esto significa valorar muchas de las contribuciones propiamente intelectuales al conocimiento y debate en el seno de la comunidad, los que antecedieron el proceso revolucionario y que durante ese período consideramos que podían postergarse o relativizarse o que brotan con toda su relevancia gracias (¿gracias?) al acorralamiento de que son objeto. Volveremos a ello más tarde, pero no cabe duda de que estamos tomando conciencia de que las tareas más típicas, eran también y son todavía esenciales para el bienestar del país y no pueden ser simplemente subordinadas o anexas. De qué manera tal revalorización puede llevarse a cabo sin volver a estatuir al intelectual o artista como una entidad separada, como una conciencia principalmente crítica que acentúa sus privilegios y derechos más que sus responsabilidades, es sin duda uno de los más interesantes problemas que se sondearán en los años a venir.



En efecto, esta revalorización del rol tradicional del intelectual compromete dos aspectos simultáneos. Por una parte, es indicio del retroceso general que sufrimos, puesto que carecemos de condiciones materiales para generar mensajes de tipo superior y de condiciones políticas para insertarnos en los sitios de mayor difusión. Cuando la colectividad se debilita, es natural recurrir a la creación más individual o solitaria. Se aprecia, además, la legitimidad y el coraje de ese tipo de expresión: hay escasos medios para difundirla, hay una ruptura con el pasado y sus estilos inapropiados, se empobrecen los vínculos y los ecos con la crítica y el público, la influencia de la voz mengua, el imperio de la clase dominante sobre la fabricación industrial del sentimiento y de los placeres se vuelve incontestable, se nos somete a innumerables coacciones y lejanías. Autonomizar el trabajo intelectual aparece casi inevitable en tales tiempos, correspondiendo a la atomización que sufre el país entero.

A la vez, y es el segundo aspecto, no podemos juzgar tal comprensión de la trascendencia de esas actividades como una consecuencia de un retroceso (lo colectivo cede a lo individual), porque también es el fruto de nuestra maduración, de una reubicación de funciones intelectuales que no habíamos atendido cuidadosamente y que nos eran propias.

Pero tampoco tal imagen es completamente cierta. No hay que simplificar el fenómeno (se debilita la clase obrera, el intelectual retorna a sus ocupaciones habituales). Las opciones del intelectual se han visto reducidas, pero no han desaparecido del todo. No hemos retornado al siglo XIX o a los orígenes, aunque el modelo económico y político quisiera verificar ese desplazamiento. La historia que ocurrió persiste en muchos bolsillos y vivencias de maneras que todavía no entendemos. Cualquiera mirada medianamente serena a los acontecimientos culturales de los últimos años nos señala que han sucedido reacomodaciones cuyo sentido recién ahora comenzamos a vislumbrar.

Fuera de la ambigua dignidad del silencio o del más ruidoso trauma del exilio, al trabajador de la cultura que decide residir en Chile siempre le queda el cultivo clandestino de sus obras. Todas estas elecciones, sin embargo, dejan incólume el poder dominante en cuanto no se le disputa su hegemonía ahí donde se ejerce: en la vida pública del país, en la existencia cotidiana. Aquí, nuevamente, el símbolo del intelectual en rebeldía frente a un Estado todopoderoso captura la imaginación pero no la quintaesencia de la situación.

Ya hemos explicado que la estructura y organización de este Estado y de su control de los aparatos ideológicos no aconseja (o permite) acceder a puestos dentro de ellos que dejarían modificar o siquiera tener ascendiente en sus modalidades. Tal

eventualidad está exonerada. La infiltración puede servir para ganarse la vida, pero no nos hagamos ilusiones sobre sus posibilidades de preponderar sobre el mundo con algún éxito.

Pero eso no significa que hayamos quedado en una condición de absoluta indefensión o que la mudez elocuente o un soneto secreto o un aullido desde el extranjero sean las únicas avenidas transitables.

Ha ido apareciendo en Chile durante los últimos años una organización de la cultura diferente a la que se podría haber pronosticado dada la ferocidad del régimen. Se trata de una contra-cultura abierta, legal (entendiendo la languidez e injusticia de tal palabra cuando la fuerza determina a cada instante las reglas del «juego»), autónoma de las instancias e instituciones oficiales. En otros estudios he analizado tal fenómeno, sus características y causas *. La inestabilidad del Estado fascista, su aislamiento interno e internacional, la vigencia a nivel de la conciencia y de los hábitos de tantos decenios de democracia y de movilización, la presencia y permeación de valores de liberación en el conjunto de la sociedad, la supervivencia de los partidos de izquierda en la clandestinidad, la masividad del compromiso intelectual durante el período de Allende y secularmente, generan esta posibilidad bastante original, no sólo en América Latina. No quiero repetir acá descripciones o argumentos que pueden encontrarse en otras partes. Lo que vale la pena destacar es la decisión, lenta, múltiple, espontánea, dirigida, de ir constituyendo tenues y primarios núcleos de poder autónomo que no están supeditados al Estado sino en cuanto éste los puede prohibir o censurar. Recordemos que una sustancial parte del trabajo intelectual y estético chileno se desplegó justamente durante años bajo el alero del Estado, con su protección y fomento, dentro de sus diversas instancias (universidades, centros municipales, bibliotecas, ministerios, etc.), especialmente a partir de 1938. Ahora de lo que se trata es de realizar materialmente una cultura que no dependa de ese poder, que se legitime por su fuerza propia, que gane su derecho a respirar al demostrar que sus pulmones son demasiados y que están entretreídos en el aire de todo el mundo. Son gérmenes de poder ideológico alternativo, de otro tipo de país y relación humana no-vertical, de una potencia cultural capaz de cantu-

* Puede consultarse mi *Culture et Résistance au Chili (Rêver, Anticiper, Préparer un monde différent)*, Document IDAC núm. 15, Institut d'Action Culturelle, Genève, 1978, y *Pequeñas Alamedas: Problemas y Perspectivas de la Cultura Chilena Actual*, en la *Revista Casa de las Américas* (1979). Es recomendable también una reseña muy hermosa de Julio Cortázar («Chile: Ganar la Calle») publicada en muchos periódicos y revistas de lengua hispana (enero de 1979). Para informarse más: de Samuel Guerrero, «Luces Nuevas en la Cultura Chilena», *Araucaria*, núm. 6, 1979.

rrrear la verdad por muy mínimos que sean sus medios para propagarla.

No creo que tal búsqueda hubiera sido exitosa sin la experiencia multiplicadora y plurifacética de la Unidad Popular, que a la vez fue la culminación del avance democrático de toda nuestra historia independiente. En realidad, se retorna, aunque parezca increíble, a los experimentos de los comienzos de la clase obrera en nuestro país, a los tiempos en que Recabarren sembraba teatro y canto y periódicos en las salitreras, lo que por lo demás puede estudiarse también en la experiencia histórica, por ejemplo, de la clase obrera alemana en la época de Bismarck, para no ir más lejos. El fascismo hace redescubrir al pueblo el valor de la cultura, no sólo como un pretexto para organizarse, sino en cuanto es necesario plantearse ambiciosamente la tarea de pensar, expresar, plasmar, gozar, el país por sus grandes mayorías. Hoy la Junta y sus voceros empiezan a inquietarse de este renacimiento, empiezan a pedir más represión todavía. Pero los centros culturales ya existen en cada población, las manifestaciones se desarrollan en barriadas, sindicatos, escuelas, parques, teatros y hasta estadios. Su masividad garantiza que habrá represión, al llamar la atención. Su masividad también garantiza su supervivencia y desarrollo.

El vigor de esta nueva cultura abierta se encuentra justamente en la progresiva unidad de pueblo y productor intelectual, de organización de masas y trabajador de la cultura, lo que significa cambios en la actitud de ambos entes que se relacionan. No quiero sugerir con esto que estemos superando las escisiones estructurales que han plagado toda nuestra historia subdesarrollada, pero sí es notorio que tal afinidad y confluencia se plantea hoy más que ayer como algo urgente si hemos de sobrevivir. Lo que no significa que el campo de influencia y experimentación no haya sido drásticamente cercenado.

Tal vez este acercamiento se origina en la herencia de la Unidad Popular. Tal vez se debe a que el intelectual se pauperiza y participa realmente en los sufrimientos y desgarros del país. Tal vez nos damos cuenta de que sin nuestro pueblo no valemos nada. Tal vez la bestialidad del golpe nos sacudió más allá de las palabras. Tal vez el intelectual colectivo que es un pueblo organizado también fue confirmando el valor de la cultura como diferenciación y coraje humano frente a torturadores y cómplices. Sea como sea, en el interior de Chile se está forjando —de una manera todavía mínima— una relación entre el productor intelectual y el pueblo que va a influir sin duda en las relaciones del primero con el Estado futuro con que suplantaremos al régimen actual.

Es evidente, entonces, que el Estado fascista, pese a significar un inmenso reflujo, nos ha ido auxiliando a situar con

mayor calma la transparencia de los problemas, forzando nuestra práctica y desnudando las prioridades. Es una lástima que necesitemos tal guía oscuro y aterrador para apreciar la luminosidad.

Pero tampoco caigamos en el triunfalismo barato. Parece inverosímil y aleccionador que la Junta haya conseguido unir, desamparándolos, al pueblo y a los intelectuales, acercándonos más que ayer. Yo me confieso hoy menos exiliado, en ese sentido, que durante todo el resto de mi vida. Pero no hay que juzgar las cosas desde ese único ángulo. Ha surgido una cantidad de nuevos problemas, más graves, y que tenemos el deber de enumerar acá. Precisamente, el primero es esta tendencia al triunfalismo. Cuando la derrota ha sido tan desproporcionada y el enemigo es tan perverso y maligno, todos aprobamos el decente impulso de exhibir el lado positivo y heroico y digno del ser humano, tratando de movilizar y animar, puesto que para tristeza basta y sobra con las de la Junta. Pero muchas veces tal propósito esconde un deseo de escabullir una reflexión más a fondo sobre el enigma nacional, lo que condujo a este pantano y este callejón con salida. Sin desmerecer entonces la prodigación de horizontes de victoria y de puños amanecidos, tenemos que realizar la crítica de los mitos, tenemos que triturar las costumbres congeladas de la mente. Construir mitos verdaderos que movilicen y a la vez desmitificar y hacer añicos falsos catecismos y prejuicios, lo que podría llamarse la lucha contra los enemigos adentro. No sé si ambas cosas serán posibles, pero ¿alguien puede pronosticar su inutilidad?

La mera enunciación de algunos de estos peligros puede ser de provecho, al menos para no reducir nuestra situación actual a esquemas y repeticiones y consignas.

Uno de los peligros se relaciona con el que acabamos de mencionar. Se trata justamente de que a veces nos falta o nos da miedo la discriminación estética. Y no me refiero solamente para el interior de la izquierda. Cuando se edifican frentes amplios antifascistas, éstos incluyen a todos, irrespectivo de sus talentos o de sus idoneidades. Se dice, con razón, que toda piedra es buena contra la dictadura. Pero no contra el fascismo interior o el atraso mental, respondería yo, no todas las piedras sirven contra los abecedarios fosilizados y autosatisfechos que socorren a las dictaduras y se instalan a su lado para reinar. Los cálculos numéricos no siempre ponderan la fuerza que tiene la cultura y la verdad. Tendemos, entonces, a asimilar y subordinar las luchas ideológicas legítimas y necesarias a las vicisitudes de una alianza política igualmente necesaria. La amplitud de ésta, que nadie negaría, nos hace perder de vista a veces muchos de los objetivos históricos que los intelectuales comprometidos y progresistas habíamos profundizado como vivencia de las condiciones del subdesarrollo

cultural en nuestras latitudes. La nueva alianza que se propone se hace demasiado a menudo asumiendo un disfraz, una autocensura, atenuando todo lo que pudiera escandalizar a nuestros aliados. Esto se da adentro y afuera del país, por igual. La búsqueda de coincidencias —en el campo cultural como en otros— sólo es posible si no desdibujamos nuestra propia voz original. Aunque esto se relaciona en gran medida con las diferencias antes citadas entre la lucha contra la represión cultural y contra la opresión cultural, no es exactamente lo mismo.

Un segundo peligro, cercano a éste, es que seguimos sin medir los efectos que encierra el imperialismo cultural, y el hecho de que hemos retrocedido tremendamente en plantearnos siquiera los problemas de dirección y participación en los aparatos reproductores de ideología. Aunque este dilema no puede resolverse abstractamente, puesto que con la pobreza no se discute, no hay que actuar como si esta dificultad hubiera desaparecido por el mero hecho de que no podemos confrontarla hoy. No basta con proclamar (yo mismo lo he hecho) las bondades de una cultura de la pobreza o de la escasez como circuito que conecta con lo real o la fuerza de las semillas de la nación oculta o lo que sea, si no comprendemos que simultáneamente los mensajes tienen propietarios y diseñadores y máquinas y tecnologías y mercados y procesos químicos y avisos publicitarios y cursos de perfeccionamiento y sentimientos enlatados.

El tercer peligro es una evidente separación entre el país exterior y el interior. Esto es menos tajante de lo que podría esperarse, debido tal vez a la integración de los intelectuales en partidos y en organizaciones de masa. Pero lo cierto es que una gran parte de los trabajadores de la cultura más conocidos de nuestro país se encuentran hoy en el destierro. La lejanía, como he tenido ocasión de comprobar personalmente al comenzar a escribir opiniones publicadas legalmente en el interior de Chile, no es computable sólo en términos geográficos. No quiero entrar acá en este tema, pero está claro que además de un enriquecimiento de la cultura nacional, esta situación puede conducir a un divorcio de idiomas, cuyos efectos sobre nuestra sensibilidad cotidiana son impredecibles. Es una forma de fragmentación adicional, que se suma a todas las anteriores. Para poner un ejemplo: afuera habitamos una sobrepolitización que en mucho se vincula a la solidaridad que es nuestra tarea estimular y con la historia real que es un deber no olvidar, mientras que adentro todo se verifica por un proceso de alegoría, ocultamiento, disfraz de lo político, que tiene ventajas desde el punto de vista de superar los públicos sectarizados y buscar un lenguaje de consenso, y desventajas en cuanto un código tiende a perder vigencia cuando desaparecen los constreñimientos que llevaron a su construcción.

Por último, no es fácil conciliar las contradicciones que siguen amontonándose adentro. El golpe produce dos efectos aparentemente antagónicos, pero quizás complementarios. Por una parte, nos indica nuestra extremada vulnerabilidad como intelectuales, hasta qué punto era falso el mito del intelectual desarraigado y cosmopolita, y esto es cierto aún para los que más se preciaban de ello y más universalistas se sentían. Hernán Valdés, en *Tejas Verdes*, relata de una manera memorable esta experiencia de impotencia. Por otra parte, aunque parezca paradójico, nos crece un sentimiento del valor de nuestro trabajo intelectual, de su sentido e importancia. Vulnerables, sí, pero significativos. Con un poder más pequeño que ayer, sin duda; pero más responsables.

Estas contradicciones se sitúan en un panorama interior complejo. Las presiones de la realidad, sus urgencias, no siempre son cómodamente atendibles, conciliables. Sabemos que pensar, escribir, pintar, crear, es un modo de solidarizarnos hoy con el Estado que queremos construir hoy mismo y mañana también, que proyectamos esa alternativa a cada rato, en nuestro arte y en nuestra vida personal. La dominación es posible porque se hace astilla en la realidad, se sumerge en ella, se disuelve en las relaciones intrapersonales. La represión se internaliza, se hace vocabulario, se endurece en emoción automática y rígida, en crueldades miserables, en mezquinas defensas, en cegueras parciales. Si al intelectual comprometido con los cambios le toca denunciar, propagar, agitar, embanderar sus habilidades, servir, le toca otra tarea más magnífica aún y que puede alimentarse de la primera, aunque a veces entra en colisión con ella. Le cabe revelar lo que hay de humano e inhumano en todo lo concreto que nos rodea y permea, asfixia y abre, le toca transformar las claves y las miradas para que sean instrumentos de convivencia y de comunicación, capaces de dar cuenta de la extraordinaria sencillez y complejidad de la situación que hacemos y sufrimos, le toca nombrar fantasmas y tentaciones que preferiríamos no existieran pero que nos encadenan con más fuerza que muchas garras físicas, que muchas alambradas. Estas urgencias son imposterables, y sin embargo parecen estarse postergando en gran medida. Porque finalmente, no podemos plantearnos el dilema del Estado como un problema del poder. Es también un problema de valores. La cultura debe definir, colectiva e individualmente, el mundo tal como es, y también los mundos tal como los quisiéramos. La cultura tiene que recordar, ante el intento oficial del olvido y la desesperación y el consuelo rosado del chicle, la posibilidad de algo diferente, la certeza de que no somos esto que los fascistas y los capitalistas nos dicen y de que los tibios y los mediocres nos quieren convencer. La cultura

es pensar y soñar un universo diferente, ser más que este cuerpo que se va a morir.

Estos peligros, y otros implícitos en la exposición anterior, sin olvidar el omnipresente recurso del enemigo a las armas frente a nuestras gloriosas letras, pueden, sin embargo, ser evitados. No lo digo tan sólo por recaer tan pronto en el optimismo acomodaticio que acabo de descartar. Cuando llegamos al gobierno popular de Salvador Allende nos dimos cuenta de que habíamos sido mal preparados en los años anteriores para las tareas colosales que nos lloverían. Nos es posible hoy afirmar que el gobierno popular, en cambio, con todas sus limitaciones, nos preparó bien para los problemas que debemos ir resolviendo en estos años que vienen. Nos fue dada una oportunidad, quizás y probablemente única, para tomar el destino en nuestras propias manos y sentir que la historia, que lo inmediato y lo lejano, la hacen mujeres y hombres comunes y corrientes y no potencias ajenas y alienantes. Yo no sé, no puedo saber, si tendremos otra ocasión liberadora como aquélla. En los años que se acercan, duros y feroces, iremos comprendiendo que lo que ahí aprendimos lealmente no sufrirá la humillación del olvido.

«... Y este Festival también es un documento nuestro, de lo que somos y de lo que creemos es cultura. Mala cosecha la de esta Viña...»

«... La Viña de la Ira crece cuando personajes públicos declaran que éste es el rostro del Chile que ríe y canta feliz, el país que se luce en Viña.»

(Artículo sobre el Festival de Viña del Mar, publicado en «Paula», núm. 317, el 26 de febrero de 1980.)





APUNTES

ALVARO MULCHEN

*Estas notas han sido tomadas de hechos de la vida real.
Sólo los nombres propios han sido cambiados.*

CARLOS, FOLKLORISTA

Un 30 de julio de 1976, Darío y Jorge fueron detenidos por individuos de civil e introducidos a un automóvil que tragó la tarde en calle Maruri. No puedo explicar lo que sentí cuando supe, con incredulidad al principio, de la detención de ambos amigos. Hoy son dos nombres más en la larga lista de desaparecidos. Y la tragedia se reduce a una sola pregunta: ¿Dónde están?

En 1978, creo que a raíz de ello, más los cientos de casos, la incertidumbre, la ira, me forzó junto a otros luchadores, continuar su labor, el ejemplo vivo, como candela imperecedera. Este homenaje sigue, continúa cada día que alzamos una canción, el trato diario con hombres y mujeres que alternamos con los jóvenes, con estudiantes. Ese destino de Darío y Jorge, dos apóstoles populares, servirá de acicate a la maravillosa labor cultural. Algún día sus nombres deberán estar inscritos para preservarlos. Por ahora los llevamos en el corazón, en silencio, tranquilos, y a cada paso que damos en la tarea que seguimos cumpliendo. Más aún, otros deben sumarse, lenta y cabalmente dispuestos para conquistar el pan dulce de cada día.

El dolor nos atrapa de repente. Los ojos bajan y nos asaltan escenas y evocaciones de esos momentos. Para nosotros están presentes, vivos, como elocuencia del presente.

Nuestra patria, formadora de nobles hombres desde el alto desierto hasta el frío austro, es el conglomerado de existencia chilena. Fauna, ríos, montañas y valles. Cuerpo, carne y sangre. Sentimiento de pulso y puñetazos del trabajador que sobrevive con fértil silencio en su corazón.

Frente a la mediocridad debemos confundirnos en el testimonio, clave de la realidad, dura, inhumana. Hoy miles de voces elevan un predicamento: libertad; incluso aquéllos que ayer facilitaron la ascensión de los «torpes». Pero no nos preocupemos. El mal suele matar su propio mal.

ORLANDO, EMPLEADO

He vivido estos años con la muerte, bajo la amenaza de desaparecer de repente yendo calle abajo, a la salida de un café, al entrar en un almacén, al llegar a mi casa. Una existencia sin raíces ni futuro, una larga pesadilla de vejaciones.

Me obligué a olvidar nombres, direcciones, números de teléfonos y perdí la memoria. A veces he llegado a sentirme planta, pero sin follaje, inerte.

En algún momento sentí que no servía para nada porque había perdido fe y esperanza. Sin coraje para nada, avergonzado de comer, de dormir en mi cama y de esforzarme por el pan. ¿Puede un ser humano llegar a esa ignominia? Y, sin embargo, con los días, uno llega a acostumbrarse.

Pero había siempre una profunda alegría al encontrar a un conocido, a un amigo, a un compañero de otros días. Es cierto que no hacíamos otra cosa que intercambiar historias de horror. Pero sólo ver que seguían respirando y caminando fue el comienzo de la recuperación. (Y esto forma capítulo aparte.)

RODOLFO, PROFESOR

A medio día pude salir a la calle 10 de julio, después de sortear las calles ametralladas. Había recogido un paquete de libros que alguien dejó en una zanja al huir de las ráfagas.

Caminaba a buen paso hacia oriente. La edificación baja permitía ver los humos que partían de La Moneda y las clavadas de los aviones del general Leigh. Me detuve al llegar a Arturo Prat. Vi entonces los cohetes saliendo de debajo de las alas y explotando a continuación en el edificio donde luchaban Allende y un puñado de patriotas. Yo sentía odio, furor, impotencia. Cada impacto destruía alegrías, trabajos esperanzas.

Entonces miré hacia el sur, siguiendo el rápido vuelo de los bombarderos, y al hacerlo, me fijé que en la vereda del frente había un grupo de unas 30 personas, en su mayoría de buena pinta, calzado, corbatas, telas, abrigos: todo bueno, en apariencia. La típica clase media, campeona del acaparamiento, de la copucha y de la histeria. Y a cada impacto sobre La Moneda, aplaudían...

Se me aflojaron las rodillas, me sentí cansado hasta el agotamiento. Esas personas aplaudiendo el asesinato de nuestra República, riéndose de la sangre que empezaba a correr por las calles, regocijándose de la caída de las Grandes Esperanzas que el pueblo forjó en su lucha, me oscureció el alma. Fue el momento más doloroso de ese día trágico. Los vi transformarse en pura dentadura, pura nariz, puro vientre y patas.

Ahora he vuelto a ver a esas mismas personas. Han pasado algunos años. No sé si se avergüenzan de los aplausos de ese día, pero sí tienen una conducta diametralmente contraria. Son antifascistas porque han eliminado —al parecer— el veneno que les habían inyectado; son solidarios con los perseguidos (y a veces han sido azotados con el mismo látigo); participan, cooperan, se arriesgan como nosotros. Esta experiencia me alienta mucho. Significa que las personas pueden cambiar. Significa que lo que hemos estado sufriendo es sólo una etapa de una lucha larga y que podemos albergar la esperanza cierta de que volveremos a encontrar la dignidad de todos.

CECILIA, PINTORA

Me han cambiado el alma estos fascistas. Siento odios, fobias que antes no imaginé. Es como descubrir colores innobles en un paisaje terso.

En mi amargura, sueño con un mundo sin fuerzas armadas. Es una capa de la sociedad que no produce, sólo consume. El uniformado deja de ser hombre y se convierte en una máquina programada. Pierde el raciocinio, se geometriza y termina por creerse superior al que lo viste, lo alimenta, le permite vivir.

La defensa de la patria, sí... Pero hay países que no tienen soldados y tienen patria y libertad. Los griegos eran todos soldados cuando llegaban la emergencia de defenderse de sus enemigos. ¿No podríamos nosotros vivir también así?

Me dicen que en cualquier cambio hay que contar con ellos y que existen algunos inteligentes y de sentimientos democráticos. Pero el otro día fue mi marido a los baños turcos y estuvo en una sala con cinco o seis coroneles y generales. Comentaban lo de los cadáveres de Lonquén y Yumbel y todos ellos estaban de acuerdo en que los autores merecían castigo por «no saber hacer bien las cosas», es decir, por haber dejado huellas de sus crímenes.

De mi paleta quisiera desterrar, hoy, ciertos colores, todos ellos más o menos grises.

Sí; me han cambiado el mundo armonioso en su tumulto y me han creado sentimientos destructivos. Quisiera volver a respirar.

MARIA, ABUELA

Setiembre.

La primavera florecida por las grandes alamedas.

Esa noche, cómo saltamos, corrimos y cantamos; cómo nos abrazamos. Hasta romper algunas costillas; (¿te acuerdas, Estela?).

Con los pies firmes sobre la tierra, mirábamos hacia el futuro y queríamos construir. Aprendíamos tantas cosas. La solidaridad: colchones y fonolas bajo la lluvia para la casa nueva; (no lo has olvidado, Manuel). La alegría del trabajo compartido (no la olvidaremos); las dificultades, superadas o no (hay que recordarlas); los errores, las advertencias desestimadas (no debemos olvidarlos); y tantas, tantas...

Y de pronto —otra vez setiembre— la barbarie, la sinrazón, la bestialidad: el fascismo. Nos remeció hasta las entrañas.

Las entrañas, sí. Otoño, casi abril.

...Y es lindo —nos dijo— tienen que alegrarse también, voy a tener un hijo, es lindo.

Y el padre severo, comprendió; y la madre-mujer a la madre naturaleza que en la hija, avasalladora, continuaba el ciclo espiral.

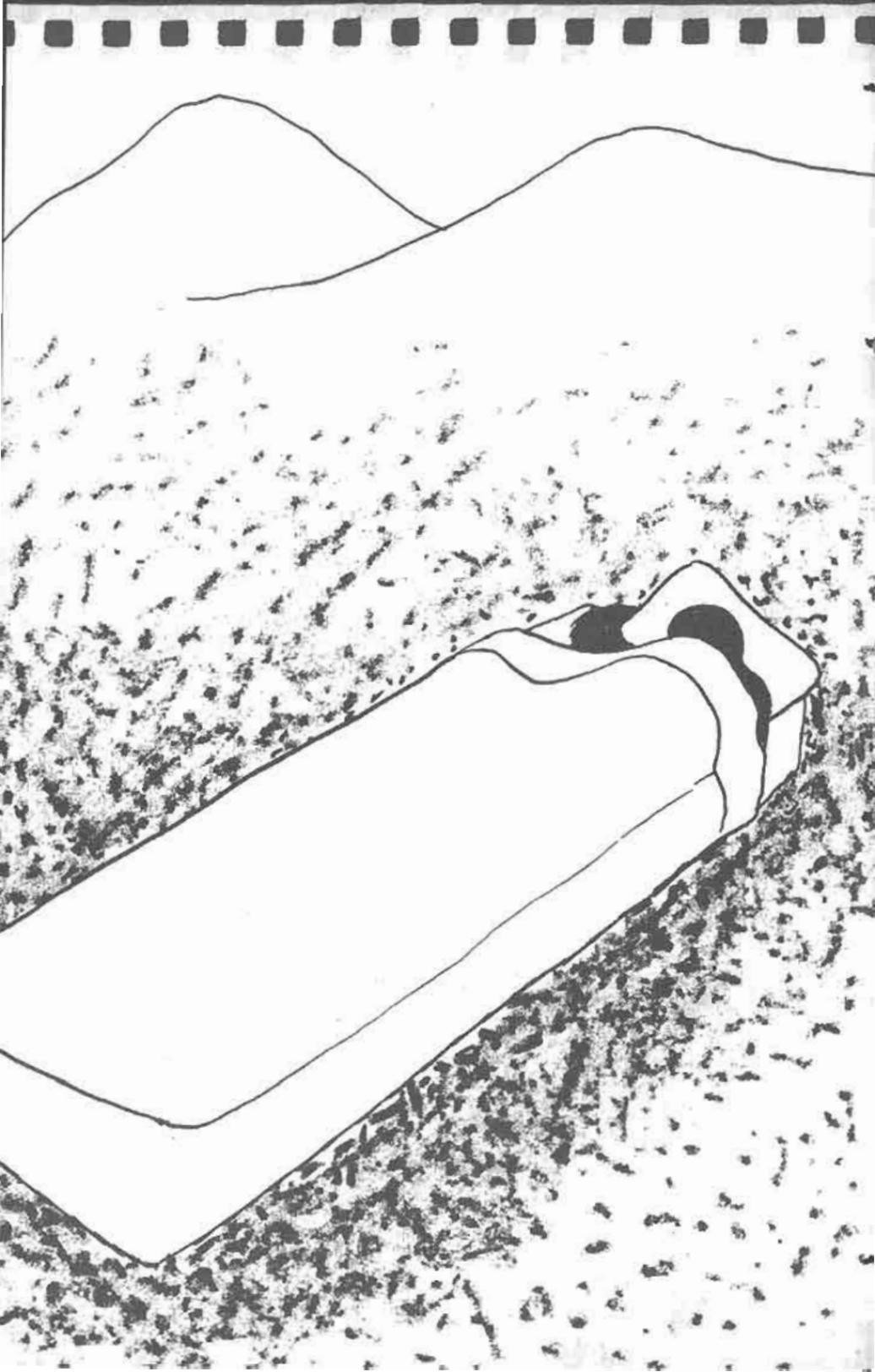
Pero no era así. El cataclismo conmovió sus entrañas y pretendió engañarla. No era un hijo, fue el terror, el desconocido horror de esos meses.

Ayer, al pasar por mi calle, me gritó el árbol que en estos seis años han cercenado tres veces, para que lo admirase: su tronco tronchado —pleno de vigor y riqueza— ha estallado en verdor.

«Si a mí me dicen que la salud debe autofinanciarse, que la educación debe autofinanciarse, entonces yo exijo que las Fuerzas Armadas también se autofinancien... Las tres cosas son una imbecilidad...»

(Palabras de Joaquín Luco, Premio Nacional de Ciencias, en entrevista de Televisión. Recogidas por revista «Hoy», núm. 132, 30 de enero de 1980.)





AMERICA LATINA: EXILIO Y LITERATURA

JULIO CORTAZAR

Lo que sigue es una tentativa de aproximación parcial a los problemas que plantea el exilio en la literatura, y a su consecuencia forzosa, la literatura del exilio. No tengo ninguna aptitud analítica; me limito aquí a una visión muy personal, que no pretendo generalizar sino exponer como simple aporte a un problema de infinitas facetas.

Hecho real y tema literario, el exilio domina en la actualidad el escenario de la literatura latinoamericana. Como hecho real, de sobra conocemos el número de escritores que ha debido alejarse de sus países; como tema literario, se manifiesta obviamente en poemas, cuentos y novelas de muchos de ellos. Tema universal, desde las lamentaciones de un Ovidio o de un Dante Alighieri, el exilio hoy es una constante en la realidad y en la literatura latinoamericanas, empezando por los países del llamado Cono Sur y siguiendo por el Brasil y no pocas naciones de América Central. Esta condición anómala del escritor abarca a argentinos, chilenos, uruguayos, paraguayos, bolivianos, brasileños, salvadoreños, haitianos, dominicanos, y la lista no se detiene ahí. Por «escritor» entiendo sobre todo al novelista y al cuentista, es decir, a los escritores de invención y de ficción; a la par que ellos incluyo al poeta, cuya especificidad nadie ha podido definir pero que forma cuerpo común con el cuentista y el novelista en la medida en que todos ellos juegan su juego en su territorio dominado por la analogía, las asociaciones libres, los ritmos significantes y la tendencia a expresarse a través o desde vivencias y empatías.

Al tocar el problema del escritor exiliado, me incluyo actualmente entre los innumerables protagonistas de la diáspora. La diferencia está en que mi exilio se ha vuelto forzoso en estos últimos años; cuando me fui de la Argentina en 1951, lo hice por mi propia voluntad y sin razones políticas o ideológicas apremiantes. Por eso, durante más de veinte años pude viajar con frecuencia a mi país, y sólo a partir de 1974 me vi obligado a considerarme como un exiliado. Pero hay más y peor: al exilio que podríamos llamar físico habría de sumarse el año pasado un exilio cultural, infinitamente más penoso para un escritor que trabaja en íntima relación con su contexto nacional y lingüístico; en efecto, la edición argentina de mi último libro de cuentos fue prohibida por la junta militar, la que sólo la hubiera autorizado si yo condescendía a suprimir dos relatos que considera lesivos para ella o para lo que ella representa como sistema de represión o de alienación. Uno de esos relatos se refería indirectamente a la desaparición de personas en el territorio argentino; el otro tenía por tema la destrucción de la comunidad cristiana del poeta nicaragüense Ernesto Cardenal en la isla de Solentiname.

Como se ve, puedo hoy sentir el exilio desde dentro, es decir, paradójicamente, desde fuera. Años atrás, cada vez que me fue dado participar en la defensa de las víctimas de cualquiera de las dictaduras de nuestro continente, a través de organismos como el Tribunal Bertrand Russell II o de la Comisión de Helsinki, no se me hubiera ocurrido situarme en el mismo plano que los exiliados latinoamericanos, puesto que jamás había considerado mi lejanía del país como un exilio, y ni siquiera como un auto-exilio. Para mí al menos, la noción de exilio comporta una compulsión, y muchas veces una violencia. Un exiliado es casi siempre un expulsado, y ése no era mi caso hasta hace poco. Quiero aclarar que no he sido objeto de ninguna medida oficial en ese sentido, y es muy posible que si quisiera viajar a la Argentina podría entrar en ella sin dificultad; lo que sin duda no podría es volver a salir, aunque desde luego la junta militar no reconocería ninguna responsabilidad en lo que pudiera sucederme; es bien sabido que en la Argentina la gente desaparece sin que, oficialmente, se tenga noticia de lo que ocurre.

Así, entonces, asumiendo y viviendo la condición de exiliado, quisiera hacer algunas observaciones sobre algo que tan de cerca nos toca a los escritores. Mi intención no es una autopsia sino una biopsia; mi finalidad no es la deploración sino la respuesta más activa y eficaz posible al genocidio cultural que crece de día en día en tantos países latinoamericanos. Dirá más, a riesgo de rozar la utopía: creo que las condiciones están dadas entre nosotros los escritores exiliados, para superar el desgarramiento, el desarraigo que nos imponen las dictaduras, y devolver a nuestra manera específica el golpe que nos inflige cada nuevo exilio. Pero para ello habría que superar algunos malentendidos de raíz romántica y humanista, y, por decirlo de una vez, anacrónica, y plantear la condición del exilio en términos

que superen su negatividad, a veces inevitable y terrible, pero a veces también estereotipada y esterilizante.

Hay, desde luego, el traumatismo que sigue a todo golpe, a toda herida. El escritor exiliado es en primer término una *mujer* o un *hombre* exiliados, es alguien que se sabe despojado de todo lo suyo, muchas veces de una familia y en el mejor de los casos de una manera y un ritmo de vivir, un perfume del aire y un color del cielo, una costumbre de casas y de calles y de bibliotecas y de perros y de cafés con amigos y de periódicos y de músicas y de caminatas por la ciudad. El exilio es la cesación del contacto de un follaje y de una raigambre con el aire y la tierra connaturales; es como el brusco final de un amor, es como una muerte inconcebiblemente horrible porque es una muerte que se sigue viviendo conscientemente, algo como lo que Edgar Allan Poe describió en ese relato que se llama *El entierro prematuro*.

Ese traumatismo harto comprensible determinó desde siempre y sigue determinando que un cierto número de escritores exiliados ingresen en algo así como una penumbra intelectual y creadora que limita, empobrece y a veces aniquila totalmente su trabajo. Es tristemente irónico comprobar que este caso es más frecuente en los escritores jóvenes que en los veteranos, y es ahí donde las dictaduras logran mejor su propósito de destruir un pensamiento y una creación libres y combativos. A lo largo de los años he visto apagarse así muchas jóvenes estrellas en un cielo extranjero. Y hay algo aún peor, y es lo que podríamos llamar el exilio interior, puesto que la opresión, la censura y el miedo de nuestros países han aplastado «in situ» muchos jóvenes talentos cuyas primeras obras tanto prometían. Entre los años 55 y 70 yo recibía cantidad de libros y manuscritos de autores argentinos noveles, que me llenaban de esperanza; hoy no sé nada de ellos, sobre todo de los que siguen en la Argentina. Y no se trata de un proceso inevitable de selección y decantación generacional, sino de una renuncia total o parcial que abarca un número mucho mayor de escritores que el previsible dentro de condiciones normales.

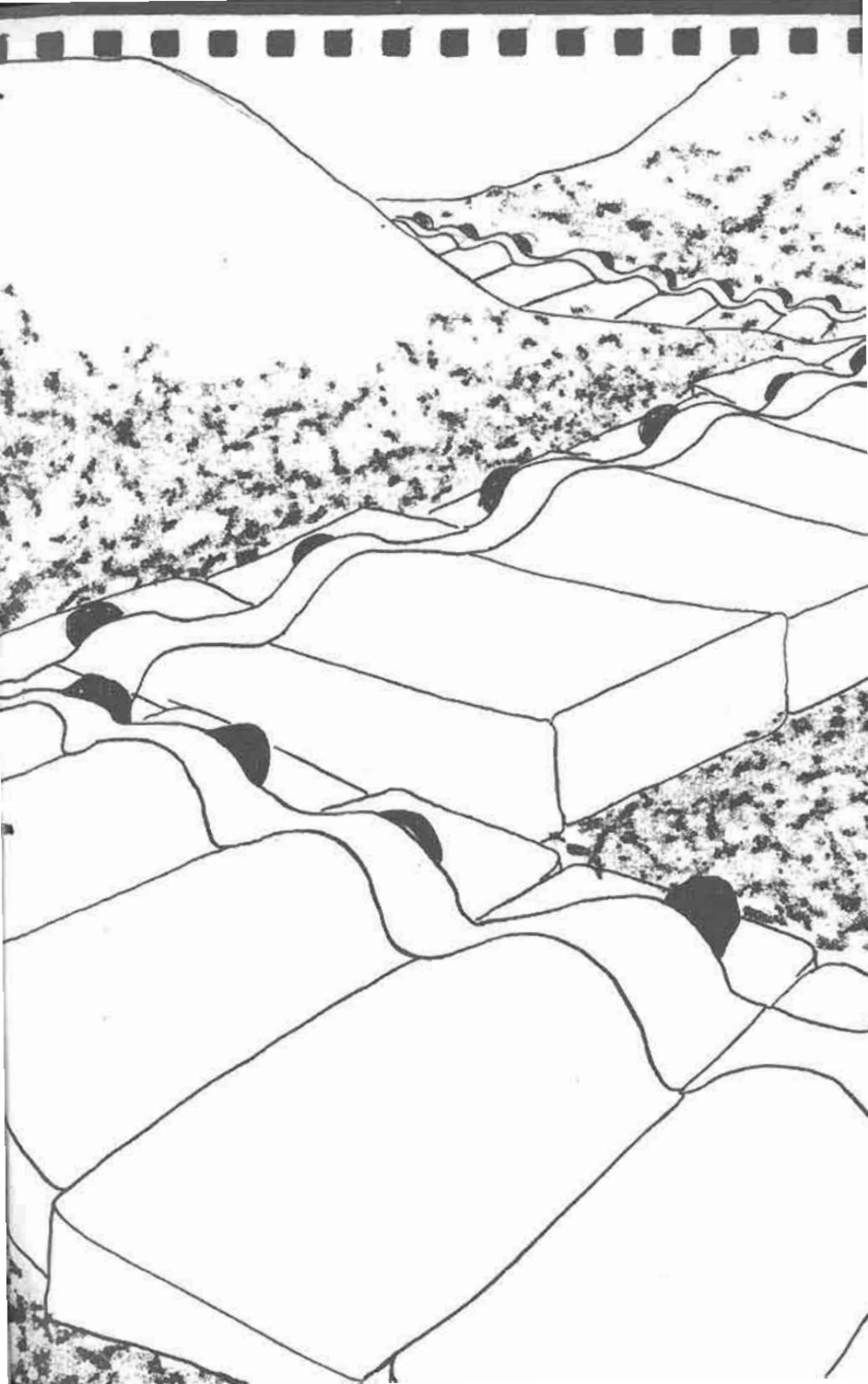
También por eso resulta tristemente irónico verificar que los escritores exiliados en el extranjero, sean jóvenes o veteranos, se muestran en conjunto más fecundos que aquellos a quienes las condiciones internas acorralan y hostigan. Pero en todas las formas del exilio la escritura se cumple dentro o después de experiencias traumáticas que la producción del escritor reflejará inequívocamente en la mayoría de los casos.

Frente a esa ruptura de las fuentes vitales que neutraliza o desequilibra la capacidad creadora, la reacción del escritor asume aspectos muy diferentes. Entre los exiliados fuera del país, una pequeña minoría cae en el silencio, obligada muchas veces por la necesidad de reajustar su vida a condiciones y a actividades que la alejan forzosamente de la literatura como tarea esencial. Pero casi todos los otros exiliados siguen escribiendo, y sus reacciones son perceptibles a través

de su trabajo. Están los que casi proustianamente parten desde el exilio a una nostálgica búsqueda de la patria perdida; están los que dedican su obra a reconquistar esa patria, integrando el esfuerzo literario en la lucha política. En los dos casos, a pesar de su diferencia radical, suele advertirse una semejanza: la de ver en el exilio un disvalor, una derogación, una mutilación contra la cual se reacciona en una u otra forma. Hasta hoy no me ha sido dado leer muchos poemas, cuentos o novelas de exiliados latinoamericanos en los que la condición que los determina, esa condición específica que es el exilio, sea objeto de una crítica interna que la anule como disvalor y la proyecte a un campo positivo. Se parte casi siempre de lo negativo (desde la deploración hasta el grito de rebeldía que puede surgir de ella) y apoyándose en ese mal trampolín que es un disvalor se intenta el salto hacia adelante, la recuperación de lo perdido, la derrota del enemigo y el retorno a una patria libre de déspotas y de verdugos.

Personalmente, y sabiendo que estoy en el peligroso filo de una paradoja, no creo que esta actitud con respecto al exilio dé los resultados que podría alcanzar desde otra óptica, en apariencia irracional pero que responde, si se la mira de cerca, a una *toma de realidad* perfectamente válida. Quienes exilian a los intelectuales consideran que su acto es positivo, puesto que tiene por objeto eliminar al adversario. ¿Y si los exiliados optaran también por considerar como positivo ese exilio? No estoy haciendo una broma de mal gusto, porque sé que me muevo en un territorio de heridas abiertas y de irrestañables llantos. Pero sí apelo a una distanciaci3n expresa, apoyada en esas fuerzas interiores que tantas veces han salvado al hombre del aniquilamiento total, y que se manifiestan entre otras formas a través del sentido del humor, ese humor que a lo largo de la historia de la humanidad ha servido para vehicular ideas y praxis que sin 3l parecerían locura o delirio. Creo que más que nunca es necesario convertir la negatividad del exilio —que confirma así el triunfo del enemigo— en una nueva toma de realidad, una realidad basada en valores y no en disvalores, una realidad que el trabajo específico del escritor puede volver positiva y eficaz, invirtiendo así por completo el programa del adversario y saliéndole al frente de una manera que éste no podía imaginar.

Me referiré otra vez a mi experiencia personal: si mi exilio físico no es de ninguna manera comparable al de los escritores expulsados de sus países en los últimos años, puesto que yo me marché por decisi3n propia y ajusté mi vida a nuevos parámetros a lo largo de más de dos décadas, en cambio mi reciente exilio cultural, que corta de un tajo el puente que me unía a mis compatriotas en cuanto lectores y críticos de mis libros, ese exilio insoportablemente amargo para alguien que siempre escribió como argentino y amó lo argentino, no fue para mí un traumatismo negativo. Salí del golpe con el sentimiento de que ahora sí, ahora la suerte estaba verdaderamente echada, ahora tenía que ser la batalla hasta el fin. El sólo pensar en todo lo que el exilio cultural tiene de alienante y de pauperizante para



miles y miles de lectores que son mis compatriotas, como lo son de tantos otros escritores cuyas obras están prohibidas en el país, me bastó para reaccionar positivamente, para volver a mi máquina de escribir y seguir adelante mi trabajo, apoyando todas las formas inteligentes de combate. Y si quienes me cerraron el acceso cultural a mi país piensan que han completado así mi exilio, se equivocan de medio a medio. En realidad me han dado una beca de *full-time*, una beca para que me consagra más que nunca a mi trabajo, puesto que mi respuesta a ese fascismo cultural es y será multiplicar mi esfuerzo junto a todos los que luchan por la liberación de mi país. Desde luego no voy a dar las gracias por una beca de esa naturaleza, pero la aprovecharé a fondo, haré del disvalor del exilio un valor de combate.

Inútil es decir que no pretendo extrapolar mi reacción personal y pretender que todo escritor exiliado la comparta. Simplemente creo factible invertir los polos en la noción estereotipada del exilio, que guarda aún connotaciones románticas de las que deberíamos librarnos. El hecho está ahí: nos han expulsado de nuestras patrias. ¿Por qué colocarnos en su tesitura y considerar esa expulsión como una desgracia que sólo negativamente puede determinar nuestras reacciones? ¿Por qué insistir cotidianamente en artículos y en tribunas sobre nuestra condición de exiliados, subrayándola casi siempre en lo que tiene de más penoso, que es precisamente lo que buscan aquellos que nos cierran las puertas del país? Exiliados, sí. Punto. Ahora hay otras cosas que escribir y que hacer; como escritores exiliados, desde luego, pero con el acento en escritores. Porque nuestra verdadera eficacia está en sacar el máximo partido del exilio, aprovechar a fondo esas siniestras becas, abrir y enriquecer el horizonte mental para que cuando converja otra vez sobre lo nuestro lo haga con mayor lucidez y mayor alcance. El exilio y la tristeza van siempre de la mano, pero con la otra mano busquemos el humor: él nos ayudará a neutralizar la nostalgia y la desesperación. Las dictaduras latinoamericanas no tienen escritores sino escribas: no nos convirtamos nosotros en escribas de la amargura, del resentimiento o de la melancolía. Seamos realmente libres, y para empezar librémonos del rótulo conmisericordioso y lacrimógeno que tiende a mostrarse con demasiada frecuencia. Contra la autocompasión es preferible sostener, por demencial que parezca, que los verdaderos exiliados son los regímenes fascistas de nuestro continente, exiliados de la auténtica realidad nacional, exiliados de la justicia social, exiliados de la alegría, exiliados de la paz. Nosotros somos más libres y estamos más en nuestra tierra que ellos. He hablado de demencia; también ella, como el humor, es una manera de romper los moldes y abrir un camino positivo que no encontraremos jamás si seguimos plegándonos a las frías y sensatas reglas del juego del enemigo. Polonio dice de Hamlet: «hay un método en su locura». Tiene razón, porque aplicando su método demencial Hamlet triunfa al fin; triunfa como un loco, pero jamás un cuerdo hubiera echado abajo el sistema despótico que ahoga a Dinamarca. La vida de Ofelia, de Laertes y la suya son el terrible

precio de esta locura, pero Hamlet acaba con los asesinos de su padre, con el poder basado en el terror y la mentira, con la junta de su tiempo. En esa locura hay un método, y para nosotros un ejemplo. Inventemos en vez de aceptar los rótulos que nos pegan. Definámonos contra lo previsible, contra lo que se espera convencionalmente de nosotros.

Estoy seguro de que esto es posible, pero también de que nadie lo logra sin dar un paso atrás en sí mismo para verse de nuevo, para sacar por lo menos ese partido del exilio. La toma de realidad a que aludí antes no será posible sin una autocrítica que por fin y de una buena vez nos quite algunas de las vendas que nos tapan los ojos.

En ese sentido todo escritor honesto admitirá que el desarraigo conduce a esa revisión de sí mismo. En términos compulsivos y brutales tiene el mismo efecto que en otros tiempos se buscaba en América Latina con el famoso «viaje a Europa» de nuestros abuelos y nuestros padres. Lo que ahora se da como forzado era entonces una decisión voluntaria y gozosa, era el espejismo de Europa como catalizadora de fuerzas y talentos todavía en embrión. Ese viaje de un chileno o un argentino a París, Roma o Londres era un viaje iniciático, un espaldarazo insustituible, el acceso al Santo Graal de la sapiencia de occidente. Afortunadamente estamos saliendo más y más de esa actitud de colonizados mentales que pudo tener su justificación histórica y cultural en otros tiempos pero que el empequeñecimiento y la simultaneización del planeta ha vuelto anacrónica. Y sin embargo resta una analogía entre el maravilloso viaje cultural de antaño y la expulsión despiadada del exilio: la posibilidad de esa re-visión de nosotros mismos en tanto que escritores arrancados de nuestro medio.

Ya no se trata de aprender de Europa, puesto que incluso podemos hacerlo lejos de ella aprovechando la ubicuidad cultural que permiten los *mass media* y los *happy few media*; se trata sobre todo de indagarnos como individuos pertenecientes a pueblos latinoamericanos, de indagar por qué perdemos las batallas, por qué estamos exiliados, por qué vivimos mal, por qué ni gobernar ni echar abajo a los malos gobiernos, por qué tendemos a sobrevalorar nuestras aptitudes como máscara de nuestras ineptitudes. En vez de concentrarnos en el análisis de la idiosincrasia, la conducta y la técnica de nuestros adversarios, el primer deber del exiliado debería ser el de desnudarse frente a ese terrible espejo que es la soledad de un hotel en el extranjero y allí, sin las fáciles coartadas del localismo y de la falta de términos de comparación tratar de verse como realmente es.

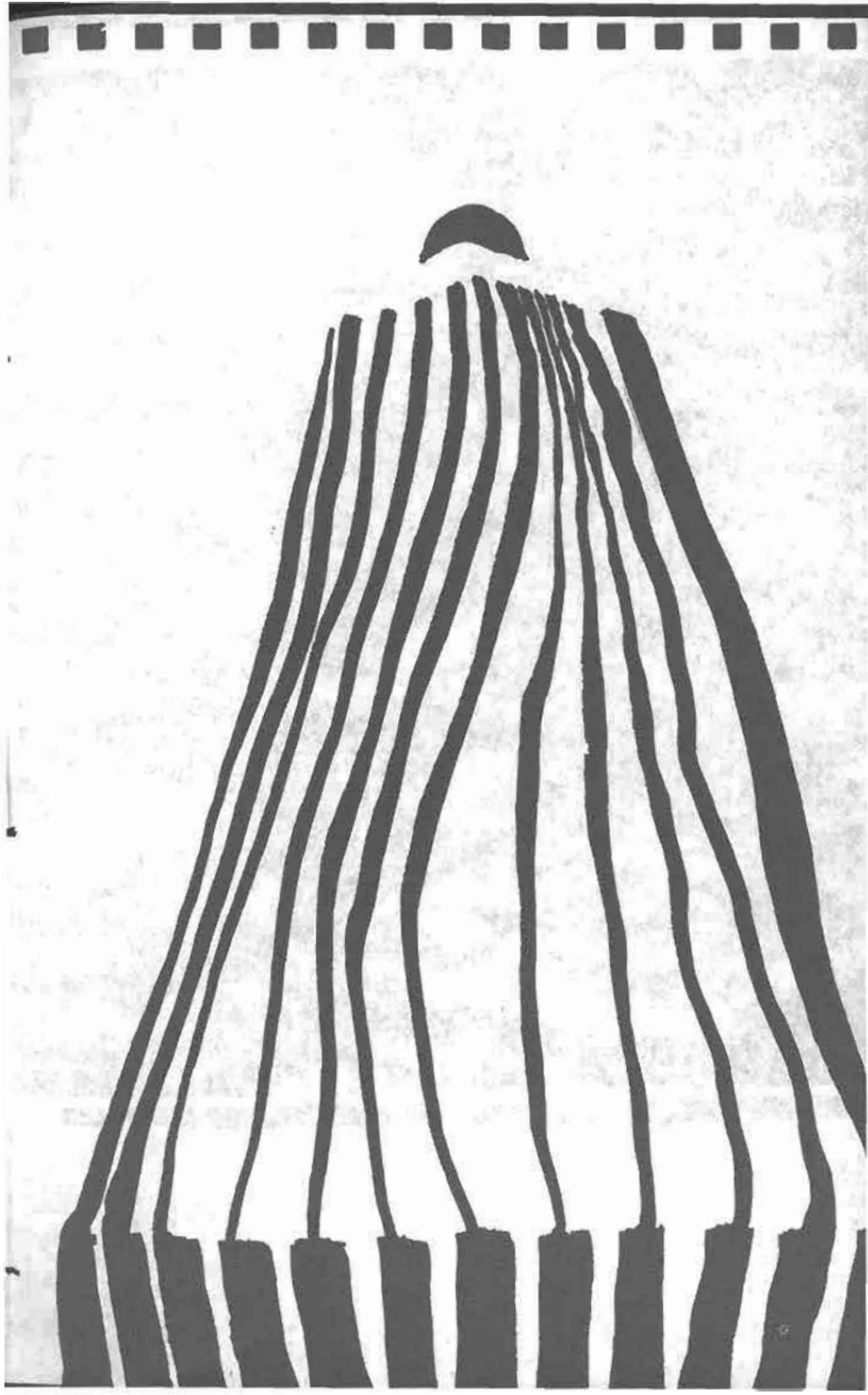
Muchos lo han hecho a lo largo de estos años, incluso valiéndose de su literatura como terreno de rechazo y de reencuentro con ellos mismos. Es fácil identificar a los escritores que se han sometido a ese examen despiadado, pues la índole de su creación refleja no sólo la batalla en sí sino las nuevas inflexiones del pensamiento y de la praxis. Por un lado están los que dejan de escribir para entrar en un terreno de acción personal, y por otro los que siguen escribiendo como forma

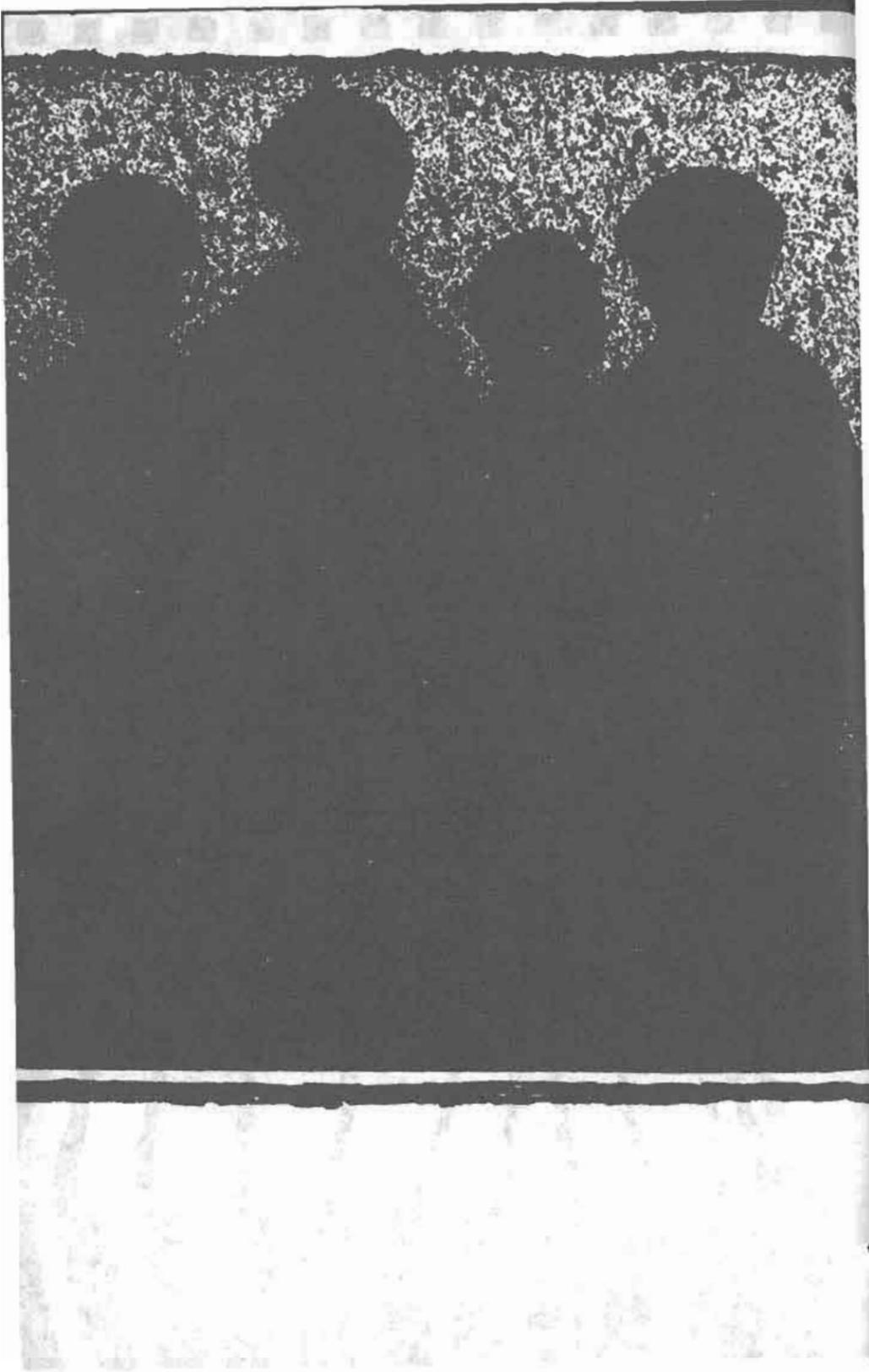
específica de acción pero ahora desde ópticas más abiertas, desde nuevos y más eficaces ángulos de tiro. En los dos casos el exilio ha sido superado como disvalor; en cambio quienes callan para no hacer nada, o siguen escribiendo como habían escrito siempre, se vuelven ineficaces puesto que acatan el exilio como negatividad.

En la medida en que seamos capaces de esta cura crítica de todo aquello que haya podido contribuir a llevarnos al exilio, y que sería demasiado fácil e hipócrita achacar exclusivamente al adversario, prepararemos desde ahora las condiciones que nos permitan luchar contra él y retornar a la patria. Ya lo sabemos: poco pueden los escritores contra la máquina del imperialismo y el terror fascista en nuestras tierras; pero es evidente que en el curso de los últimos años la denuncia por vía literaria de esa máquina y de ese terror ha logrado un impacto creciente en los lectores del extranjero, y por consiguiente una mayor ayuda moral y práctica a los movimientos de resistencia y de lucha. Si por un lado el periodismo honesto informa cada vez más al público en ese terreno, cosa fácilmente comprobable en Francia, a los escritores latinoamericanos en exilio les toca sensibilizar esa información, inyectar esa insustituible corporeidad que nace de la ficción sintetizadora y simbólica de la novela, el poema o el cuento que encarnan lo que jamás encarnarán los despachos del télex o los análisis de los especialistas. Por cosas así, claro está, las dictaduras de nuestros países temen y prohíben y queman los libros nacidos en el exilio de dentro y de fuera, pero también eso, como el exilio en sí, debe ser valorizado por nosotros. Ese libro prohibido o quemado no era del todo bueno; escribamos ahora otro mejor.

«Para nosotros oficialmente la casa de Pablo Neruda en Isla Negra no existe, o fue construida en forma ilegal.»

(Declaraciones de Violeta Catalán de Pizarro, alcaldesa de El Quilco, reproducidas en «Hoy», núm. 130, el 16 de enero de 1980.)





GUILLERMO ATÍAS: LOS DIAS DE LA CONTRACORRIENTE

VOLODIA TEITELBOIM

El escritor chileno Guillermo Atías, exiliado en Francia, aquel día se levantó temprano, aunque sentía cierta extraña fatiga. Exceso de trabajo, se dijo. Total: también en París la vida puede ser dura. Juntar la plata para mantenerse con María, su mujer, los tres hijos, Carmen, 16 años, Santiago, 13, y Andrés, 10, cuesta bastante. Pero esa mañana, a pesar del cansancio, tenía que hacer el viaje. Hasta debiera estar contento. Le darían un buen trabajo en la Ecole Normal de Saint-Cloud. Todo estaba arreglado. Puso en marcha el pequeño automóvil y se hundió en el tráfico de la ciudad, tratando de eludir los embotellamientos... Debía llegar a la hora.

Hasta el momento vamos bien. Ningún «embouteillage» serio. Aceleró. Entonces sintió que el pecho se le rompía. No pudo más: soltó el volante. Se llevó las manos al corazón. El auto se estrelló contra una muralla. El infarto fue fulminante. Cuando llegó la Policía y la Asistencia Pública, el médico no pudo más que confirmar el deceso. Tras algunas conversaciones se programó su incineración, en París.

Un año antes había muerto en Santiago su hermano Waldo, un revolucionario, un escritor. Ambos se caracterizaban por la discreción, proveniente de una mezcla de antiapariencia, inteligencia bondadosa, dignidad y modestia irónica. Los dos valían más allá de los laureles.

Sus colegas de oficio tenían confianza en Guillermo Atías. Fue durante varios años Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.

En los últimos meses soñó con participar en el Congreso de Escritores chilenos del interior y del exilio, que debía realizarse en Santiago. No pudo hacerlo porque Pinochet lo prohibió. Postergó su decisión. Volvería. Ahora sólo regresarán sus cenizas. Pero, aparte de lo dicho, ¿quién era Guillermo Atías?

Hace un par de años la revista soviética «Literatura Extranjera» me pidió que escribiera una especie de introducción a su novela entonces inédita: *La Contracorriente*. Después se dio a la estampa en francés, bajo el nombre *Le sang dans la rue*. Lo sintomático, que habla de la anormalidad de la situación, es que aún continúa sin editarse en su lengua original. «Literatura Extranjera» había publicado antes otra novela suya, *Y corría el billete*. Debo aclarar que esa revista tiene un tiraje superior al millón de ejemplares. Acallado en Chile, Atías llegaba ampliamente al lector de otros idiomas y latitudes.

De aquel prefacio tomo hoy la parte esencial.

* * *

Guillermo Atías pugnó, como otros de su generación, por liberar a la novela chilena de sus inhibiciones.

Nació el 6 de febrero de 1917 en Ovalle, un pueblo de ese Norte Chico chileno que Gabriela Mistral —también oriunda de dichas comarcas— llamó «patria chiquita». «En geografía, como en amor —ella escribe—, el que no ama minuciosamente, virtud a virtud, y facción a facción, el atolondrado que suele ser un vanidosillo que mira conjuntos kilométricos y no conoce detalles ni ve ni entiende ni ama tampoco»¹. Es la tierra de los valles transversales. Allí los Andes y la Cordillera de la Costa juegan a encontrarse. Encierran lenguas de territorio y forman microcosmos y microclimas que se salvan de las arideces del gran páramo vecino y están a cubierto de los fríos del sur. La Mistral considera a la suya «zona de transición». «Se llama así —dice— porque en ella el desierto cede, con valles, todavía pequeños, pero muy fértiles». La región, a su entender, «contiene a la patria entera, y no es un muñón, su cola o cintura».

Atías no se siente un devoto creyente de su aldea. Ni un sentimental del terruño. Después de pasar por Quillota, a partir de la primera juventud su vida se hace santiaguina. Literariamente hablando, por regla general, se adscribe a un determinado grupo de escritores conocido como la «Generación del 38». El número no sólo se refiere a su aparición en escena. La fecha alude a la definición social de sus miembros y a una participación de la mayoría de ellos en acontecimientos políticos como el triunfo del Frente Popular, que, precisamente en ese año, alcanzó la presidencia de la República con el radical Pedro Aguirre Cerda. Su Ministro de Salud y Asistencia Social era un joven socialista, Salvador Allende. 1938 señala de algún modo un antecedente válido para la Unidad Popular, que treinta y

¹ Breve descripción de Chile.

dos años más tarde llegaría también a La Moneda. La causa de la República Española es la causa de todos nosotros. En 1941 Francisco Coloane (1912) publica *Cabo de Hornos*; al año siguiente Reinaldo Lomboy (1910) entrega la novela *Ranquil*, la cual dentro de la literatura chilena continúa siendo la luz sobre la imagen de una masacre campesina. En 1943 Nicomedes Guzmán publica su memorable *La Sangre y la Esperanza*. Aparte de los nombrados, Guillermo Atías es colega de generación con Fernando Alegría (1918), Oscar Castro (1910), Juan Godoy (1911), Carlos Droguett (1912), Leoncio Guerrero (1910), Andrés Sabella (1912). Más tarde se sumará Waldo, con *En vez de la Rutina*.

Es bien sabido que la controvertida concepción generacional no responde a un espíritu único. Nos agregamos a la innumerable legión de los que le formulan muchas reservas. Esta clasificación del 38 no se libra de críticas y reparos. En verdad, no nació el movimiento conscientemente, de un modo discernible de antemano por sus integrantes, tal vez porque nadie puede escribir la historia anticipada, ni menos su autobiografía antes de vivirla. Fue un impulso que cubrió la suma de los géneros literarios. Con un viento propagador de nuevas semillas y fecundaciones sopló sobre todos los campos de la creación artística.

Los truenos, rayos y centellas de la época se reflejan en la obra de Atías. Ya por aquel entonces el argumento, sentido e intención de su relato rechaza, casi siempre, las huidas y desencuentros con la realidad colectiva. Contempla lo que sucede en el ámbito social con ojo sobrio, curioso, iluminando con un «flash» el espectáculo combinado del hombre acuciado por una conciencia participativa.

La relación entre política y ficción, entre novela y sociedad, entre el escritor y su tiempo, son temas que juegan un papel visible en la vida y la obra de Guillermo Atías. No debe atribuirse a mero azar el hecho de que publique su primera pequeña novela o cuento largo precisamente en 1938. Se llama *La Escala*. Es el ensayo de un joven de veintiún años, aprendiz de escritor, cargado de tensión y de lirismo. No muestra aún la libertad conquistada del lenguaje. No domina el material de sus sueños. Todavía no puede expresarse en plenitud. su juventud —más bien su mundo— punteada por grandes sombras la lucha contra el olvido, un arreglo de cuentas con los recuerdos. Se embarca en un confuso relato, a través del cual busca una definición ante las interrogantes de la existencia.

El Tiempo Banal, novela en toda la acepción de la palabra, se ve que la escribe con calma. La publica dieciocho años después. Se advierte un gran cambio. El novelista ha cuajado. El héroe o antihéroe no es nada fulgurante, un hombrecillo mínimo, que vive su tragedia íntima en la vorágine de acontecimientos históricos que rebasan la humildad de su persona y la limitación de su ámbito. Al año siguiente publica *Un Día de Luz*, que no añade gran cosa a lo ya conseguido.

Pero el fruto sazonado, una buena concordancia en esa relación época-hombre, lo logra Atías con su novela *A la Sombra de los Días*

(1964). Aborda un tema que varios miembros, por no decir casi todos los de su generación, sienten suyo, los atrae con fuerza magnética, sobre el cual quieren decir algo, ofrecer testimonio, seguramente porque forma parte del mayor acontecimiento político-social de sus mocedades. Convencidos de que el libro debe ser algo más que un espejo de agua, el asunto del 38, la época del Frente Popular, también es tratado coetáneamente —simultaneidad sugestiva— por Fernando Alegría en su novela *Mañana los Guerreros* (1964) y por Luis Enrique Délamo (de una generación anterior) en *El Rumor de la Batalla*, publicada el mismo año.

El Tiempo Banal no merece ese título peyorativo. Es el tiempo de la fiebre vital. Son los días grandes, rebosantes de fuerza interior, con la tensión espiritual de un pueblo que anhela acercarse a las puertas de la libertad. Este libro cuenta mucho sobre el Frente Popular, recrea el extraordinario *elan* de esas jornadas. Se alimenta de reminiscencias claras, cernidas en el cedazo de la meditación y decantadas por las honduras de la experiencia.

Dicha profundización del pasado ya un tanto lejano no es el procedimiento que Atías sigue en su próxima novela *Y corría el Billete*. La fecha de su aparición, 1971, revela que la escribió a marchas forzadas, sobre caliente, durante el período de la Unidad Popular, bajo la presidencia de Allende, iniciada en noviembre del año anterior. ¿Es un retrato de la actualidad candente, que carece de perspectiva propicia para la captación filosófica del espíritu de dicho período? Sin duda en sus páginas se palpan las materias inflamadas de los acontecimientos, las horas quemantes, cuyo ardor aún no se enfría cuando el autor las traslada al papel. Es la pintura de un modelo todavía no terminado. Son las escenas que se siguen viviendo, tan frescas como la tinta de imprenta que empapa las páginas de un libro nacido en medio del combate.

* * *

La Contracorriente, en cambio, no trabaja con lo que está sucediendo hoy en Chile sino con lo que sucedió ayer. Pertenecce a la reconstitución de un pasado inmediato. Su territorio está cruzado por el tejido de violentas contradicciones que desgarraron al país durante los años de la gran conjura para derribar el gobierno presidido por Salvador Allende, a fin de instaurar en su reemplazo el facismo. Tal es el nudo de la obra. Se va formando con imágenes directas. A falta de esplendor, le sobra substancia viva. Es la realidad encarnada, nerviosa, insidiosa y angustiada de aquellos meses tan difíciles que precedieron a la consumación de la tragedia. Rezuma el color sombrío de esos días. Pero su perfil sobresale nítido. El cuadro se va poblando con los hechos de la conspiración más que con el mensaje, que también se desprende del fondo visiblemente interesado de la anécdota. El clima de drama anda siempre por debajo de cada página. La satura y la envuelve en la inquietud por lo que vendrá.

Las formas son simples. El estilo es muy concreto y muy directo, a ratos casi telegráfico. Aquí está lo real, lo que de verdad aconteció. El mundo de esos años, cómo fue y no cómo se soñó ni cómo se quiso. El mecanismo de la memoria va reconstituyendo, en función de unos pocos personajes alusivos, ese universo endemoniado que la contrarrevolución fabricó en forma prolija y despiadada para preparar la caída fulminante del intento de avance y renovación del país, para que no fuera alterado en Chile el reino de los poderosos.

El énfasis suena discreto. Los comentarios austeros. Se perciben ciertas zonas de silencio. Si en un momento dado alguna escena pudiera asemejarse a la aventura extravagante, nadie dude que se trata de una novela realista, donde los pasos de la imaginación están controlados cautelosamente. A ratos es exacta como un informe sobre la situación.

Quien quiera disponer de un cuadro claro sobre el complejo panorama de entonces no perderá su tiempo si lee esta novela. Es una pintura sin ilusiones ni barniz dorado. Todo se nos vuelve dolorosamente reconocible. La telaraña se hace de nuevo presente y se revive como el dogal, tendido desde Washington, fue apretando la garganta del país por la mano de Pinochet y sus cómplices. Aquí está uno de los «affaires» del siglo, el plan manejado por control remoto pero ejecutado por agentes de carne y hueso. Para ello previamente debía generarse la confusión en todo sentido, llegando hasta los cuarteles, como prerequisite para asestar el golpe. La rememoración novelesca de Atías nos resulta indispensable a los chilenos. Coloca el pretérito reciente —que tiende a desdibujarse— con sus contornos efectivos ante nuestros ojos. Hablamos de un libro útil porque, desde luego, pasado, presente y derecho al futuro están confundidos. Imagino que también servirá al lector europeo disponer de una obra como ésta que le pinte tan a lo vivo la atmósfera que precedió al golpe de Estado.

Guillermo Atías escribe movido por la corriente que brota de las emociones nacidas de hechos históricos que lo impactaron para siempre. No traza un inventario frío de los sucesos sino que compone con ellos un film, una secuencia, que trasciende el tumulto caótico de los episodios y los ordena de un modo que permite conocer y reconocer lo que aconteció en medio de esas mareas tormentosas donde el barco parecía flotar a la deriva. Se siente la palpitación interior de los acontecimientos. Por ello es una novela inquietante, fértil y despierta. El autor confía a sus personajes sus dudas y reflexiones, no exentas de una conciencia política y moral, discute las angustias que le han dejado marcada el alma y a cuyos agujones no puede escapar.

La Contracorriente responde concisamente a su subtítulo: «Los Días de Allende». Dos nombres complementarios, con todas sus consecuencias. Su protagonista es un periodista uruguayo que prepara un reportaje sobre la Unidad Popular. La observación sobre el terreno de ese monstruo político, la llamada «revolución sin sangre», le merece dudas, como el parto sin dolor. Vive ese mitin de las ollas

vacías coloreado por un tinte fascista, de un fascismo que sale a la calle al estilo de las huestes de Hitler y Mussolini y desarrolla manifestaciones de masas impregnadas de rabiosa histeria anticomunista. «No pude contenerme de decir para que se oyera bien que el fascismo había llegado a Chile». Se encuentra con una página de la historia y la recoge como testigo. Se siente a ratos la mano del reportero que traza la crónica; pero el novelista no tarda en poner en juego su poder de representación, reviviendo no sólo el proceso político sino todos los elementos concernientes de la sociedad, de la psicología colectiva e individual. Se sitúa en el centro del torbellino. El autor no es un observador pragmático ni neutro. Se siente motivado por el proceso y a la vez lleno de zozobras por su suerte. Es un participante sobresaltado, no desprovisto de sensualidad y del goce de vivir, a pesar de todo, en medio de la crisis, de las fuerzas desatadas y del clima de inseguridad que lo rodea.

El libro, auténtica novela donde nada está inanimado sino viviente, da por momentos la impresión de que los ojos ven, la nariz huele cómo se va formando la tempestad, el día negro 11 de septiembre de 1973. La reivindicación de los hechos preparatorios emana de esta amalgama bien fraguada entre personajes y realidades históricas. Huelga decir que, detrás de los sucesos, hay un análisis, a veces vertiginoso, de lo que acontece en el ambiente dentro del cual se mueven los personajes. Todos viven con intensidad, urgidos por el encadenamiento infernal. Marta es víctima de esa articulación cruel. Y sucumbe, destrozada, bajo su guerra de nervios. Ella es un nombre de los sin nombre. Lo que sucede daña su espíritu y le produce un trastorno que termina por enloquecerla.

No debemos estimar *La Contracorriente* como un libro cerrado. La novela deja escritos en el aire muchos signos de interrogación, apunta temas políticos pendientes, que seguirán nutriendo el examen y la discusión de los revolucionarios de todo el mundo. Nadie puede dudar que se trata de una obra comprometida con su país y con su pueblo.

Por lo tanto, las diversas cuestiones que se plantearon entonces están miradas sin distancia, como íntimamente integradas a la peripetia de hoy. De alguna manera éste es un asunto clave del cual los escritores chilenos socialmente más comprometidos no pueden salirse. No es causal que sea el *leit motiv* insistente de la mayoría de sus poetas, autores teatrales, músicos, pintores, ensayistas. Comienzan a aparecer obras que tratan el tema, directa o marginalmente. Algunas de ellas señalan en particular durante los últimos tiempos dicha aproximación: *Soné que la Nieve Ardía* (1975), de Antonio Skarmeta; *En este lugar sagrado* (1977), de Poli Délano; *Chilex* (1978), de Ariel Dorfman. Les parece que si no se preocuparan de este traumatismo que ha cortado en algún sentido sus vidas y mutilado la existencia del país, su literatura abriría una puerta sobre el vacío. No se advierte sustancialmente en ellas el vértigo del abismo, sino variaciones a propósito de una historia interrumpida. Son libros re-

pletos de imágenes redivivas, plenos de sucesos, de rostros, de almas y cuerpos torturados, de la realidad política explorada hasta sus recodos más secretos y penosos. Responden a reflexiones sobrecogidas. Más allá de la melancolía no escriben como eruditos. Se trata de novelistas que buscan la verdad, quieren aclararla, exorcizar los fantasmas que vuelven.

La Contracorrientes no es, por lo tanto, una novela aislada. La literatura chilena no podrá, durante un largo período, desentenderse de la historia reciente de su país, de lo sucedido en los mil días de la Unidad Popular y durante los años del fascismo. Guillermo Añas es un pionero que abre dicho camino hacia la transmutación de la contracorriente, la vuelta del reflujo al flujo ascendente, hacia el retorno, hacia la culminación y la pleamar. Lo explora como un creador que se adelanta al equipo. El lector de este libro podrá no sólo revivir un drama del siglo xx sino explicárselo mejor, asomarse a la intimidad, a la naturaleza y a los motivos de la lucha de los chilenos de este tiempo. Y adentrarse en las grandes preocupaciones del espíritu de su autor, un hombre, un novelista que la historia literaria del país ha de registrar en sus páginas con una justicia que le sigue debiendo.

—Respecto a los apremios ilegítimos o torturas, los expertos aseguran que no son eficaces...

—Sí, por eso ya se desterraron esas prácticas. Es doble trabajo para el investigador porque nada se saca con la confesión solamente. Hay que probar el delito...

—Pero el hecho es que muchos detenidos comentan los malos tratos que reciben. Incluso aseguran haber sido castigados con pícana eléctrica...

—Esa es una afirmación aberrante. Cualquiera médico puede establecer que algo así haya sucedido, por los puntos de contacto que dejan esos aparatos que —por lo que sé— se usan en el matadero con los animales. Y teniendo la certificación médica, debieron denunciar el asunto. ¿Por qué no lo hacen? Por una sencilla razón: están mintiendo, para así transformarse de víctimas en víctimas.

(Extracto de una entrevista realizada al Subprefecto de Investigaciones Nelson Valdés, en «Hoy», núm. 137, de 5 de marzo de 1980.)



La lección de anatomía

Oski, Vero ciudadano de Indias

MIGUEL ROJAS MIX

La verdad es que a Oski lo conocí en Chile cuando emprendíamos juntos la tarea de hacer una carpeta con grabados que él mismo bautizó *Vera historia natural de Indias*. Era una teratología bufa que ponía en imagen las más fantásticas narraciones de los Cronistas sobre la fauna de América. La idea era producir una obra de arte, un grabado, que fuese accesible a un gran público. Una de nuestras ambiciones durante la Unidad Popular fue la de popularizar y descolonizar el arte y Oski se prestaba mejor que nadie, pues por su actitud y por su imagen era un Vero artista popular de Indias.

«Oscar Conti, que firma Oski, nació en Buenos Aires en 1914, se diplomó en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires. Luego estudió escenografía en la Academia Superior de Bellas Artes... Desde 1942 ha publicado regularmente dibujos en publicaciones argentinas y de otros países, comenzando con *Cascabel* y prosiguiendo con otros diarios y revistas, entre los cuales *Rico Tipo*, *Vea y Lea*, *Cabalgata*, *el Hogar*, *Revista de Aeronáutica* y el cotidiano *Clarín*, *Ja. Ja* de Ciudad de México y *Ultimas Noticias* de Santiago de Chile. Desde 1943 a 1944 permanece por un año en el Perú, estudiando arqueología y folklore. Visitó Europa en 1948, 1951, 1958 y 1965, viviendo la mayor parte de su tiempo en Italia y en Francia, trabajando como ilustrador de libros y diseñador publicitario. En 1947 diseñó la escenografía para *La putain respectueuse* de Sartre en Santiago de Chile, y en 1953 para *Androcles and the Lion* de Shaw en Buenos Aires.

«Entre 1945 y 1954 ilustró tres libros: uno hecho en colaboración con el escritor humorístico Carlos Warnes (con el que creó la imagen de César Bruto, aquel personaje que Cortázar evoca con la misma reverencia que tiene cuando cita a John Keats o Marcel Duchamp) y dos originales: *Bruta Antología de Oski* (1952) y *Vera Historia de Indias* (1958). Además los «cuadernos de medicina» *Brutoski* siempre con Warnes, para la sede argentina de una gran industria farmacéutica internacional, que terminará por convertirse en una verdadera enciclopedia satírica del argumento, el *Medicinal Brutoski*, adquirido luego también por una firma italiana de medicinas».

«En Italia en el año 50 hace muchos trabajos publicitarios entre los cuales la *Tavole della Scuola di Salerno* para la industria farmacéutica «Serono»; colaboró además en muchas revistas y especialmente en publicaciones de izquierda como la *Unità*, *Paese Sera* y *Vie Nouvelle*...

«Después del período italiano, hubo también uno cubano. Había triunfado la Revolución y Oski marchó a Cuba a ver, a sentir, a trabajar...» (Marcello Ravoni *Linus* Anno VI - Giugno 1979, N.º 63, pp. 2-3).

Aggiunta: Al triunfar la Unidad Popular se trasladó a Chile, donde trabajó en la Televisión y en Editorial Quimantú para la Revista *Cabro Chico*. Fruto de esta estadía es la *Vera Historia Natural de Indias*. En 1972 volvió a Buenos Aires, donde permaneció hasta la muerte de J. D. Perón. Pasó entonces a Barcelona, donde ilustró

varios libros para la Editorial Lumen; entre otros *El Fantasma de Canterville* de Oscar Wilde. En 1976 se fue a vivir a Roma, ciudad en la que permaneció hasta fines de 1979, cuando sintiéndose enfermo decidió volver a Buenos Aires. Allí en un hospital perdido murió como había vivido: solitario en una errata.

Mucho más se podría decir de la vida de Oscar Conti, que firmaba Oski y que había nacido en Buenos Aires en 1914: viajero sedentario, amante del vino y de los cuadrantes viejos de reloj... Pero eso le pertenece. Su obra, en cambio, es nuestra.

Ella tiene una significación muy grande, en especial para América Latina.





comienza dibujando bajo la influencia de Steinberg. Es curioso que éste que publica su primer libro sólo en 1945 (*All in Line*), sea conocido desde muy temprano en América Latina. En efecto, muy poco después que comienza a trabajar, en 1936, su obra se difunde en Brasil, a través de la revista *Sombra* y en Argentina con *Cascabel*. *Cascabel* será también de gran importancia para la formación de Oski. Su primer dibujo conocido es de 1942 y aparece precisamente en *Cascabel*, el 1.º de abril. Refleja más o menos la prima manera de Steinberg, de líneas simples, con un pequeño texto donde todo lo accesorio se elimina en beneficio de la escena. El humor está esencialmente en el «argumento». El «mundo» y el «tiempo» (el desierto y la época de la guerra) se indican sólo con los elementos esenciales. Es un humor sin arraigo americano.

Pronto, sin embargo, Oski alcanza su estilo personal. El paso se advierte claramente al comparar los dos dibujos de su viaje al Cuzco, del año 44. En el primero «Los Turistas» todavía se advierte la línea steinbergniana también el «mundo» está reducido a una expresión elemental.

En la «Banda de Música» en cambio, ya todo es diferente. El «mundo» adquiere una importancia fundamental y comienza a desarrollar un estilo que podría denominarse «barroquista». El humor se encuentra entonces no en el argumento, sino en las «circunstancias» —en el mundo entorno— en que ocurre la escena. El hecho de que en un pueblo de la sierra toque una banda de músicos y que sea observada por un grupo de curiosos no tiene en sí mismo nada cómico. La comicidad está en las situaciones humanas que crea «el tocador» o en las escenas que se desarrollan paralelamente al argumento y en forma independiente de éste: en el músico que transpira y resuella tocando el trombón, en los niños que se persiguen tirándose el pelo y en los indios vestidos con sus trajes característicos que contemplan llenos de asombro esta «interpretación maestra» de los músicos, todos los cuales están uniformados como en las mejores ciudades europeas. Por último sobre la fuente, una extraordinaria «alegoría del indio» nos lo muestra bajo la forma de un piel roja. Una imagen que nada tiene que ver con los indios del Altiplano que aspira a representar. Consciente o inconsciente hay aquí un planteamiento americano. La contradicción existencial que existe en un mundo en que ni siquiera sus propios símbolos corresponden a su realidad.

A partir de ese momento el «mundo» y el «tiempo» comienzan a ser de extraordinaria significación para entender la obra de Oski.



Los turistas. 1944



La banda de música. 1944

El mundo lo utiliza como un «mundo-en-torno» que alude a la complejidad de las cosas, que existen paralelas y sin relación necesaria con la escena central. La dicotomía entre el «argumento» y las contingencias del «mundo» en que ese argumento se desarrolla constituye desde entonces una de las fuentes de su humorismo: el «tiempo» por su parte cumple un papel de primera importancia en todo lo que podríamos llamar «humorismo histórico».

Con un tal distanciamiento, Oski comienza a asomarse y a revisar el mundo, la historia y las tradiciones. Toma textos y documentos de la Conquista o de la Edad Media y sin apartarse de la descripción, juega sobre los equívocos que nacen del trasladar un texto a imágenes. Su humorismo surge de una especie de metaconciencia que al hacerle ver el revés humano de la fábula, pone a ésta en derrión. Como en el juego de los dados, Oski «pide por abajo», diciéndonos que toda escena puesta en mármol por la historia es una imagen ideal, llena de resquicios, en donde se ocultan los accidentes de la vida, el absurdo y el caos. Así opera por ejemplo en la *Vera Historia de Indias*. Lo mismo hace cuando utiliza no un texto, sino una estampa como punto de partida; entonces da vida a esos personajes congelados por su documentalidad y genera el humor recreando las complejidades y llevando al absurdo las complicaciones que en el diario vivir provocaba la forma en que vestían, se movían o actuaban los personajes. Así en uno de sus más notables dibujos de la *Vera Historia de Indias*, «Los Peinetones» crea el «caos» exagerando hasta el absurdo la moda de los grandes peinetones de carey que se popularizaron en nuestro mundo a comienzos del siglo pasado.

Llevar la imagen al caos —dentro del cual por cierto hay un gran orden, el orden satírico-absurdo— es para el artista un elemento básico de su humorismo, incluso utiliza símbolos que aluden a este caos, como el calcetín rayado que aparece colgando de los lugares más inesperados.

En todas las grandes series que él emprende —Oski gustaba de abordar grandes ciclos: La Historia de la Medicina, El Kama Sutra, Los Cuadros famosos, El Manual de Carreño, La Vera Historia y la Historia Natural de Indias, El Fuero Juzgo, etc.), su humor consiste en dar vida a personajes congelados por la documentalidad e introduciéndoles en lo cotidiano, llevar al absurdo el sentencioso sentido de los textos.

¿Hay un sentido americano en su obra?

Pienso que aunque el propio artista crea que su humor es universal, es preciso reconocer en su obra una visión americana del mundo. En efecto, es indudable que hombres de Italia y Francia han reído y ríen con sus «dibujitos» (así los llamaba él mismo), pero muchos de ellos sólo alcanzan pleno sentido para quien está inserto en la realidad americana. Quién puede entender, por ejemplo, sus historias de tangos: «Farolito Viejo», «Julián», «Langosta», etc., sino aquél que entiende vitalmente lo que es «el compadrito», «el bacán» o «la percanta». Así pues, aun cuando sus dibujos pueden te-

ner un público universal, no hay duda que en muchos de ellos es con el «interlocutor» latinoamericano con quien se establece una comunicación de primera mano y llena de sentido. Más aún, una importante parte de su temática es americana.

La forma de comunicar su visión del mundo significó, además, una trascendental transformación del dibujo humorístico en nuestro continente. Con Oski el dibujante se sitúa en intelectual, deja de ser ilustrador y entrega una visión personal y crítica y lúdica y amarga y absurda del mundo. Pero no sólo en el terreno de los *comics* o del dibujo de humor, se impone su actitud. Los «monitos» terminaron por abrirse camino en la llamada «pintura seria», e incluso artistas que iniciaron su experiencia estética con las más sofisticadas investigaciones visuales, cuando se plantearon el problema de la comunicación con el público, comenzaron a introducirlos claramente en su obra. Tal fue el caso de Le Parc, de Seguí o de Matta. Otros los han utilizado en sus trabajos neofigurativos camuflándolos un poco bajo el disfraz expresionista.

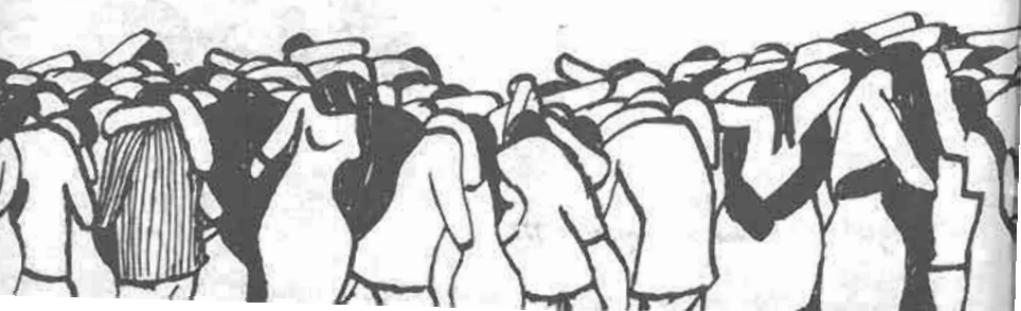
Oski mismo no apreciaba que lo llamaran humorista. El era artista, y punto. Y un día, con ese humor maldito que lo caracterizaba, respondió a un amigo común, pintor, quien manifestándole su admiración, con la mayor buena fe del mundo, le había llamado: «El gran humorista de América». —«Mirá, humorista yo no soy. Vos sí, en cambio, sois un gran humorista». —«Pero, ¿cómo?», le dijo sorprendido el otro, que hacía un arte épico y serio. Y Oski respondió lapidario —«¿No ves que todo el mundo se caga de la risa mirando tus cuadros?». A la respuesta siguió una carcajada estrepitosa de mi amigo que no pudo dejar de apreciar su causticidad. Así era Oski y así los amigos que lo amaban.

Cuando recuerdo a Oski, no puedo dejar de pensar en José Guadalupe Posada. Ambos prefirieron la condición de artesanos a la de «artista». Ambos escaparon a la mistificación de sí mismos. Ambos fueron simples seres humanos, amigos simples y obreros de su pluma. Jamás el arte de ninguno de ellos fue destinado a las élites y ninguno de los dos pudo nunca ser rescatado por los abalorios de la sociedad de consumo.

Yo no conozco muy bien la influencia que «El viejo» ha podido tener en Europa, pero en América fue enorme. El vivió como un *vero ciudadano de Indias*, pasando largos períodos en diversas ciudades del Continente y dejando en cada una una semilla que con el tiempo ha germinado en un estilo y en una mirada crítica que nació de la insolencia de una libertad irreductible.



Nogent sur Seine, décembre de 1979



LAS CIENCIAS SOCIALES

Algunos aspectos de su desarrollo

Después del Capítulo de la Cultura Chilena denominado restrictivamente —y con injusticia ya explicada— *La Ciencia* *, se vislumbra la necesidad de abordar temas relacionados con el campo y evolución de las ciencias sociales en Chile. La materia ofrece un perfil accidentado habida cuenta de ser uno de los sectores de la producción cultural que más ha sufrido la hostilidad y dismantelamiento de parte de los dirigentes militares del país. Las estadísticas reunidas por organismos competentes demuestran con elocuencia, el abrumador porcentaje de personalidades vinculadas a las ciencias sociales que, después del 11 de septiembre de 1973, han sido acogidas por centros académicos del mundo dada la imposibilidad de ejercer normalmente sus labores en Chile **. La reciente desaparición del historiador Hernán Ramírez, después de seis años de alejamiento obligado del país, evidenció una vez más la magnitud de la sangría infligida a la producción cultural. Si consideramos que, como en el resto de América Latina, un punto nodal de la política científica reposa en el intento de limitar los efectos del «drenaje de cerebros» hacia los centros de decisión cultural, el porvenir de la infraestructura científica de Chile aparece gravemente comprometido por esta pérdida gigantesca en la dotación de recursos humanos. En un mundo que, con creciente inquietud, busca un equilibrio en el flujo cultural —ciencia, tecnología e información— en-

* Ver *Araucaria*, núm. 5, 1979, pp. 129-169.

** Esta situación es hoy más grave aún, debido a los recientes despidos masivos en todas las universidades chilenas (fines de 1979 y comienzos de 1980).

tre naciones desarrolladas y los países que Sauvy bautizó como del «Tercer Mundo», los observadores comentan con asombro la existencia de este país que practica una transferencia tecnológica de signo inverso al surtir con sus científicos a los países desarrollados.

Y, sin embargo, cuando se conocen las líneas evolutivas de las diversas disciplinas que trazan los científicos congregados en este Capítulo, se explica la furia destructora que devastó a esta área de estudios. Las ciencias sociales en un esfuerzo paciente y tenaz han bosquejado con exactitud el retrato de una formación social dependiente en «el sistema internacional de división del trabajo». Una vez superada la visión eufórica del país, prolijada por la historiografía liberal del siglo XIX, cuyos mitos según Marcello Carmagnani operan en la conciencia nacional hasta nuestros días, la profundización en el análisis de la estructura económica y social acentuó los rasgos menos agradados y, a menudo, caricaturescos del subdesarrollo. Los años posteriores al 50 fueron particularmente despiadados en el descubrimiento de esta fisonomía. *Balmaceda y la contrarrevolución del 91*, por ejemplo, no sólo exaltó la figura política del presidente mártir; derruyó también fasos pedestales y anunció cambios imprescindibles en la nomenclatura de muchas calles y avenidas. Pero, sobre todo, en conjunto con otras obras, enseñó a mirar con cabeza fría —condición *sine qua non* del rigor científico— la mano monstruosa extranjera modelando las zonas más íntimas de la política republicana. Después de estos umbrales, hubo laberintos que conducían a recintos inaccesibles y misteriosos donde el investigador era recibido, pese a su carga documental, con un coro de acusaciones acerca del «perjuicio político» o con el más espeso silencio. Pese a todo, cada año disciplina tras disciplina entregaban su aporte a esta reproducción del verdadero rostro del país. Así, para el cuadro fiel de la realidad chilena, el investigador no puede prescindir de libros de un economista como *La concentración del poder económico* (1960), de Ricardo Lagos, o de sociólogos como *La estructura social de Chile* (1971), de Hernán Godoy* . Es posible que los estudios filosóficos en la Universidad hayan esquivado, durante un largo período, la responsabilidad de escudriñar en el desarrollo de un pensamiento chileno y latinoamericano. Hoy es visible, según sugieren las observaciones de Osvaldo Fernández, su reorientación de modo de suministrar marcos de referencia al trabajo pluridisciplinario y explorar la naturaleza y funcionamiento de la ideología en una formación social dependiente.

Más aún, los avances en el conocimiento de la formación económico-social chilena han tenido consecuencias que desbordan los marcos académicos. En los países latinoamericanos la investigación sería sitúa bajo una luz directa y cruda los imperativos del cambio social y las características de las fuerzas que lo obstaculizan o favorecen. Ha sido uno de los aspectos que han contribuido a que las fuerzas políticas que luchan por la superación de las condiciones de dependencia y de subdesarrollo puedan madurar sus conceptos y definir sus opciones con menos riesgos de errores.

* Se cita esta obra por sus méritos científicos objetivos, al margen de las discrepancias que tengamos con su autor por las posiciones políticas e ideológicas que él sostiene.

Las apreciaciones de los científicos interrogados convergen a un punto común: la evolución de sus disciplinas en la producción cultural chilena ha estado íntimamente asociada a las transformaciones de la estructura social. El ámbito de su temática exigía como condición imprescindible para sus posibilidades de progreso, una libertad académica asentada en el proceso democrático de la sociedad global. En el pasado, la democracia chilena en constante ampliación permitió a la ciencia enriquecerse con nuevos contingentes que se beneficiaban con la expansión del sistema de enseñanza. Pero también es digno de observar que permitió a la producción cultural chilena absorber el valioso aporte de múltiples intelectuales latinoamericanos que encontraron refugio en las instituciones chilenas. Peruanos, en los años 30; brasileños, después del derribo del gobierno de Goulart, ejercieron su notable influencia en la problemática particular de las ciencias sociales. Con la perspectiva del tiempo, resulta innegable que uno de los presagios más lúgubres oscureció el horizonte de la cultura chilena el día en que las autoridades militares, invocando la seguridad del país, presionaron al gobierno de Eduardo Frei para obtener la expulsión de un grupo de profesores universitarios argentinos que habían buscado asilo en Chile. La creación de organismos internacionales dedicados al estudio de las ciencias sociales ¿tuvo importancia para su desarrollo en el país? Alberto Martínez estima que sí y señala el papel importante que habría tenido la Comisión Económica para América Latina, CEPAL, cuya sede funcionaba en Santiago, y en cuya planta figuraban personalidades de renombre internacional. Los sociólogos agregan la influencia que tuvo la creación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, a través de la cual llegaron a Chile científicos como Georges Friedman y Alain Touraine. En este plano institucional, junto con la aparición de organismos universitarios chilenos, se señala el surgimiento de medios de comunicación como los «Cuadernos de la Realidad Nacional», editados por el CEREN de la Universidad Católica, y la «Revista de la Universidad Técnica del Estado».

La preocupación por los problemas de Latinoamérica reflejada en las instituciones internacionales de ciencias sociales invita a pensar sobre el lugar y la extensión que ocupaban estos temas en los currículos de la vida académica de Chile. Dicho de otro modo, ¿cuánta extensión se asignaba al estudio de la historia, economía, sociología, evolución de las ideas de Latinoamérica en los programas escolares y universitarios? Forzoso es admitir que la porción congrua. Aunque entre los antecedentes lejanos es conocida la vocación americanista de los grandes historiadores del siglo XIX, en la primera mitad del siglo XX la problemática latinoamericana quedó prácticamente reducida a la imagen ofrecida por los estudios acerca de su literatura. De los trabajos reunidos puede deducirse que el momento de inflexión hacia una mayor presencia de los problemas regionales en la vida académica, se produce con posterioridad al triunfo de la Revolución Cubana. Sólo en los años sesenta se comienza a pensar seriamente en la creación de instituciones de rango universitario que convoquen a las diversas ciencias sociales en torno al estudio de los asuntos regionales, pero aún hoy es decidor que

múltiples chilenos reconozcan que el exilio los despertó a una conciencia de Latinoamérica.

Se trataba, entonces, de estimular una reflexión acerca de la temática más general de las ciencias sociales en Chile a través de representantes de algunas de sus disciplinas más notorias. Al igual que en capítulos anteriores, interesaba conocer su reacción frente a tres problemas de historia cultural: la evolución de su disciplina, sus principales temas y su futuro en la producción cultural del país. Es útil advertir que los especialistas invitados aceptaron situar su meditación contra el telón de fondo de las relaciones entre su especialidad y la formación social chilena —«con los pies en la Geografía» dice significativamente uno de ellos—, pero fueron menos flexibles en su adhesión a un cuestionario elaborado desde el exterior de su campo de preocupaciones. Puesto que se corría el riesgo, por esta vía, de oscilar pendularmente hacia una apertura que redundara en el monólogo del especialista consigo mismo, se acogió la idea de una Mesa Redonda. Dos sesiones de ella entregaron una primera aproximación a algunas zonas de contacto. Luego cada uno de los participantes utilizó la transcripción de sus intervenciones verbales para reelaborar un texto que es el recogido en el presente Capítulo. De allí las características formales dispares que presentan cada uno de ellos.

El artículo de Marcello Carmagnani no atravesó estas mediaciones, y fue escrito directamente ante un único requerimiento por escrito.

En el centro de esta conversación con las Ciencias Sociales hemos querido escuchar a la Economía. ¿Las razones? Son muchas. Todo invitaría a pensar que después de la crisis del 30 sus temas ganan en Chile el privilegio de la institucionalización académica —creación de la Escuela de Economía— y al mismo tiempo invaden muchos rincones de la psicología nacional. Salidos del campo de la economía, los problemas reales del desarrollo de la formación social se entrecruzan, en el campo cultural, con la ideología desarrollista hasta años recientes sin haber llegado al límite de la elucidación. Basta pensar, además, que hay quienes sostienen como causa de la caída del régimen de la U.P. errores esencialmente económicos.

Para incursionar con autoridad en estos interrogantes, Alberto Martínez une a su calidad científica su experiencia de trabajo como economista en los primeros años de la Revolución Cubana. La ancha perspectiva latinoamericana y el paso histórico de la crítica a la construcción concreta de una nueva sociedad suministran al ex-profesor de Escolatina el marco de referencia para evaluar logros y fracasos del período 1970-73, en Chile, y proponer algunas de las líneas de reflexión más importantes para los momentos actuales.

Dos palabras, para terminar, sobre los antecedentes de cada uno de los participantes.

Martínez tiene título de Ingeniero Civil (1956), pero después de breves años de ejercicio en este campo, se dedicó íntegramente a los problemas económicos. Trabajó varios años en Cuba como Director Nacional de la Coordinación del Plan en la Junta Central de Planificación y como Vice-Ministro de Planificación Global. En el mismo período, fue profesor de «Economía Política del Socialis-

mo en la Universidad de La Habana. De vuelta en Chile fue, en 1969, profesor en la Escuela de Sociología (Sede Oriente) de la Universidad de Chile, y en Escolatina, donde tuvo a su cargo, hasta 1973, el curso sobre Teoría del Valor y los Precios. Durante el gobierno de la UP fue, primero, Director de DIRINCO y luego Responsable de Planificación de la CORFO. En la actualidad es Maître des Conférences Associé en la Universidad de París-IX (Dauphine).

Marcello Carmagnani es en la actualidad Profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Torino (Italia). Es italiano, aunque hizo sus estudios en la Universidad de Chile. Ha publicado numerosas obras; entre ellas: *Salario minero en Chile colonial (1690-1800)*, Santiago, 1963; *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, Turín, 1971; *América Latina desde 1880 a nuestros días*, Florencia, 1973; *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile (1680-1830)*, París, 1973. Es Director de una *Historia de América Latina*, cuyo primer volumen se publicó en Roma en 1979.

Oswaldo Fernández es profesor de Filosofía, titulado en la Universidad de Chile de Valparaíso. Fue, allí mismo, Director del Departamento respectivo, en 1971. Ha publicado *Teoría de ambigüedad* (Santiago, 1965), conjuntamente con Sergio Vuskovic, y una selección de textos de Gramsci: *Maquiavelo y Lenin* (Santiago, 1971). Es Doctor en Filosofía por la Universidad de París-I (Sorbonne) con la tesis *El concepto de ideología en El Capital de Marx*. Trabaja como profesor en la Universidad de París-VII (Nanterre).

Cecilia Montero es socióloga, titulada en la Universidad Católica de Chile (1969), en la cual con posterioridad fue profesora de Sociología y Psicología Social (1970-73). En la actualidad trabaja en la Universidad de París-VII (Nanterre) donde tiene un curso sobre «Las relaciones de Trabajo en el Tercer Mundo». Es, además, investigadora del Ministerio de Trabajo de Francia. Es autora de numerosos artículos y monografías sobre temas de su especialidad.

Juan Arriet es el seudónimo de un geógrafo chileno que vive y trabaja en la actualidad en Francia.

Luis BOCAZ



LA ECONOMIA CHILENA ENTRE EL DESARROLLISMO Y LA ESCUELA DE CHICAGO

Entrevista a

ALBERTO MARTINEZ

—Empecemos, si te parece, por tratar de fijar las etapas fundamentales que ha vivido en Chile el pensamiento económico.

—No me detengo mucho a examinar el pasado, porque es una materia que no conozco suficientemente. A mí me parece que un pensamiento económico sistemático sólo empezó a desarrollarse en Chile con las primeras generaciones de egresados de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, fundada por los años 39 ó 40. O sea, durante los años del Frente Popular. Claro que antes hubo en el país economistas y hubo, por lo tanto, pensamiento económico, pero, insistimos, no un pensamiento sistemático. La economía, además, no constituía una actividad profesional permanente; estuvo abierta casi exclusivamente a los políticos y a las personas que participaban en las tareas de dirección económica en el gobierno.

La primera base importante, entonces, del desarrollo de un pensamiento económico sistemático es la fundación de la Escuela de Economía. Al mismo tiempo, debe tenerse en cuenta que las primeras promociones empezaron a actuar al término de la Segunda Guerra Mundial, época en que fueron creados un conjunto de organismos internacionales, en particular uno, la CEPAL, Comisión Económica para América Latina, cuyas primeras publicaciones aparecieron justamente a fines de los años 40.

La importancia especial de CEPAL, sobre todo en su primera época, consistió en haber llevado al centro de las preocupaciones del pensamiento económico dominante la especificidad del desarrollo económico de los países latinoamericanos. En esa época, además, logró crear un equipo de trabajo de excepcional calidad, compuesto

por investigadores —hoy personalidades conocidas— que tuvieron trayectorias muy diferentes. Se pueden mencionar, entre otros, a Celso Furtado, Juan Noyola (menos conocido pero de mucha importancia; murió al servicio de la Revolución Cubana), Regino Botti, que fue ministro de Economía en Cuba hasta 1964. En ese mismo equipo, aunque es un poco posterior, estuvo Pedro Vuskovic. Otro nombre importante es el de Mayobre, que fue ministro de Economía en Venezuela. Hay otros más que he olvidado. En conjunto, todos ellos constituyeron de hecho un equipo cuyo trabajo fue decisivo para darle un perfil a un pensamiento económico latinoamericano y, por cierto, a un pensamiento económico en Chile. El contenido principal de ese pensamiento —para resumirlo en una frase— fue la idea del desarrollo de un capitalismo nacional. Hay que recordar que este equipo se inspiraba en las tesis de Raúl Prebisch sobre los problemas que creaba el tipo tradicional de división internacional del trabajo y en la necesidad que tenían los países de América Latina de industrializarse. En otras palabras, según Prebisch, el factor decisivo del retraso en los países latinoamericanos era su carácter de países exportadores de productos básicos e importadores de productos manufacturados, hacia y desde los países desarrollados. Esta situación asimétrica, dominada por las economías centrales, implicaba un lento crecimiento del factor más dinámico de los países de América Latina, las exportaciones, y una pérdida de recursos externos por una tendencia persistente al deterioro de los términos de intercambio, encarecimiento relativo de las importaciones con respecto a las exportaciones. La dirección fundamental de la solución del problema debía ser, en consecuencia, el desarrollo de una industrialización propia basada en la sustitución progresiva de importaciones mediante la protección del mercado interno, en una política de fomento deliberada, y en el aprovechamiento de los capitales extranjeros. De este conjunto de proposiciones, la idea matriz y generalmente aceptada era la de la industrialización, que para todo ese grupo —aunque se discrepara en otros aspectos, por ejemplo, sobre el rol de los capitales extranjeros— constituía el vehículo privilegiado de la transformación de nuestros países y de su desarrollo hacia un capitalismo maduro, acercándose en alguna medida al capitalismo de los países avanzados. Esta industrialización debía permitir el desarrollo de nuevas ramas, aumentar la ocupación a niveles de productividad considerablemente más elevados que los de las actividades tradicionales, artesanales o agrarias, mejorar la distribución del ingreso, y a la larga modificar el patrón del comercio internacional y, con ello, los efectos regresivos existentes. Se podría decir que ésta es la base común de todos los desarrollismos, cualquiera que sea su matiz político.

Naturalmente, todas estas ideas se insertaban dentro del pensamiento económico dominante, donde prevalecían las formulaciones convencionales de la economía, particularmente las posiciones keynesianas.

—¿Quién fue keynesiano en esa época?

—No puedo decirte de alguien en particular que fuera keynesiano. El pensamiento de la mayoría de los economistas estaba ins-

pirado por el sistema de pensamiento keynesiano, vale decir, considerar que el mercado de por sí es incapaz de asegurar, en forma estable, una situación de pleno empleo de los recursos; que por ello la política económica del Estado debe jugar un rol eminente en empujar la economía hacia esa posición a través de sus diferentes instrumentos, especialmente a través del manejo del presupuesto fiscal. De ahí provenía la idea —que no podría decirse que sea estrictamente keynesiana, aunque sí puede considerarse como una derivación— que esta industrialización no podía hacerse en forma autónoma, sino que el Estado tenía que jugar un papel fundamental.

En eso del papel del Estado era evidente la influencia nacida de la existencia de la Unión Soviética. La planificación en ese país pesaba considerablemente en la concepción de los instrumentos que debían utilizarse para desarrollar el capitalismo en nuestros países.

En este contexto, debe señalarse como un sistema de pensamiento diferente —que tiene que ver, en particular, con el marxismo— el conjunto de formulaciones de los partidos de izquierda —socialistas y comunistas— que incluían en sus programas, antes de 1940 y con posterioridad, una serie de ideas económicas vinculadas al socialismo, con diferentes grados de desarrollo conceptual y de profundización de la realidad económica, pero que constituían de hecho una visión crítica de lo que podríamos llamar pensamiento oficial. En lo esencial, esta crítica estaba dirigida a poner de relieve el papel dominante y retardatario del imperialismo y de la oligarquía terrateniente, semifeudal, como se decía en aquella época. Sólo en el marco de la eliminación de esas relaciones —nacionalización y reforma agraria— y en la constitución de una nueva alianza de clases encabezada por el proletariado, era posible que se llevara a cabo una verdadera industrialización.

Este pensamiento vinculado al socialismo, es decir, al marxismo, tuvo relaciones de alianza y crítica con lo que enuncié precedentemente como el desarrollismo de la CEPAL. La posición de la CEPAL correspondía a una situación histórica precisa: la emergencia, y en varios países la consolidación, de una burguesía con una fuerte base industrial que buscaba ampliar los horizontes de su desarrollo. En esta situación, las posiciones de la clase obrera eran efectivamente de alianza y de crítica con la burguesía desarrollista, en la política práctica, y en el combate de sectores importantes de las burguesías nacionales y de diversos sectores del pueblo por lograr este tipo de transformaciones. Ciertamente la clase obrera se interesaba en este tipo de transformaciones y en la industrialización, pero difería en un punto fundamental: no aceptaba la idea de un desarrollo capitalista concebido sin ruptura con el imperialismo y la oligarquía.

—Este pensamiento crítico de los partidos de izquierda, ¿tuvo de algún modo una expresión institucional como la que tenía el desarrollismo? ¿Se manifestó en la universidad, por ejemplo?

—No, a la universidad no llegó. En ella existía una corriente de pensamiento, mezcla de keynesianismo con las ideas de planificación inspiradas en los éxitos que en ese terreno había tenido la

URSS. Pero una actividad académica precisa que tuviera que ver con el marxismo, no existió. Los economistas profesionales en su gran mayoría no eran marxistas. Lo cual no quiere decir que el marxismo no influyera en muchos de sus planteamientos.

—*¿Cómo se manifestaba esa influencia? O dicho de otro modo, ¿cuál era el punto de conjunción entre el marxismo y la formación keynesiana?*

—Se podría decir que el keynesianismo es, en lo esencial, una teoría sobre el nivel de la actividad económica en el corto plazo, aunque posteriormente se haya desarrollado una teoría del crecimiento a partir de esas ideas. Por su parte, el marxismo se remitía en lo esencial a la crítica de las estructuras socio-económicas vigentes, y ahondó muy poco en los fenómenos del corto plazo y en las formas externas de funcionamiento de estas economías. Así pues, no era muy difícil que se llegara a un cierto maridaje entre la crítica de las estructuras socioeconómicas y un keynesianismo cotidiano. Además, estas posiciones estaban, como dijimos antes, influidas por la realidad social chilena, y algunos de los economistas más sensibles a esta realidad desembocaban inevitablemente en una militancia partidaria de izquierda.

Estos economistas de izquierda —comunistas, socialistas— se empeñaban en repensar esa realidad y en las transformaciones que el país necesitaba, en términos de los conceptos fundamentales del marxismo. En sus discusiones, en su estudio personal y, a veces, en centros de estudio, buscaban, por otra parte, una aproximación crítica al pensamiento económico dominante en la formación universitaria y en los organismos internacionales. Fue un proceso largo, parcial, no suficientemente articulado, en el que las posiciones marxistas sufrían a menudo la influencia de aquellas ideas predominantes.

Es un proceso que se desarrolla durante los años 50, y que se profundiza a partir de 1959.

—*Tú tocas con eso, justamente, una cuestión del más alto interés en la historia política y cultural de Chile, porque al mencionar 1959 estás aludiendo a la Revolución Cubana. ¿Qué influencia tuvo ella en ti en cuanto representante del pensamiento económico, qué influencia tuvo en tu generación?*

—En esto se juntan dos cosas. Por una parte, el año 58 es el año de la primera gran derrota de Allende (porque el 52 sólo fue el inicio de la unidad de la izquierda). Está entonces esta derrota, el reflujo de la lucha popular que luego se produjo, la depresión en el estado de ánimo de los militantes; y el otro hecho, en cierta medida compensatorio, del acontecimiento fundamental en la historia contemporánea de América Latina, que fue la Revolución Cubana. Ella atrajo, como se sabe (y no aludo sino a ese hecho), a grandes grupos de profesionales de todas las disciplinas, economistas entre ellos, naturalmente. En los primeros cinco o diez años de la Revolución participaron directamente en Cuba un conglomerado muy grande de profesionales. El más grande en relación con cualquier otro grupo latinoamericano.

—¿A quiénes recuerdas entre los economistas?

—El grupo era muy numeroso, pero puedo nombrar entre los que pudieran ser más significativos para nuestra conversación, a Jaime Barrios, economista formado en la Universidad Católica, que derivó, muy temprano, hacia posiciones de izquierda; fue comunista gran parte de su vida, y como tú sabes, fue hecho prisionero y asesinado por la Junta por su calidad de consejero del Presidente Allende durante los años de la Unidad Popular. Menciono también a Rodrigo Cabello, que murió en los años 60 en un accidente aéreo, mientras cumplía una misión del gobierno cubano; era secretario de Carlos Rafael Rodríguez. Hay otros más como Sergio Aranda, Alban Lataste, Carlos Romero, Vladimir Arellano, Germán Aranda y algunos más jóvenes que llegaron a Cuba a lo largo de los años sesenta. Hay que mencionar aparte a Jacques Chonchol, que fue enviado en una misión de la FAO, es decir, no a través de un compromiso con el gobierno cubano sino por cuenta de un organismo internacional. Su participación, sin embargo, fue ejemplar, a pesar de haber tenido algunas discrepancias con aspectos del análisis de los problemas agrícolas de Cuba.

Allá estuvieron también Regino Botti y Juan Noyola, que ya he mencionado, y con ellos vivimos una experiencia fundamental: personas de diferentes horizontes políticos y de formación económica distinta, que se reunían para poner en práctica, por primera vez en América, su anhelo de toda la vida de participar en una transformación económica de acuerdo a los principios del socialismo.

—*Ahora bien, hay dos aspectos que sería bueno que nos ilustraras: la significación concreta de todos ustedes en cuanto inserción en la vida misma de trabajo en Cuba, por una parte, y las repercusiones que esa experiencia tuvo en el nivel teórico del pensamiento económico.*

Bueno, el problema es bastante complejo, y yo creo que sólo puedo abordar algunos de sus aspectos. En primer lugar, hay un hecho capital ya enunciado al final de la respuesta anterior: la tentativa de aplicación en América Latina, por primera vez, de los principios de construcción del socialismo; en un país de capitalismo dependiente (en la época, por cierto, no utilizábamos ese lenguaje). Una experiencia excepcional, privilegiada desde todos los puntos de vista. Ella enfrentó a los cubanos, y por lo tanto a los chilenos que estaban allá, al problema de encontrar los caminos concretos de la transformación de un capitalismo dependiente, subdesarrollado, de fuerzas productivas por lo tanto relativamente débiles y necesariamente deformadas, con grandes dificultades de dirección, con polarizaciones de progreso y retraso, con todos los rasgos, en fin, propios de una sociedad y una economía que avanzan en la construcción del socialismo. Y todo esto, además, con las características de gran originalidad que presentaba la Revolución Cubana en relación con las transformaciones socialistas en Europa. El cuadro era, entonces, extraordinariamente novedoso. Aparte de que ya es una gran experiencia el sólo pasar de una actividad centrada en la pura crítica de una sociedad, a otra en que el desafío es la reflexión y la acción en torno a la transformación real.

—¿Cuál era concretamente tu trabajo?

—Yo trabajaba en la dirección económica, en particular en la Junta Central de Planificación.

Pero vuelvo a lo anterior. Lo importante era entonces la formación de un pensamiento basado en una experiencia en que la crítica se expresa de una manera positiva, puesto que de lo que se trata es de sacar conclusiones positivas para la transformación social. Como diríamos coloquialmente: «Otra cosa es con guitarra.»

Ahora bien, ¿a qué conclusiones llegamos al final de este proceso? En primer lugar, que la formación crítica, puramente crítica, aunque ciertamente necesaria, no es suficiente. Por el contrario, es insuficiente desde muchos ángulos. La crítica, en efecto, se desarrolla en niveles de abstracción elevados, mientras que la construcción opera con exigencias de concreción en el pensamiento y en las decisiones. Porque existe justamente ese pequeño problema último: *hay que tomar decisiones*. Esto se expresa en particular en la planificación, donde no basta decir: vamos a desarrollar la agricultura con una cierta prioridad en relación a la industria, y dentro de ésta vamos a desarrollar tales y tales ramas. La vida cotidiana de la dirección económica comprende problemas de un grado de complejidad y concreción mayores. Hay, por ejemplo, una cantidad determinada de dólares (pocos, dadas las premisas mismas de la situación política y económica), y hay que decidir en qué se gastan. Y no basta decir, «mire, gaste pocos dólares», sin precisar la cantidad. Hay que decir qué cantidad, porque se dispone de una cantidad determinada. Además, esas cantidades de que se dispone hay que precisarlas en relación con lo que se compra, con las líneas de producción a que deben aplicarse. Esto, a su vez, está inmerso en un campo económico, político y social preciso. Este paso del nivel abstracto general, puramente cualitativo, a las decisiones concretas cuantitativas sin perder de vista su alcance económico-social, implica un largo recorrido intelectual y la experiencia de haber tenido que enfrentar tales situaciones.

Fueron los mismos problemas que después revivimos durante los años de la Unidad Popular, a pesar de que en Chile el número de cuadros con experiencia de gobierno y dirección era bastante mayor que en Cuba en los momentos de su triunfo.

Este primer eje, digamos, de la experiencia se tradujo para todos nosotros, creo, en un respeto considerable y en un interés muy grande por el análisis de las formas externas del proceso económico y de los instrumentos de dirección y de planificación de la economía. Lo pongo de relieve, porque en general en la crítica de izquierda este aspecto es subestimado como formación; incluso hay toda una forma peyorativa de referirse a él —sea a su enseñanza o sea a su pensamiento— como «instrumental». Me parece que en el fondo no es más que eludir la exigencia del pensamiento científico de explicar las formas externas del movimiento real. Creo, por lo demás, que en esto todavía estamos muy atrasados, en especial en lo que se refiere a los problemas financieros y monetarios.

Aquél es entonces un primer eje importante. Otro aspecto y posiblemente el de mayor influencia en nuestro pensamiento y posición ulteriores, corresponde a un hecho que no sé si calificar exactamente de experiencia original: la forma en que dentro de la Re-

volución Cubana se abordaban los problemas de la construcción del socialismo. Es algo que tal vez no fue entonces percibido en toda su importancia porque no tenía que ver con los problemas más candentes que se vivían en América Latina.

La trayectoria política anterior que todo el mundo conoce, el desarrollo y la constitución de un partido comunista después de la derrota de las fuerzas reaccionarias y toma del poder por las fuerzas populares, la unidad de grupos políticos venidos de horizontes muy diferentes (el movimiento 26 de Julio —eje central— dirigido por Fidel y que tenía sus raíces en una pequeña burguesía completamente radicalizada por la lucha armada; el PSP —partido comunista de ese período—, y el movimiento 13 de Marzo, movimiento estudiantil con influencias cristianas apreciables). Todo esto daba a la construcción del socialismo en Cuba durante los años sesenta una originalidad muy especial en cuanto a la búsqueda de nuevas formas de esa construcción, en particular la importancia dada a los estímulos morales, cuestión, como se sabe, ligada a las concepciones del Ché sobre el Hombre Nuevo. Ciertamente, con la perspectiva de hoy podemos decir que estas concepciones eran exageradas —y de hecho llevaron a cometer errores en cuanto a la apreciación de la importancia relativa de muchos métodos, todo lo cual hoy ha sido rectificado— pero en la época, al calor de lo que entonces se vivía, eran una fuente de exaltación y fuerza enormes.

—Bien. Retomo los hilos de tu relato. Tú regresas a Chile a fines del año 1968. Fines del gobierno de Frei; ya se preludiva gran parte de lo que vendría más tarde. Años de la Reforma Universitaria, del acuerdo en la izquierda en torno al programa de la UP. Cuéntanos —siempre en tu calidad de economista— el impacto que significó para ti esta realidad que encontrabas a tu regreso.

—En primer lugar, hay que decir que uno puede percibir más cosas cuando ha estado alejado de una determinada realidad. En 1969 se advertía, a simple vista, un mejoramiento del nivel de vida de determinadas capas sociales. No había por entonces casi un profesional joven que no tuviera al menos una citroneta, cosa que no ocurría diez años antes. Naturalmente, la situación general de bajos salarios y de bajo nivel de vida de la mayoría de la población trabajadora continuaba siendo la característica dominante. Pero yo hablo del nivel de vida de las capas medias, particularmente de los profesionales.

En la Universidad había estallado la Reforma y ya había una cantidad considerable de modificaciones en las estructuras académicas. El proceso político que yo había dejado a fines de 1959, se había profundizado en el sentido de que la reflexión, el pensamiento revolucionario, el pensamiento que tenía como centro la crítica de la sociedad capitalista chilena y la necesidad de transformaciones radicales, se había desembarazado considerablemente de la influencia a que aludimos al principio de esta conversación. Se había adquirido una fisonomía mucho más definida, tanto en el campo estrictamente intelectual como en el campo de los partidos políticos. Esto debe ser interpretado a la luz del desarrollo que habían tenido la clase obrera y el movimiento popular en los años sesenta. Este desarrollo recibió, ciertamente, un impulso importante de las transformaciones realizadas por la De-

mocracia Cristiana. Sin embargo, su carácter limitado frustró una parte importante de las expectativas que había creado. Por otra parte, a pesar de lo limitado de estas acciones, ellas fueron suficientes para producir una grieta profunda en el bloque de dominación existente en Chile. La izquierda, por su lado, logró impulsar de una manera sustancial el movimiento popular. Todo esto, a mi juicio, cristalizó en esa época en la constitución de la Unidad Popular y en su programa, que con todos sus defectos, era considerablemente más desarrollado y avanzado que los programas de las candidaturas de izquierda anteriores.

Por otra parte, proseguía la modernización de la Universidad. Esto significó un incremento del trabajo de investigación en Institutos en torno a diferentes aspectos de la realidad nacional, con lo cual se ampliaban en una medida considerable las líneas de pensamiento sobre los problemas chilenos desarrolladas en los años cincuenta: Entre ellos, los trabajos de Hernán Ramírez, los desarrollos de la CEPAL, los análisis de los partidos de izquierda y de economistas e investigadores como Aníbal Pinto, Jorge Ahumada, Alberto Baltra, José Cademártori, para no nombrar sino a los representantes de las corrientes principales. Un comentario especial merecen los trabajos realizados por Theotonios dos Santos y el equipo de investigadores del CESO en relación con la teoría de la dependencia, así como los aportes de Falleteo y Cardoso. No es que esté haciendo un balance, sino que me limito a destacar la significación de todo eso en ese momento preciso. En mi opinión, los trabajos de los últimos mencionados tuvieron el mérito principal —cualesquiera que sean las limitaciones y críticas que se puedan formular— de aproximarse a un análisis más profundo de la especificidad de las contradicciones del desarrollo capitalista en los países «subdesarrollados». Con ello se dio un impulso considerable al estudio de estos problemas en el ámbito universitario y académico, desde un punto de vista totalmente diferente al que se había sostenido hasta entonces. Influyó, además, para que las propias organizaciones políticas de izquierda mejoraran sus formulaciones sobre estas materias.

—Tocamos en nuestra conversación un problema que me parece crucial. Tú hablaste al principio de las teorías de Prebisch y de la influencia que tuvieron sus tesis desarrollistas. Enseguida abordaste, a partir de tu propia experiencia vivida en Cuba, una reflexión sobre lo que la Revolución Cubana significó para América Latina. Llegamos ahora a la UP, y creo que cabe la pregunta: ¿Era posible, desde la perspectiva económica, la vía de superación de la dependencia que se planteaba la UP?, ¿eran viables sus soluciones? Más concreto todavía: Dadas las características de lo que Furtado llama la «división internacional del trabajo» —a la que tú aludiste en alguna parte de nuestra conversación—, ¿podría sostenerse que la salida planteada por la Unidad Popular era fatalmente imposible?

—Creo que hay que aclarar primero que, a diferencia del desarrollismo, que apuntaba a la posibilidad de un desarrollo capitalista próximo al de los países capitalistas avanzados, la Unidad Popular propendía a una transformación radical de la estructura económica

y social chilena. A pesar de lo que sostienen algunos, la UP nunca se propuso la continuación de un desarrollo capitalista.

Ahora bien, ¿era viable esa transformación radical sin una toma previa del poder político, como fue el caso de la Revolución Cubana? Yo creo que sí y que no es cierto que estuviéramos condenados irremediabilmente al fracaso. Lo que ocurre, eso sí, es que la situación histórica de dependencia, la división internacional del trabajo y la inserción de Chile en ella, la fuerza misma del imperialismo y la correlación de fuerzas internas en Chile, entre otros factores, hacían extraordinariamente difícil la tarea, estrechaban enormemente las posibilidades de éxito. Necesitábamos afinar mucho más el análisis económico y político, ajustarlo más a esa realidad. ¿A qué me refiero? Creo que lo mejor es dar un ejemplo. Recordemos el planteamiento de la UP en torno a la constitución del área de propiedad social. Esta idea, correcta en lo esencial, partía de un análisis en el cual la estructura productiva del sector industrial, era caracterizada por dos polos: por un lado los monopolios y por otro la clase obrera y el pueblo, víctima de la política de esos monopolios. De allí la tesis de la nacionalización de los monopolios, cuestión en la que se operó con bastante coherencia. El problema, sin embargo, es que esa bipolarización tan tajante nos hizo descuidar el análisis y las políticas destinadas a ganar para las transformaciones a los sectores que no correspondían a esos dos polos. Los pequeños y medianos comerciantes, los pequeños y medianos industriales, fueron marginados del proceso de nacionalizaciones y de la estructura de dirección del Área de Propiedad Social, y el resultado fue que esos sectores sintieron el proceso no sólo extraño y ajeno, sino incluso hostil. Nuestra respuesta a los ataques era eminentemente ideológica. Hablábamos del nuevo contenido del Estado y de los problemas y derechos de las capas intermedias. Pero en la práctica no implementamos nada concreto, y nuestra acción en este terreno tan capital fue, insistimos, un hecho particularmente ajeno a esas capas sociales y, más aún, para su representación política.

Este es para mí un ejemplo elocuente que muestra la falta de afinamiento de ciertos análisis. Las premisas eran correctas pero su desarrollo era absolutamente insuficiente.

—Como economista, ¿piensas que efectivamente fueron los problemas económicos —como muchos afirman— los factores determinantes de la caída del régimen popular?

—La cuestión es complicada, por la relación inevitable que hay siempre entre los planos económico y político. Teniendo esto presente, yo quisiera empezar por distinguir en nuestro proceso dos períodos: uno que empieza con la subida al gobierno de la UP y que se prolonga hasta, digamos, más o menos el primer semestre del año 72, y el otro que va desde esos meses hasta septiembre del 73. ¿Por qué esta diferenciación? Todo el mundo está más o menos de acuerdo que la clave, lo medular del proceso es el problema de la correlación de fuerzas políticas, y que ésta, que aparecía con un signo más o menos positivo al momento de la ascensión de Allende al gobierno, se ha deteriorado hacia mediados del 72. Este cambio de signo, este deterioro va acelerándose, como se sabe,

hasta el momento mismo del golpe. De allí esta periodización, que tiene su correlato en el terreno económico.

El primer período es de éxitos económicos, aunque contradictorios. El ritmo de inflación disminuye, la producción crece, la desocupación se reduce y todos los indicadores característicos de la coyuntura económica mejoran considerablemente. Entre los factores negativos: un déficit considerable del área de las finanzas públicas. Pero el desequilibrio financiero (que corresponde, al menos en parte, a errores efectivos de dirección) va a traducirse en dificultades económicas sólo hacia el final del período, o incluso en el período siguiente, cosa que pongo de relieve para subrayar un hecho un tanto extraño, que consiste en que la degradación de la correlación de fuerzas políticas se produce *antes* de que algunos graves problemas económicos (como el desabastecimiento generalizado, por ejemplo) se presenten. Más aún, aparecen en un período de mejoramiento general de la coyuntura económica.

A partir de mediados del 72 la situación es diferente. El conjunto de los problemas económicos se degrada sistemáticamente, cosa que a mi juicio se debe, ante todo, a que la correlación de fuerzas que entonces prevalece, es absolutamente insuficiente para controlar el proceso y éste se va realimentando de sus propias dificultades políticas y económicas y va nutriendo, naturalmente, a las fuerzas de los enemigos de las transformaciones.

En resumen, quiero decir que si bien hubo errores económicos, lo esencial parece radicar en los problemas políticos. Los errores económicos principales, en efecto, cobran relieve sobre todo a partir de la *forma política* que asumen las realizaciones económicas.

—En nuestra conversación, al mostrar la evolución del pensamiento económico de Chile, ha quedado de relieve una actividad, con una producción nada desdeñable. La pregunta que surge entonces casi de inmediato es ¿cómo incidió la ciencia económica en la actividad de la UP?, ¿cuál fue su presencia en el proceso?

—Bueno, el problema es complicado. Yo sólo quisiera destacar —y en verdad lo estoy haciendo de nuevo— que el desarrollo del pensamiento económico hasta 1970, que es básicamente un desarrollo de la crítica del capitalismo dependiente en Chile y en América Latina, tenía debilidades que sólo advertimos cuando se aplicó a un programa concreto de transformaciones económicas. Su aspecto eminentemente crítico no había sido suficientemente profundizado como para llegar a las conclusiones necesarias para la transformación y desarrollo de nuestra sociedad.

Por cierto que los errores que se cometen en la práctica política y en la práctica económica, no derivan sólo de las insuficiencias de la elaboración teórica. Pero esta falla juega, sin duda, un papel importante en esos errores.

—Son interesantes tus reflexiones en torno a la relación que se establece —a tu juicio— entre la ciencia económica y sus condiciones de aplicabilidad, según sean los agentes sociales, y según sea la voluntad de éstos para llevar a cabo modelos teóricos preestablecidos. Lo digo pensando, además, en el golpe de estado chileno, y



en quienes están detrás de la realización de las teorías de la Escuela de Chicago. ¿Qué puedes decirnos sobre este particular?

—Para meterse en el tema, tal vez valga la pena hablar antes un poco del papel que juegan las ideas del señor Friedmann, no sólo en Estados Unidos, sino en el mundo, en la discusión económica actual. Para decirlo del modo más simple posible: Friedmann reivindica las propiedades y las bondades del mercado como regulador fundamental de toda la actividad económica. Esto, en el plano teórico, está basado en una crítica de algunos aspectos centrales del keynesianismo y en una revalorización de todo el pensamiento neoclásico elaborado en su forma más terminada a fines del siglo pasado y comienzos de éste. De su concepción del mercado como regulador fundamental del desarrollo y de la dinámica económica, deriva su crítica a la intervención del Estado en la economía, intervención que sólo se estima legítima referida al control de las variables monetarias.

Hay que decir que estas ideas, que empezaron a ganar audiencia en los medios académicos en la década del sesenta, en los años setenta pasaron a tener una gran influencia en los medios de dirección de la política económica. No sólo en Chile, después del golpe. En muchos otros países; en Francia, por ejemplo.

Ahora bien, las ideas de Friedmann —que podríamos llamar neoliberalismo— están íntimamente asociadas a otros dos factores esenciales de la vida política y social contemporánea: Uno, son las conclusiones de la Trilateral en torno a la idea de la democracia fuerte, de la democracia restringida, o sea, el freno, la restricción al movimiento popular; y Dos, el papel cada vez más relevante que juegan en nuestro tiempo las empresas transnacionales.

Casi no necesita explicarse lo bien que le vienen a las multinacionales las tesis sobre supresión de los controles estatales.

La llamada «reconstrucción» o «reestructuración» industrial, que los países capitalistas estiman indispensable para poder enfrentar la crisis económica, se apoya fundamentalmente en estas políticas de liberalización del mercado. De aquí sale la llamada política de «austeridad», que no es otra cosa, como se sabe, que descargar el peso de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores y las capas más desfavorecidas. Dentro de este contexto, el problema de la «democracia restringida» no es otra cosa que la postulación de un poder político que permita la puesta en práctica de las ideas anteriores.

Ahora bien, ¿qué significa todo esto para Chile, para los países subdesarrollados en general? En estos últimos, debido a las contradicciones que supone el capitalismo subdesarrollado —particularmente en América Latina, donde sus contradicciones alcanzan una agudeza extrema— la política de liberalización y austeridad exige que las formas propiamente políticas vayan mucho más lejos. Dicho de otro modo: la «democracia restringida» se convierte en dictadura policial. Esto permite que la liberalización de la economía se plantee de modo que los mecanismos de mercado, tanto internamente como en el ámbito internacional, jueguen su papel con entera prescindencia de lo que eufemísticamente se llama hoy, en Chile, el «costo social» de la política de la Junta.

Hay que decir, eso sí, que no todas las formas de liberalización y no todas las formas de dictadura se dan, en América Latina, con características idénticas. Es pertinente, por ejemplo, oponer la situación de Chile y la de Brasil. En ambos países se produjo una crisis de lo que se llamó proceso de industrialización por «sustitución de importaciones», que no es otra cosa que la forma que adquirió la política desarrollista de que ya hablamos. En Brasil, el proceso de sustitución de importaciones había alcanzado un grado de profundidad mayor y más complejo que en Chile; el golpe —año 1964— se daba, por una parte, en una época de expansión todavía sostenida del capitalismo mundial y, por otra, en condiciones políticas diferentes. No quiero entrar en detalles, sino sólo señalar que en Brasil la liberalización no ha tomado las formas extremas que ha tenido en Chile. Las multinacionales parecen interesadas en desarrollar allí, junto con el aparato del Estado, el inmenso mercado interno que hoy día significa Brasil. El Producto Interno Bruto brasileño alcanza a unos 180 mil millones de dólares, lo cual sitúa al país entre los diez primeros del mundo por la dimensión absoluta de su economía. En Chile, en cambio, que es apenas un país mediano, más bien pequeño, con una economía no muy desarrollada, la política se aplica en forma integral, lo que se traduce en lo que todo el mundo más o menos conoce: liberalización interna del sistema de precios, de los controles del sistema estatal, reducción del aparato del Estado (por la vía de la venta, de la cesión o incluso el regalo de empresas); liberalización completa del comercio exterior y en particular la eliminación de las barreras aduaneras. Una política de «austeridad» a una escala grotesca, y un «costo social» tan elevado, que sólo pueden imaginarse dentro del marco de una extrema dictadura.

Y, en fin, para terminar de responder tu pregunta. Detrás de la política de la Junta aparecen agentes sociales muy específicos: grupos de la oligarquía financiera articulados con el capital financiero internacional. (Hablo de oligarquía financiera en su sentido de vinculación y fusión del capital bancario y de otros organismos financieros propiamente dichos, con el capital industrial, comercial y de otras actividades). Grupos que, por cierto, no son exactamente los mismos que al principio de los años 70 enfrentaban a la UP. Los de hoy son el producto de un reacondicionamiento interno en función de las exigencias de la liberalización; es decir, algunos de los antiguos permanecen; otros, para subsistir, han debido modificarse completamente, y otros simplemente han desaparecido.

A las dos grandes fuerzas económico-sociales que se expresan directamente en la dictadura —las empresas multinacionales y los grupos financieros del capitalismo mundial— se unen otras, aunque sus intereses no estén directamente representados en la política de la Junta, y aunque a veces sean contradictorios con ella en lo inmediato. Su delimitación con las primeras es ciertamente difícil, son muy diferentes los planos, muy distintos los grados en que ellas se vinculan. Me parece que al calor de las actividades tanto productivas como financieras y comerciales que se llevan a cabo en Chile, algunos de los sectores de lo que se llama la burguesía no monopólica se han reubicado en el sistema y otros esperan poder hacerlo. Estos grupos burgueses que no corresponden estrictamente

a los grupos oligárquicos, presentan un abanico de posiciones bastante amplio, bastante complejo y matizado, difíciles de precisar sin un conocimiento muy pormenorizado de la realidad.

—Dentro de tu exposición ha surgido en repetidas oportunidades el término desarrollismo. Tú has explicado el papel jugado por esta posición en determinados periodos de la evolución del pensamiento económico en Chile. La pregunta que surge es la siguiente: frente a la situación nueva que vive el país ¿puede considerarse el desarrollismo como una posición definitivamente superada?

—El desarrollismo y su comparación con la situación actual plantea varias dificultades. Como todos los conceptos, éste tampoco ha permanecido inmutable. Con el tiempo los contenidos se van haciendo diferentes. Desde luego, hay una gran variedad de matices del desarrollismo —más a la izquierda o más a la derecha— que corresponden a las diferentes capas sociales, y la evolución del concepto está inevitablemente relacionada con la evolución de la capa social que lo sostiene.

Yo quiero referirme al desarrollismo tal como me parece que ha sido entendido y aplicado por las fuerzas sociales dominantes.

El contenido común a las diferentes variantes del concepto consiste, a mi juicio —por lo menos en lo esencial, como dije al comienzo—, en la idea de que en los llamados países semiindustrializados de América Latina, un conjunto de fuerzas sociales encabezadas por la burguesía urbano-industrial tenían la posibilidad de llevar a cabo determinadas políticas capaces de modificar o de crear estructuras económicas capitalistas. Estructuras más y más complejas, hasta llegar a una situación de desarrollo autosostenido que les permitiera acercarse o asemejarse a las economías de los países capitalistas desarrollados.

Este contenido sufrió varias modificaciones, una de las cuales me parece muy importante. Podríamos afirmar que el desarrollismo envolvía, en sus inicios, una cierta idea de desarrollo nacional y de independencia relativa de alguna importancia. Aún si esta noción no era igualmente clara para todos sus partidarios, lo cierto es que existía en una buena medida. Ahora bien, en el período 1955-1960 se advierte en los países semiindustrializados de América Latina una política destinada a crear un sistema institucional atractivo para las inversiones extranjeras, y que nace de la constatación de que las inversiones estatales y privadas internas en la industria no son suficientes para darle el impulso deseado al desarrollo capitalista. De lo que se trata entonces es de atraer el capital de las empresas multinacionales, en un momento en que, en el mundo, se asiste a un auge extraordinario de la internacionalización del capital en los países capitalistas desarrollados, particularmente en el sector de la industria. Se produce entonces una suerte de coincidencia entre los intereses de las multinacionales con los intereses de una serie de sectores desarrollistas y de allí nacen esas políticas destinadas a atraer los capitales extranjeros. Sin embargo, hay un aspecto muy importante y es que, en alguna medida, la situación que se procura crear limita parcialmente y trata de orientar las inversiones en ciertas direcciones que interesan a los capitales locales. Es cierto que esta vía no prospera, porque las multinacionales se

proponen otra cosa, pero no se puede dejar de constatar la existencia de aquellas intenciones. Aún más importante tal vez que ese intento de administrar, por así decirlo, el flujo de las inversiones extranjeras, es la idea de incorporarlas sin modificar la estructura existente anteriormente. Vale decir, sin alterar la estructura industrial, ni lo esencial de las políticas que lo sostenían, tales como la protección del mercado interno, el estímulo al desarrollo de nuevas ramas, un importante rol del Estado, etc.

En Chile esta política se empieza a aplicar al filo del 60, bajo el gobierno de Alessandri, y se va profundizando conforme avanza la década. En este período es cuando se advierte cómo va cambiando el concepto de desarrollismo. Los capitales extranjeros —a los que en la etapa inicial se les atribuía un papel que podríamos llamar «subsidiario»— deben pasar a un plano de primera importancia en el proceso de acumulación capitalista interno. A esta modificación sustancial hay que agregar otro aspecto: La modernización de las estructuras capitalistas en el campo, fruto de la influencia de la Revolución Cubana y de un cambio importante de la posición norteamericana en esta materia.

Ahora bien, se sabe que con esta incorporación de capitales de las multinacionales, no se resuelven, ni mucho menos, las contradicciones y los problemas a los que se ha visto abocado el desarrollo del capitalismo dependiente en los países semiindustrializados de América Latina, en particular en Chile. Por el contrario, agudiza estas contradicciones y las profundiza: se concentra el ingreso, crece la cesantía, se polariza la riqueza. En Chile, en particular, se estancan la tasa de acumulación y el ritmo de crecimiento, tanto en términos cuantitativos como en la calidad de la estructura económica que se quiere establecer. Paralelamente, las fuerzas sociales que se han ido desarrollando durante este período adquieren un peso social y político cada vez mayor, culminando en 1970 con el triunfo de la Unidad Popular.

Después del golpe, el desarrollismo ha perdido en Chile todo significado real. No es que el concepto haya evolucionado, simplemente ha caído en un abandono total. Lo que han cambiado son las ideas sobre el papel de las multinacionales, del capital extranjero. En su incorporación al país no se contempla la menor restricción, no se pretende ningún tipo de orientación, no hay límites a su acción. Estos capitales tienen una garantía clave —aparte de la, que representa la sola existencia de la Junta— que es su igualdad de trato, más bien su privilegio con respecto al capital nacional. Por otra parte, ni siquiera se pretende, como es bien sabido, mantener las estructuras anteriores al año 70. Pretenden modificarlas y modificarlas drásticamente por la vía de la liberalización del mercado.

Por último, aquella idea esencial del desarrollismo, según la cual la burguesía interna puede jugar un rol importante en la ampliación de las relaciones capitalistas y de las fuerzas productivas que las sostienen. Esta idea es reemplazada por la noción de que en nuestro país la única manera de continuar desarrollando las relaciones capitalistas —base, naturalmente, de todo el asunto— es que la economía del país se abra al conjunto de las relaciones económicas internacionales y que sean el mercado mundial más la acción de las multinacionales y de todos los demás agentes internacionales,

las fuerzas que tomen a su cargo el desarrollo de las relaciones capitalistas en Chile.

En la nueva situación, por lo tanto, creo que la idea del desarrollismo ha perdido toda su vigencia en los sectores dominantes y también en una parte importante de otros sectores de la burguesía.

—*En estas nuevas condiciones que tú nos describes, ¿cuáles pueden ser, según tu opinión, las tareas de la ciencia económica?*

—Ciertamente, el objetivo último de toda la actividad científica en esta etapa que vive nuestro país es contribuir a la derrota de la dictadura y al establecimiento y el desarrollo de una nueva democracia en Chile. Pero, claro, se trata de ir más allá de la simple formulación de esta frase, y en este sentido yo creo que en el campo de las ciencias sociales hay que actuar en dos direcciones principales. La primera es el análisis de las modificaciones que ha sufrido la estructura económico-social; la dinámica, en cualquier sentido que esto sea, que en el país se ha ido estableciendo con la implantación de las medidas de la Junta. Todo esto, para tratar de comprender cuáles son las contradicciones fundamentales, cuáles son los conflictos, y establecer, en síntesis —y esta es la segunda cuestión—, cuáles son las fuerzas sociales que deben en un cierto plazo crear la correlación de fuerzas que permita derrotar al fascismo y establecer una nueva democracia en Chile. Teniendo clara esta dirección en el análisis, yo creo que, en primer lugar, es necesario tener en cuenta que en Chile el mundo no dejó de girar con el golpe, la realidad no se detuvo sino que siguió modificándose, en un sentido por cierto desfavorable para la inmensa mayoría del país, pero modificándose. Lo que ha vivido y vive Chile es una crisis, pero no debe confundirse crisis con *impasse*, con camino cerrado, con bloqueo. En nuestro país lo que se produce, me parece a mí, es un proceso de modificación sustancial de las estructuras económicas, sociales y políticas, con lo que se crean nuevos problemas, se profundiza mucho más una serie de contradicciones ya existentes y muchas de ellas se manifiestan en una forma diferente.

En mi opinión, hay cuestiones que debieran estar en el centro de interés de los investigadores sociales y económicos. Creo, por ejemplo, que hay que investigar cuál es la dirección en que se han ido reestructurando y modificando las ramas industriales en el país. A la luz de los cuadros estadísticos, unas ramas crecen, otras se estancan, otras decrecen y aún, algunas desaparecen. La actividad industrial continúa, en suma, aunque cada vez va cambiando más y más de forma. Porque continúa, a pesar de que con la virtual eliminación de los aranceles aduaneros que la protegían, todos pensábamos que estaba condenada a desaparecer. Pero la industria no ha desaparecido, simplemente se está estructurando de otra manera, inarmónica, deformada, y resulta entonces indispensable saber a qué lógica corresponde esta nueva estructura, cuáles son las tendencias en las principales ramas industriales, qué consecuencias son previsibles, etc.

Hay que reexaminar, por otra parte, el problema de los grupos oligárquicos, por qué se refunden, se recomponen, se reestructuran, cambian de fuerza relativa y de ubicación, cuáles son sus intereses básicos, y cuál es la lógica de su modificación.

Está, en fin, el problema de los capitales extranjeros. Según lo que se conoce hasta este momento, éstos parecen orientarse de preferencia hacia las inversiones en minería, contrariando las expectativas de no pocos personeros de la Junta y de círculos allegados a ella, conforme a las cuales debería producirse un enorme flujo de capitales hacia la industria. Al parecer, a las multinacionales les resultan más interesantes para la inversión en la industria —sobre todo en la producción de bienes manufacturados exportables— países como Taiwán, Corea, Indonesia, «plataformas de exportación» aparentemente más ventajosas, a pesar de las brutales rebajas de salarios practicadas por la Junta.

¿Qué se proponen entonces exactamente los capitales extranjeros en Chile? Aparentemente, crear un modelo que se ha designado como modelo «neoprimario-exportador»; vale decir, un esquema en que el eje dinámico de la economía está constituido por exportaciones de productos básicos, como minerales, madera, productos del mar y otros, pero que hoy tienen un grado de elaboración mayor que en el pasado. El caso más desarrollado es el de la madera y sus derivados, la celulosa y el papel. A éstos se agrega un conjunto de productos de la agroindustria. Como se sabe, en este esquema la industria para el mercado interno juega un papel subsidiario.

En fin, todo esto hay que examinarlo. Hay una nueva realidad, y para poder combatir mejor hay necesidad de estudiarla en profundidad.

—¿Y frente a este modelo existente cuál es, a tu juicio, el modelo de desarrollo alternativo posible?

—Bueno, no es algo que pueda contestarse como cosa personal. La verdad es que en el exterior, y seguramente también en el interior, un conjunto de economistas de la Unidad Popular están empeñados en desarrollar las líneas de una modalidad de desarrollo alternativo para nuestro país. Tal vez valga la pena destacar algunos puntos que, a mi juicio, deben estar presentes en la elaboración y desarrollo de ese esquema.

En primer lugar, hay que decir que es necesario reexaminar el análisis que se hizo del período anterior a 1970 y a las deficiencias que ese análisis mostró durante el gobierno de la UP. Hay que aplicar nuestro juicio crítico al modelo de desarrollo existente entonces, teniendo presente, tanto las transformaciones positivas que produjo (desarrollo de la clase obrera y de un conjunto de instituciones políticas y sociales que correspondían, al menos parcialmente, a los intereses de la mayoría de la sociedad) como el reforzamiento continuo de la polarización de que ya hemos hablado (concentración del poder económico, concentración de la riqueza, debilidad del crecimiento, deformación de la producción, etc.).

Es necesario concebir, en segundo lugar, un proceso de industrialización diferente, independiente y que se encamine efectivamente hacia el grado de autonomía a que un país como el nuestro, por su dimensión y recursos, puede aspirar, y que no puede ser similar al de países-continentes o semicontinentes, como Brasil. Algunos economistas de la UP han considerado que el eje del problema consiste en desarrollar en Chile un núcleo de producción de bienes de capital, de aquellos que son relevantes para el desarrollo y el

aprovechamiento de las riquezas del país, es decir, la minería, la madera y sus derivados, la agroindustria y otros. No se trata de revivir la idea del desarrollo de la llamada industria pesada, que normalmente comprende no sólo los bienes de capital sino también una serie de materias primas básicas, el departamento I en términos de Marx. El desarrollo de este núcleo permitiría someter al control nacional una parte significativa de la reproducción ampliada de nuestra economía; la formación de una enorme cantidad de personal calificado en todos los niveles, desde el obrero hasta el técnico superior, dar una base material cada vez más amplia a la investigación técnico-científica, aprovechar internamente una gran parte de los efectos multiplicadores que implica la inversión, y otros efectos de importancia. Por otra parte, ellos no son excesivamente exigentes en inversión directa por hombre ocupado ni en las escalas mínimas de producción.

Un segundo aspecto importante es el de la consolidación y desarrollo de una gran área de producción que esté puesta al servicio de la satisfacción de las necesidades del grueso de los chilenos. Esto quiere decir, en primer término, la satisfacción de las necesidades esenciales: alimentación, vivienda, vestuario, que constituyen la base de las posibilidades de un ascenso cultural en todos los planos de la gran mayoría de la población de nuestro país.

Se plantea, por otra parte, el de la existencia de un sector de exportación importante. Es necesario que esta área crezca a una velocidad que sea coherente con las necesidades del desarrollo interno de este núcleo dinámico de bienes de capital y del desarrollo de las necesidades de la población. Los contornos, la dimensión y la forma de desarrollar este sector son problemas insuficientemente dilucidados.

Un tipo de desarrollo de las fuerzas productivas como el que planteamos, supone una serie de exigencias en un segundo plano: el de las fuerzas sociales que deben llevarlo a cabo. Es necesario evidentemente que el dominio que ejercen las fuerzas sociales hoy día dominantes en Chile sobre el aparato productivo, social y político, debe ser derrotado. Estas fuerzas, en seguida, deben ser despojadas de su poder económico, es decir, hay que eliminar el poder económico de los monopolios, tarea empezada por la UP y brutalmente interrumpida y prácticamente deshecha por la Junta.

Hay otro aspecto que creo necesario mencionar, y es el que se refiere a los sectores sociales que deben coexistir en Chile en la construcción de una nueva democracia. Pienso que todos los sectores existentes, con la sola exclusión de los grupos de la oligarquía financiera. Las formas que adopte la propiedad en Chile deben, entonces, ser extremadamente variadas: desde la empresa estatal más tradicional hasta la propiedad privada, pasando por las formas intermedias de los diferentes tipos de cooperativas, propiedad mixta y de trabajadores. El problema de las relaciones entre estas áreas y el de su reproducción, plantea problemas bastante complejos que sería necesario abordar desde ya. En cualquier caso, parece importante adelantar que un criterio general debería ser el principio de la democratización de la vida económica. Esto es, que ninguna de las formas de propiedad, en particular la estatal, pueda desarrollarse o manejarse, con relación a sus problemas más importantes, al mar-

gen de la opinión de los demás sectores sociales de la economía. Esto es especialmente importante para los sujetos afectados directamente por esas decisiones: trabajadores, consumidores, proveedores, agentes financieros, y otros.

Hay finalmente un último plano en el cual la investigación debe ser desarrollada. Me refiero al problema de la constitución de una dirección económica única y la caracterización de los instrumentos de esa dirección, cuestiones en las cuales las ideas son todavía muy incipientes. Todo esto está muy estrechamente vinculado a los papeles y las formas en que deben estar imbricados por una parte el plan y la planificación, y por otra el mercado. Es evidente que entre ellos no puede plantearse una posición metafísica, como se ha pretendido hacer algunas veces. El mercado, en una situación como la que imaginamos, debe jugar un papel, y dentro de éste, sus leyes deben ser respetadas. No se trata, por cierto, de cualquier mercado, puesto que éste no es una entidad unívoca, que funciona siempre o en todos los casos de la misma manera. Por ejemplo, el mercado que ha constituido la Junta —que bajo la apariencia de un liberalismo extremo es dominado por los monopolios internos y extranjeros— es muy diferente del que existió en Chile hasta los años setenta. Es otro mercado. Para ir más lejos: el mercado de los pequeños productores tampoco es el mismo que el mercado capitalista dominado por la ley de la plusvalía. Las condiciones de funcionamiento de un mercado son establecidas por el sistema de fuerzas sociales y políticas que buscan una cierta modalidad de producción y reproducción de la economía. El mercado de que hablamos, por tanto, debe responder a las necesidades que hemos mencionado. Es en ese contexto que sus leyes deben ser respetadas.

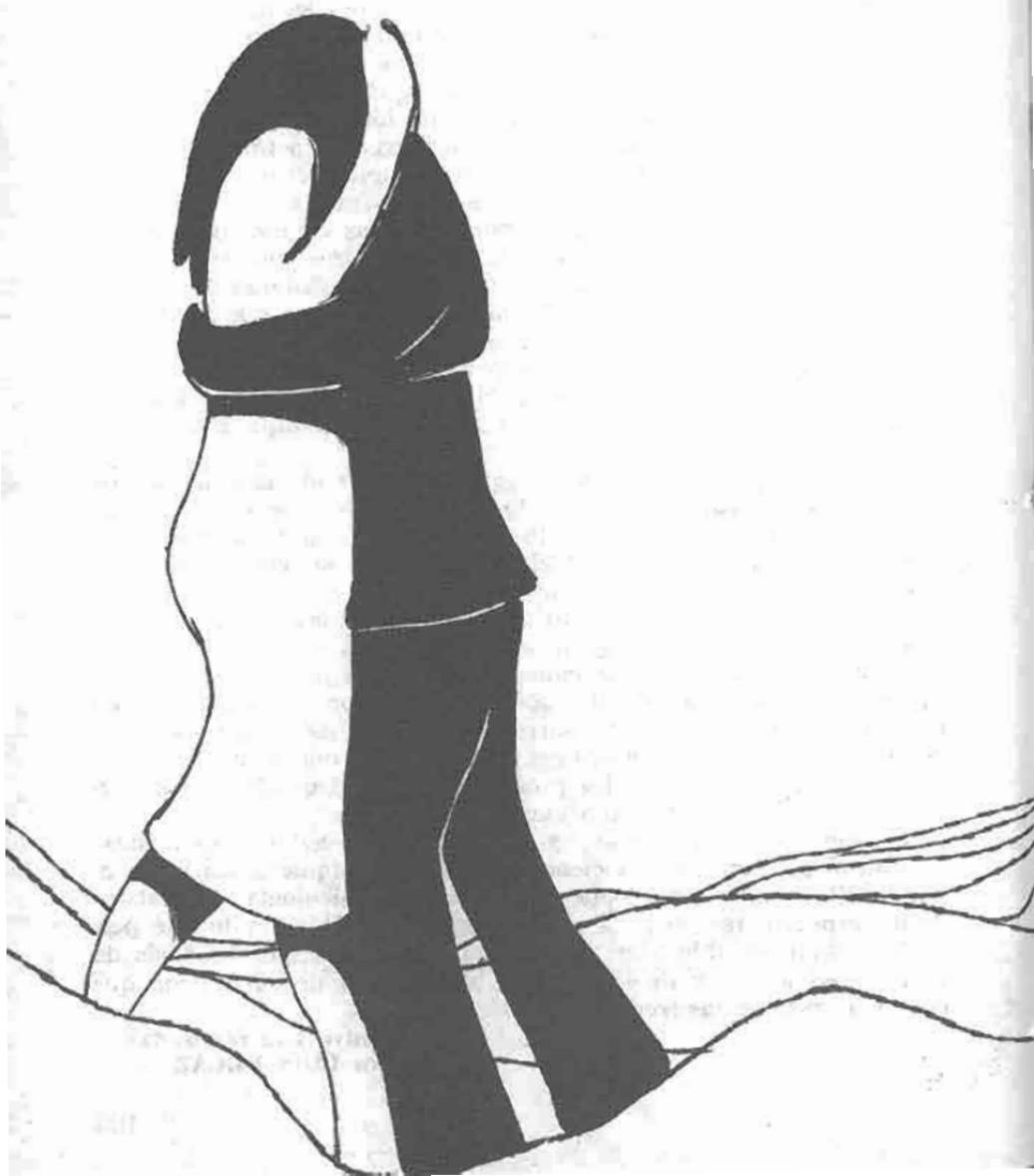
Como puede verse, diversos problemas se plantean en la actual coyuntura política a las ciencias sociales en general, y a la economía en particular.

Insisto: en primer lugar, hay que conocer a fondo la realidad que ha impuesto la Junta. En segundo término: hay que elaborar una concepción clara y coherente de lo que debe ser el funcionamiento de la estructura económica-social chilena, cuando emprendamos la tarea de construir una nueva democracia.

Estos problemas suponen ahondar tanto en las cuestiones más inmediatas de nuestra realidad, como en temas aparentemente alejados de ella. Para sólo mencionar algunas: Es necesario profundizar en la teoría marxista del comercio exterior, especialmente en relación con los países subdesarrollados; en la teoría del Estado y de la juricidad en las condiciones democráticas que se busca crear; profundizar, asimismo, en los problemas de la ideología y de la metodología de la investigación científica.

Ciertamente, estas tareas no conciernen sólo a los economistas, afectan al conjunto de las ciencias sociales, cualquiera sea su campo: la filosofía, la sociología, la historia, la psicología. El trabajo de los especialistas en cada una de estas disciplinas es lo que permitirá realmente dilucidar las líneas fundamentales del análisis de la realidad actual y de las formas alternativas de superación que deben ser propuestas frente a ella.

**Entrevista realizada
por LUIS BOCAZ**



JUAN ARRIET

Con los pies puestos en la Geografía

Hacia una consideración de los aspectos espaciales

La palabra geografía provoca recuerdos de lecciones que tuvimos que aprender de memoria: alturas de montañas, caudales de ríos, distancias, en fin... ¿Para qué? Lo cierto es que allí estaba la geografía, junto a la historia —o detrás de ella— y así sigue rondando por las salas de clases y aulas universitarias, como una intrusa en medio de otros conocimientos. Los mapas resultan misteriosos y se utilizan con temor, aun por el turista que se atreve a usar esta herramienta que le es extraña.

La escuela nos mostró sólo aspectos parciales de la geografía; nos dio a conocer solamente una cara, como la cara visible de la luna. La otra cara, los aspectos no escolares, esos no se conocen corrientemente. Los aspectos ignorados de la geografía, son, sin embargo, los más utilizables. La cara oculta de la geografía, aquella que permite conocer los espacios, utilizarlos, modificarlos, manejar el territorio, ha sido reservada a un grupo pequeño. La ciencia geográfica presta valiosos servicios a quienes gobiernan o dirigen aparatos claves del Estado. Esto no constituye novedad. Todas las ciencias y técnicas son motivo de apropiación y utilización por las clases dominantes. No obstante, diferentes aspectos del saber han sido recuperados —a lo menos parcialmente— pasando a manos de las clases proletarias y a sus organizaciones representativas. Pero la geografía no.

Que la geografía no haya sido recuperada por el pueblo se debe tal vez al desconocimiento, y queremos decir desconocimiento de la *geografía completa* y no de la *geografía mocha, capada*, que se

enseña en la escuela. Hay sin duda un gran trabajo por hacer para revelar la otra cara de la geografía, la cara útil.

Creemos que el aspecto espacial sería no sólo útil, sino necesario e indispensable, en los análisis de los problemas por que atraviesa Chile hoy. Queremos llamar la atención sobre esto porque pensamos que ha llegado el momento en que los debates se abran, y se abran también hacia los aspectos geográficos. El presente artículo constituye un simple bosquejo y sólo pretende entregar algo de materia prima para una discusión. La posterior elaboración por medio de reflexiones, trabajo y debate permitirían aclarar asuntos que consideramos de interés político social y de plena actualidad.

La geografía al servicio del poder político y económico

La geografía es un conocimiento antiguo, que en su evolución pasó muy rápidamente a manos de grupos que detentan el poder político o económico y allí se quedó. Creció siendo guardada con más celo que otras ciencias. El conocimiento del espacio lejano, de los lugares y territorios distantes (no del espacio local que es más o menos conocido de quienes lo habitan) ha sido un importante asunto de gobierno. Quienes han efectuado descripciones geográficas, trazado derroteros o cartas, han puesto al servicio de reyes o gobernantes un saber estratégico conservado en manos de los grupos dominantes de cada sociedad. El conocimiento de los otros pueblos o países, con los cuales se establecen variadas relaciones, no llega en forma espontánea al habitante rural o urbano. La noción de espacio (local) que tiene el hombre habitante no es la misma noción de espacio (universal) que tiene el hombre que toma las decisiones. Así pues, quienes conquistan dominan o gobiernan, necesitan de una información sistemática de los espacios sobre los cuales van a ejercer su acción. El manejo de esta información los hace más poderosos al dotarlos de una herramienta eficaz: la geografía¹.

La navegación, la astronomía, la geografía y cartografía se desarrollaron tomadas de la mano y fueron causa-efecto de la expansión europea hacia otros continentes. El conquistador en América hubo de enfrentar un nuevo espacio, y así exploró, describió, redactó informes, narraciones y crónicas; también dibujó y estableció inventario de cuanto había; pero además trazó estrategias de ocupación, fijó la localización de nuevos poblados, es decir, hizo geografía. Toda la historia colonial posterior está ligada a los términos conocimiento del territorio y acción-dominación sobre el espacio.

Los nuevos estados americanos, una vez emancipados, acrecentaron su interés por la geografía: fijan límites territoriales, descubren los últimos ríos y montañas y enumeran recursos naturales. Mientras esto ocurre, el capital extranjero se encargará de construir ferrocarriles, equipar puertos y, desde luego, localizar la producción y fijar los flujos de mercancías. El saber geográfico acumulado por

¹ Yves Lacoste, *La géographie ça sert d'abord à faire la guerre*, Paris, Maspero, 1976. Según el autor, la geografía sirve en primer lugar para hacer la guerra, lo que significa que también sirve en segundo término como instrumento de dominación al servicio del poder y para otros fines.

los grupos que detentan el poder económico y político se acrecienta. La utilización que hace el capitalismo e imperialismo de la geografía, es fundamental para instalarse, quedarse y extenderse.

Las observaciones que se han venido haciendo sobre el carácter aparentemente anárquico de la localización de la actividad productiva en Chile; o de la incongruencia de la red de transportes; de la marginalización económica de algunas regiones; o sobre la irracionalidad en la explotación de los recursos, son el resultado de la historia de la sociedad chilena que se refeja en el espacio geográfico. En 1972 un artículo señalaba lo siguiente:

«La condición de dependencia ha sido una constante más fuerte que las diferencias naturales para determinar los grandes desequilibrios regionales en nuestro país (...) Somos una nación minera que, antes con el salitre y después con el cobre, vio cruzar sus territorios por los trayectos mina-puerto. Antes los capitales ingleses, después los norteamericanos con mayor fuerza, dejaron una huella dramática: una desarticulada y débil economía. El dominio de los grandes consorcios extranjeros y la persistencia de estructuras atrasadas en el campo provocaron este proceso concentrador que localizó la actividad de servicios y una frágil industria en el principal centro urbano estableciendo diferencias muy marcadas en los niveles de ingreso a lo largo del territorio nacional. Estas disparidades territoriales han asumido diversas características en distintos momentos de nuestra historia; en lo esencial, en este siglo, han respondido al patrón concentrador y excluyente en lo que respecta a las clases sociales y espacio: la paradoja de la pobreza y la abundancia, en la vertical y en la horizontal, en nuestra sociedad y en el territorio.»²

En historia, sociología, economía y otras ciencias, existen diferentes corrientes o escuelas que no son solamente metodológicas, sino que corresponden a un discurso ideológico y de clase. Por ejemplo, en economía se habla de los economistas liberales y dentro de ellos del grupo de los «Chicago Boys». En geografía también existen diversas tendencias. Los norteamericanos han desarrollado una geografía aplicada, especialmente utilitaria. ¿Util para qué y aplicada a qué? Naturalmente al modelo de sociedad capitalista. La geografía sirve allí para obtener el mejor beneficio de los recursos naturales y humanos contenidos en un espacio. Mayor beneficio, en primer lugar, para la empresa o el inversionista. La utilización que hace el capitalismo actual de la metodología geográfica, de sus instrumentos, de la cartografía, son sin duda bastante amplios, aún cuando esto se efectúe de manera más o menos indirecta y sin reconocer a veces que se está haciendo uso de la geografía. Los estudios de recursos naturales, los de marketing o mercados, los análisis de población y mano de obra, así como muchos otros conducen a la planificación de la actividad minera, industrial, agraria, comercial y financiera de las empresas capitalistas. En América Latina

² Graciela Uribe, «La geografía económico-social y el proceso de cambios en Chile», en *Informaciones Geográficas*, revista del Departamento de Geografía de la Universidad de Chile, Santiago, 1972.

son los propios estados —con la asesoría de organismos internacionales— los que cogen estos modelos y los aplican institucionalizando la geografía y otras ciencias (economía especialmente) bajo la forma de organismos llamados de *planificación*. Se habla entonces de planificación económica de regiones, planificación urbano-regional, etc.³ Es allí donde el aspecto espacial juega un papel y donde la geografía estatal se pone al servicio del modelo capitalista. Esto viene a sumarse y a complementar los estudios de tipo geográfico que efectúan directamente las empresas nacionales y multinacionales. Mientras esto sucede, el común de la gente desconoce la geografía o tiene una visión parcial de ella.

Chile limita al Norte... con el sistema educacional

Cuando sonó la trompeta —como dice el poeta Neruda— y todo estuvo preparado en la tierra latinoamericana, y España volvió a España y se constituyeron las jóvenes repúblicas, surgieron entonces los territorios nacionales, la patria, los emblemas, las fronteras, las soberanías y el sentimiento nacional. Nacían los nuevos estados y se iban estructurando uno a uno sus aparatos a lo largo del siglo XIX. Fueron entonces surgiendo las escuelas y dentro de ellas apareció la geografía para enseñar al niño boliviano que era boliviano y al niño argentino que era argentino. En los antiguos manuales escolares, pero también en los actuales, ya sea en Perú, Honduras u otro país, están reproducidos los emblemas, fijados los límites fronterizos, descrito el territorio, las bellezas y riquezas nacionales. También en los manuales escolares chilenos.

Los recuerdos que tenemos de la geografía escolar van desde la consideración de una disciplina odiosa, llena de nombres, cifras, hasta los entretenidos relatos de paisajes algo románticos. Se describía, se mostraba un mapa, se describía y se describía. Pero casi nunca se explicaba lo que ocurre en el espacio territorial. El concepto de geografía que se iba adquiriendo era el de una disciplina de la descripción de la Tierra y sus paisajes. Sin embargo, esto no basta. Hay que explicar los fenómenos, eso es fundamental. Desentrañar los misterios es el oficio de la ciencia y no obstante hay muchas interrogantes que la geografía no respondió nunca a los escolares chilenos. Quedaron sin respuesta muchos por qué, cómo y dónde acerca del espacio local, regional, nacional y mundial. Cabe preguntarse hoy día por qué entonces no hubo respuesta.

La geografía de las escuelas y liceos, pero también la universitaria, presentaba a la geografía como una ciencia aparentemente bonachona. A través de ella se buscaba afirmar el sentimiento de unidad nacional y patrio, pero ¿qué noción de patria se fue entregando y qué instituciones se veneraba? ¿Fue una geografía deformada y deformante la que se enseñó? ¿Qué papel cumple hoy la enseñanza de la geografía en Chile? Es necesaria una respuesta pronta. Nosotros no pretendemos entregarla aquí.

³ Aziz Nacib Ab'saber, «Geografía e Planejamento», en *Revista de Historia*, núm. 80, São Paulo, 1969.

Algunas veces se ha afirmado que la geografía ha perdido su interés y su esencia misma debido al uso de una metodología de enseñanza inadecuada o ineficaz. Nosotros no estamos de acuerdo con esto último y creemos que la pedagogía no es la única culpable. Aquí puede haber mar de fondo. Aventuramos la hipótesis de que el Estado chileno, a través de su sistema de educación, se venía encargando de mostrar la geografía (como también otras disciplinas), según su conveniencia, es decir, según el interés de los grupos que han manejado el Estado y sus aparatos. En forma sistemática y a través de toda su historia el sistema educacional chileno⁴ ha hecho todo lo posible para que el común de la gente crea que la geografía sirve solamente como un conocimiento ilustrativo, como un saber «agua de boldo» que no causa daño a nadie, pero que tampoco sirve de gran cosa. No obstante, la geografía completa y compleja, el conocimiento del espacio y de las acciones e interacciones que allí se producen, no es un saber neutro o inofensivo, sino todo lo contrario. El conocimiento geográfico puede contribuir, dentro de un sistema político-social determinado, al desarrollo y bienestar del pueblo. Pero también puede transformarse en herramienta de explotación de recursos naturales y de hombres⁵. La ciencia geográfica es un saber estratégico que se transforma en un temible instrumento en la lucha de clases, en instrumento de dominación económica, social y política⁶. Esto lo saben bien la burguesía, los monopolios y el imperialismo, pero ellos mismos se preocupan de que no se enseñe en la escuela. Así lo vinieron haciendo y en ello persistirán hasta el fin de sus días.

⁴ Aunque en este artículo hablamos especialmente de Chile, el cuestionamiento de los aparatos de Estado, así como la crisis de la enseñanza de la geografía no es asunto sólo de este país. En esto tampoco somos originales los chilenos. Ver artículo de Jean Dresh en *Perspectives*, revista trimestral de la Unesco, vol. IX, núm. 3, 1979. Ver también la revista *Espaces Temps*, núm. 13, París, 1979.

⁵ I. P. Gerasimov, «L'apport de la géographie à l'Univers actuel des connaissances», en *Revue Internationale de Sciences Sociales*, vol. XXVII, núm. 2, UNESCO, París, 1975.

⁶ Pinochet fue profesor de geopolítica de la Academia de Guerra del Ejército, siendo Coronel. En 1968 publicó su curso en un libro llamado *Geopolítica*, y en 1974, después del Golpe de Estado que lo coloca a la cabeza del gobierno, efectúa una reedición (Ed. Andrés Bello, Santiago 1974).

Los geógrafos consideran, desde hace ya bastante tiempo, que la geopolítica es una expresión del determinismo geográfico. Siendo esta última, una tendencia que atribuye exclusivamente a las condiciones geográficas, especialmente físicas (clima, suelo, posición, etc.) la facultad de determinar el desarrollo socio-económico y político de una nación. El carácter reaccionario de estas teorías desarrolladas en el siglo XIX se demuestra cuando atribuyen a causas de la naturaleza el atraso de los pueblos. Estas teorías condujeron a la justificación de la política colonial y la expansión capitalista, empleando argumentación de tipo geográfico. Luego servirá para justificar las ideas de Hitler y Mussolini.

La geografía mistificada y al servicio de los intereses del capital monopolista puede hoy día, como en el pasado, proporcionar supuestas bases teóricas para justificar las prácticas fascistas.

¿Los conflictos bélicos hacen de la geografía una ciencia prostituida?

La geografía se ha demostrado como indispensable en todo conflicto de carácter bélico. Las acciones de guerra se llevan a cabo en forma concreta sobre el espacio físico. De allí la necesidad impuesta de trazar estrategias y tácticas para el control del territorio.

La llamada «guerra interna» tiene sus orígenes en la doctrina de seguridad nacional que fuera aplicada anteriormente en Brasil. Esta doctrina sostiene que el enemigo al cual las Fuerzas Armadas deben combatir se encontraría en el interior del país (guerrilleros, marxistas y extremistas enquistados en los sindicatos, en los partidos, etc.). Pinochet dice en su discurso del 11 de septiembre de 1976 «... el marxismo es una agresión permanente al servicio del imperialismo soviético...», «... enfrentamos una guerra no convencional...», «... el enemigo está al interior de la nación...». Esta guerra la han declarado la burguesía, los monopolios y el imperialismo cuando vieron amenazados sus intereses.

Cuando los militares al servicio de las fuerzas reaccionarias han declarado la guerra interna a inmensos sectores de la población, el terreno que será escenario de esta guerra es todo el país. Por lo tanto todas sus regiones necesitarían ser dominadas, pero en especial los lugares conflictivos. La geografía pasa entonces a jugar un papel importantísimo y así como ha servido a la guerra tradicional, ahora se pone a disposición de la guerra interna. El enemigo compuesto por sectores de pobres o desposeídos deberían ser localizados, inmovilizados, neutralizados. Debería impedirse al pueblo toda forma de comunicación y desde luego de organización. Los partidos políticos y sindicatos así como toda otra organización «sospechosa» son disueltos, controlados o directamente atacados. Las áreas de peligro deben ser reforzadas, cercadas. Compartimentación y dominación del espacio sobre la base de un conocimiento exacto de él, se hacen necesarios en la guerra interna⁷.

La Junta ha publicado a los cuatro vientos como su realización geográfico-social el llamado «Mapa de la Extrema Pobreza»⁸. Los argumentos utilizados para su realización —mejoramiento social y económico— aparecen como claros pretextos si se tiene en cuenta la política seguida en tal sentido durante los últimos seis años ¿Cuáles son los verdaderos objetivos de este mapa? Sin duda, detectar y luego controlar áreas conflictivas. Pero, ¿qué otra información se obtuvo en esta ocasión? ¿Qué otros mapas fueron elaborados como subproductos, o tal vez como producto principal? ¿Qué utilización se dará a esta información geográfica? Esto constituye un secreto militar de la guerra interna.

Las guerras y otras formas que pueden adoptar los conflictos bélicos, forman parte del conjunto complejo de fenómenos de la

⁷ Raúl Santibáñez, «Contrôle de l'espace et contrôle social dans l'Etat militaire chilien», en revista *Herodote*, núm. 5, enero-marzo 1977.

⁸ Estudio de la extrema pobreza en Chile, publicación de ODEPLAN, agosto 1974. Los métodos empleados son los desarrollados por David M. Smith, *The Geography of Social Wellbeing in the United States*, N. York, Mc Graw Hill, 1973.

sociedad y corresponden a la forma más violenta que adopta en un momento dado la lucha de clases en sus aspectos social y político. Nada más claro para demostrarlo que la situación chilena, en que las clases más reaccionarias ligadas al monopolio y al capital extranjero atacan para oprimir al pueblo, para ello se hace uso de la geografía entre otras armas. Pero cuidado, no hay que olvidar que en las luchas y guerras de liberación la geografía tampoco ha estado ausente. Las luchas de Arauco con Lautaro como jefe, tienen sin duda aspectos que mostrar en los cuales estrategias y tácticas fueron establecidas sobre la base del conocimiento del terreno. Manuel Rodríguez, el guerrillero que sabe donde aparecer y en que lugar desaparecer, y en qué monte o valle presentar batalla, es un conocedor de la geografía. Podríamos abundar en ejemplos tomados de otros lugares y tiempos, pero creemos que no hace falta. Queda claro que la geografía es solamente un instrumento útil y depende de quién la tenga en sus manos, de quién la maneje y en qué circunstancias para juzgar si su acción es negativa o positiva, prostituida o inmaculada.

Los conflictos bélicos han puesto a la geografía a su servicio en uno y otro bando. Ciertamente —por su mayor dominio científico-tecnológico— más del lado de los poderosos que de los oprimidos. La geografía, como ciencia, no pierde por ello su razón de ser ni se convierte en algo deleznable. Corresponde plenamente a los oprimidos, a las clases trabajadoras, emplear la geografía en sus luchas. Queremos sin embargo dejar en claro que la guerra es la forma más violenta de la lucha de clases y que si la geografía está allí presente, también lo está en las otras formas, etapas o modalidades que la lucha adopte según los lugares o circunstancias. La utilización de la geografía por la clase burguesa para organizar la producción y la explotación capitalista de recursos naturales y humanos, es también una demostración de cómo la ciencia se pone al servicio de la lucha de clases. Es necesario dar vuelta a la tortilla. ¿Cómo poner la geografía al servicio de las luchas populares, de las luchas de los trabajadores? He aquí la cuestión fundamental de nuestra preocupación y sobre la cual insistiremos más adelante en este artículo.

La política económica actual provoca el deterioro del espacio territorial

El tipo de actividades económicas, así como la forma en que éstas se organizan al interior de una nación, afectan al propio espacio en que los hechos se desarrollan. La fisonomía geográfica cambia conforme a la sociedad misma. La política económica llevada a cabo por la Junta está provocando transformaciones de carácter negativo en el espacio chileno. El territorio está siendo alterado como consecuencia de las economías de enclave exportadoras de materias primas; por las políticas de concentración de industrias y de población; por las políticas regionales y de transportes, etc. La reorganización del espacio al término de este régimen, no será tarea fácil y en algunos aspectos el daño es difícilmente recuperable.

La actual política económica se basa en el proyecto llamado economía social de mercado. Los sectores económicos ligados a la Jun-

ta postulan una «economía capitalista moderna» que sea capaz de situarse en un plano competitivo en los mercados internacionales. Para Chile esto significa acentuar la dependencia de su economía. La competitividad posible en los mercados internacionales se encuentra casi exclusivamente en la producción de materias primas. Especial importancia adquieren entonces las actividades extractivas: minería, forestales, agricultura de exportación y pesca.

Sin duda, la minería se está modernizando para extraer rápido y barato. Las minas agotadas y abandonadas van a aumentar sobre el territorio y los cesantes también.

Los aserraderos se equiparán rápidamente de la mejor maquinaria y de caminos hasta en Aysén para cortar, secar, transportar y exportar la madera en bruto. Los espacios talados y expuestos a la erosión van a aumentar.

La fruta chilena comienza a inundar los mercados internacionales y los bolsillos de los exportadores. El inversionista extranjero está comprando tierras en Chile y se instalará en el campo chileno como lo hizo en América Central. Los gringos van a aumentar.

Este tipo de «economía capitalista moderna» puede dejar a Chile privado de sus riquezas naturales en pocos años y convertirlo en un territorio de espacios vacíos y desarticulados al estilo de la pampa salitrera. La economía de enclave no desarrolla las regiones, sino que obtiene en ellas el beneficio y luego deja pueblos fantasmas, caminos que no van a parte alguna.

Respecto a la actual política de transportes, diremos solamente que ya ha sido levantada una buena parte de la red de ferrocarriles. ¿Qué está pasando con el transporte aéreo y marítimo? ¿Qué dice el gremio de los camioneros del estado actual de las rutas?

Mientras esto ocurre, la Junta numera regiones de Chile, del uno al doce o al trece y luego les coloca nombres a cada una. ¿A qué corresponde esto? Sabemos que no son regiones económicas de planificación. Esto, porque de acuerdo a los principios de la economía liberal que se proclama en Chile el Estado no debería intervenir para planificar la economía. ¿Qué son entonces estas pretendidas regiones de la Junta?

Las regiones de la Junta y el modelo concentrador

Las regiones de la Junta corresponden a divisiones militar-administrativas del territorio para su control basado en la verticalidad del mando que emana de Pinochet. En cada región hay un funcionario en dependencia directa del poder central. Las provincias y comunas quedan controladas. Aparentemente el control se hace por Pinochet a la cabeza de las fuerzas armadas. Pero, a partir de este sistema militar-administrativo se está creando toda una estructura institucionalizada que permita el funcionamiento del modelo capitalista moderno. Se está creando el cuadro jurídico-económico que permita la eficacia del sistema capitalista dependiente. Sin duda son la burguesía monopolista y las multinacionales las principales interesadas en la «regionalización» pinochetista y son ellas quienes inspiran los actuales organismos de «planificación» en el país.

El modelo económico de concentración de capitales de tipo monopolístico y basado en la competitividad se traduce también en la concentración de la actividad en el espacio. La economía social de mercado ha liquidado las pequeñas y medianas industrias, y sólo podrán subsistir las más competitivas. Sin duda serán más afectadas las industrias de provincias o regiones más alejadas y menos dotadas de infraestructura básica (dificultades de transportes, mercados, etc.). En general, las regiones mejor equipadas o más «dinámicas» podrán escapar a la hecatombe.

La industria, comercio y servicios tienden a concentrarse entonces, porcentualmente respecto al país, en las áreas urbanas. Las ciudades como Santiago y Valparaíso son las más favorecidas. El viejo problema de la marginalización de regiones y de la concentración de la actividad se verá acentuado.

En la década 1960-70 se pudo constatar que ya existía en Chile una gran concentración geográfica de las industrias en el centro del país, especialmente en Santiago, en desmedro de otras regiones⁹. Este problema fue abordado durante el gobierno de Salvador Allende, los planes trazados señalaban que: «la estrategia del sector industrial debe tomar en consideración requerimientos sectoriales y servir de instrumento básico para el ordenamiento espacial propuesto (...) se precisan dos áreas de desconcentración (...) ellas son Serena-Coquimbo y Valdivia-Osorno-Puerto Montt. Es allí entonces donde se incentivará más fuertemente la localización industrial de complejos...»¹⁰. Hoy día las cosas son diferentes, llegando a crear alarma. Recientemente la revista *Auca*¹¹ publica una serie de artículos en que geógrafos, demógrafos, urbanistas y arquitectos se inquietan por el futuro de Santiago y el de las regiones. El arquitecto René Martínez plantea allí que «en el momento actual el modelo económico vigente acentuará, por definición, la tendencia a la concentración haciendo cada vez más remota la posibilidad que las regiones lleguen a competir con Santiago en el sentido de atraer poblaciones y actividades económicas...».

En la actualidad se ha suprimido el plano regulador de la ciudad de Santiago, esto significa que no hay límites para su extensión sobre las áreas reservadas y las agrícolas de los alrededores. Hace ya un año la revista *Qué Pasa*¹² se hacía eco de la inquietud santiaguina frente al problema urbano de un artículo intitulado «Santiago rompe el cerco». Allí se informaba de algunas opiniones técnico-profesionales, pero también del particular interés de las empresas constructoras en adquirir terrenos. Se desencadenó una especulación sobre el valor de los sitios. Las ganancias de las empresas loteadoras y constructoras fue fabulosa y dieron origen a escándalos que llegaron a la prensa. Sin embargo, los aspectos negativos del crecimiento espacial desenfrenado son mucho más graves (sanitarios, transportes, etc.) y plantean una serie de incógnitas hacia el futuro.

⁹ Graciela Uribe, *La localización de la actividad manufacturera en Chile*, Instituto de Geografía, Universidad de Chile, 1967.

¹⁰ Moisés Bedrack, *La estrategia del desarrollo espacial en Chile* (1970-1973). Ed. Siap. Planteos, Buenos Aires. 1974.

¹¹ Revista AUCA, Santiago, septiembre 1979.

¹² Revista *Qué pasa*, Santiago, 5-11 octubre 1978.

Pongamos la geografía al servicio de las luchas populares

La lucha de clases tiene su expresión concreta sobre determinados espacios, desde la escala local a la internacional. De allí que la geografía, disciplina espacial por esencia, está llamada a relacionarse con la lucha de clases en cualquiera de los sitios y formas en que ésta se presente. Sin embargo, a menudo se tiene la tendencia a establecer más fácilmente la relación geografía-guerra, es decir, geografía-forma más violenta de la lucha política y de clases. Queremos insistir en que la geografía no sólo es útil en la forma más violenta de la lucha sino en todas las formas y aspectos que ella adopte.

Las manifestaciones de la lucha de clases se producen en sitios concretos y a partir del área local se establecen relaciones de interacción con espacios más vastos. Las luchas sindicales pueden localizarse en una comuna o barrio *x*, pero la empresa puede tener otra fábrica en la comuna *y*; además de filiales en *z*; el capital que financia a esta empresa proviene de los países A, B y C. La información sobre el contenido de estos espacios y de las relaciones complejas que en ellos se establecen es materia conocida de la burguesía empresarial¹³. Ella elige donde efectuar sus inversiones, determina las necesidades y características de insumos, mano de obra y mercados; elige lugar y maneja espacios. Para ello la empresa capitalista dispone de la información geográfico-económica.

Las organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores llevan a cabo sus luchas en el terreno. Complementan esta práctica por medio de análisis, ya sean éstos de tipo marxista o no. Para ello recurren al material de información directa y también se apoyan en los estudios realizados por los economistas, historiadores o sociólogos, pero la geografía sigue a menudo siendo allí un fantasma del cual se presiente su presencia sin que éste llegue a materializarse y menos a sentarse a la mesa de trabajo junto a otras disciplinas.

Creemos que es necesario que la clase trabajadora pueda disponer de la herramienta geográfica en sus análisis y aplicarla a la práctica en sus luchas. La ejecución de trabajos y estudios de geografía económica y social con enfoques que se perfilen como necesarios o posibles de realizar podrían contribuir a aclarar problemas colocando el punto de vista de la geografía al lado de los enfoques de otras ciencias. La realización pronta de estos trabajos, además de las naturales preocupaciones teóricas y metodológicas, constituyen un desafío para los geógrafos chilenos¹⁴. Estos deben desenterrar la geografía como hacha de combate y ponerla al servicio de los trabajadores. Corresponde en primer lugar a los propios geógrafos realizar los esfuerzos por dar a conocer la geografía a través de estudios, trabajos concretos, ejemplos de aplicaciones, divulgar su utilidad al interior de los medios sindicales y políticos.

Al resto de los científicos sociales correspondería también la tarea de vincular sus trabajos a la geografía; dar una dimensión espacial a los estudios emanados de la economía, historia o sociología, etc.; incluir en sus análisis la territorialidad de los fenómenos.

¹³ Ver revista *Espaces Temps*, núm. 13, París, 1979.

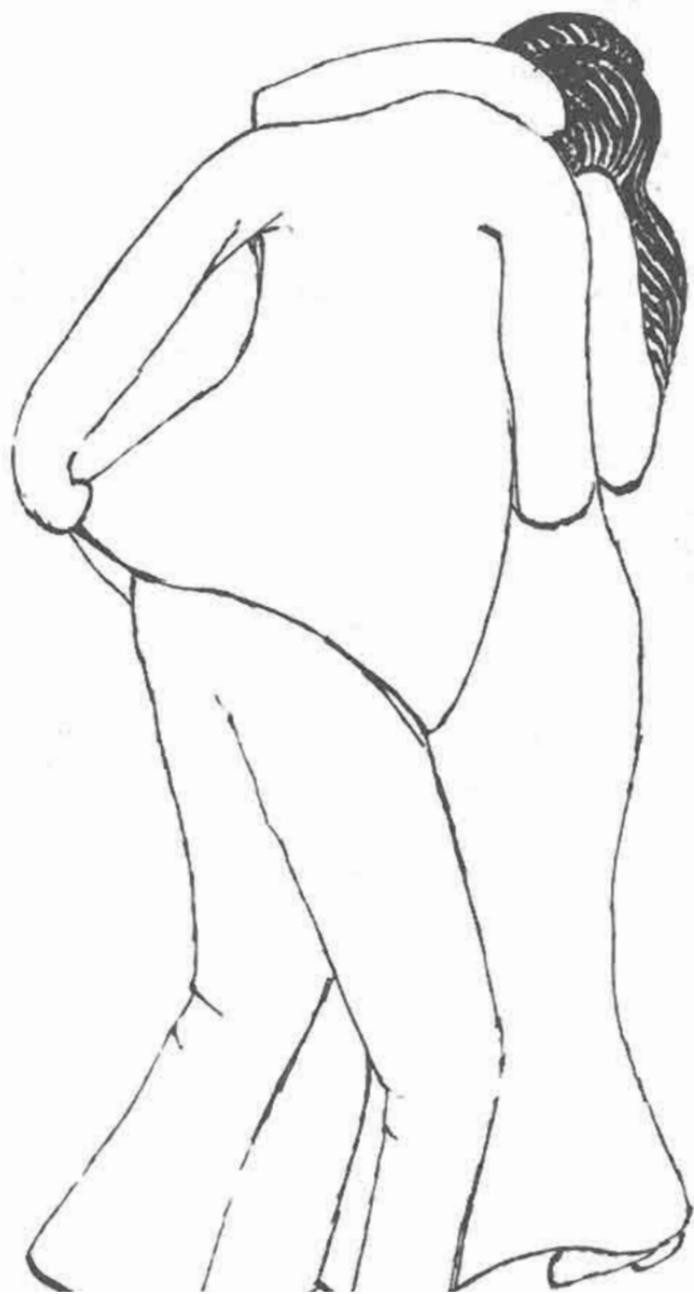
¹⁴ Ver Heinz Bleckert, *Geografía económica marxista*, 1.ª edición en español, La Habana, 1964. Edición en portugués, Lisboa, 1976.

Los informes y análisis efectuados por sindicatos y partidos, como también por los científicos sociales o técnico-profesionales, tienden muchas veces a ser demasiado generales respecto al espacio. Muy corrientemente no hacen referencia al territorio, a los lugares en que ocurren los hechos. A menudo se efectúan enfoques a la escala del país, en circunstancias que estos mismos análisis llevados a escalas regionales o locales se verían enriquecidos mostrando aspectos más precisos y variados y serían también más útiles para la propia práctica local.

El problema bastante complejo de los llamados «cordones industriales» en Santiago, además de su componente político, social y económico, revestía un aspecto geográfico importante que no ha sido suficientemente estudiado desde este ángulo. Habría que hacerlo para analizarlo como fenómeno que ya pertenece a una experiencia histórica. Sin embargo, mirando hacia el presente y el futuro se debería poner atención a las características geográficas de los barrios y poblaciones, en fin, a los problemas urbanos como una contribución al desarrollo de las luchas.

Al igual que los estudios urbano-industriales los del sector agrario deben desarrollarse en sus aspectos geográficos y llevarse a las escalas regionales y locales. Por ejemplo, la región de Aconcagua —debido a la producción de frutas de exportación— o el área de chacras cercanas a Santiago —por cercanía del mercado— presentan características y aparecen como «privilegiadas» respecto a la miseria de otras regiones. Los trabajadores del campo son los campesinos, pero hay muchos tipos de campo como de campesinos. ¿De qué tipo? ¿Cuántos? ¿Dónde? ¿Qué relaciones? Localizar los puntos de conflicto, localizar los aliados y los enemigos de clase, diferenciar el espacio, es una labor urgente. Los estudios del pasado en este aspecto deben ser puestos al día, por cuanto las transformaciones ocurridas en el tiempo también se producen en el espacio.

La tarea que venimos proponiendo no es siempre un trabajo complicado ni reservado solamente a los geógrafos u otros especialistas. Basta, a veces, con poner atención al aspecto geográfico en el análisis político o sindical efectuado. No pensamos tampoco que la geografía sea la panacea que va a solucionar todos los problemas, pero creemos que de esta forma tanto en los aspectos teóricos, como en la práctica de la lucha, la geografía que se ha demostrado útil en manos de la burguesía, lo sería también en manos de la clase trabajadora. Es necesario pues, recuperar la geografía. Se estará en mejores condiciones teniendo los pies apoyados firmemente en ella.



MARCELLO CARMAGNANI

Historiografía y conciencia nacional

Julio César Jobet escribía en 1949 que la historiografía chilena «por haber sido escrita por cronistas de familia, por vulgares desecadores de hechos y hombres o por escribas cortesanos, nada trascendental y cierto ha dicho sobre el tiránico, negativo y tartufo papel desempeñado por los privilegios hereditarios en una república democrática de ficción, pero de contenido feudal».

El severo juicio de Julio César Jobet es contracorriente: contrasta con el juicio que formulan generalmente los demás historiadores chilenos. Estos últimos insisten sobre la continuidad ideal entre la historiografía liberal del siglo pasado, considerada como la iniciadora de la historiografía científica, y la historiografía de hoy en día.

Mi propósito no es el de determinar la validez o menos de estos juicios sobre la historiografía sino más bien tratar de reflexionar, a partir de ellos, sobre el papel que ha tenido y tiene la historiografía en la formación de la imagen histórica que tienen los chilenos de su propio pasado y de su proyección futura. Esto significa que la historiografía, como cualquiera otra ciencia social, puede ser puesta al servicio de un determinado proyecto nacional. En este caso la historiografía adquiere una nueva dimensión, que trasciende incluso al historiador.

La oligarquía chilena, como cualquiera otra clase social hegemónica, legitimó su proyecto utilizando la imagen del pasado nacional que le ofrecía la historiografía positivista y laica del último tercio del siglo pasado. La oligarquía terminó así por apropiarse de los productos de la historiografía, eliminando contemporáneamente su contenido de ruptura. Esta operación cultural era posible porque

la historiografía liberal del siglo XIX era, en efecto, radical en la forma y moderada de contenido.

La Historia Jeneral de Chile de Diego Barros Arana es sin lugar a dudas un buen ejemplo de lo que acabo de decir. *La Historia Jeneral de Chile* da una visión negativa del período colonial y una visión positiva de la independencia, como puede desprenderse incluso del reducido espacio dedicado a tres siglos coloniales y del enorme espacio dedicado a la minuciosa descripción de los prolegómenos, hechos y personas relativos a la gesta de la independencia. ¿Cómo explicar esta diferencia de peso y medida? Barros Arana —como otros historiadores del siglo XIX, independientemente del hecho de ser liberales, y por lo tanto laicos, o conservadores, y por lo tanto clericales—, ve en la independencia la gesta más gloriosa de la oligarquía, la gesta que la legitimó como clase dominante. Describir, por lo tanto, con lujo de detalles los hechos de los cabildantes de 1810, el destierro de los notables en Juan Fernández y la activa participación chilena en la independencia del Perú, significaba poner en evidencia el rol de los bisabuelos y de los abuelos de la clase política de fines del siglo XIX. Sólo a la luz del espíritu de clase se puede comprender el motivo que llevó a Barros Arana a dedicar casi la mitad de su *Historia Jeneral de Chile* a la Independencia y es éste el mismo motivo que llevó a Amunátegui a escribir tres gruesos volúmenes sobre 1810 y dos sobre los precursores de la Independencia.

Si bien la exaltación de la Independencia realizada por la historiografía y su interpretación como un momento de discontinuidad histórica, de ruptura, llenaba de orgullo a la oligarquía, lo que a ella realmente interesaba era, por sobretodo, usar esta imagen positiva como mecanismo de control ideológico de las nuevas clases que emergen en el país. Se trata de impresionar a las clases subalternas con el armamentario positivista: la oligarquía domina porque se ha conquistado, luchando, el derecho de mandar, habiendo expulsado a los godos del territorio nacional y habiendo dado al país una organización republicana. Esto equivale a decir que la oligarquía ha adquirido históricamente el derecho de hegemonía porque ha demostrado ser la más capaz. Ser la más capaz significa, entre otras cosas, anticipar los tiempos y de allí la insistencia en subrayar el rol de «precursores» y «liberales» que tuvieron algunos miembros de la oligarquía antes, durante y después de la Independencia.

Si a través de las gestas de la Independencia los historiadores liberales legitiman la dominación política de la oligarquía, a través de la descripción del progreso económico y material del país después de 1810 —una vez que la capacidad de la oligarquía puede manifestarse totalmente—, justifican la dominación económica y social de la oligarquía. Útiles en este sentido fueron las obras de Benjamín Vicuña Mackenna, el más imaginativo e inteligente de los historiadores liberales chilenos.

La expansión de la producción y su corolario, el progreso material, es el resultado del esfuerzo de los miembros de la oligarquía. En *El libro del cobre y del carbón de piedra*, Vicuña Mackenna escribe la biografía —mejor sería decir la hagiografía— de uno de los tantos «santos» laicos del siglo XIX, don José Tomás de Urmeneta

que es así recordado: «Nació el iniciador más acaudalado, más valiente y más perseverante de la antes abatida y menesterosa industria del cobre de Chile, en la edad que esa sustancia comenzaba a ser, por primera vez, riqueza pública y cuantiosa, viniendo al mundo de opulenta familia, oriunda de Vizcaya.»

En esta caracterización de don José Tomás de Urmeneta, Vicuña Mackenna sintetiza bien los motivos por los cuales el oligarca es el más capaz: por su prosapia vasca (mito recurrente en la historiografía chilena) y por sus atributos de riqueza, valentía y constancia. En esta caracterización de la oligarquía predomina la idea positivista de la selección de la especie. Esta idea, no obstante todas sus limitaciones, se caracteriza por un atributo racional atribuible a su base historiográfica.

A partir de los primeros decenios de este siglo, los ataques de la clase media y de la clase obrera empujan a la oligarquía a revisar los mecanismos de control ideológico. El resultado es la utilización de la historiografía para difundir entre las clases populares y la clase media una imagen mítica de la vieja clase dominante al poder.

Las obras que sintetizan esta nueva fase son *La Fronda Aristocrática* de Alberto Edwards —sin lugar a dudas el mejor producto de la ciencia política oligárquica— y *Nuestra Inferioridad Económica*, de Francisco A. Encina, anticipadora de su *Historia de Chile*, que publicará solamente entre 1940 y 1952.

Estos dos autores reelaboran en términos de mito colectivo la historia de Chile, substituyendo el criterio de «los más capaces», propio como he dicho del pensamiento positivista de los historiadores decimonónicos, por el criterio de «los mejores». La oligarquía termina así por ser caracterizada como una aristocracia —y definida explícitamente como tal— por el hecho de descender étnicamente de los vascos («jurídicamente hidalgos», según Edwards) lo cual explicaría, siempre siguiendo a Edwards, «el liberalismo aristocrático del viejo Chile» que aparece como «una venerable tradición histórica medieval», una herencia de raza. Partiendo de esta herencia se desarrolla «una aristocracia mixta, burguesa por formación, debida al triunfo del dinero, por su espíritu de mercantilismo y empresa, sensata, parsimoniosa, de hábitos regulares y ordenados, pero por cuyas venas corría también la sangre de algunas de las viejas familias feudales».

Esta forma de pensar la encontramos también en Encina, quien en *Nuestra inferioridad económica* primero y en la *Historia de Chile* después atribuye a la dimensión «racial» un rol determinante en la evolución histórica. Para Encina los únicos seres no inferiores económicamente son los oligarcas, «las capas altas», que constituyen «el grueso fondo social, la fuente más pura, la menos contaminada con ideas y sentimientos ajenos a la idiosincracia nacional». Me parece interesante subrayar que Encina es uno de los primeros intelectuales de la oligarquía a establecer una identificación entre valores oligárquicos y valores nacionales. La imagen de la oligarquía como depositaria de los valores nacionales representa algo nuevo por respecto a la de la historiografía decimonónica que subrayaba, sobre todo, la dimensión internacional de la oligarquía.

Si la oligarquía tiende a ser presentada por los ideólogos de la clase dominante como la clase «nacional» por excelencia, se puede entonces pensar que el desarrollo del pensamiento nacionalista en Chile en los primeros decenios de este siglo es, en buena medida, el resultado de la capacidad oligárquica de generar y difundir ideas. Es sólo en un segundo momento que las clases medias por imitación se apropian y utilizan esta ideología mostrando así, desde sus orígenes, una total subalternidad a la oligarquía.

La decadencia de la oligarquía coincide entonces con el progresivo abandono de la historiografía como ciencia social al servicio de la oligarquía y la progresiva utilización de la historiografía en términos de ciencia política. Comienza así a difundirse una utilización aberrante de la historiografía vista como una ciencia subalterna, proporcionadora de ejemplos, y, por lo tanto, instrumento para la elaboración de mitos históricos favorables a la conservación de las viejas formas de dominación oligárquica. La consecuencia será un período de decadencia de la historiografía en cuanto ciencia, no obstante las notables aportaciones de José Toribio Medina, de Domingo Amunátegui Solar, de Guillermo Feliú Cruz y de Ricardo Donoso. Mi impresión es que los notables estudios de estos historiadores han servido poco o nada contra los mitos colectivos generados por los intelectuales orgánicos de la oligarquía. Lo prueba el hecho que los manuales de historia de Chile largamente difundidos entre los estudiantes y público en general, como los de Luis Galdames y de Francisco Frías Valenzuela, dan una imagen muy tradicional de la historia de Chile: los hechos históricos son presentados con el estilo de los historiadores liberales y las ideas que difunden son, en cambio, una visión moderada de las elaboradas por los intelectuales de la oligarquía.

Los estudios de un Ricardo Donoso, y pienso por ejemplo en su monumental biografía de Arturo Alessandri en la cual se esfuerza en desmantelar racionalmente los mitos populistas del León de Tarapacá, o los más recientes de un Hernán Ramírez Necochea, y pienso por ejemplo en su historia del imperialismo en la cual muestra la íntima trabazón entre imperialismo y oligarquía, difícilmente llegaron al vasto público, mientras sí llegaron los de Encina y los de Jaime Eyzaguirre, brillante ensayista y parcial anticipador a través del mito de la hispanidad de la ideología de la dictadura de Pinochet.

A este punto es forzoso concluir que no se ha dado aún en Chile una historiografía capaz de generar una imagen histórica diferente de la propuesta por los intelectuales de la oligarquía. El resultado de esta incapacidad de la historiografía chilena en general y de la historiografía marxista chilena en especial ha sido que los proyectos nacionales antiimperialísticos, antioligárquicos y populares como los del FRAP y de Unidad Popular, terminaron por apoyarse sobre una visión histórica del país tributaria de los mitos históricos oligárquicos.

Esta forma de tributación cultural es visible en los documentos oficiales de la Unidad Popular e, incluso, en los discursos de Salvador Allende. Significativo es en este sentido su discurso del 5 de noviembre de 1970, en el cual la historia de Chile es presentada como una continuidad caracterizada después de 1810 por la «tradi-

ción republicana y democrática» la cual «termina así por ser parte integrante de nuestra personalidad y penetra en la conciencia colectiva de los chilenos».

¿A qué se debe que la historiografía chilena marxista no haya sido capaz de expresar una imagen histórica diferente de la elaborada por la oligarquía? Un análisis completo de este problema me llevaría demasiado lejos. Entre los elementos que deberían ser tomados en la debida consideración menciono tan sólo uno, el elemento institucional.

Las instituciones encargadas de producir historiografía —Universidades, centros de investigación, sociedades históricas— han favorecido proyectos de investigación muy fragmentarios con el fin, tal vez, de evitar grandes gastos —considerados «superfluos»— o han favorecido, como aconteció más recientemente, la difusión de masa de productos historiográficos de bajísimo valor cultural en los cuales se confundía lo «popular» con lo «populachero».

Se han descuidado, además, las instituciones encargadas de la conservación de los restos históricos. El proyecto oligárquico de concentrar todo en el Archivo Nacional en Santiago ha provocado y provoca la continua pérdida de importantes restos históricos. Los más expuestos son los documentos de origen regional y local cuya pérdida impedirá comprender las diversidades regionales que son, en verdad, variantes de la chilenidad —desde siempre negadas por la historiografía oligárquica— y la real evolución de las clases populares —las grandes ausentes en la historiografía tradicional.

Se han descuidado, en fin, las instituciones encargadas de distribuir historiografía, es decir, las bibliotecas y los museos. Recuerdo que todavía en 1970 las únicas bibliotecas públicas estaban concentradas en las ciudades más importantes y que no todas las capitales de provincia poseían una biblioteca pública. Una red nacional de bibliotecas y museos históricos favorecería la familiarización del estudiante y del público en general con la historia nacional.

Una vez iquidada la dictadura infame, la primera tarea deberá ser la de romper el viejo esquema de desarrollo de la historiografía chilena caracterizado por considerar un lujo innecesario los gastos para la investigación histórica y por la imposibilidad de los historiadores de comunicar sus conocimientos al vasto público —contribuyendo por consiguiente al desarrollo de la conciencia nacional— por la inexistencia de instituciones e instrumentos adecuados.

En «El Mercurio», léase el siguiente aviso: «CONGRESO NACIONAL. Concurso. Llámese a concurso para proveer los cargos que a continuación se indican en el Congreso Nacional. SENADO. Escalafón Profesional de Secretaría: Un Oficial 3.º, grado 17 de la E.U.S.—CAMARA DE LOS DIPUTADOS. Escalafón Profesional de Secretaría: Un Oficial Auxiliar, grado 17 de la E.U.S., etc., etc.»

Todos sabíamos de la clausura del Congreso Nacional. Pero ignorábamos que ella no opera cuando se trata de satisfacer las necesidades burocráticas de la Junta.



OSVALDO FERNANDEZ

Chile: ¿Qué enseñanza filosófica?

Si se nos pide examinar la fusión entre el nivel mundial de una ciencia social determinada y la forma específica de su presencia en una realidad tal como la chilena, yo debo decir que no creo que esto pueda ser resuelto como un mero paso de lo general a lo particular.

Si partimos de la base que la elaboración de la ciencia en este plano también supone la existencia de una determinada formación económico-social; que en lo que se refiere al desarrollo de las relaciones ideológicas y superestructurales, su internacionalización no es tan obvia como podría ser en las relaciones económicas, llegamos a la conclusión de que este pretendido nivel mundial tiene, en el caso de las ciencias sociales, no poco de ilusión. Su dimensión mundial en estado puro o neutro, lejos de ello, corresponde también a una determinada coyuntura en la lucha de clases, que ocurre allí donde el capitalismo está más avanzado; en las potencias mundiales que reflejan más o menos directamente el enfrentamiento de clases a escala mundial, entre las posiciones socialistas y capitalistas por una parte, y entre la acción de la ideología dominante y la lucha de liberación nacional por otra.

Esto nos da al menos una idea de lo complejo de la fusión.

Cuestión que por lo demás es una antigua discusión entre los que se han ocupado de Latinoamérica. Desde Sarmiento no faltan las posiciones y las tomas de partido al respecto. Están por una parte los que consideran esta fusión como la necesidad de aplicar un patrón cultural, algo así como «no somos nada y lo debemos todo», hasta quienes pretenden negar toda influencia ajena como «no nuestra». La oposición termina por tocarse en alguna parte. Entre la vi-

sión culturizante europea y el indigenismo a ultranza sólo hay un corto trecho de ilusión. Sea que se trate de reconocer y tomar partido por la *deuda*, sea que se trate de negarla, ella sigue ahí como un supuesto que vuelve a reanimar las polémicas.

Ahora bien, a mí me parece útil aprovechar esta interrogante sobre las ciencias sociales, para reconocer el terreno de esta peculiar dialéctica que rige el desarrollo de nuestra específica realidad cultural y teórica.

Pienso que la presencia en Chile de una determinada posición teórica ya elaborada en Europa, o de un desarrollo particular de alguna ciencia social de un autor extranjero, implican cierto grado de coincidencia y tangencialidad. Algo así como dos círculos que se tocan en un punto, pero cuyos procesos reproductivos responden a la lógica propia y específica de su desarrollo cultural. Programáticamente, tal examen debiera comenzar por donde ya lo sugirió Mariátegui, es decir por el hecho de la existencia de una universalización de las relaciones de producción capitalistas, que se manifiestan de manera peculiar en nuestra realidad periférica y dependiente.

Esta realidad autóctona existe en un proceso de reproducción cultural. Reproducción que tiende a afirmar mucho más los rasgos nacionales de la cultura y producción teórica. Esta especificidad reproducida se explica de varias maneras: por el carácter que asume allí la lucha de clases; por la forma del dominio y de la alianza del poder; por la acción de la ideología dominante, sus componentes y su tradición; por la fuerza y la institucionalidad de los aparatos ideológicos de estado; por la conciencia política de los distintos sectores medios que proporcionan la variedad del antagonismo fundamental entre la clase obrera y la burguesía; por la opinión y presencia de las minorías, todo lo cual implica historia e historia de una tradición cultural, problemas de orígenes y de estilo de desarrollo. Es necesario tener en cuenta, incluso, el grado de preparación para asumir una determinada problemática.

El problema lo sitúa entonces en la forma de esta transferencia cultural o teórica; es decir, de qué manera este proceso reproductivo interno, nacional, asimila un determinado autor o una determinada idea o corriente cultural, que en sus orígenes y formación corresponden a otra coyuntura cultural.

Creo que la incorporación puede ser concebida como una *traducción*. Metáfora-concepto que se puede emplear para dar una explicación a la presencia de un elemento cultural en el interior de un mecanismo reproductivo que no es el suyo.

Pienso que no es abusivo utilizar esta metáfora-concepto para describir la práctica específica de nuestra producción teórica, nuestro modo de enfrentar la realidad social. Concebimos la *traducción* en este caso, como el mecanismo mediante el cual una formación social dependiente se hace cargo de posiciones generadas en otra coyuntura.

Como de lo que se trata es de los estudios filosóficos en Chile (docencia e investigación), dos ejemplos nos permitirán ilustrar esta proposición acerca de la forma de funcionamiento de un aparato reproductor específico. En concreto, queremos abordar la presencia del pensamiento de Heidegger y de Althusser en Chile, cuestión en la cual ya el enunciado anuncia el carácter de la problemática. Pri-

mero, por el antagonismo evidente que surge de la sola contigüidad de los dos nombres, y segundo, por la problematicidad que añade la frase *en Chile*.

Estos autores aparecen en nuestros estudios de filosofía en períodos diferentes. En efecto, mientras Heidegger se sitúa a comienzos de los años 50, Althusser no empieza a ser estudiado sino en la segunda mitad de los años sesenta. El impacto de ambos tampoco es el mismo, porque mientras la presencia del primero se manifiesta únicamente en el ámbito universitario —donde propone un prototipo de producción teórica a partir de una modificación substancial en el método de la docencia—, el segundo toca más ampliamente el terreno de la lucha social universitaria, con ciertas proyecciones políticas importantes.

Heidegger representa la reacción de algunos sectores intelectuales frente a los criterios liberales ilustrados de la práctica cultural teórica, mientras que Althusser aparece asociado a la irrupción en Chile de sectores cristianos radicalizados, que se habían familiarizado con su pensamiento a fines de la década mencionada.

El comienzo de los estudios sobre Heidegger, filósofo alemán, autor de *Ser y Tiempo* y uno de los más importantes pensadores de este siglo —que se sitúa a la derecha del pensamiento existencialista, así como Sartre está a la izquierda— significó en Chile un cambio radical en los estudios de filosofía. Tal es su impacto, que podría hablarse de un *antes* y un *después*, dando versiones del mismo modo opuestas de lo que era estudiar filosofía en un momento y en otro.

La forma que tenían estos estudios antes del conocimiento de su método de trabajo (cuyo aprendizaje fue en gran medida un producto de los cursos del profesor Ernesto Grassi, quien enseñó por esos años en la Universidad de Chile de Santiago), se apoyaba fundamentalmente en el manual. Los cursos eran descriptivos, de carácter lineal, y suponían una entrega masiva, cuantitativa de conocimientos. Mientras más conocimientos se entregaba a los alumnos, mejor. Los cursos de historia de la filosofía tipificaban esta tendencia. Por ejemplo, en el caso de la filosofía antigua, había que comenzar por Tales de Mileto para concluir en los romanos. Lo que implicaba una ausencia del texto original, y la omnipresencia de los manuales.

La relación profesor-alumno mantenía un carácter pasivo, porque los cursos consistían en estas grandes visiones discursivas panorámicas, cuyo desarrollo era de función exclusiva del profesor.

En general, este procedimiento concordaba con una estructura general de los estudios filosóficos, que repetían el edificio aristotélico o el de los grandes sistemas post-renacentistas. Un cuadro general y completo correspondiente a la *ilusión filosófica* del saber total, que parte de la base del saber filosófico como saber supremo. Ideología que se suele encontrar en las personas más alejadas de un conocimiento de la filosofía; la idea de que la filosofía es algo difícil e inaccesible para cualquier mortal.

¿Qué modificaciones introduce en este cuadro la metodología heideggeriana? Primero, un cambio evidente en la lectura. Se abandona el manual y lo principal pasa a ser el texto del autor. El en-

cuentro con el texto debe ser inmediato, no mediado, no preparado. Un encuentro adánico que en el proceso de la lectura deviene cómplice, pero no antes. Los que participan de este procedimiento se hallan entonces en presencia de partes de la obra de las grandes figuras de la historia de la filosofía. Si se trata de Filosofía antigua, el texto puede ser el libro alfa de la *Metafísica* de Aristóteles, o el libro VII de la *República* de Platón. Si se trata de filosofía moderna, nos encontramos con la III meditación de las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes, o las antinomias de la *Crítica de la Razón pura* de Kant. Nótese los autores y la selección. Con esto quiero indicar que en este aislamiento del texto, tampoco se considera el campo teórico más general que representa la obra del autor.

Se postula entonces un contacto directo y detenido con el texto. Mientras más detenido sea, mientras más se vaya al interior de su estructura lógica, tanto más posible será leer, a través de una lectura que ahora es implícita, lo que el filósofo verdaderamente piensa. La hermenéutica parte del principio de que la superficie del texto deja en su expresión (su apariencia visible) un mundo de referencias implícitas que son las que precisamente ordenan la verdadera marcha del pensamiento. La lectura requiere entonces un temple especial: el asombro. El asombro infantil frente a indicios que para el pensamiento cargado o cómplice, pasan inadvertidos. Luego, es preciso coger la palabra en su origen, en su idioma materno; y Aristóteles se lee en griego, Descartes en francés, Kant en alemán. Insisto, sin embargo, que no son los autores sino estos textos seleccionados. Así, por ejemplo, un alumno podía terminar sus estudios de filosofía, sabiendo parcialmente un diálogo de Platón, parte de la *Metafísica* de Aristóteles y de la *Crítica de la razón pura*, algún texto corto de Heidegger o varios, pero con una visión difusa de estos autores y de lo que la historia de la filosofía pudiera representar.

Se origina también un cambio en la relación profesor-alumno. Lo que ahora se pone como espacio del encuentro es el seminario. La lectura colectiva, palabra a palabra, desde las más simples unidades a las más complejas. Ningún concepto se esquivo, se analiza aun el rol de las partículas auxiliares del idioma. Porque la única posibilidad de coger ese discurso inexpressado son los meandros del texto, sus contrastes, las continuidades y discontinuidades. En lo que se tiene ante los ojos está todo y no está nada. El trabajo conjunto consiste precisamente en traerlo a la luz, en develarlo. El seminario es la fábrica en donde poco a poco se va produciendo una reflexión. Pero su índole evidentemente colectiva no debe llamarnos a engaño acerca del carácter paralelamente elitista del método. El círculo que participa en igualdad de condiciones es un grupo de iniciados. Junto con el profesor (que ya no lo es en el sentido tradicional del término), éstos forman una verdadera comunidad. El seminario tiende a abarcar también las afinidades. Se podía estar en clases y no participar en este círculo. Recuerdo como una forma extrema de este hecho, un seminario que organizó la Universidad Católica de Valparaíso sobre *Ser y Tiempo*, de Heidegger. Era público, pero los participantes sólo asistían a una representación, a la misa que celebraba ahí delante el grupo selecto que efectuaba el seminario. El público era a tal punto pasivo, que sus preguntas

debía escribirlas y sólo se respondían si el círculo que realizaba el seminario lo juzgaba conveniente. Yendo aún más lejos en la anécdota, se cuenta que a alguien que fue a una de las últimas sesiones se le ocurrió preguntar algo que concernía a los capítulos finales del libro, y el interlocutor le responde que nada le podía decir porque el seminario iba sólo en la página 15. Verdadero o falso, esto ilustra una debilidad evidente en el método. Esta lectura sin presupuestos sólo permite la visión general al final del texto. Luego, si el curso no se concluye, lo que no era imposible, o si el texto no alcanza a ser leído en el proceso del curso, al alumno común le quedaba sólo esta visión imperfecta de la producción total de un autor: *una obra*, y aún menos, *una parte de ésta*.

Así, lo que se gana en hermenéutica, en rigor de análisis, se pierde en visión interdisciplinaria, y en la consideración histórica de los problemas. El método va determinando un tipo de formación donde la práctica filosófica se automantiene. La filosofía se aísla sobre sí misma y a lo más que llega es a dialogar con la poesía. La búsqueda de la expresión adecuada de la palabra justa explica la buena vecindad con el quehacer del poeta. El discurso poético puede continuar allí en donde el misterio interrumpe el rigor del discurso filosófico.

En cambio, la ciencia, la política, no son terrenos colindantes. Tampoco lo es la historia. El método aleja la reflexión a años luz de la realidad cotidiana. No digamos que Chile está ausente, lo que sería mucho pedir, sino también la reflexión sobre la posibilidad de un pensamiento latinoamericano, o sobre la misma práctica en que se participa y su explicación dentro de la coyuntura política de ese momento, serían la nota disonante en medio del concierto. No hay autocrítica, ni reflexión sobre la propia práctica. Lo más cerca que se llega de un pensamiento autóctono, es la preocupación que algunos manifiestan por las obras de Ortega y Gasset y Xavier Zubiri.

Este cambio en la forma de los estudios de filosofía, la reproducción del método heideggeriano, coincide, alimenta y contribuye a la aparición de un prototipo de intelectual distinto de aquel que se diera en los años 30 y 40. Ya no se trata del intelectual ilustrado, que corresponde a la hegemonía de las ideas liberales y que sentía la fuerza de su acción como un poder rectificador en la marcha de la sociedad. Confiado en el rol salvador de la educación hasta el punto de concebir la política como una *paideia*. Ahora, esta forma de producción teórica que aísla la práctica filosófica del conjunto de las otras prácticas y que también reitera el saber filosófico como saber supremo, menospreciando la significación de la ciencia y de la política, contribuye a generar este tipo de intelectual separado de la acción política y de todo lo que tenga que ver con la llamada cosa pública. Pero que tiene, sin embargo, una concepción elitista acerca de la sociedad, dividiéndola entre los que saben y los que no saben. En el plano estrictamente filosófico, la diferencia es evidente si la examinamos en torno a la producción. Mientras la generación anterior es prolífica y publica libro tras libro, y sus representantes ocupan funciones importantes ya sea en la gestión de la Universidad o del Estado —pienso en este caso en Mario Ciudad o Jorge Millas— los otros realmente no escriben. Una suer-

te de agrafia gana a toda esta generación. Uno de ellos me confió un día, que para él, escribir significaba hacerlo mejor que Heidegger, y que mientras esto no ocurriera no lo haría. Esto que, dicho así, pudiera resultar divertido, no lo es mirado dentro de la lógica del método. Porque el momento de la realización suprema de la función de profesor o de intelectual está en este encuentro frente al texto. Lo demás es añadidura, o quehacer de laicos.

Otro momento, otras circunstancias, una coyuntura histórico-política diferente, acompañan y explican la presencia del pensamiento de Louis Althusser en Chile. En general, este hecho cultural teórico puede ser pensado en una perspectiva triple. Por una parte, en lo que concierne al marxismo tradicional; es decir, preguntarse por la significación de las ideas de Althusser en el desarrollo de las ideas marxistas en Chile. En segundo lugar, en lo que se refiere a la enseñanza de la filosofía. Y finalmente, por las proyecciones que alcanza en la trayectoria política de una generación o en un sector de intelectuales demócrata-cristianos o simplemente cristianos.

Sobre los puntos uno y tres pasaremos más o menos rápidamente, porque de lo que se trata aquí es de los estudios filosóficos. Sin embargo, y hay que decirlo de inmediato, la preocupación por la obra de Althusser no es ajena a la importancia que adquieren las ideas marxistas en el período, y su estudio tiene y tendrá siempre una inmediata repercusión política.

L. Althusser representa la ruptura del marxismo neohegeliano; encarna una tendencia antropológica, de corte ético humanista, que se apoya en la teoría de la alienación y que sigue inmediatamente después de la autocrítica del XX Congreso. ¿Algunos nombres? Garaudy, Schaft, Fischer y otros.

Su proposición de una nueva lectura de Marx es la invitación a abandonar los esquemas ideológicos en que se perdió este marxismo de la apertura. Su crítica toca no sólo esta corriente interna, sino también las versiones socialdemócratas que se prolongan en la escuela de Frankfurt, y las tendencias del humanismo cristiano francés. Por eso, los puntos cruciales tocan el problema de Hegel-Marx, la crítica de la teoría humanista y las tendencias antropológicas dominantes en el humanismo de la alienación.

Partiendo de la concepción de una ruptura epistemológica de Marx con respecto a la tradición que lo precede, propone algo semejante en esta época (años sesenta) con respecto a estas distintas tendencias.

Su obra representa claramente, en suma, un momento en el desarrollo de las ideas marxistas. Aunque es conveniente precisar que su parte crítica es mucho más importante y significativa que las respuestas que entrega. Es importante puntualizar, además, que el énfasis crítico no deja siempre en claro si lo que ataca es el hegelianismo o el problema de Hegel en Marx. Me explico. Hegel es un problema real para el marxismo: un problema aún no resuelto, porque Hegel está presente explícita e implícitamente en la obra de Marx, en una adopción declarada y en otra que es necesario rastrear. Por eso Lenin llama hasta los últimos días de su vida a leerlo *de manera marxista*.

Para ser todavía más preciso: en esta problemática así expresada, lo que Althusser ataca es el hegelianismo de los años sesenta, una más de las recaídas tan frecuentes en la ideología hegeliana.

Ocurre, en fin, que a mediados de los años sesenta, dos fenómenos se producen en Chile simultáneamente. Primero, que el marxismo se hace presente en la docencia e investigación universitarias, y segundo, que quienes se ocupan del marxismo en este nivel y en otros, ya no son solamente los comunistas y socialistas, sino sectores que vienen de la democracia cristiana. Y si quisiéramos agregar un tercer aspecto, diríamos que la forma en que este marxismo se hace presente es, justamente, a través de la opción althusseriana.

Ahora bien, a propósito de esta opción hay que decir que su irrupción se produce sin que en la universidad se hubieran conocido antes otras versiones del marxismo. Esto por una parte; y por otra, aclaremos que en lo que se refiere al desarrollo propiamente tal del marxismo en Chile, la importancia de Althusser es menor, toda vez que sus concepciones, en tanto instrumento de interpretación de los cambios político-culturales de los años sesenta, no son diferentes de los de Gramsci, que toda una generación de intelectuales comunistas conocía desde principios de esa década. Recuérdese que las principales obras del teórico italiano, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, *Notas sobre Maquiavelo*, *La política y el Estado*, habían empezado a editarse en Argentina a partir de 1954.

La incorporación de los cristianos en política, fenómeno que en su línea gruesa significa el paso de la Acción Católica a la DC y que ocurre entre los últimos años de la década del 50 y los primeros de la del 60, implicaba en lo ideológico dos procesos: de una parte, la adopción de la Doctrina social de la Iglesia, y de otra, las concepciones del neotomismo. Jacques Maritain y J. Ives Calvez son entonces los autores de cabecera.

Aludimos a esos momentos previos, porque en fin de cuentas, Althusser es un fenómeno que ocurre como parte del desarrollo de la conciencia crítica de ciertos sectores cristianos que se radicalizan y que llegan por esta vía al marxismo. En un comienzo, el marxismo se encarna en los rivales cotidianos de la lucha social. No olvidemos que el ascenso al poder de la DC chilena se dio bajo la oposición religión versus marxismo. Oposición de ideas, de lenguaje, oposición de masas. La DC organiza otro tipo de masas o como una manera de oponerlas al movimiento de izquierda tradicional. Es así que son organizados los campesinos, las mujeres y los pobladores.

En esta oposición, el marxismo es mirado a través de ideas tales como las de Calvez. Su crítica del joven Marx entrega los primeros elementos de la reflexión.

Pero en la medida que el PDC se instala en el poder y que su experiencia reformista populista se revela insuficiente para resolver los problemas de las masas, estos sectores más radicalizados comienzan a sentir que la insuficiencia abarca la esencia del programa. Que se queda a medio camino entre posiciones desarrollistas y revolucionarias. La revolución cubana y el importante proceso de

liberación en la América Latina de este período impacta a estos sectores.

Autores como Althusser aparecen entonces como un medio para romper con la conciencia anterior. Se pasa así de la crítica del marxismo a un compromiso con las ideas marxistas, elemento de apoyo para un rompimiento abrupto con las ideas anteriores. Recuerdo un encuentro que tuvimos por esos años en Santiago con jóvenes demócrata-cristianos, realizado con el objeto de abrir un diálogo. Estos nos decían: «¡Pero si nosotros estamos más allá que ustedes! Nosotros no respondemos ya a una conciencia cristiana, sino a puntos de vista marxistas.»

Para no alargar excesivamente esta conversación, sólo quisiera insistir en dos aspectos que conciernen a la aparición del marxismo en la Universidad: uno, relativo al entronque con lo anterior, y otro, a la forma que adquiere. Está de más insistir que cuando digo el marxismo, me estoy refiriendo al marxismo de Althusser.

Con respecto al primer problema, este marxismo, que es un marxismo de ruptura, surge como la negación en varias expresiones, que apuntan a dos formas de tradición distintas: una, externa a la universidad, y otra, concerniente a la tradición interna de los estudios de filosofía.

Se rompe en primer lugar, con lo que es el desarrollo tradicional del marxismo. Hecho singular: tanto el espacio nuevo de este debate (la Universidad) como quienes se encargan de animarlo, no pertenecen a este marxismo en su línea tradicional. Luego, esta forma de ruptura se dio fundamentalmente como un combate con las sombras.

En segundo lugar, la ruptura concierne al período inmediatamente anterior del desarrollo de los estudios de filosofía. Período de preparación, durante el cual la concepción de un marxismo antropológico alcanza un relativo auge, y que coexiste junto a la docencia de tipo heideggeriano.

Para citar sólo algunos nombres, mencionemos, por ejemplo, a Juan Rivano, que inicia a comienzos de los años sesenta una lectura del capítulo sobre reificación de la obras de Lukacs, *Historia y Conciencia de clases*. Por otro lado, los estudios sobre Hegel que inaugura Fernando Zabala, se inscriben en el pasaje teórico que va de la dialéctica del amo y el siervo en la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, a la noción de trabajo alienado en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, de Marx.

A esto se puede añadir la difusión de las tesis de Fromm sobre Marx y el concepto del hombre, en donde se desarrollan las posiciones de la socialdemocracia sobre el marxismo, especialmente en la línea de la escuela de Frankfurt. Esto coincide con la publicación en Chile de los *Manuscritos* por la Editorial Austral. Ambas vertientes proporcionan a toda una generación de jóvenes universitarios, los elementos para la primera lectura de los conceptos del humanismo y la teoría de la alienación.

En la misma medida que el proceso de la lucha de clases en nuestro país y en Latinoamérica se agudiza, se radicalizan también las posiciones de estos sectores de intelectuales, que responden al desarrollo de la conciencia revolucionaria entre las capas medias. El eco de la experiencia guerrillera y las posiciones más y más decidi-

das de la Iglesia les tocan particularmente. A partir de entonces la ruptura, que está ya en el ambiente, se vehicula a través del pensamiento de Althusser.

He descrito ese momento —el período intermedio de desarrollo de las concepciones crítico-humanistas de la realidad— para señalar que en este proceso de ensamblaje de un autor ajeno a nuestra realidad, hay una estructura que condiciona la *traducción*. En su desarrollo original, el pensamiento de Althusser se explica a partir de la ruptura con las posiciones del marxismo hegelianizante y antropológico en Francia. Pues bien, en Chile, aunque no de la misma manera, los elementos de la negación de este momento están dados a comienzos de los años sesenta.

Finamente, la ruptura implica superación o abandono del método heideggeriano, con su concepción de los estudios y con la práctica teórica que éste supone. No podía ser de otro modo. Heidegger y Althusser son pensamientos antípodas, formas de práctica teórica radicalmente opuestas. Para muchos, este cambio es tanto más sentido, tanto más violento cuanto que se trata de su propio desarrollo intelectual.

Estas tres vías de ruptura determinan los énfasis particularmente negativos que asume este cambio. En el contexto preciso del desarrollo de los estudios de Filosofía en la Universidad, esto se traduce en la aparición de posiciones extremas en ambos lados, tanto de parte de la tendencia tradicional heideggeriana, que sigue vigente, como de los sectores que asumen posiciones marxistas.

Sobre este último particular, quiero referirme en especial a las formas en que se manifestó el extremismo marxista althusseriano.

Un ejemplo visible de esta posición lo constituye el manual de Marta Harnecker, *Elementos fundamentales del materialismo histórico*, que tiene interés tanto por lo que representa como esfuerzo de construcción, como por los efectos que produce.

Es curiosa esta forma de intervención, viniendo de quien viene. El manual retoma la pretensión pedagógica del positivismo, propio más bien de las concepciones del pensamiento ilustrado dominante en los años treinta. Corresponde más a un marxismo que no escapa aún de la fuerza de atracción de la ideología liberal post-independiente, que se caracteriza por la tendencia a la intervención «desde arriba», y por el propósito de hacer bajar el saber como arma de combate.

Dejo en claro que con esto no pretendo, ni mucho menos, menoscabiar la obra de Marta Harnecker, quien jugó un papel importante durante el período de la Unidad Popular, sobre todo a través de la revista *Chile-Hoy*. Me refiero únicamente a lo que implica este manual, con el cual ocurre lo inevitable: el autor propone su obra como vía de introducción, en una forma (y quizás si ahí esté el problema o buena parte de él) que no es nunca problematizante, que allana, por el contrario, el camino, dando por resueltas cuestiones que aún están abiertas. El resultado es que, en el otro extremo de esta paradoja, el lector, como buen lector de manual, tiende a quedarse en él, a tomar sus explicaciones como resultados definitivos o como la información suficiente sobre el tema.

En esta empresa se congelan a mi entender dos procesos: el desarrollo del marxismo y el propio aporte de Althusser. Los con-

ceptos del materialismo histórico se estereotipan, se convierten en fórmulas que se organizan en un plano textual. Se aprehende su estructura, pero no su funcionamiento. ¿Cómo operan o cómo trabajan estos conceptos? ¿Cuál es la problemática que cada uno de ellos representa? Esto no lo responde el manual, porque está hecho justamente para no responderlo. Pedir esto es ir más allá de su tarea didáctica. En cuanto a Althusser, creo que a través del manual se nos da una visión de un pensamiento reducido a ciertas proposiciones de ruptura. Sin embargo, una de las características de su investigación es precisamente la de un pensamiento en constante revisión consigo mismo, que se propone marchar a la hora de la historia, porque es un pensamiento que afina cada vez más sus aspectos autocríticos. Sus proposiciones de investigación no son meras posturas negativas. Tal es el sentido, por ejemplo, de la respuesta a John Lewis. No pretendo decir nada nuevo con esto, sino mostrar cómo la presencia de su pensamiento entre nosotros fue más bien consigna de combate ideológico que elementos para la investigación.

Ocurrió así, en Chile, que muchos fueron antihegelianos aún antes de haber conocido a Hegel.

Creo que estas impresiones, desarrolladas en su mayoría con el apoyo de una memoria distanciada, acerca de estos dos períodos de gran significación para los estudios de filosofía en Chile, pueden resumirse en una proposición de trabajo.

Pienso que la especificidad del desarrollo de la lucha ideológica está dada por la forma que adquiere la reproducción de la ideología dominante, lo que comprende el funcionamiento de los aparatos ideológicos de Estado. Hasta aquí no hacemos más que repetir proposiciones de Gramsci en el lenguaje de Althusser.

Sin embargo, en este proceso reproductivo, es preciso ver la *diferencia* entre nuestra realidad y otras realidades. Es decir, que una formación económico-social como la nuestra, reproduce sus relaciones superestructurales de una manera tan específica como lo hace respecto de las relaciones de producción. Diferencia que implica introducir la historia en nuestros análisis, no sólo en su estructura sincrónica, sino también a través de las múltiples líneas y trazos diacrónicos que confluyen a determinar un fenómeno cultural, político o económico presente: La variación que determina la forma a través de la cual se instala una manera de producir teóricamente, el prototipo de intelectual que comienza a operar, el significado de la irrupción política de las capas medias, el funcionamiento de las instituciones tradicionales tales como la Iglesia, etcétera, etcétera.

Nuestros ejemplos proponían mostrar sólo la vinculación de dos procesos reproductivos. Uno que señala el tipo de intelectual que entra a funcionar en un momento histórico dado. Y dos, el modo como cierta forma de pensamiento condiciona comportamientos ideológicos que le son correspondientes y el inicio de una forma de producción teórica que también se le adecúa. Sólo cuando esto se reúne, y ensambla con el resto de las relaciones sociales, podemos decir que la *traducción* ha comenzado a funcionar en un proceso específico de reproducción interna, en una formación económico-social determinada.

CECILIA MONTERO

*La sociología: De la teoría social
al análisis empírico
de las transformaciones sociales*

—*La sociología es difícil de situar. Hay quienes piensan que es una «ciencia maldita», quizás porque al igual que los poetas los sociólogos se sitúan en la «exterioridad» de la práctica social, o quizás porque irrumpen en las áreas de otras disciplinas. También es posible que esta imagen se deba a que los sociólogos no han conquistado aún una imagen estrictamente profesional. ¿Qué opinión tienes tú de esa relación entre la actividad del sociólogo y la imagen que de él existe?*

—*Pienso que es necesario desmistificar la imagen que muchos tienen, yo diría «vulgar» (y no «popular») de la sociología. La palabra sociólogo evoca, en efecto, términos peyorativos: para algunos es, en cierto modo, sinónimo de agitador, de izquierdista; otros tienen la impresión de que el sociólogo no hace nada, es un profesional que sólo sabe hablar en forma complicada, difícil.*

No siempre ha sido así, y estos estereotipos no se presentan tampoco de la misma manera en todos los países. Para mostrarlo habría que analizar la historia de su desarrollo, el retraso con que se introduce como disciplina académica en algunos países, las épocas de esplendor en que la demanda institucional se intensifica, y también las coyunturas económicas y políticas en que decae el interés por ella o en que se suprime sin más como actividad profesional legítima. Es revelador, por ejemplo, el caso de América Latina.

Ahora bien, en relación con la pregunta: Aquellos que piensan en la sociología como actividad «maldita» querrían quizás suprimir-

la. No lo logran sin embargo, y esto por dos razones: Primero, por el hecho de que la sociología es una *actividad necesaria*. No se pueden suprimir por decreto la existencia de problemas sociales, la necesidad de comprender, de conocer mejor los cambios que se van produciendo en un país. Y segundo, porque la sociología no es siempre sinónimo de crítica social. De la misma manera que existen economistas más o menos liberales, existen sociólogos más o menos críticos. Esto quiere decir, en otras palabras, que no existe una sociología, como un conjunto único de teorías, conceptos y métodos, sino *varias escuelas*, que se basan en sistemas filosóficos diferentes, que utilizan distintas formas de interpretar la historia y que ofrecen, por lo tanto, formas alternativas de interpretación de la sociedad.

La sociedad se ha esforzado siempre por comprenderse a sí misma y, como producto de esto, el pensamiento social nunca ha dejado de existir. Desde Platón, pasando por Agustín de Hipona (o San Agustín, según sea el cristal con que se lo mire), hasta Rousseau. Pero hay un momento en que se pasa de la teoría social a la necesidad de una ciencia sobre la sociedad, una disciplina científica con un objeto y una metodología propios. Ese momento se produce con la irrupción de las nuevas relaciones de producción que se desarrollan con el capitalismo.

La sociología nace, en suma, con las transformaciones sociales que acompañaron el desarrollo capitalista, transformaciones violentas que marcan un quiebre, una ruptura respecto al orden social anterior. Es fácil dar una idea más clara del fenómeno, remitiéndose al tipo de interrogantes que se formulan los fundadores de la disciplina. Durkheim, por ejemplo, que estudia el debilitamiento de los grupos tradicionales, la «anomia» del individuo que no tiene reglas sociales, un modelo al cual referirse; es decir, Durkheim busca las nuevas bases en que descansan las relaciones sociales, que han perdido el carácter de relaciones comunitarias. O Max Weber, quien en su obra principal *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, procura responder a preguntas tales como ¿por qué se desarrolla el capitalismo?, ¿de dónde viene este espíritu de lucro, este afán de acumulación? (Preguntas, entre paréntesis, que hoy día parecen anacrónicas, tan acostumbrados estamos a escuchar que el dinero es el móvil último del comportamiento.)

Está, en fin, el marxismo, que aborda con anterioridad temas similares, aunque sus conclusiones son diferentes. El problema de la división del trabajo, por ejemplo, que hoy nos parece tan evidente, tan «natural».

—*Esa época corresponde al período en que se desarrollan las principales teorías sobre la sociedad contemporánea, ¿pero en qué momento surge el sociólogo-encuestador?*

—Ustedes se refieren a la actividad empírica, a una forma de recolección de datos que es la encuesta. La necesidad de una sociología empírica coincide con el desarrollo de la demanda institucional y por lo tanto con la profesionalización de la sociología. La sociología como profesión se desarrolla en forma acelerada a partir de la crisis de 1929: la necesidad de una ciencia aplicada

que recoja datos, información sobre las distintas categorías sociales surge en casi todos los estados capitalistas que vienen saliendo de la crisis. Esto coincide también con el rol creciente que comienza a tener el Estado en la economía y con el aumento de la inversión estatal orientada a la reproducción de la fuerza de trabajo. Yo quisiera insistir sin embargo en el hecho de que no es toda la sociología como un bloque la que se desarrolla, sino un cierto tipo de actividad sociológica. Tomemos el caso de los Estados Unidos, puesto que hay consenso en considerar que la sociología como ciencia empírica se desarrolla primero en ese país. La sociología norteamericana es una sociología del consenso social, y la metodología que utiliza está orientada a recoger la información necesaria para responder a una pregunta: ¿cómo asegurar la integración social? Esta preocupación se comprende si se piensa en las características de una formación social compuesta de poblaciones provenientes de una diversidad de culturas, y que se incorporan en distintos momentos a una sociedad en estructuración. Es una explicación, sin embargo, que me parece insuficiente. Como en toda ciencia, quizás si es con la cita de ejemplos como se visualiza mejor su carácter histórico. Veamos entonces: ¿De dónde viene el interés por estudiar las relaciones laborales, la industria, las organizaciones? Todos estos problemas, que en conjunto conforman lo que se llama sociología industrial, se estudiaron sistemáticamente por primera vez a fines de los años treinta en las fábricas de la Western Electric de Chicago. El objetivo inicial de esos estudios, realizados por un investigador de Harvard, Elton Mayo, era explicar las variables que incidían en el rendimiento de las obreras. Recordemos que en esa época estaba en su apogeo la llamada «organización científica del trabajo», es decir el taylorismo, que planteaba que tanto los conflictos entre obreros y patrones como los problemas de la baja de la productividad y del rendimiento se podían resolver racionalmente con una buena organización, es decir, estableciendo los tiempos y los modos operatorios normativos (de ahí viene la costumbre de cronometrar el trabajo de los obreros). Mayo comprobó que el taylorismo no funcionaba porque no tomaba en cuenta la condición de las obreras en tanto personas con sentimientos, con relaciones sociales entre sí, etc. Así nació entonces la nueva especialidad: sociología de la industria, y luego la llamada sociología de las organizaciones.

Otra gran área de investigación, la psicología social o sociología del comportamiento, también se desarrolló en Estados Unidos en condiciones históricas muy precisas: el estudio del comportamiento de los soldados en la época de la segunda guerra mundial.

Yo creo que estos dos ejemplos ilustran mi afirmación inicial, en el sentido de que no es por azar que se ha desarrollado un cierto tipo de sociología. Es decir, que también la sociología es histórica.

—¿Cómo refieres esas reflexiones al caso de América Latina? ¿Se puede hablar de una sociología latinoamericana, o no somos sino el reflejo de lo que ocurre en otras partes?

—Es difícil hacer una historia de la sociología en Latinoamérica.

En parte porque esta disciplina, como muchas otras, está marcada por ese complejo de la dependencia, de considerar que todo lo que se hace en nuestros países no tiene valor y el resultado es que se adoptan las teorías y los métodos elaborados en otras sociedades para analizar las nuestras. También es difícil trazar una trayectoria porque se trata de una historia muy reciente. En términos generales, yo pienso que en la historia del pensamiento social latinoamericano uno encuentra figuras importantes en la literatura, en el pensamiento político, en el periodismo, que en realidad desarrollan un pensamiento sociológico. En los escritos de Simón Bolívar hay sociología, en el Martín Fierro hay sociología, en Neruda...

El desarrollo de la sociología latinoamericana, entendida en términos institucionales, su creación como cátedra universitaria y como actividad de investigación científica, yo lo situaría en la época de la crisis del modelo de industrialización tradicional y que se formulaba en términos de una crisis de dependencia. No se trata todavía del desarrollo de un pensamiento original o típico latinoamericano, sino más bien de un cuestionamiento intenso sobre las características de las sociedades latinoamericanas.

En Chile la sociología se desarrolla a finales de los años cincuenta en la medida en que se crean las primeras escuelas de sociología. Pero no hay que olvidar que la influencia del pensamiento extranjero es la característica dominante. Los programas docentes que se utilizaban en la Universidad Católica, por ejemplo, estaban impregnados por la influencia de la doctrina del humanismo cristiano y en particular por la influencia de jesuitas como el belga Roger Vekemans. Esta influencia comienza a atenuarse hacia 1965, época en que comienzan a regresar las primeras promociones de sociólogos becados en Estados Unidos. Estos nuevos profesores introducen la sociología empírica americana. Tampoco esto ocurre por azar. Tú recordarás que durante los años sesenta las fundaciones americanas como la Ford y la Rockefeller desarrollan una política en América Latina, en Asia y en África orientada a un mayor conocimiento de los procesos sociales en las sociedades subdesarrolladas y a proyectar una imagen filantrópica o benefactora de la sociedad americana. En los consejos de administración de estas fundaciones figuraban prominentes políticos y hombres de negocios como Dean Rusk, McNamara, Rockefeller. ¿Curioso, no? Sobre todo si lo relacionamos con un hecho ocurrido poco antes, la Revolución Cubana.

Pero no todo era, por supuesto, influencia norteamericana. La creación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, en cuyos orígenes encontramos a un grupo de sociólogos franceses, es reveladora de la reorientación de la sociología hacia los problemas latinoamericanos. Ahora bien; esta preocupación por caracterizar las formaciones sociales latinoamericanas, que se desarrolla en la década del sesenta, coincide con la búsqueda de nuevos modelos de desarrollo económico. Este es un fenómeno que a mi juicio se refleja en todas las ciencias sociales, y que hace evidente la necesidad de trabajos interdisciplinarios. Del interés por los problemas del desarrollo, incentivado por la actividad de la CEPAL en Santiago, se pasa a un interés ya no sólo académico sino también político...

—¿Interés político en qué sentido?

—Me refiero a la crisis que se produce durante los años sesenta entre un tipo de industrialización capitalista dependiente y el proceso de democratización; es decir, a la incapacidad del régimen político vigente para responder a las demandas de sectores de la población que habían sido excluidos de la vida política. La intensificación de los movimientos sociales, sector popular urbano y campesinado fundamentalmente, exigía no sólo su incorporación política al proceso democrático, sino un cambio radical en el esquema de desarrollo económico, de manera de poder responder a sus reivindicaciones económicas. Estamos ya en la época del período democratacristiano, que se caracteriza a mi juicio por una búsqueda de modelos alternativos de desarrollo. Es justamente durante ese período que se comienzan a dar las condiciones institucionales para un trabajo de sociología empírica. Las características del modelo político que se propone implementar el gobierno DC explican la necesidad creciente de información empírica sobre ciertas categorías sociales como el campesinado y las clases medias, por estudiar las condiciones de implementación de nuevas estructuras como la Reforma Agraria o iniciativas como la llamada Participación Popular... Las necesidades políticas de la época condujeron entonces al desarrollo de la sociología rural y de la sociología urbana.

Este auge de la investigación no es algo que se realice, entonces, en forma aislada de los procesos sociales y de las luchas políticas de la época. Ya a fines de la década del sesenta, digamos en los tres años previos a la elección de 1970, la sociología comienza a salir de las aulas académicas, de los centros de estudios, e irrumpe frontalmente en el debate nacional.

Esta tendencia a superar la ruptura entre teoría y práctica social que he esbozado rápidamente, se acentúa durante el gobierno de la Unidad Popular, período en el cual los sociólogos (profesores, investigadores), se incorporan a la práctica política propiamente tal. Por supuesto que esto no se limita a los militantes de los partidos de la Unidad Popular. Es en esta época que debutan públicamente sociólogos como Claudio Orrego, de la democracia cristiana. No se trata sin embargo de debates teóricos, puesto que las actividades «en el terreno» se desarrollan mucho en estos años. Los sociólogos trabajan con los economistas, con los dirigentes sindicales, con los agrónomos, con los educadores en los problemas de la Reforma Educacional, de la Reforma Universitaria, de la Reforma Agraria, en Capacitación Campesina, etc. Y esto se hace no como un trabajo empírico aislado, sino que se sistematiza a partir de la caracterización global del proyecto político, o si ustedes quieren, del nuevo modelo de desarrollo.

—¿Pero esa incorporación de los sociólogos a la práctica política, no acarrea el riesgo de levantar una contradicción entre orientación profesional y prioridades políticas?

—Contradicción, no, puesto que al fin y al cabo se trata de una ciencia social en la cual están siempre presentes las opciones po-

líticas e ideológicas del profesional. Por el contrario, creo que más que una oposición entre orientación técnica y orientación política lo que se produjo fue que el clima de confrontación, de debate público abierto y sin precedentes sobre las grandes opciones del desarrollo favorecieron el desarrollo de una teoría, de un pensamiento sociológico propio. Estoy pensando en los trabajos que se hicieron en torno al carácter de la transición al socialismo. Yo encuentro que es muy significativo que se haya creado en esa época el Centro de Estudios de la Realidad Nacional, y que la revista del CEREN fuera una revista fundamentalmente teórica en la cual se reflexionaba, por primera vez en forma sistemática, sobre la realidad chilena. Otro hecho importante fue la revista Chile-Hoy, que ofrecía una tribuna para los debates sobre este tema.

Esta preocupación por las características del «modelo chileno», se desarrolló también en el extranjero. Como ustedes saben, en los países europeos se siguió de cerca todo lo que iba ocurriendo en Chile y con un gran interés. En Estados Unidos también existía, por razones diferentes, una gran preocupación en las esferas del gobierno norteamericano, donde se simulaban situaciones hipotéticas para poder prefigurar el grado de estabilidad del régimen de la Unidad Popular.

—¿Cuál es el estado actual de la sociología en Chile? ¿Cómo son las condiciones de trabajo de los sociólogos en este momento?

—Como se sabe, la intervención de las Universidades por el régimen militar comenzó con una primera fase de «caza de brujas», cuyo objeto fue expulsar de sus cátedras a todos los profesores de izquierda. En Sociología no sólo se expulsó a los profesores de izquierda, sino que se suprimió la carrera y se eliminó la sociología de los programas docentes. Pero algo quedó, por lo que yo te decía al principio, que no hay una sociología sino varias escuelas y tradiciones. Se mantuvieron algunos centros de estudio, aunque se les redujo al mínimo el presupuesto. También hay uno que otro sociólogo trabajando en la administración pública por una razón muy simple, porque si bien se puede encontrar gente para que recoja datos y pase encuestas, esos datos requieren luego alguien que los interprete. El mismo Pinochet tuvo que recurrir a una encuesta Gallup en enero de 1977, en su afán de demostrar la popularidad con que contaba.

La profesión en Chile por supuesto que está reducida a su expresión mínima, a lo que es más recuperable. La demanda institucional es nula debido a que la Junta Militar no se interesa en lo «social» sino que su acción ha estado concentrada en asegurar las condiciones para la realización del modelo de libre mercado. Estas condiciones se aseguran con la coerción, con la fuerza, aunque en los dos últimos años esos métodos ya no les rinden como antes.

La Junta Militar es responsable de una ruptura brutal en la trayectoria de la sociedad chilena, los hechos que se han producido durante estos seis años no pueden ser analizados como intervenciones aisladas de un gobierno autoritario. La Junta Militar crea por la fuerza una situación de cambio en todas las esferas de la vida social, económica y política. Como decía al principio, es en estas

situaciones de ruptura, de crisis, cuando aparece en forma más evidente la necesidad de una reflexión, de un análisis sociológico.

—¿Qué tipo de estudios crees tú que son hoy los más necesarios? ¿Qué temas habría que investigar para analizar las consecuencias del quiebre violento que representa el periodo de la Junta Militar en la historia de la sociedad chilena?

—Antes de responder yo quisiera señalar que no todo está por hacer, puesto que hay temas que están siendo trabajados, ya sea en forma privada o bien en centros de estudio de organismos internacionales. ¿Cuáles son algunos de los temas que se abordan? Temas como la extrema pobreza, el empleo femenino, el problema del subempleo y lo que se llama en forma global el «sector informal» de la economía, término que ha venido a reemplazar lo que hace diez años se llamaba «sectores marginales». Hay, por supuesto, muchas otras áreas de investigación, desde los problemas de salud mental hasta el de los araucanos... En fin, sería largo enumerar...

Con respecto a cuáles son los temas que me parece necesario abordar, diré más bien cuáles son las preguntas que yo me hago. Una de las cosas que más me preocupa son los cambios que se han operado en la estructura social, en la estructura de clases, a raíz de los cambios introducidos en las relaciones sociales de producción. ¿A qué me refiero? Fundamentalmente, a las consecuencias de lo que se ha llamado «el costo social» del modelo de la economía de mercado, que consiste en expulsar a grandes masas de la población hacia la periferia de la economía y de la sociedad. Me refiero al crecimiento del subproletariado urbano pero también rural, que está compuesto por un gran número de cesantes, de personas que tienen un empleo precario o inestable, que tienen que realizar varios trabajos al mismo tiempo; a los que viven de un artesanado o comercio de subsistencia. Esta población, que también puede provenir de sectores medios empobrecidos, no tiene los mismos lazos con la economía y con la vida social que caracterizan al proletariado industrial. Es una población que no tiene vinculaciones estables con el mundo del trabajo y, por lo tanto, con las organizaciones de la clase obrera. O dicho de otra manera, tiene vinculaciones que se establecen sobre otras bases, como son las organizaciones y las actividades de la población, del barrio.

Otro campo de preocupaciones son el nuevo tipo de relaciones laborales que se quiere establecer en las empresas. El Plan Laboral fija un procedimiento para las negociaciones, que da todas las garantías al empleador, pues despoja a los trabajadores de los medios de presión y de organización con que cuentan en la mayoría de los países. Asimismo, cambia radicalmente el rol del Estado en las negociaciones colectivas.

Pero la estructura social también ha cambiado «por arriba». Ha habido sectores de la burguesía industrial monopólica que se han consolidado debido a sus vínculos con el capital financiero, hay sectores de la burguesía industrial sin embargo que se van quedando por el camino. Lo mismo ocurre con la pequeña y mediana in-

dustria y el comercio. El caso más ilustrativo es el de los camioneros, que están hoy, por cierto, en una posición distinta a la que tuvieron durante los años 1972 y 1973.

Yo me pregunto además cuáles son las repercusiones de la polarización de la estructura social sobre la posición que históricamente han tenido los sectores medios. ¿Qué fue de ese sector de la función pública que se vio «pauperizado» de la noche a la mañana, que perdió las ventajas que había conquistado en previsión, salud, nivel educacional para sus hijos, etc.? Otro tema que es necesario analizar es el de la incorporación de los militares a la vida política, social y económica, que ocupan cargos públicos, dirigen empresas, etc., desplazando a otros sectores. Esto introduce una ruptura en las tradiciones de carrera, de promoción por antigüedad, de criterios de contratación en base a la formación o a la capacidad, es decir, una ruptura en lo que eran las normas sociales aceptadas. ¿Cuáles son las nuevas normas que se introducen? Por ejemplo, hoy día para entrar a trabajar a un banco hay que tener un título universitario, para conseguirse un trabajo como guardián es recomendable haber pasado por las Fuerzas Armadas..., etc.

En general, me parece que los primeros años de gobierno coercitivo de la Junta Militar produjeron una suerte de desagregación de la sociedad chilena, de ruptura de los mecanismos tradicionales de participación y de representación. Los grupos o personas que habían conquistado una cierta legitimidad no podían hacer uso de ella sin la venia de las autoridades, no podían organizar ni informar a la población. Una de las pocas instituciones que escapó a esta desagregación fue la Iglesia Católica. Afortunadamente, este período no dura mucho tiempo y la presión que ha venido ejerciendo en forma creciente la oposición al régimen de Pinochet lo ha obligado a buscar otras formas de ejercer el poder. Mientras se conquistan nuevos márgenes de tolerancia, se van desarrollando lentamente nuevas formas de acción social organizada, nuevas formas de generar consenso.

Otra área de análisis es lo que ocurre a nivel de la cultura, en el sentido más amplio; la crisis de los valores y los nuevos valores que se trata de introducir. Los últimos quince años, previos al gobierno de la Junta Militar, fueron años de recuperación de la identidad cultural, proceso largo y lento en el caso de una formación social dependiente. De la misma manera que se luchaba por una autonomía en lo económico y en lo político, se comenzaba a valorar la producción nacional: tanto la producción industrial como la producción artística, literaria, musical, etc. Se valoraban incluso los productos de la industria nacional, de fabricación chilena, por sobre los importados. Ahora estamos en la situación contraria, en la cual la economía se abre totalmente al exterior, y se elimina casi gran parte de la producción nacional. El hecho de que en Santiago se encuentren productos de todas partes del mundo se considera un gran mérito: no se piensa que esos artículos que se importan de Taiwan o de Hong-Kong le están quitando fuentes de trabajo a un gran número de chilenos. Más aún, lo que se valora no es la calidad sino el hecho de comprar mucho, es decir, lo que se llama el «consumismo». Esto es lo que se ve, pero hay procesos ideológicos más difíciles de percibir, como son la introducción de valores in-

dividualistas, de competencia y que son valores que tienen una funcionalidad económica clara.

Ahora bien, si en la economía, en el arte, en la ciencia, se niega o se imposibilita la producción nacional, por otro lado se trata de imponer a través de los programas docentes y de los medios de comunicación, una «cultura nacional» basada en valores militares, que pasan a ser los únicos valores nacionales. Hay que definir, entonces, un poco mejor, de qué nacionalismo se está hablando.

Para terminar, diría que me parece necesario estudiar lo que ha ocurrido en las relaciones sociales a raíz de la imposición no sólo de un modelo económico de concurrencia, sino también de ciertas prácticas de gobierno y, lo que no es menos importante, de prácticas ideológicas que conllevan nuevos contenidos. Una primera hipótesis que se puede avanzar es lo que yo llamaría la jerarquización de las relaciones sociales. ¿Cuáles son en este momento las bases de la nueva jerarquía social? El poder y el dinero. El poder de coerción aparece como la base de la autoridad y el dinero como base de prestigio social. La eliminación de todo el funcionamiento democrático, de los mecanismos de participación y de representación social, conduce al desarrollo de una jerarquía social que se basa sólo en el poder represivo y en el poder del dinero.

Es conocida la manía de Pinochet por las frases pomposas, en que se reúnen por partes iguales el ideario fascista, la tontería y la sintaxis de composición de alumno primario. He aquí la última, pronunciada en la clausura del «Campamento de Capacitación» del llamado Frente Juvenil de Unidad Nacional (27-1-80):

«... Chile debe colaborar en esta acción contra el marxismo agresor en Afganistán, por lo que sin someternos a directivas de países superpotencias yo he dispuesto como una recomendación al Comité Olímpico de Chile suspender el viaje de los deportistas del país a las Olimpiadas de Moscú. Nosotros, pese a la brutal agresión soviética a la que hemos sido sometidos, hemos sido capaces de emerger y enfrentarnos solos cual David contra Goliat contra ese gigante euroasiático.»



Esculturas de Mónica Búnster

POEMAS

OSCAR HAHN

ECOLOGIA DEL ESPIRITU

Ahora estamos hundiéndonos cada vez más en el fango
 y lo más raro es que podemos respirar:
 tóquese fondo ahora tóquese fondo quebradizo
 quíebrese el fondo y cáigase al vacío abierto
 navéguese un buen rato por el cielo
 y húndase en el espacio cada vez más en el espacio
 y lo más raro es que podemos respirar
 tóquese fondo ahora tóquese fondo duro
 pálpese el fondo siempre con los pies
 golpéase el fondo duro rebótese allí
 pálpese el fondo duro rebótese allí
 sálgase impulsado hacia arriba sálgase al vacío abierto
 navéguese un buen rato por el cielo
 porque ahora estoy hundiéndome cada vez más en el fango
 mientras vuelo sin alas por el espacio de la pecera.

LA ULTIMA CENA

La corrupción se sienta
 sobre los limpios cuerpos
 con servilleta y tenedor y cuchillo.

CORREVEIDILE DEL LUSTRABOTAS

Correvedilero corre,
Correvedilero ve.
Corre, ve y diles que vengan
a llorar junto a mis pies.

Tanto lustrar y lustrar
y no tener qué ponerse,
tanto tener que morderse
por no empezar a gritar:
que ya basta, que ya basta,
que voy a emplear la pasta
con que lustro los zajatos
para escribir en los muros:
Se nos terminó el mal rato.

Dice la muerte:

—No pierdas pues la ocasión,
muchacho, que voy a darte.
Ahora yo voy a lustrarte:
Coloca un pie en el cajón.

Tú te quisiste lustrar
los zapatos con la muerte
y al fin te quedaste inerte
mirándole su mirar.

Que es de un hielo negro dicen
las viejas que tienen pacto
con el diablo, y en el acto
te maldicen, te maldicen.

—Ya puse un pie en el cajón,
caballero, el pie derecho.
—Coloca ahora el izquierdo,
lustrabotas, y está hecho.

Cuídate del empujón,
hijo mío, cuidaté.
Que si pones los dos pies
te irás por el socavón.

—Pasta negra, pasta negra
solamente tiene usted.
—Yo lustro sólo con negro
de la cabeza a los pies.

- Y qué precio he de pagar:
 Mire mi ropa raída.
 —Yo cobro sólo al contado:
 mi sueldo es tu propia vida.
 —Su cajón es de difunto,
 su trapo es una mortaja.
 —Mi tinta es tu misma sangre
 y hay un abismo en mi caja.

Correvidilero corre,
 correvidilero ve.
 Corre, ve y diles que vengan
 a llorar junto a mis pies.

TRACTATUS DE SORTILEGIIS

En el jardín había unas magnolias curiosísimas, oye,
 unas rosas re-raras, oh,
 y había un tremendo olor a incesto, a violetas macho,
 y un semen volando de picaflor en picaflor.
 Entonces entraron las niñas en el jardín,
 llenas de lluvia, de cucarachas blancas,
 y la mayonesa se cortó en la cocina
 y sus muñecas empezaron a menstruar.
 Te pillamos in fraganti limpiándote el polen
 de la enagua, el néctar de los senos, ¿ves tú?
 Alguien viene en puntas de pie, un rumor de pájaros
 pisoteados, un esqueleto naciendo entre organzas,
 alguien se acercaba en medio de burlas y fresas
 y sus cabellos ondearon en el charco
 llenos de canas verdes.
 Dime, muerta de risa, a dónde llevas
 ese panal de abejas libidinosas.
 Y los claveles comenzaron a madurar brillante
 y las gardenias a eyacular coquetamente, muérete,
 con sus durezas y blanduras y patas
 y sangre amarilla, aj!
 No se pare, no se siente, no hable
 con la boca llena
 de sangre:
 que la sangre sueña con dalias
 y las dalias empiezan a sangrar
 y las palomas abortan cuervos
 y claveles encinta
 y unas magnolias curiosísimas, oye,
 unas rosas re-raras, oh.

UN AHOGADO PENSATIVO A VECES DESCIEENDE

flottaison blême et ravie

A. Rimbaud

hay un muerto flotando en este río
y hay otro muerto más flotando aquí:
ésta es la hora en que los pobres símbolos
huyen despavoridos: mira el agua

hay otro muerto más flotando aquí
alguien corre gritando un nombre en llamas
que sube a tientas y aletea y cae
dando vueltas e ilumina la noche

hay otro muerto más flotando aquí
caudaloso de cuerpos pasa el río:
almas amoratadas hasta el hueso
vituperadas hasta el desperdicio

hay otro muerto más flotando aquí
duerme flotación pálida: desciende
a descansar: la luna jorobada
llena el aire de plata leporina

tomados de la mano van los muertos
caminando en silencio sobre el agua.

ESCRITO CON TIZA

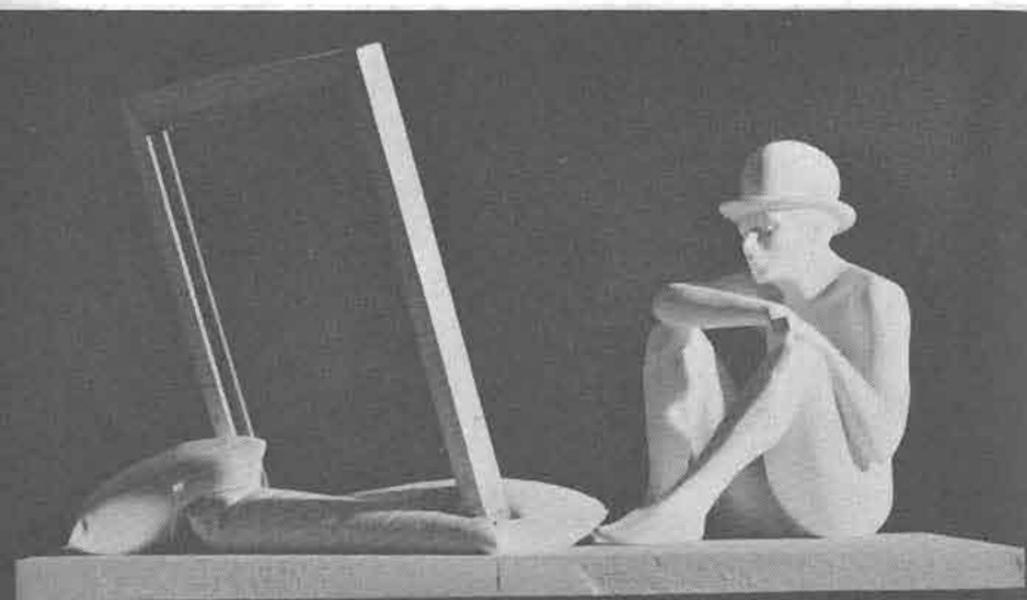
Uno le dice a Cero que la nada existe
Cero replica que Uno tampoco existe
Porque el amor nos da la misma naturaleza

Cero más Uno somos Dos le dice
y se van por el pizarrón tomados de la mano

Dos se besan debajo de los pupitres
Dos son Uno cerca del borrador agazapado
y Uno es Cero mi vida

Detrás de todo gran amor la nada acecha





F.

CLAUDIO GIACONI

Chaparrón torrencial, los tradicionales de media hora. En el *Pot of Gold*, donde vine esperando encontrar a Bárbara, pero no, estaba libre. De todos modos, me quedé y pedí un *roast beef*, que resultó seco e indigesto. Necesitaré un frasco de peptobismol para diluir la flatulencia. Lo peor de todo es que sigue siendo mayo.

Anochecer con lluvia. Caen largos filamentos grises sobre la ciudad. No sé cuánto tardarán estas nieblas en diluirse. En estas tardes lluviosas aquí, igual que allá, uno se mete en su guarida y espera, pero allá con la amable compañía familiar y la atmósfera de las amistades, comiendo picarones si es invierno.

Nunca me ha sido grato el ambiente en que trabajo. La institución es la más podrida imaginable... Unión Paramaricones, la llaman. La oficina que me toca recibe los peores efluvios de la selva burocrática. La presencia del Gordo no la puedo soportar y, menos todavía, cuando se despierta de malas pulgas resoplando como un fuelle en el gran sillón de cuero. Acepto las miasmas porque, a fin de cuentas, todo lo que me rodea es decadente y sin sentido, pero aquí al menos algo estoy haciendo por el bienestar y la educación de mi hijo, aunque nada de eso puedo decírselo ni a él ni a mi madre, ni siquiera a F. Son confidencias que me hago a mí mismo. Que, por lo menos yo, me oiga decir alguna verdad de vez en cuando.

Si yo apreciara más mi trabajo, si le diera importancia, si hubiera algo perdurable y digno de buscar en la época, algún estímulo, algún

aliciente, el futuro de los hijos, de la humanidad, etcétera. Pero la mentada humanidad está llegando al borde de sí misma.

Ayer, F. se acordó del hombre del subsuelo. Estábamos en el *Pot of Gold*. La reflexión la hizo a voz en cuello y en inglés, para que no quedara duda: «La lucidez, señores, es una enfermedad, una enfermedad en toda la regla...». Hasta Ingrid se dio vuelta para mirarlo.

Mi lucidez de ahora deriva del hecho de que tengo tiempo, demasiado tiempo para reflexionar. El fruto del buen pasar económico es la lucidez y el insomnio. Antes, cuando vivía a salto de mata, no tenía tiempo para pensar, pero ahora, finalmente con trabajo estable y rentable, padezco de *anorexia nervosa*. De las ondas mefíticas que me envían el Gordo y el chupamedias Iturbide me protejo desde mi escritorio tras la cortina de humo de tres paquetes de cigarrillos al día. Primero me arruinan la salud, y ahora quieren eliminarme. Los conozco... Ahora que me llega un meridiano bienvivir, la conciencia de la época reaparece y en ella no hay más que vértigo.

Domingo. Una cucaracha me bajaba por el puente de la nariz esta mañana al despertarme. Llamé a F. para contárselo, pero respondió Eliane: *Attends...*

Con gran tristeza, F. me dijo que se trata de una contienda desigual y que es inútil hacerse mala sangre. Me hizo saber que las cucarachas superan a la población humana en proporción de doscientos a uno. «Han sobrevivido a las bombas atómicas, es cosa sabida». Le contesté que el re era su nota musical. F. me dijo que no veía la relación entre las cucarachas y el re. «Vamos por partes», le repliqué. «Re también significa rey en italiano y el sol mayor corresponde, como sabrás, al sol del mediodía, del zenit, es clara, diurna, como Eliane; la del sol menor, nocturna, estelar, corresponde al sol en el nadir, como tú...» F. me interrumpió: «No me dirás que yo soy el Rey Sol de noche y Eliane, la luna a mediodía...».

A veces, es así... *duro di testa*. Le expliqué que la de re mayor, amada de todos los músicos y por ellos estimada como la más brillante, es considerada como la tonalidad rey...

—Reina, querrás decir, tonalidad reina...

—*Re* significa rey en italiano y, también re, como sabrás, y es la que yo creo que es, como la mía, también la tuya, en la ya antañona y extrasecular *liaison* que nos une, *in somma...*

—Vaya, vaya... —fue el comentario que hizo y se excusó diciendo que tenía que salir de urgencia.

Jueves. Chaparrón eléctrico y retumbar de truenos que parece un bombardeo. Estos temporales no duran más de media hora, terminan pronto por cansarse de sí mismos, y luego retorna el aire recién lavado. Siguen abriéndose y cerrándose paraguas y otros que se los lleva el viento. Gentes que pasan con aire despavorido cubriéndose con el *Washington Post*. La ventisca huracanada se las lleva barriéndolas, avenida abajo. Me gustaría ver un paraguas corriendo a la siga de su dueño, pero no, eso no se ve nunca, y eso es lo malo.

Esta de aquí es una existencia sin gusto a nada. Demasiada concentración de poder, es el diagnóstico de F. Ilusos de todos los rincones acuden a la ciudad como atraídos por un imán a proponer ideas para cambiar el mundo, pero la ciudad cambia a los que proponen los cambios y, al final, no cambia nada. Según F., la modalidad cercena al cuerpo social en dos ejércitos: de un lado los frustrados y, del otro, los oportunistas, y a río revuelto ganancia de pescadores. El desabrimiento monetario es la peor desgracia que pueda aquí caerle encima a una conciencia despierta, y en plena indiferencia de la sociedad mercantil, ser pobre es un crimen. La impotencia es más notoria cuando llueve en verano con truenos a toda orquesta, un raudal atragantado mientras los años se acumulan y se caen los dientes y el pelo y el espejo de cada día. Los ojos parecen buscar una ecuación exterior y ven sólo decadencia y fin de mundo. Así empieza a prepararse un fin de vida, con la que concluirá un universo de apariencias. Ya va a pasar la lluvia pronto, estos temporales no duran más de media hora. En estas tardes lluviosas aquí, igual que allá, uno se mete en su guarida y espera, pero allá hablando de poesía y en amable atmósfera de contertulios, comiendo picarones si es invierno.

Atardecer de umbrales, rostros ofendidos y aleros chorreantes. Entretanto, Bárbara piensa que no será posible. Yo tampoco. Y entonces... ¿me llamará más adelante?...

Hoy decidí que la solución reside en hacerse millonario de la noche a la mañana, en forma fulgurante. En vez de escribir historias sobre inventores, descubrí que lo que debo hacer es inventar juguetes para niños de cinco a ochenta años, o inventos perfectamente inservibles, para probar el don inventivo, nada más. Cultivemos olivos en los ceniceros, como solía hacerse antes, digo yo.

Almuerzo con F. en el bar *go-go girl* de la Avenida Pennsylvania. Desde que entramos, me hace guiños la muchacha que se contorsiona en el entarimado al ritmo del rock. En el lugar no cabe un alfiler. ¿Y si hubiera un incendio? Al oírme la reflexión, F. quiere partir de inmediato, aquejado de claustrofobia. «Vamos al frente, al *Pot of Gold*», me dice, pero yo mando, yo invito.

Finalmente, nos acomodamos frente al pequeño entarimado y ordenamos el almuerzo: *meat loaf*. Viene el relevo y anuncian a Cindy, que me roza al pasar. Cindy sube los peldaños y con su presencia llena por entero el entarimado. Con ella, sucede lo mismo... Desde que empieza sus contoneos no me quita los ojos de encima, y a ratos me lanza miradas sinuosas como en las películas porno. F., como siempre tan comemierda, me dice que tenga cuidado: «Cuidado, no te ensartes, ella le sonrío a todo el mundo, es parte del show...».

No se da cuenta que no. F. no puede entender y, como siempre en tales casos, se pone de mal humor. Curioso lo que ocurrió después, cuando Cindy me llamó con gesto picaresco del dedo... Fue en la parte más gatuna de la danza go-go. F. volvió a advertirme, que

tuviera cuidado, que las señas gatunas eran para todo el mundo, que no querían decir nada, pero yo no le hice caso y lo dejé rabiando con su plato. Naturalmente, yo me levanté y tendí la mano hacia las nalga blancas que me sonreían anchamente desde el entarimado. F. me pidió a gritos que volviera a sentarme. A veces no lo entiendo con todos sus paliques y entelequias.

Viernes. Memorándum y poema garrapateados al mediodía en el *Pot of Gold* y que transcribo debidamente corregidos:

Chile: ¿Humillación con testigos? Jamás.

Regreso: ni pensarlo. O tal vez sólo por un período (entre paréntesis).

Europa: imposible.

¿Montreal? Posibilidad de vida más amable.

Para ofrecer: trabajo de oficina, traducciones.

Necesidad de aumentar las entradas. Complemento urgente: traducciones. Hacerse una carpeta de clientes y mandar a la mierda al Gordo, antes que él me mande a mí.

Vida amorosa (problema sentimental, en el original): abolida. Yo estoy solo, con responsabilidades y escaso tiempo para hacer capital.

No perder más tiempo ni energías. Defenderse de las ondas negativas de F. Recuperar un sentido más económico de los días. Y hacerse carpeta de clientes.

USA

Too much money

Too much poverty

Too many cars

Too many tantalizing girls

You can never

never

never

touch...

Tenía pensado hacer un caligrama y que los tres never tuvieran forma de dedos que se alargan para tocar.

Quizás F. tenía razón. Al levantarme hacia el entarimado, donde Cindy me esperaba con el espléndido trasero sonriente y trémulo, oí un vozarrón: *Hands off!*... Unos garfios de acero me cogieron de la nuca y de un enérgico puntapié me arrojaron a la calle en medio de la risa general. El cromagnon a sueldo probó ser un cultor de la violencia, en suma. Pero F. estaba furioso y, más encima, terriblemente abochornado porque debió salir a buscar el dinero seguido por el cromagnon y entrar de nuevo a pagar la cuenta en medio de la charada de los parroquianos, entre ellos muchos ejecutivos del BID, de la OMS y uno que otro despistado de la Unión Paramaricones. Gente toda que F. aborrece con pasión. Nunca lo había visto tan indignado. Al salir echaba chispas por los ojos y, con la puerta

aún entreabierta, les gritaba a los de adentro: «¡Ralea de lacayos! ¡Parásitos lameculos!...».

Esta tarde fui al Banco y saqué algunos dineros, tomé un taxi y lo hice parar a la cuadra siguiente al ver que F. bajaba a grandes zancadas por la Pennsylvania Avenue. El taxista era un negro sudoroso y de ojos saltones. Le pagué con un billete de cien dólares y le dije que se quedara con el vuelto. Me miró extrañado y apretó el acelerador a fondo, dejándome el desagradable olor a gomas chamuscadas.

Con F. nos fuimos al *Pot of Gold* a comer un sandwich de pastrami. Al entrar, nos topamos con Ingrid, que salía en ese momento vestida de camisola hindú. F. la invitó, pero ella contestó con una sonrisa más insondable que la de la Gioconda y, sin decir palabra, pasó rozándonos con el frufrú de su camisola flotante.

Tres días después.

Ingrid camina como si se hubiera tragado un palo de escoba. F. dice que ella purga los crímenes de su raza y que por eso anda pelada a tarascones, como saliendo de Auschwitz. Tiene piel cerúlea, ojeras violáceas y, últimamente, una cara deformada por un rictus permanente de espanto que le produce un microfilm de horror dentro de su cerebro. Catatonia concentracional, es el diagnóstico de F. A veces, desde el fondo de la cara, le surge a Ingrid una sonrisa medio ahogada. Podría hasta ser bonita si se arreglara, que se pusiera, al menos, una peluca para taparse los tarascones. Siempre anda miedosa del menor contacto físico. Pasa días entero en el *Pot of Gold*, sin que nadie pueda arrancarle una palabra. Para mí, que está enamorada de Bárbara, tarascones o no. F. me contó que se la violó el padre cuando tenía diez años. «*Voilà* todo el misterio...». Que lo sabe porque se lo contó Lester, el estudiante de psiquiatría que hace la práctica en el St. Elizabeth. Familia de la alta burguesía de Dusseldorf. El padre es un pez gordo en el mundo académico; enseña idealismo alemán. Catedrático *emeritus*, pero debe gastar todo su peculio en sanatorios para curarle a Ingrid el trauma que le causó cuando tenía diez años. El semestre último herr Professor la internó en un sanatorio de Suiza, pero de ahí salió con la idea de pelarse a tarascones. F. me contó que la había visitado una vez, en un octavo piso, donde tiene un estudio y vive en compañía de trece gatos. «Antes que le diera por los tarascones era modelo», me informa F. «Tal vez por eso anda tan tiesa», le comento. «Me mostró una carátula de *Cosmopolitan*... Ella en la portada, *sexy*, pelo largo y sedoso, estupenda... Me invitó para mostrarme sus pinturas, las que colgó en los muros del *Pot of Gold*, ¿te acuerdas?...». Cómo no acordarse... Unos cuadritos diminutos atravesados por un enjambre de pincelazos al óleo.

—Imagínate un transistor por dentro...

La pura verdad. Los cuadritos eran un hacinamiento retorcido de cables y huinchas desconectadas a todo multicolor. El padre vive en el mismo edificio, en el sexto piso. Por orden expresa de la hija,

jamás sube a visitarla, pero la llama por teléfono veinte veces al día para tratar de disuadirla sobre esto o aquello. Quiere casarla con un discípulo, un aspirante a herr Professor de Princeton. La noche que la visitó F., el padre la llamó nueve veces. Hay un acuerdo entre ellos de no verse, con la única condición que Ingrid no le rechace los llamados telefónicos. Esa tarde Ingrid estaba molesta porque se lo había topado casualmente al papá en el ascensor. No se habían visto la cara desde hacía 599 días. La noche que la visitó, F. pudo oír la respiración acezante del herr Professor por el fono, pero Ingrid terminaba siempre cortándolo a secas en alemán. Cada vez colgaba el auricular con repugnancia, como si el aparato estuviera impregnado de materias ponzoñosas debido, según decía, a que le llegaba por el hilo el aliento paternal podrido a tabaco negro y a *kummel*, lo que la ponía en estado de agitación extrema. Lester, el que hace la práctica en el St. Elizabeth, dice que lo de la violación es cosa corriente entre los germanos después de la guerra y que cuando estudió en Friburgo se enteró que los alemanes necesitan un dosis de anestesia cuatro veces mayor a la normal para perder el conocimiento. Es porque no se relajan nunca, y de día son ciudadanos modelos y amantes de los animales, pero de noche sueñan en el revanchismo, y al final todos se vuelven declaradamente locos y, los no declarados, pasan entonces a ocupar cargos en el gobierno.

De sopetón, F. me largó a la cara que yo paso en el *Pot of Gold* porque estoy enamorado de Bárbara. La situación es a la inversa, le contesto, y si no, que observe cuando Bárbara pasa obsequiosa cerca de la mesa meneándome su poto duro y levantado.

Martes. En el *Pot of Gold*, con F., hambriento y sin un cobre como siempre. Devora de dos mascadas el pastrami que le trae Bárbara. En el rincón está Ingrid. Se ha pasado toda la tarde inmóvil mirando la taza de café. F. quiere acercársele, pero ella le corta las alas con una mirada de basilisco. Está más cerúlea y tarasconeada que nunca. F. me cuenta que la última vez que la visitó trató de hacerla interesarse en materias galantes; por ejemplo, le preguntó por qué había cambiado tanto, desde la portada del *Cosmopolitan* a los tarascones de ahora. Ella le contestó que los hombres eran todos unas bestias y que sólo pensaban en *eso*. Le contó que el fotógrafo de *Cosmopolitan* quería hacer una fortuna con ella y lanzarla al mercado, y que todo iba bien, hasta que el fotógrafo la hizo posar desnuda y ahí se le tiró al dulce. F. le susurró que hacer el amor podía ser también una bella experiencia y, del dicho al hecho, se le aproximó con suavidad, tanteando el terreno, pero entonces los trece gatos se le tiraron encima. No le arañaron, pero parece que repentinamente se agrandaron de tamaño y estaban atentos a una señal de ella para lanzarse los trece a la yugular y, mientras tanto, ella se reía con una risa helada, que no era posible oír a causa del guirigay descomunal que hacían los felinos enloquecidos. «Le pedí que apartara a las fieras, *please!*, pero ella me hizo jurar antes que me portaría bien, y así lo hice... Entonces le dije que eso no era serio, sus taras-

cones y sus gatos amaestrados, hasta que, sin ninguna mala intención, le sugerí que se dejara crecer el pelo como en la portada del *Cosmopolitan*, entonces ahí se puso furiosa y me echó de nuevo a los gatos encima...».

Para mí, que fue F. el que la ha vuelto loca, o que le dio al menos el empujoncito final. Ahora F. no le saca a Bárbara los ojos de encima. Le pregunto cómo terminó la visita al octavo piso. «Ella me dijo que se había desilusionado de mí... Pues que se quede con sus gatos y sus alambres pelados...», me dijo y, después de una larga pausa: «Tu Cunegunda se ve que viene de las estepas del Asia, con sus pómulos altos y tartaroides...». De Silesia, le corrijo. «Lo mismo da, mírala con sus trenzas rubias, el aire rubicundo y rural...».

F. se ha vuelto majadero desde que tuve la mala ocurrencia de confiarle que Bárbara me había pedido 500 dólares prestados para matricularse y seguir sus estudios de arte. Yo le contesté que lo pensaría... Desde entonces, F. la llama a Bárbara mi Cunegunda. Muy gracioso, pero a mí no me hace nada de gracia. Que ande con cuidado, que las apariencias engañan, me advierte F. Tengo ganas de mandarlo a la misma mierda. Si no fuera por mí hace tiempo que se habría muerto de hambre. ¿Qué se habrá imaginado el presuntuoso?

Viernes. Medio mareado por las vaharadas de marihuana y el tronar del tamtam que se levanta de la negritud, atravieso Dupont Circle. A lo lejos, veo sentado a F., leyendo con aire alicaído el *Washington Post*. A veces sé si las noticias de Chile son buenas o malas con sólo mirarle la cara. A mí, F. me reprocha por no leer la prensa. Me dice que para Hegel la lectura del periódico era su lección de filosofía diaria. Que debo leer el diario para situarme en el mundo real y concreto, pero no es mucho lo que le sirve a él de tanto situarse. Para animarlo, le cuento el episodio del taxista de los ojos saltones. Al escucharme aparta su lección de filosofía y se agarra la cabeza a dos manos. Al final de sus exclamaciones y aspavientos, me mira desenchajado y me dice que es una locura que ande tirando los billetes de esa manera y, para rematar el argumento, me hace la siguiente reflexión: que ese dinero podría haber tenido mejor uso y que cuando me vuelva a sentir acometido por mis instintos botarates que mejor deje caer los billetes en su *mailbox* de 2521 Pennsylvania Avenue, que con esa cantidad podría haber comido durante dos meses, etc. Yo le contesto diciéndole que eso no es todo y que había repartido trescientos dólares al cruzar de una acera a otra, a tres *winos* adormilados, a cien por nuca, y que la cosa es sembrar vacas y cosechar plumas en el aire, con un cazamariposas, se entiende. Me mira completamente boquiabierto. Le dije que el coño se toma con caña y el colmo se toma con calma. Agitado, F. me vuelve a endilgar la lección de filosofía hegeliana. Me muestra uno de los titulares: inquietud en círculos oficiales por nacionalizaciones de la UP; me recuerda que tengo que situarme en el mundo real y contingente, que no puedo seguir así, que vivimos tiempos difíciles,

etcétera, pero yo lo invito a un sandwich de pastrami en el *Pot of Gold* y la rabia se le pasa como por encanto. «El cómo se busca en cama, claro que cada vez que el agua pasa por el colador cambia de color», me responde. «Extraño lenguaje para un lector del *Washington Post*», le comento.

Al alejarnos del furioso tamtam afrocubano, que levanta la negritud en la caliente brisa verpertina del Dupont Circle, F. me dice que antes que yo llegara se había imaginado que estaba en una plaza de Dar-es-Salam. A grandes zancadas bajamos por la New Hampshire Avenue y, a medida que nos aproximamos al *Pot of Gold*, la normalidad le vuelve al rostro.

—Hambrita, compa?...

—Hambrona, que no hambrita, ni tampoco hambruna, querrás decir, querido Sancho, de los enrevesados decires...

—El palo se pela con pala...

—Y la pera se para con pero...

Al unísono estallamos en una gran carcajada, abriéndonos paso entre la procesión de motores recalentados, indiferentes a las fumarolas de monóxido de carbono, a las miradas de la gente y a las gafas enojadas en forma de mariposa de dos damas de pelo violáceo que nos consideran de arriba abajo con sacrosanto horror.

Sábado. Estoy cansado de la costumbre de morirse y que lo entierren a uno. Tantos terrenos en los que podría elevarse otro canto al amor, llenos de arrodilladas piedras lastimeras, apenas marcas de un despojo acumulado. ¿A qué acumular todos esos túmulos? La *anorexia nervosa* me está crispando las entrañas.

Anoche me hice una pasada por el bar porno de la calle 14. Es la peor dimensión de la tristeza que uno pueda imaginarse. La sirvienta que me trajo la *bloody mary* hizo un gran barullo porque le agarré el poto sudado, pero le pasé un billete de cincuenta y la sangre no llegó al río. «Por el doble, el cuerpo entero», me dijo. En la obscuridad y, como era negra, sólo podía verle el blanco de los ojos, pero andaba con un taparrabos fluorescente y los senos al aire.

Ya no puedo aguantar el vodka. Menos mal que en el distrito porno los vasos los llenan con jugo de tomate y un par de gotas de vodka, como que no quiere la cosa. Llamé a F., que desde el punto de vista sociológico se interesa más que yo en los tugurios porno de la calle 14. Epítome de la decadencia de Occidente, los llama, pero se excusó. Estaba con Eliane, que había llegado a verlo desde Pittsburgh. En la mañana me comí un huevo y cuatro cucharadas de peptobismol para pasarlo, pero a la hora la flatulencia me tenía como globo inflado topando el techo.

A veces se salvan, gracias a la humildad y la nobleza del paisaje los cementerios de campo, por lo general montados en una colina y sombreados de árboles. En los cercos siempre cuelgan banderitas patrioterías. Pero esas masas de concreto relleno, esos monumentos tan abominables a la falta de imaginación, sencillamente debieran desaparecer, por edicto inapelable. Abracadabra.

A la negra potona del bar le pregunté si le interesaba el arte. Se rió con la boca enorme y, al blanco de los ojos, se le sumó la blanca hilera de los dientes. «¿El arte?... ¿El arte?... Claro que sí...», y me señaló la pantalla, donde en ese momento un mocetón de perfil griego, que hacía de ginecólogo, eyaculaba en la cara complaciente de. El cromagnon a sueldo llama a la negra desde el mesón. Ella parte presurosa y se justifica porque el cromagnon la reconviene: *He's a weird one...* No se da cuenta que lo único *weird* es ella misma y todo el asqueroso local hediondo a semen. F. tiene razón... Decadencia de Occidente, y qué decir del pobre Hegel, quedaría tan espantado si viera esto que olvidaría para siempre su lección de filosofía diaria... Si estuviera cierto de estar haciendo algo por mi hijo, qué me importaría el Gordo y el chupamedias Iturbide... La historia se acerca a su fin. He sido un testigo y nada más, pero testigo de una astracanada deplorable montada a todo escenario. En esta ciudad el poder es excesivo, el espíritu se desintegra, no hay antídoto alguno que no sea escarbar en el propio ensimismamiento. La historia se acerca a su fin y pobre del que se cruza en el camino. La supeditación por horario fijo a un ser tan odiado es lo peor que podría sucederle a una conciencia despierta... La lucidez es una enfermedad, una enfermedad en toda la regla, sin escapatoria posible, excepto el *lunch hour*, que yo alargo a dos horas sin importarme las imprecaciones del Gordo y los rezongos hipócritas del chupamedias Iturbide. El Gordo hace la siesta desparramado en el gran sillón de cuero resoplando como un fuelle y, sobre todo, al despertar se pone odioso. «¿Y qué ha hecho toda la semana este comemienda?... ¿Todavía no tiene listo el Boletín?». Locos emisores de vibraciones oscuras y pestilencias contaminantes, les metería por el culo su Boletín! Estoy en el pozo más sin esperanza y recibiendo malas emanaciones, en una miasma, pero siempre hay algo positivo... ¿o no? Ser nadie, salva. Estaba mejor en las Galápagos cuando cabalgaba en las tortugas... Todo lo salva la elegancia; vámonos, Bárbara, a Francia. Anoche soñé que estaba en Caleu con el alegre grupo del inefable M. H. y J. Z. paseándome por el huerto bajo los ciruelos silvestres cargados de racimos dorados... O no, había ido solo a Caleu porque el inefable M. H. me lo había sugerido.

—¿Qué vas a hacer este verano? —me preguntó.

—No sé...

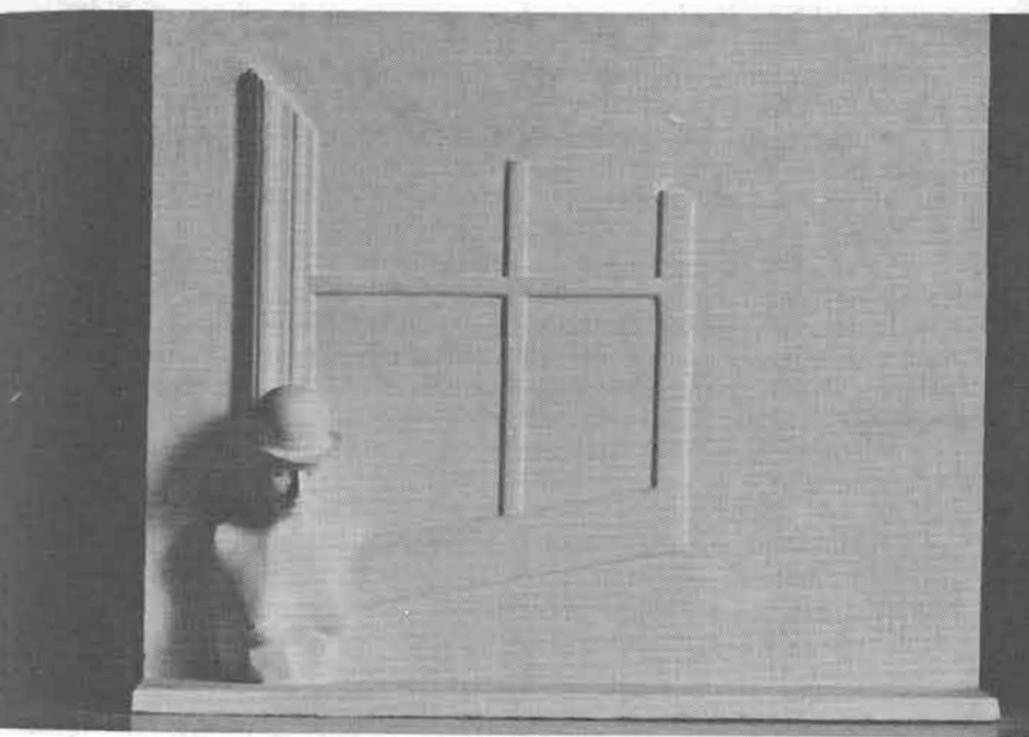
—¿Dónde vas a ir, o te quedas en Santiago?...

—No sé, no tengo dónde ir...

—Anda a Caleu —me dijo con un guiño malicioso—. Por la plata, no te preocupes. Don Carmelo está en la cosecha de peras y tú te ofreces como ayuda, ¿ves? Alojamiento gratis...

Resultó ser una broma de mal gusto. No había tal cosecha de peras, ni había muchos perales tampoco. Me parece que sólo había manzanas todavía verdes y muchos ciruelos dorados que crecían tan silvestres como el yuyo. No sé si a causa de los ciruelos y sus racimos de frutos dorados, para nosotros Caleu era una versión de la Arca

dia. Eran los años en que íbamos con el grupo de M. H. y J. Z., que era sordo como tapia, pero selectivo en su sordera. En un descapotado Packard de museo, con tres corridas de asientos y rejillas para el equipaje a lo largo de las pisaderas, llegaba a recogernos a la estación de paso el Príncipe de la Paz, chófer de Caleu y dueño de su único vehículo motorizado. El solo hecho que el carronato estuviera aún en condición rodante era testimonio supremo de las habilidades mecánicas de Manuel Godoy, que era su verdadero nombre. Detrás del enorme volante, y ocupado con sus palancas, Manuel Godoy nos acogía impenetrable, pero nos miraba con extrañeza y algo de temor al sentirse interpelado como Príncipe de la Paz y duque de Alcudía cuando J. Z. explicaba las proezas de Manuel de Godoy en la corte de Carlos IV. El incansable M. H. salía de alba a buscar por las quebradas la flor azul de Novalis, y por las tardes se paseaba por los corredores de la casona de Don Carmelo leyendo en voz alta *Les Nourritures Terrestres*. En su interminable entrecruzar de monólogos, M. H. y J. Z. hacían gala de anularse mutuamente. Ambos salpicaban sus arrestos de elocuencia con nombres mitológicos y referencias a la época helénica y, por el arrullo de sus retóricas, nosotros nos dejábamos transportar embobados a una realidad atemporal en ese valle encajado en la Cordillera de la Costa, el dichoso valle de Caleu. *¿Qué se hizo el rey Don Juan? Los Infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?...* De súbito, y sin mediar transición alguna, me veía en París, ciudad que sólo conozco en sueños, en medio de unas comparsas como vestidas para el carnaval, en largas túnicas de filosea de colores apagados y alineadas como en los murales de Piero della Francesca. Casi todos en la comparsa eran mujeres y todas se parecían a Josephine Baker, y yo y F. en medio, vestidos de arlequines. La comparsa avanzaba lenta y hierática por los Campos Elíseos. Era la hora del atardecer. Nadie hablaba ni nadie se miraba, todos avanzaban en formación a la Follie Bergere. Finalmente, llegábamos a un abrevadero con sifones de plata. Allí todos nos inclinábamos y nos regalábamos el paladar y los sentidos con una pócima mágica y, entonces, la comparsa se disolvía desintegrándose en pequeñas unidades, buscándose afanosamente con la mirada, pero sin poder jamás volver a juntarse. Un pequeño grupo fue a parar a las callejuelas retorcidas del Barrio Latino, yo y F. entre ellos. Nos mirábamos consultándonos y sin poder entender. Preguntábamos *de quoi s'agit-il?*, pero nadie sabía respondernos, ni tampoco eran muchos los que nos oían, y se limitaban a mirarnos con ojos turbios y desenfocados. «Son los paraísos artificiales», respondía una mujer alta y misteriosa parecida a Vera Korene. «¿Quieren entrar?» Y nos íbamos en su siga. Bajábamos a las alcantarillas y nos tendíamos en el malecón viendo pasar las aguas servidas. Desde la otra ribera nos miraba Don Carmelo, como preguntando por qué estábamos ahí. Nos habíamos quedado solo y las aguas crecían y empezaban a lamernos los pies. Yo me veía desnudo y encucillado. «Estos son los paraísos artificiales», me explicaba F., y aunque no lo decía yo adivinaba que quería



salir y no sabía cómo. El detritus ya nos cubría los pies. Yo quería pararme, pero los miembros aletargados se negaban a obedecerme. Con repugnancia vi que mi pene, el símbolo de mi virilidad, desaparecía lentamente diluyéndose en una perforación y en una pequeña mancha de sangre. En ese momento, alguien de la comparsa de los Campos Elíseos llegaba con aire festivo a susurrarle a F. en el oído que Eliane estaba en otro paraíso artificial, «pero está contigo, te espera». Con indecible disgusto, yo me miraba la perforación, que F. parecía no advertir.

Cuidarse del Gordo y del chupamedias Iturbide. Evitar los contactos físicos con. Ya sé lo que se traen entre manos. Deshacerse de mí, eso es lo que quieren. Todas sus insinuaciones sobre falta de presupuesto, carroñas burocráticas, ya sé, ya sé... Los conozco... Quieren deshacerse de mí y seguir declarando el presupuesto en planillas para repartírselo entre ellos. Sobre todo, evitar darle la espalda al chupamedias Iturbide, cuidarse de la inyección de curare y la pinchadura en la espalda. La semana pasada me dio un abrazo con gesto cariacontencido porque había estado ausente tres días, cuando avisé que estaba enfermo. Ya sé que debajo de la manga tenía la jeringa y, mientras el Gordo me tendía la mano para saludarme le hizo una seña al chupamedias y... zaaaass! sentí el pinchazo por detrás.

Después del bar porno me fui al *Speakeasy* de la calle 14. *Adiú, adiú*, me despedí del cromagnon y de la negra potona al salir. Me miraron extrañados. Si F. se preocupa por la decadencia de Occidente, debiera ver en lo que ha venido a parar el *Speakeasy* desde que estuvimos hace tres años, en su época de apogeo, en los tiempos en que la atracción máxima era una gorda de rizos rubios y vestida de corset que se balanceaba en el trapecio por encima de las cabezas de los parroquianos. Ya no hay trapecistas ahora, pero todavía sigue Slim Joe, vestido como siempre con la bandera de los Estados Unidos y tocando canciones *ragtime* en el viejo piano vertical. El público también ha cambiado en el *Speakeasy*. Ya no son los estudiantes zarrapastrosos que se emborrachaban con cerveza, sino cubanos parlanchines, turistas vestidos de inmaculadas tenidas polyéster y ejecutivos de ojos fríos y pelo corto a lo *crew cut*. Me senté al lado del baño, en la misma mesa en que estuvimos la vez pasada en la víspera de Nochebuena hace ya tres años, ay cómo vuela el tiempo. Para F., entonces era el período de las vacas gordas y para mí, el de las vacas flacas, cuando me ganaba unos miserables dólares haciendo copias a máquina. F. había venido a verme desde Pittsburgh en un flamante auto deportivo de color rojo. Poco tiempo después dejó su puesto de profesor para irse todo ilusionado a Chile, donde no le fue bien. Al volver con la cola entre las piernas se encontró sin pega, y se quedó sin pan ni pedazo. Entonces sí fue cuando la pista se le puso dura. No pudo encontrar trabajo. Rechazado de todas partes. Lo miraban con malos ojos a causa de las nacionalizaciones. Me decía que no era el mejor momento para ser chileno. Hasta tuvo

que lavar platos, 2,25 la hora. Que le hacía bien tocar fondo, me decía, que allá abajo estaba aprendiendo cosas nuevas. Podía jurarlo y rejurarlo hasta quedarse afónico, pero yo no se lo creía. De todos modos, no se quedó mucho tiempo allá abajo aprendiendo cosas nuevas y, al cabo de una semana, lo mandó todo al diablo y dijo que viviría al garete. No quiso que Eliane fuera testigo de su época de vacas flacas en Pittsburgh y cuando fui a esperarlo a la terminal Greyhound hacía un calor de 40 grados. Lo primero que me dijo: «¡Pero si esto parece la capital del Senegal!...». Ojalá... No creo que se le olvidará fácilmente esa víspera de Nochebuena. En la mesa vecina había un enorme irlandés hirsuto que hacía más ruido que todo un batallón. Se mostraba deseoso de entablar contacto, como los perros que menean la cola mendigando una palabra de reconocimiento o simpatía. Hizo varias intenciones, pero F. lo rechazaba con gesto implacable. Que se quede en su mesa y que no joda, pero el gigantón volvía de nuevo a la carga. Las sirvientas ya no querían atenderlo; a una de ellas la había seguido al baño. No sabemos lo que pasó adentro, pero la mujer salió al poco rato en crisis de llanto. Al irlandés fueron a buscarlo al baño entre cuatro cocineros fornidos para tirarlo sin más ceremonia a la calle, pero él mostró una tarjeta. Lo soltaron con deferencia y lo dejaron volver a la mesa, diciéndole que se fuera a reponer la mona y se quedara tranquilo. Slim Joe resolvió la situación atacando con brío los compases de *Ain't misbe-bavin'* y pronto todo volvió a una especie de normalidad turbada a ratos por la retahíla incoherente de nuestro vecino, en la que sólo podían distinguirse las palabras *gook*, *fuck* y un sonido onomatopéyico muy semejante al tableteo de una ametralladora. Volvió de nuevo a la carga y se aproximó a la mesa a entablar diálogo diciendo que era de origen irlandés: *I am Irish American...*, pero F. lo paró en seco: *And so what!* Yo creí que el tipo nos echaba las manazas encima. Lo vi haciendo rechinar los dientes, algo horrible. Pero no pasó nada. Como un perro amonestado, aplastó su enorme corpachón contra la pared y siguió rumiando su hervidero. Cuando salimos las campanas repicaban, era medianoche y nevaba tupido. Fuimos a buscar el auto y recuerdo que anduvimos dos cuadras a resbalones por la nieve en medio de la algarabía general de la calle 14 y nos paramos en un boliche a tomar café. Al doblar la esquina media hora después, frente al *Speakeasy*, vimos que había una multitud de curiosos y autos policiales que llegaban crispando la noche con el ulular de las sirenas. Nos bajamos y preguntamos a curiosos qué pasaba. Nos contestó que un tipo se había descerrajado un tiro en la sien en el baño del *Speakeasy*. F. se puso pálido. «¡Tal vez, si le hubiéramos conversado!...», pero no me dejó terminar. Me dijo que el tipo tenía un arma y tenía que usarla contra alguien, que podría haberla usado contra él, o contra la mujer en el baño, pero finalmente la usó contra sí mismo. Temprano, a la mañana siguiente, me desperté cuando F. salió a comprar el diario. Al abrir la puerta me dijo que la violencia es tan propia

del país como el *apple pie* y, con voz calma, agregó que no había podido dormir.

¿Dónde están los estudiantes zarrapastrosos de antaño? *Qué fue de tanto galán, qué fue de tanta invención como trujeron?*... Slim Joe toca con menos entusiasmo. Parece también echarlos de menos. Los turistas de polyéster y los cubanos parlanchines y los ejecutivos de mirada fría, con sus dedos de tenazas aprisionando sus vasos de scotch sólo hablan de dólares, dólares, dólares...

Lunes. Me levanté a mediodía. Toda la mañana ha sonado el teléfono, y yo lo dejo sonar. Que suene... Seguro que es el Gordo o el chupamedias Iturbide. Voy a la farmacia a buscar peptobismol, pero el boticario me advierte que estoy tomando la medicina equivocada, que debo tomar serpasil, me dice. Al boticario le conté que cuesta largo tiempo desenamorarse, desinflarse entre largas salas de espera. Me miró extrañado y me dijo: «Un dólar cincuenticinco... Cuatro pastillas diarias, después de las comidas». Ahí van las hembras primaverales desparramando flores por el dorado valle de Caleu... *Todas íbamos a ser reinas, de cuatro reinos sobre el mar...* Cuando la sombra del estómago se sube a la cabeza, aquí al igual que allá, uno se mete en su guarida, pero allá en compañía de amables contertulios. En el edificio viven varios funcionarios de la Unión Paramaricones y al toparnos en el vestíbulo se adelantan o se atrasan para no subir conmigo en el ascensor. Otras veces, soy yo el que se atrasa o se adelanta. Boñigas burocráticas, los conozco a todos... No me cabe la menor duda que debajo de la manga esconden la jeringa, como el chupamedias de Iturbide. También vive en el edificio una colombiana flaca, secretaria del BID y no me mira desde que le dije una vez que se parecía a Nefertitis. Al pasar por el *Pot of Gold* vi a F. hablando animadamente con un joven pálido, de pelo rubio y aceitoso que le cae sobre los hombros. F. me presenta: Lester, que hace la práctica en el St. Elizabeth. F. me pregunta que dónde me he metido. Me cuenta que Iturbide lo llamó en la mañana, que se preocupan por mi suerte, que el Boletín tiene que ir a las prensas y no está listo, etcétera. Me informa que Ingrid ha desaparecido y pensó que a lo mejor ella y yo... Se acerca Bárbara y me pregunta *where have you been?*... En el Orinoco, le digo, pero ella parece no entender. Me pregunta qué voy a servirme y yo le contesto *cuándo*. Me dice que mañana, y hace seis meses que me está diciendo lo mismo. F. me pone al corriente de lo que hablaban antes de mi llegada, y me entero de que sólo los seres inteligentes son melancólicos, y que esto se debe tal vez a que viven en dos tiempos, ya sea en el pasado o hacia el futuro, y el presente lo sufren como un purgatorio o estación de paso. «Estábamos hablando del grabado de Durero *La Melancolía*», me explica F. «Ingrid se parece a... cuando tenía la pelambreira abundante... El mismo gesto grave, la misma mirada intensa». Le replico que lo único melancólico es Tiffany's a las seis de la tarde, y el Empire State Building de Nueva York. «Pero nunca estamos en Nueva York y las seis de la tarde no son nunca

las seis de la tarde», comenta F., y Lester tercia: «Sobre todo, el Empire State Building en el cortometraje de ocho horas de Andy Warhol». La reflexión del joven paliducho me suscitó una hilaridad tan incontenible que le derribé sin querer la bandeja a Bárbara cuando llegó con el pastrami. F. y Lester me miran extrañados y, mientras Bárbara se agachaba para limpiar el estropicio, me dieron unas ganas bárbaras de agarrarle el pote. F. me cuenta que todo el problema de Ingrid se reduce a su falta de independencia económica, y que de esa manera el herr Professor la extorsiona. Lester agrega que el padre le ha cultivado la idea de que ella no sirve para nada y que sin él está perdida en el mundo. Lester nos cuenta que cuando hizo la exposición en el *Pot of Gold* quería irse a California y comprarse con el producto de la venta una propiedad en el Valle de San Fernando para convertirla en vivienda comunitaria dedicada a la meditación trascendental, pero no vendió ninguno... Pedía cinco mil dólares por cuatro. F. dijo: «¿Cinco mil?... Tiene que estar loca». Lester: «Y quién sabe, tal vez dentro de veinte años sus cuadritos atraerán el ojo de algún millonario excéntrico y se pondrá de moda». F. concuerda: «Y entonces volverá al estudio del octavo piso a producir cuadritos, y para que no se arranque de nuevo el herr Professor la amarrará con cadena a una pata del catre». Lester: «Con una cadena de oro...». Se ríen a toda mandíbula. A Lester le falta un diente. F.: «Pero después del fiasco de la exposición el aretín de los tarascones se le pasó adentro, a los repliegues del alma... Melancolía catatónica concentracional, mi teoría...» Lester concuerda. Al volver Bárbara con el pastrami, lo aparto con la mano. Su sola vista me hace trabajar los jugos gástricos y me produce flatulencia. De dos mascadas F. lo hace pasar a su estómago a prueba de balas. Yo saco mi serpasil. Antes de alejarse le pregunto a Bárbara *mañana?*, y ella me pregunta si lo he pensado. Yo le contesto que le traeré la «Teoría del Paisaje» de André Lothe. Ella quiere pintar paisajitos sencillos para empezar, no como la loca de Ingrid y sus huinchas y filamentos de transistor. El joven paliducho se levanta y se despide.

No bien nos quedamos solos, y como es un maniático del *ritornello*, F. se pone a hablar del taxista de los ojos saltones, que es una locura que ande tirando los billetes, que no puedo seguir así, que corren tiempos difíciles, que cuide lo que tengo. Para tranquilizarlo le confío mi plan de hacerme millonario en forma fulgurante, inventando juguetes... ¿Juguetes?... Sí, juguetes para niños de cinco a ochenta años, le explico... Como un caimán en una tarde en el Orinoco que nada de espaldas para ver a un avión volar. F. me miró extrañado. Que me deje de cuchufletas, me dice y, como de costumbre, pronto pasó a otro tema, pero entonces le dio por hablar del Gordo y del chupamedias Iturbide, que el Gordo tal vez era un hinchabolas, de acuerdo, pero que Iturbide era buena persona y se preocupa por mi suerte. Conozco la canción. El Gordo siempre insiste en que el mío es un puesto inexistente y que me contrató porque Itur-

bide llegó poco menos que llorándole, *pobre, hay que ayudarlo...* Muy inexistente será el puesto, pero el ocupante existe y desde que llegué el Gordo me ha hecho la campaña de terror, que el puesto es provisorio, que se ha decidido eliminar el presupuesto. Conozco esas historias de presupuesto... Me quieren eliminar... ¿Y de cuándo acá le ha bajado a F. tanta amistad con el chupamedias Iturbide? Para mí, que forma parte de la conspiración y quiere quedarse con el puesto. Prohibido el lujo de la depresión y la melancolía, por muy atributo de personas inteligentes que sean. F. se puede dar el lujo hasta que le dé puntada. Es parte de su elegancia. El es nativo de la altura; altivo, no soberbio, no, a nivel. ¿Estará también en la conspiración? Las fuerzas ya no me dan... Allá, huir allá... Me perdonarán, pero ya no puedo más... No, mejor no huir... Llegar simplemente, llegar a la rama donde llegan los cernícalos a posarse tras un largo viaje. Juro, señores, que la enfermedad es una lucidez, una lucidez en toda la regla... Desterrado, descielado, descorporado... «Por eso», me dice F. «Hay que empezar por el cuerpo... Tienes que comer... Seamos razonables, hay que organizarse». Me advierte que cuando me llame por teléfono, y para que yo conteste sin peligro, sabiendo que es él, usará un santo y seña... Sonará dos veces, ring! ring! y cortará y, luego, volverá a llamar. Querrá decir que no hay moros en la costa. «¿Entendido?...» Me dice que me mantengo sellado como la faz de los ciegos. «Y, en fin, qué es esta historia de tu Cunegunda y los 500 dólares?», inquiera. «Está bueno que sientes cabeza... ¿No te has mirado recientemente en el espejo?». Me levanté, y yo que soy chico, me agrandé de tamaño y a él que es grande, lo vi allá abajo chiquitito como un pigmeo retorcido. «¡Te vas a la mierda ahora mismo!», le grité con voz tonante. «¿Y quieres que me quede allá?», preguntó sin inmutarse.

—Allá en la mierda...

Entonces me achiqué de nuevo, como dando vueltas de carnero mientras todo se daba vuelta y a él, desde abajo, lo vi enorme. Le dije que parecía Polifemo y me volví a sentar. Nos miramos en silencio y, al poco rato, nos pusimos a reír. F. pide otro pastrami y una Heineken bien helada y me advierte que las apariencias engañan. Yo le dije que lo de los 500 dólares lo pensaría. Entonces F. me dijo que «por eso que tu Cunegunda es tan congraciante contigo», y pasó a contarme algo que no venía al caso. ¿Estudios de arte? ¡Pero qué arte ni qué melindres!... Que debiera verla a la Cunegunda cuando se va todas las noches con su horda de motociclistas que la vienen a buscar al *Pot of Gold* con gran ruido de cadenas, y que debiera verla a la hora del cierre cuando se suelta las trenzas inocentes y se cambia los refajos de aldeana de la Alta Silesia por pantalones ajustados, botas y casaca con incrustaciones metálicas todo en cuero negro. Que debiera ver a la banda de cromagnones desafortunados con sus latas de cerveza eructando sobre los pasantes y amenizando la espera tirando algún puñal para probar la puntería. Que entonces debiera verla a la Cunegunda cuando se cala el casco y sale al galope a mon-

tarse a la grupa de uno de los motociclistas, el capo de la banda, que usa un casco de la Wehrmacht con el signo de la cruz gamada y botas llenas de toperoles. Que debiera ver la visión infernal... Las insignias, las picanas, las boleadoras, las cadenas, las swásticas, las chapas, las manoplas y el estruendo y el estruendo y la estela sulfurosa cuando se alejan las hordas de Atila... Le dije que estaba perdiendo la cabeza, me levanté, lo mandé a la mierda y esta vez me fui de verdad.

Por fin he encontrado un ser razonable con quien se puede conversar. Se llama Abraham Lincoln, viene de Illinois y nació en una cabaña, igual que Abraham Lincoln. Tiene barba rala, es alto y enjuto y, al igual que Abraham Lincoln, se viste de levita negra y chistera, pero aquí todo el mundo lo llama Abbie.

Al llegar, F. y Eliane entraron conmigo por el parque y me dejaron frente a la blanca mansión con mi maletín y mi escobilla de dientes. Al pie de la escalinata vi a Lester, que hace la práctica en el St. Elizabeth. «¿Y tú, qué estás haciendo aquí?», le pregunté. Con un guiño de complicidad me explicó que él integraba el Comité de Recepción de Perseguidos, y que para él era un honor ofrecerme la bienvenida. Acto seguido, Lester me condujo con deferencia a una pequeña sala donde funcionarios vestidos de blanco me preguntaron nombre, edad, lugar de nacimiento, se interesaron por saber acerca de mis padres, me palparon el pecho y la espalda, después de lo cual inquirieron si había tenido enfermedades. Yo les contesté sin vacilar que la enfermedad es una lucidez, señores... una lucidez en toda la regla. Ellos celebraron lo acertado de mi reflexión. A los funcionarios de blanco les pregunté si había en la mansión dignatarios caídos en desgracia, a lo cual me respondieron con deferencia que entre los huéspedes se contaban unos pocos que caían en esa desgracia. Debo decir que la mansión me impresionó mucho más por fuera que por dentro. Al día siguiente, le hice la observación a Lester, que mi aposento dejaba mucho que desear, le dije y, sobre todo, le hice saber que el catre era duro. Me explicó que todo era para el bien de los huéspedes, para que no se acostumbraran a la molicie y a la vida fácil, que de ese modo se conservan en mejor forma física. Celebré lo juicioso de sus palabras y le dije que, en adelante, sacaría la cama de mi aposento y dormiría sobre el suelo desnudo. Me dijo que no, que no había que exagerar, y que ello suscitaría ánimo de competencia entre los huéspedes, lo cual debía evitarse en una sociedad igualitaria. En ese momento, se acercó Abbie a pedirle a Lester papel y lápiz para escribir unas importantes proclamas, según dijo. Lester nos presentó. Daban la impresión de conocerse bastante. Abbie me escudriñó con ojo inquisitivo, y me preguntó que de dónde venía. Sin vacilar, *contesté que sí, que no tenía planes determinados; contesté que no, que de ahí en adelante...* Colegí de inmediato que Abbie era también un perseguido y, a medida que caminábamos por un sendero bajo los abedules, me dijo que debía prepararme para la guerra entre los Pink y los Pank. Para mí, que se trata de los mis-

mos frustrados y oportunistas que cercenan el cuerpo social, como los llama F. A medida que hablaba, se iba formando por detrás un grupo que lo vitoreaba. «¡Dales duro, Abbie!...», gritaban en coro. Abbie se paró sobre una tarima natural que forman las raíces protuberantes de un abedul gigantesco. Allí se largó un encendido discurso contra los agricultores de California que preferían el cultivo de la *annona reticulata* y no la variedad *cherimola* por no considerarla rentable. La audiencia aplaudió con frenesí. Al bajar de las raíces le hablé sobre las chirimoyas de Quillota, cerca del ramal donde el Príncipe de la Paz nos iba a recoger en su armatoste para llevarnos por los tajos y quebradas de la Cordillera de la Costa al enclave dorado de Caleu, pero él no se interesó para nada en el Príncipe de la Paz. La *cherimola*, su idea fija... «¿*Cherimola*?», me preguntó incrédulo, los ojos muy abiertos. «¡*Cherimolas* todas!», le contesté y él me tomó solícito de un brazo y me comentó que el mío era un país civilizado. Al caminar, Abbie me conducía hacia una verja de hierro forjado donde podía verse una puerta semioculta por el follaje silvestre. Al otro lado se oía el follaje de los motores recalentados y las fumarolas del monóxido de carbono. Abbie me recomendó que, sobre todo, me cuidara del hombre parado frente a la puerta; pero qué hombre, le dije que no veía a nadie y él me explicó que, precisamente, ello se debía a que el hombre de la puerta era el hombre invisible. Me pidió que se lo recordara para hacer una nota de protesta al respecto y enviarla a la Cámara de Representantes. Con repugnancia nos alejamos del lugar, y nos encaminamos hacia el pabellón norte de la mansión, pues en ese momento sonaba la campana que llamaba a almuerzo. Le conté a Abbie que la *anorexia nervosa* había desaparecido. Después de todo, F. tenía razón cuando me decía que lo de la anorexia era cosa de los nervios, lo que prueba, como dice el refrán, que el diablo sabe más por viejo que por diablo. Aquí hasta pido doble ración de sopa de coles, y dos hogazas de pan de trigo negro, como el pan candéal que comíamos en Caleu.

No me acuerdo bien cuándo llegué aquí. Creo que fue a mediados de thermidor. Me trajeron F. y Eliane, el canto de la mañana, cuya nota es el sol mayor. Ella me dijo que estuviera listo, que me pasarían a buscar en la tarde en una carroza de Versailles, pero la carroza resultó ser un taxi desvencijado y el auriga, un negro sudoroso y de ojos saltones. A veces ocurren así, cosas extrañas. Me dejaron a la entrada de la vasta mansión y se despidieron Eliane, lloriqueando y F., cariacontecido.

Por si las dudas, indagué para asegurarme y Abbie me explicó que los Pink eran los patriotas y los Pank, los superpatriotas, pero que los Pank eran tan super que, a la postre, venían a ser antipatriotas y responsables de la mala imagen del país en el exterior. Nos dirigíamos hacia el podio bajo el abedul, y detrás nos seguía un grupo anhelante de huéspedes, deseosos de escuchar el discurso. Hay huéspedes jóvenes y viejos y de todos los tamaños y hechuras. Hay huéspedes que se pasean sin cesar por los senderos del parque, algunos

apurados por llegar a destino, y otros que se quedan parados o sentados semejando estatuas. Los hay también que razonan a grandes voces con alguna especie de hombre invisible, y otros que sonríen buenamente. Hay otro que corre aleteando con los brazos, pero aún no lo he visto emprender vuelo.

Abbie subió sobre el entarimado y volvió a arremeter contra los agricultores de California, diciendo que trataban al resto de la nación como ciudadanos de segunda clase. Dijo que por abarataamiento del costo preferían la variedad *reticulata*, que permite un cultivo menos engorroso y un período de refrigeración mayor que la delicada *cherimola*. El grupo gritaba consignas contra la *reticulata* y lo incitaba: «¡Dales duro, Abbie!...». Algunos estaban como fuera de sí, pero no todos se mostraban entusiastas, ya que a unos veinte pasos un huésped de aire torvo se dio media vuelta, se bajó los pantalones y nos mostró el trasero granujiento. Abbie apenas se inmutó y siguió su discurso después de gritarle al descomedido que regresara a las cavernas de donde venía. Para mí, que el descomedido era un Pank. No sé si a causa del intempestivo trasero al aire, Abbie concluyó el discurso abruptamente, no sin antes asegurar a la audiencia que presentaría una moción al respecto a la Cámara de Representantes. No sospechaba yo que la parte más medular del discurso me la reservaba a mí, en corrillo bajo los abedules, como quien dice *tête-à-tête*. Nos alejamos del grupo que lo vitoreaba y lanzaba imprecaciones contra la *reticulata* y, entonces, tomándome suavemente del brazo, y en un torrente de elocuencia que habría dejado verdes de envidia a Demóstenes y Catón, me vació el raudal de sus pensamientos. Improbable tarea sería la de reproducir aquí su discurso, que se prolongó hasta la medianoche, pero baste decir que trazó la historia entera del país desde el paleolítico hasta nuestros días presentes. Me explicó durante una buena hora que éste es el único país con crimen organizado en el mundo, y qué decir del crimen desorganizado. Según pude colegir de sus palabras, el país ni siquiera tiene nombre de país... Estados Unidos, se llama... ¿Estados Unidos de qué? Dijo que el país hasta se apropia de los nombres ajenos... y que también hay otros estados unidos, los Estados Unidos del Brasil, de México o los Estados Unidos de Venezuela y que todos los países son estados unidos y que Estados Unidos designa una forma de gobierno, pero no es ni nunca será nombre de país, que ello sólo refleja la abismante falta de imaginación de los Pank, desde que el país sepultó su historia anterior para hacer tabla rasa, borrar y cuenta nueva. Que el país podría llamarse Mayflowerlandia, ¿que no fueron ellos los primeros colonizadores, los que llegaron en el Mayflower?... O bien, que se llame Calomega, Micrómeegas o Ramona, la República de Ramona, un nombre de país, pero no Estados Unidos, que no es nombre de país y aquí estamos con un país que ni siquiera tiene nombre de país que pone en jaque a los demás países y que divide al mundo en dos categorías, los Pink y los Pank, y si no eres Pank,

ay de ti... Esa noche nos quedamos sin cenar, y lástima, porque había *chicken por pie*.

No sé bien desde cuándo estoy aquí. Recuerdo vagamente una mañana. El teléfono sonó dos veces, riing; riing! y cortó, y luego volvió a sonar. ¡El santo y seña!... Pero no era F. Era Eliane. «Habla Dulcinea», me cantó al oído con su voz de cristal. Yo le contesté que su nota era el sol mayor. Ella habló apurada y me dijo que el pobre F. estaba en ascuas y me habían buscado por toda la ciudad, que dónde había dormido estos días, que habían dado parte a las comisarías y que temían me hubiera pasado algo con los gases lacrimógenos en medio de las turbulencias callejeras, que habían venido a mi departamento y lo habían encontrado abierto... milagro, milagro que no se habían robado nada... que si me había perdido en las manifestaciones de Constitution Avenue. Acto seguido, F. salió al teléfono y me hizo las mismas preguntas. Poco después llegaron a buscarme al departamento. F. me miró largo rato en silencio. Nunca lo había visto tan entristecido. Hablaba con voz cansada y me hizo ver que estaba famélico y que apenas podía sostenerme en pie: «¡Pero mira cómo estás!», me dijo. Me pidió que me afeitara y fuéramos al restaurante italiano de la Calle Novena «Yo invito», me dijo, pero Eliane hizo un mohín; que no, que la deprimía el sector, dijo. Que fuéramos mejor al Trieste de la Pennsylvania Avenue. Yo les sugerí que se apartaran de la ventana, que no fuera que por error... Los puse al corriente que mis enemigos habían hecho pacto con hechiceros del vudú, con la cerbatana lista parados al frente. «¿Pero dónde anduviste?», insistía F. Yo les aseguré que no había andado perdido y que me había encontrado con Jesucristo y fue él quien me trajo a la casa. Les conté que no anduve perdido, que anduve por prados y huertos, que cerca de mí había extrañas escenas pastoriles, abrevando las cabras, tendidos junto a las zarzamoras, reclinados a la sombra de los pastores. Para mí, que todos eran Pink y estaban en paraísos artificiales. Se oían el caramillo, y la flauta de un joven rubio tocando dulces aires de Lucca Marezenio. Para sorpresa mía, el joven rubio resultó ser Jesucristo y se ofreció a acompañarme a casa. Era una gran multitud... en un parque.

A F. le gustaba frecuentar el *Trieste* por ser uno de los pocos lugares que van quedando que no tocan «música farragosa a 100 decibeles» (al entrar, la wurlitzer sonaba un aria de *Lucia di Lammermoor*), pero también porque creía que sus conocimientos de italiano dejaban pasmados a los clientes y a la dueña, una dama opulenta que siempre le hacía fiesta desde su fortín contiguo al guardarropía. Cuando se desplazaba por el pasillo con el tintineo de sus alhajas, en su zigzagueado viaje hacia las cocinas del fondo, la dueña se allegaba a una que otra mesa y se detenía de paso a compartir con nosotros algún anisette con un grano de café. Los clientes la miraban golosos y se tornaban rostros resentidos hacia nuestra mesa cuando ella los pasaba de largo. En tales ocasiones, F. y Eliane estaban en su elemento y nunca faltaba que termináramos haciendo mofa

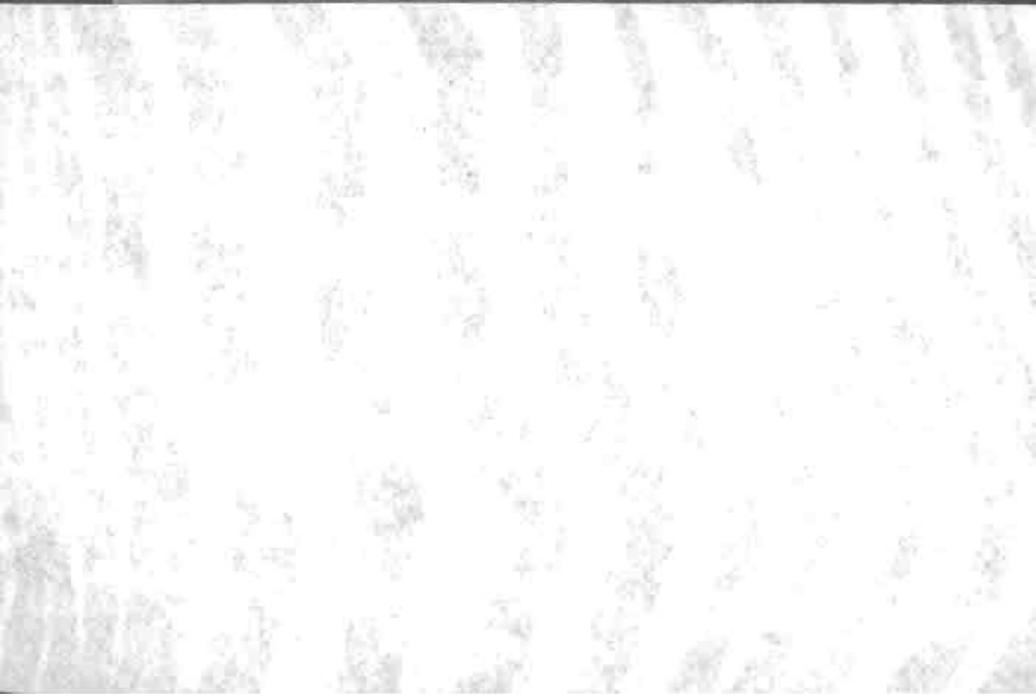
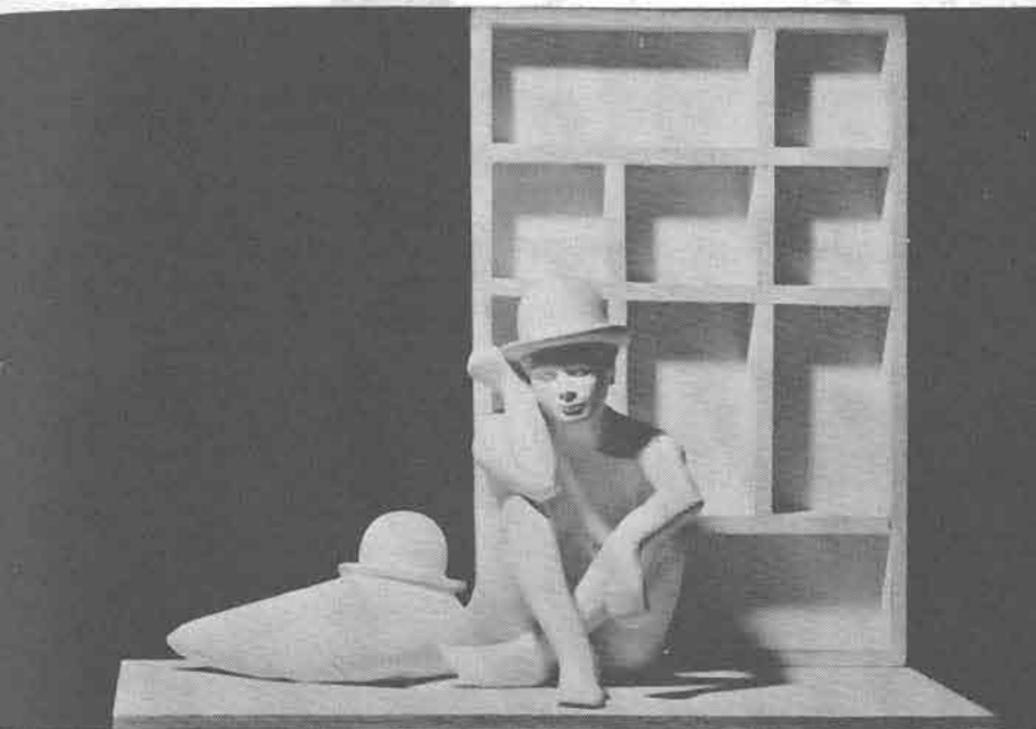
de la clientela, acaudalada, pero manifiestamente palurda la mayor de las veces.

El mozo relamido me preguntó qué me servía y yo le dije: «Picarones». F. me explicó que allí no había picarones y él se encargó de ordenar el menú. Pidió una mariscada para mí, y ellos se encargaron ossobuco y pulpitos marinara con una garrafa de Bardolino para rociarlos. La mariscada yo no quise ni tocarla, seguro que estaba envenenada, pero Eliane me juró que no y para que veas, me dijo, voy a probarla... «¿Ves que a Dulcinea no le pasa nada?... ¡Ah, y qué sabrosa está!...». Ah, se relamía... Entonces, yo me dejé servir por ella unas cuantas cucharadas, nada más que por darle placer.

Al poco rato, la dueña se allegó a la mesa a intercambiar saludos. Hacía ella buenas migas con Eliane. A los clientes de su predilección, la dueña les confiaba la historia de su vida. Explicaba ella que era de Udine y que había conocido ahí a su difunto marido, que era oriundo de Trieste, y que habían contraído nupcias en Udine y después vivieron varios años en Rimini y ahí pusieron el restaurante y que, al principio, se inclinaban por llamarlo Udine y no Trieste, pero al final optaron por Trieste por ser nombre más conocido; pero Silvio, *il mio marito*, decía siempre hasta el fin de su vida que Udine tenía más eufonía... Después venía el *happy end* del traslado a América, en que se trajeron el *Trieste* entero, hasta el último tenedor y el último copetín de cristal de Murano. La misma historia ya se la habíamos oído cinco veces, y ya no estoy seguro si la cosa es al revés, si se casaron en Rimini y pusieron el *Trieste* en Udine. En todo caso, ella tiene la piel rotunda y curtida de las gentes adriáticas y navegantes, pero esta vez, cuando se detuvo a compartir el copetín de anisette, F. le ganó el quién vive con la historia de los desventurados amores de Paolo y Francesca da Rimini, y más encima Eliane, la muy lince, se puso a hablar conmigo sobre Genoveva de Brabante. El truco dio excelentes resultados y, por una vez, la dueña ofreció el espectáculo poco usual de quedarse en silencio, limitándose a exhalar suspiros consternados al evocar el destino de los amantes, y de ese modo nos ahorramos el relato ya muy trajinado de sus migraciones geográficas. Cuando se alejó nos pusimos a reír como malos de la cabeza. De pronto, F. se puso serio y me hizo saber que había llegado el momento de tomar al toro por las astas y, puesto que yo era un perseguido, no era cosa de andar exponiéndome por ahí al alcance de mis enemigos. Yo le dije que estaba en todas partes, pero él me desengañó y me informó que conocía una mansión en la que trabajaban funcionarios cuya misión única sería la de protegerme de mis enemigos y mantenerlos a raya con vigilancia perpetua. Me dio a entender que allí no podrían entrar. «¡Imposible! ¡No podrán entrar, no podrán!», me dijo, y Eliane corroboró: «¡Imposible, no podrán!». Yo ponderé lo atinado de sus razones. Eliane me pidió que estuviera listo, que pasarían a buscarme a la tarde en una carroza dorada de Versailles.

Si ahora me volvieran a poner por delante la mariscada que no quise probar en el *Trieste*, le pasaría la lengua al fondo del plato. Llegado el momento de pagar, la hilaridad decreció abruptamente, cuando F. vio que la dueña había anotado en la cuenta los tres copetines de anisette, que en otras ocasiones ofrecía como *beau geste*. Y eso no era todo. También había incluido el trago que se tomó ella misma. Pero F. se sobrepuso pronto, al parecer, decidido a que nada estropeará su ánimo expansivo. Pagó sin chistar y al final, con gran algazara a la italiana y la dicción pastosa, le enfiló *nel mezzo del cammino di nostra vita* al mozo palurdo, relamido y cachetón que no le escuchaba, pero que decía sí con la cabeza con aire entendido, y ojo clavado en la propina. Apenas desapareció el mozo, F. volvió a ponerse sombrío. Lo de los copetines lo ofreció como prueba suplementaria de la decadencia de Occidente: «¡Y nosotros, los ingenuos, que estábamos tan contentos! ¡El relato que nos ahorramos lo cobró, la harpía! ¡Lo cobró con los copetines!» Para subrayar su desagrado daba puñetazos no muy fuertes sobre la mesa. Eliane concordaba. Ella dijo que, en realidad, la patrona era una *degueulasse* y que éste es el país perfecto para la gente *degueulasse* como ella. En momentos en que la dueña hacía su incursión por las cocinas del fondo, nos escurrimos hacia la salida. Para F. eso era el fin del *Trieste*... Seguro que jamás volverá a poner los pies en el lugar.

De vez en cuando vienen a verme. La última vez, F me trajo una fragante flor de camelia y Dulcinea un paté de trufas, que compró en la tienda de comestibles importados de la Wisconsin Avenue, porque sabe que me gusta. Me dijeron que pasarían a verme el sábado para hablar con más calma, pero yo les dije que el sábado Abbie tiene que ir a Gettysburg a pronunciar un trascendental discurso sobre la abolición de la esclavitud y me pidió que lo acompañara, y yo le dije que iría...





AMERICA EN LOS CANTARES DE MANUEL SCORZA

VIRGINIA VIDAL

Si queremos conocer a un autor que nos entregue la visión palpitante de nuestra América de hoy, donde se reflejen dolor, coraje, búsqueda de múltiples caminos (mientras no se descubre el más eficaz), para resolver los problemas que agobian a los que defienden sus derechos, tenemos que remitirnos a la obra de Manuel Scorza. Allí también encontraremos la indomeñable dignidad del hombre, pese al escarnecimiento, la alegría, el humor, la imaginación desbordante, las antiguas raíces de nuestras culturas que los conquistadores de ayer y de hoy no lograron cercenar por completo. Y la confianza irrenunciable en la lucha, en la continuidad del combate bajo todas sus formas.

La lucha por la tierra en los cantares de Scorza * no obedece a una mera consigna inspirada en el afán de imponer la justicia social. Cada capítulo de hechura cervantina, o a la manera de los antiguos romances, nos da a conocer un diferente aspecto de la epopeya de un pueblo que lucha por la tierra, por la vida, por rescatar su identidad. Es la esencia de la vida e historia de un pueblo que nunca concibió la tierra cercada, dividida, para usufructo de unos pocos. Esa esencia corresponde además al poderoso contacto de ese pueblo con la naturaleza. Una naturaleza que se entreteje con la magia. Me-

* *Redoble por Rancas* (Balada 1); *Garabombo, el invisible* (Balada 2); *El jinete insomne* (Cantar 3); *Cantar de Agapito Robles* (Cantar 4). Monte Avila Editores. Caracas, 1978.

por dicho, donde no hay separación entre la magia y el mundo natural, porque el hombre atribuye a la naturaleza voluntades que le son propias. Del mismo modo que le atribuye a sus propios deseos características del mundo natural en que él está inserto.

Manuel Scorza ha roto todos los moldes de lo que la crítica dio en llamar literatura indigenista, que se solía caracterizar como mezcla de narración, panfleto, crónica periodística y ensayo, mechada con parrafadas líricas.

En los cantares de Scorza encontramos una literatura abierta, jamás constreñida a un espacio delimitado, donde los mejores recursos líricos y narrativos se combinan armoniosamente. Todo esto, con un solo objetivo: dar paso a un personaje colectivo dinámico, poderoso, irreductible: el conjunto de indígenas peruanos que luchan por la tierra. Es exactamente el mismo conjunto al que se refirió Manuel González Prada en el año 1888: «la verdadera nación está formada por millones de indios que habitan diseminados en la vertiente oriental de la cordillera de los Andes». Son esos indígenas los sujetos, los agentes de estas baladas o cantares. Decididos a rescatar su espacio en la sociedad, en un proceso gradual, agotan todas sus posibilidades pacíficas y los opresores los empujan a la violencia.

La obra de este autor que nació en Lima en 1928, y que actualmente reside en París, tiene una característica relevante: no posee ni la nostalgia, ni la melancolía, ni el estado pesimista de la existencia, considerados inherentes al modo de ser del indio.

José Carlos Mariátegui expresaba que «la organización colectivista, regida por los Incas, había enervado en los indios el impulso individual, pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social».

Manuel Scorza demuestra que se ha producido un salto cualitativo: el sentido de organización colectivista no lo mataron la encomienda ni los gamonales y el impulso individual se ha desarrollado en provecho del deber social, nunca extinguido y puesto al día, según el correr de los tiempos. Scorza también demuestra algo muy importante: aquello que algunos investigadores llamaron la «dicotomía cultural básica», el choque de los orígenes étnicos, de dos culturas, no es lo que mueve y agita a los comuneros. La dicotomía es de explotados y explotadores, de quienes defienden sus derechos durante siglos y de quienes les rapiñan, confabulados con los invasores de hoy: del imperio de las transnacionales.

Scorza ratifica además algo que una vez expresó José María Arguedas: «Recorrí los campos e hice las faenas de los campesinos bajo el infinito amparo de los comuneros quechuas. La más honda y brava ternura, el odio más profundo se vertían en el lenguaje de mis protectores; el amor más puro que hace de quien lo ha recibido un individuo absolutamente inmune al escepticismo. No conocí gente más sabia y fuerte. Y los describían como degenerados, torpes o im-

penetrables. Así son para quienes los trataron como animales durante siglos.»

Arguedas no se cansó nunca de expresar su experiencia de niño protegido por los comuneros. Scorza refleja la experiencia del compañero de lucha de esos mismos comuneros.

REDOBLE POR RANCAS

El vasto ciclo novelesco de Scorza se inicia con *Redoble por Rancas*. El propio autor es quien mejor expresa de qué se trata:

«Este libro es la crónica exasperadamente real de una lucha solitaria: la que en los Andes Centrales libraron, en 1950 y 1962, los hombres de algunas aldeas sólo visibles en las cartas militares de los destacamentos que las arrasaron.»

Penetraremos así en el insignificante pueblo de Rancas, donde «nunca sucedió nada». A lo más, la pasada de Bolívar con sus huestes y el recuerdo de la arenga que el Libertador pronunció en esa plaza, poco antes de la batalla de Junín, el 2 de agosto de 1824. Bueno, nunca sucedió nada hasta que llegó un tren del que bajaron unos desconocidos y empezaron a tender un cerco. Los ranqueños se morían de risa porque cercaban un cerro pelado, sin mineral, ni vegetación, ni vertiente. Este absurdo es el inicio de una «obra del diablo»: el gusano de alambre se convierte en algo vivo, ágil, absorbente, casi orgánico. Su voracidad separa pueblos, abarca tierras, traga lagunas. «Nueve cerros, cincuenta pastizales, cinco lagunas, catorce puquíos, once cuevas, tres ríos tan caudalosos que no se hielan ni en invierno, cinco pueblos, cinco camposantos, engulló el Cerco en quince días». El asunto deja de ser cosa de risa. El poderoso Cerco va envolviendo las inmensas e inexpugnables propiedades de la «Cerro de Pasco Corporation». Sólo la comprensión de este asunto permitirá entender el insólito fenómeno por el cual la pampa de Junín se despuebla de animales y pájaros y, posteriormente, las ovejas morirán a millares.

Un traje negro y un sombrero borsalino son la apariencia del juez y hacendado que representa todo aquel sistema que Mariátegui llamó feudalismo de los gamonales. Dentro de esta vestimenta equivalente a un hábito o uniforme, al símbolo de una investidura, se mueve Francisco Montenegro, dueño de la hacienda Huarautambo, que crece y crece a costa del continuo esquilmar las tierras de las comunidades andinas. Las depredaciones del juez y los prodigios de imaginación y acción de los comuneros para combatirlo parecieran paralelas al desarrollo y poderío de la «Cerro de Pasco Corporation». Pero no hay tal.

En medio de estas circunstancias, Héctor Chacón, llamado el Nictálope, es pertinaz para llevar a cabo un propósito: matar al juez, «más poderoso que Dios», cruel con los hombres y los animales, ganador de todas las rifas, aval de todos los que abusan con peones

y comuneros. Así es como este juez certificará el «infarto colectivo» que mató a quince peones decididos a organizar un sindicato.

Los comuneros están entre dos fuegos: los hacendados y la poderosa empresa norteamericana. Acuden en masa a la iglesia y le preguntan al cura: «¿Cómo se puede luchar con la "Compañía", padrecito? De los policías, de los jueces, de los fusiles, de todo son dueños.» «Con la ayuda de Dios todo se puede», responde el sacerdote. Y agrega: «El Cerco no es obra de Dios... Es obra de los americanos. No basta rezar. Hay que pelear.»

Los ranqueños rompen el Cerco. Sufren las represalias feroces de las rondas de la «Compañía». En el afán de salvar sus ovejas, las hacen hasta comer las flores del cementerio el Día de Difuntos.

La decisión de lucha de los ranqueños es muy firme. La «Cerro de Pasco Corporation» también toma la suya: desalojar Rancas.

Manuel Scorza hace el dramático recuento de las guerras del Perú: once, de las cuales ha perdido ocho. Pero ha ganado todas las guerras contra los propios peruanos: la guerra contra el indio Atusparia: mil muertos; 1924: cuatro mil indios de Huancané muertos; 1929: quemados vivos 300 habitantes de Chaulán; 1932: mil fusilados en Trujillo... Sigue la enumeración de muertos y lugares en 1956, 1957, 1958, 1959, 1960...

El Nictálope no ha ocultado su propósito de hacer justicia. El doctor Montenegro se esconde. El Nictálope es traicionado, detenido y condenado a treinta años de cárcel.

La orden de desalojo se cumple sin entender razones. Implacablemente. De nada sirve que los ranqueños se envuelvan con el pabellón patrio y canten el himno nacional (como no ha servido de nada hacer otro tanto en otras Rancas de América).

Sabremos exactamente cómo fue el desalojo por el diálogo de los muertos. En sus tumbas contarán los detalles. Allí hablan ancianos, hombres, muchachos. Describen sus propias muertes que no doblegaron el espíritu de lucha. Los muertos siguen llegando...

GARABOMBO EL INVISIBLE

Así se inicia la segunda balada de Scorza:

«Este libro es también un capítulo de la Guerra Callada que opone, desde hace siglos, a la sociedad criolla del Perú y a los sobrevivientes de las grandes culturas precolombinas.»

«Dieciocho meses después de la masacre de Rancas, la comunidad de Yanahuanca, comandada por Fermín Espinoza, Garabombo, invadió y recuperó los casi inabarcables territorios de las haciendas Uchumarca, Chinche y Pacoyán. ¡Era el amanecer de la gran epopeya andina que concluiría con el feudalismo en el centro del Perú!»

Hemos pasado a otra etapa de la vasta sinfonía scorziana. Los comuneros han decidido aunar voluntades para defender sus derechos. Es la etapa de la unidad y la organización. Para llevarla a cabo sin despertar sospechas, acuden a la propia Constitución y discu-

bren un «resquicio legal». Ante la prohibición de ejercer el derecho de reunión, optan por construir una «babilónica escuela», la mayor de la serrenía del Perú.

El proceso de construcción de la escuela recorre todas las dificultades del proceso de unidad y organización de los comuneros. Habrán de incendiar dos planteles y edificar un tercero, comparable a la torre de Babel, hasta organizar la rebelión en todas las comunidades, pueblos y haciendas. Esta rebelión contará con el apoyo de los obreros de la «Cerro de Pasco» —sucesores de los «hombres-topos»—, de los trabajadores de los asientos mineros y de los trabajadores de las carreteras.

Garabombo descubrió el misterio de la invisibilidad en la cárcel del Frontón: era invisible porque no lo querían ver. Era invisible «como invisibles eran todos los reclamos, los abusos y las quejas». La escuela es el pretexto que ha inventado para evadir los rigores del permanente estado de sitio que prohíbe reuniones y asambleas. Su objetivo es hacer valer los títulos que la comunidad posee desde 1711.

Los comuneros se meten en las haciendas. Se fugan los dueños, huyen las autoridades. La alegría no tiene límites. Pero empiezan a llegar los batallones, y el 3 de marzo de 1962, caerán las bombas. Los comuneros deciden morir por sus tierras. Son rodeados. Les incendian las casas. Como en la antigua leyenda quechua, saldrá el alma de los comuneros por la boca, se desprenderá como una pequeña mosca que dice «sio». Treinta muertos, cien inválidos, trescientos caballos perdidos es el balance de este combate de la Guerra Callada. Los sobrevivientes se esconden en cuevas. Están vencidos. Han perdido toda la cosecha, pero no se rinden. Tienen una sola convicción: «La tierra es nuestra.» Hay que seguir luchando, seguirse preparando. Cada pueblo debe organizar un contingente. Hay que trabajar en la clandestinidad. Garabombo ha muerto, pero su ejemplo vive. Garabombo ha muerto defendiendo la legalidad, protestando porque la tropa abusa de los civiles prisioneros: «Yo he sido soldado. Trátennos como prisioneros.» La respuesta será una bala y el fusilamiento de los prisioneros...

Esta batalla fue librada a cuatro mil trescientos metros de altura, en una región donde un solo hacendado poseía más de cien mil hectáreas, donde sólo doce haciendas liberadas reunían doscientas mil hectáreas. Los comuneros han sido derrotados, pero queda flotando su grito en el aire: «¡Se acabó el tiempo en que los prepotentes gritaban "el mundo es mío"! ¡Todos los cercos caerán! ¡Nada nos detendrá!»

EL JINETE INSOMNE

Este cantar, obra épica por excelencia, tiene por héroe a don Raymundo Herrera, un hidalgo que combina las cualidades del Cid Campeador y de Don Quijote de la Mancha.

El cantar comienza con un suceso al que pocos prestan atención: el río Chaupihuaranga deja de fluir, parálisis que abarcará luego a los demás ríos de la región.

Las aventuras de don Raymundo se entretienen con la detención de los ríos, la pudrición de los relojes, la supresión de correspondencia y noticias, la cancelación del calendario vigente en el mundo, la parálisis y locura del tiempo, la fiesta perpetua de los gamonales a costa de los pobres que solicitan *guajes* o préstamos para pagar músicos, comidas y bebidas, endeudándose por generaciones.

Contrasta la aventura del insomne caballero con las malandanzas de un pícaro cuyo nombre nadie conoce: el Ingeniero. «He sido cura, soldado, sastre, puta, marinero, topógrafo, cocinera, secretario, brujo, farmacéutico y soy sobre todo amigo de mis amigos.» Acompañado de su escudero Tupayachi y del músico y bailarín Pinchesapo, el Ingeniero recorre esos parajes mensurando las tierras, aun arriesgando la vida a manos de los hacendados usurpadores. Los indios le pagan para que haga los planos catastrales de las antiguas comunidades.

Don Raymundo representa sesenta y tres años, pero ha vivido desde el tiempo en que se usurpó la tierra a la comunidad. Decide levantar el plano catastral. Desafía cada noche a los hombres de la comunidad y los insulta por cobardes, hasta que algunos se rebelan y deciden apoyarlo. Partirán a cumplir la más riesgosa de las aventuras: descubrir los hitos que indican las lindes de la tierra del común.

Don Raymundo guarda la memoria de su pueblo, conoce —como dicen los hombres de la comunidad— el anverso y reverso de las mañas de los patrones. Sus recuerdos son hitos en el tiempo y señalan una esperanza o una derrota en la lucha por recuperar las tierras: «parado sobre el suelo de todas las generaciones detrás de esta queja». Recuerda el triunfo de Bolívar sobre los españoles: allí estaban los yanacochanos junto al libertador, luchando por rescatar la tierra. Recuerda cómo se salvó el Título en la guerra con Chile, en 1879; por voz de don Antonio Espíritu, coetáneo de entonces, queda demostrado que «los hombres no se dividen en chilenos y peruanos, sino en buenos y malos y aun mejor, en ricos y pobres». Pero el plano adquiere una connotación mayor. Es una tarea que impone un desafío. Cuando don Raymundo impreca a uno de los hombres más viejos de la región para que ayude, expresa: «¡Oyeme bien, anciano! ¡El tiempo se ha vuelto loco! El tirano de esta provincia, el Juez Montenegro, por divertirse dispuso el cambio de los calendarios, sin saber que el tiempo no lo soportaría. Ahora el Juez no envejece ni teme a la muerte: dicen que tiene huesos de marfil. ¡Y la tierra está enferma! ¡Todo está confundido! Lo que debe crecer, muere. Lo que debe morir, crece. Los niños serán viejos sin haber sido jóvenes. Y los viejos no encontraremos el alivio de la muerte... ¡Necesitamos ese plano! ¡Auxilianos, don Carmen! ¡Ayúdanos a restaurar el orden del mundo!»

La empresa acometida por don Raymundo llegará a su fin después de múltiples vicisitudes. Ha cabalgado 259 años viajando en busca de justicia, y por fin podrá exclamar ante los suyos: «¡He probado que no podemos probar nada! Y cuando los hombres comprendan que es imposible probar una causa justa entonces comenzará la Rabia. Les dejo de herencia lo único que tengo: mi rabia.»

Al fin podrá reposar este hombre del cual el azul de sus ojeras le tiñó hasta la sombra. Envuelto en la desgarrada y desteñida bandera de la comunidad, descenderá a su fosa y será el personero Agapito Robles quien le dé la última tierra.

Entretanto, mientras los cielos están paralizados y las nubes detenidas, comienza la tremenda matanza. Las tropas disparan encubriendo a los notables que tienen un solo objetivo: encontrar el Título de esa comunidad. Las aguas del lago Chaupihuaranga se tiñen de rojo y queda resonando el canto fúnebre de las madres, entonado por el dolor de los quechuas desde hace más de cuatrocientos años: el Apu Inca Atawalpam.

Por un Post-scriptum de Scorza, nos enteraremos que en el año 1977, la comunidad de Yanahuanca fue despojada de más de once mil hectáreas de tierra, granjas, ganado ovino y alpacas en favor de la familia Lercari, que jamás fue dueña de esas tierras. El autor informa que «Los hechos, los personajes, los nombres y las circunstancias de este libro son auténticos: constan en el Título y en el Libro de Actas de la Comunidad de Yanacocha, provincia de Yanahuanca, Departamento de Cerro de Pasco, en los Andes Centrales del Perú».

CANTAR DE AGAPITO ROBLES

Este cantar trata de la épica lucha de Agapito Robles, personero de Yanacocha, contra el Juez Montenegro, enfrentando la combinación de la fuerza y los astutos manejos legales. Se defenderá de las armas y de la justicia viciada con la mágica danza final. Su poncho multicolor irá quemando como candela chacras, maizales, poblados. Ese es el fuego de la venganza y del avance incontenible de un pueblo.

Agapito va a desenterrar el Título que lograron ocultar. Ese testimonio tan celosamente guardado desde 1705, ya no refulge. Es un simple papel. Comprende el enigma: «¡Yanacocha se había equivocado! El Título por el que se inmolaron tantas generaciones, es sólo un papel apagado.» Despidiéndose, el Título hablaba por última vez: toda reclamación es insensata. Yanacocha sólo recuperará su país por la fuerza. El día atravesó su corazón y Agapito Robles decidió que Yanacocha ya no imploraría nunca más.»

Agapito Robles ha comprendido que hay un solo camino para acabar con la explotación y el abuso: el de Tupac Amaru.

Estamos en el año 1962, pero según el calendario montenegrino es el 2192; los meses se llaman agosdiembre, febrim�arzo, mayoctubre. El tiempo está más trastocado que nunca.

Agapito Robles recorre los caseríos convenciendo a la comunidad de que ellos poseen derechos que pueden hacer valer por la fuerza contra el doctor Montenegro. La cacería organizada contra Agapito es feroz, pero el personero logra eludirla. Los comuneros que hicieron el servicio militar preparan a los demás. Agapito demuestra que Huarautambo, la hacienda de Montenegro, es como la Bastilla, y es la que primero deben tomar: es «el domicilio de los insomnios, el nido de las órdenes, el depósito de la desesperación». La rebelión cunde, se aúnan las voluntades. La necesidad de luchar derrota el miedo a morir. En vísperas de la batalla, todos deciden morir como hermanos y los malquistados se perdonan las ofensas y se reconcilian. La acción se organiza de modo ejemplar y culmina con la posesión de la hacienda Huarautambo.

Los vencidos latifundistas utilizan toda clase de tretas para motivar la compasión de los comuneros. Por primera vez el doctor Montenegro derrama una lágrima. Esto desencadena a las aguas soñolientas de los ríos. Los cauces secos son colmados, las cataratas difuntas cobran vida.

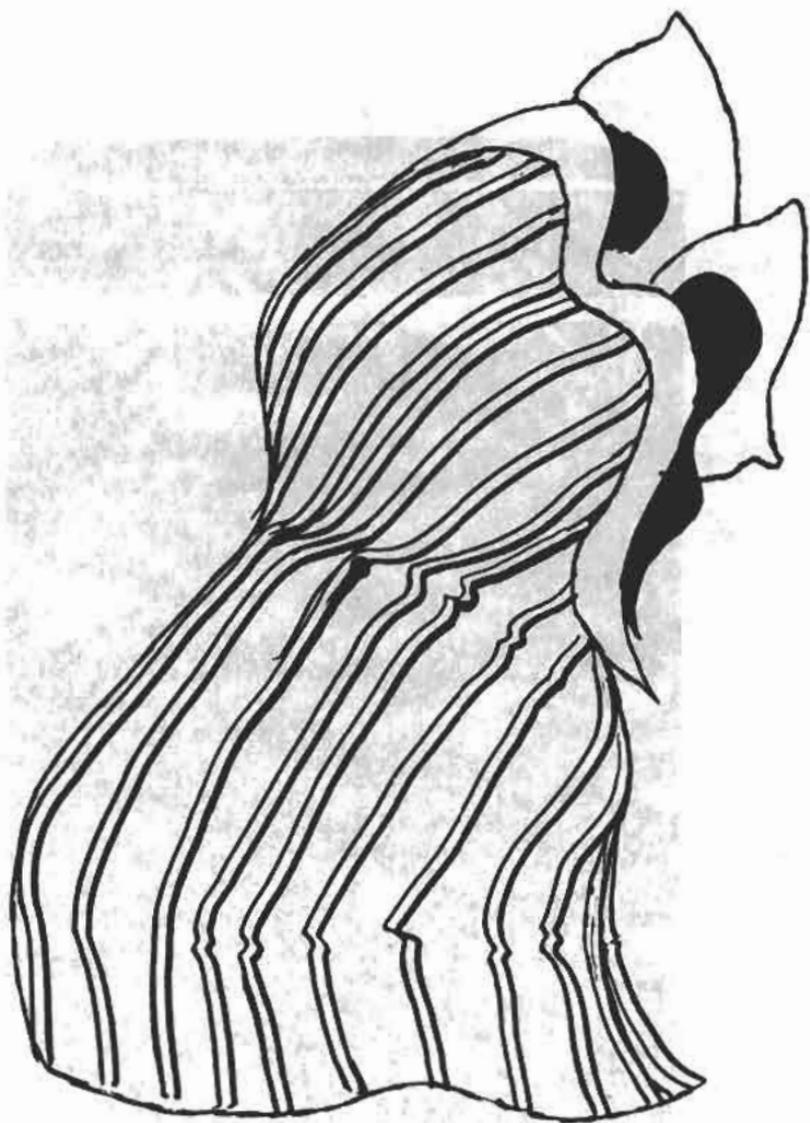
La alegría desaforada de los comuneros por su triunfo no tiene límites. Pero los vigías transmiten mensajes alarmantes: «tropa armada viene». Estos mensajes desencadenan la risa y el baile de Agapito. Su poncho se convierte en un torbellino de colores que enciende el fuego: «¡Toda la quebrada estaba ardiendo! ¡Un zigzag de colores avanzaba incendiando el mundo!»

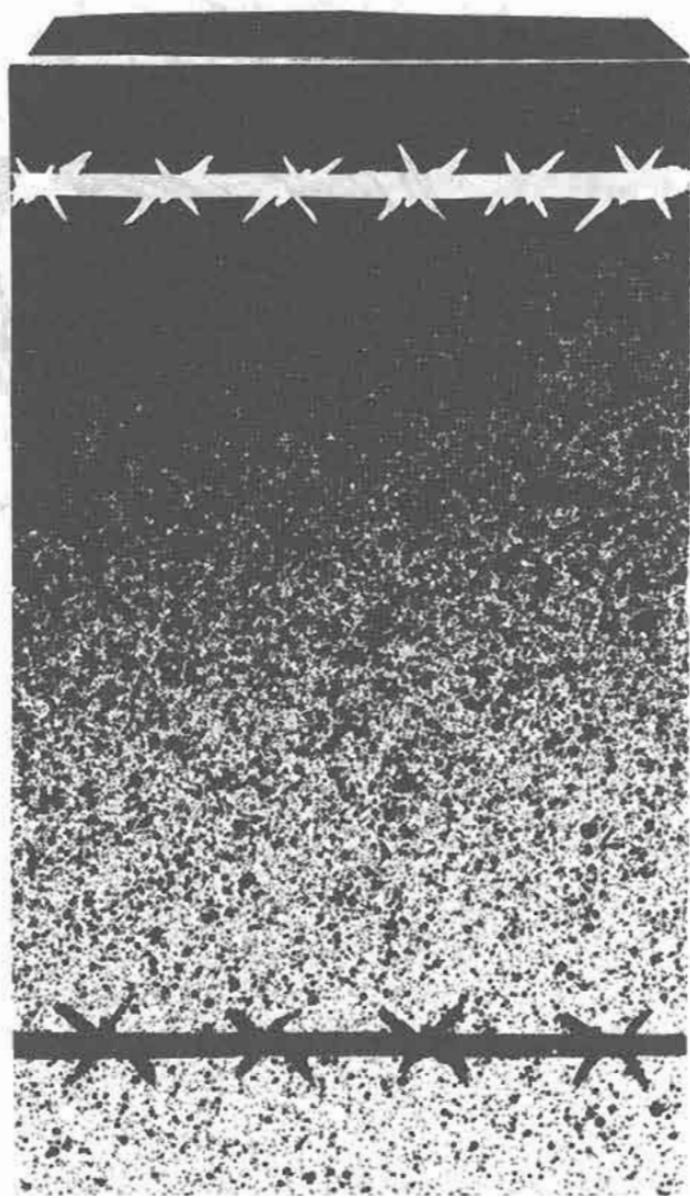
Este ciclo de cantares de Manuel Scorza, terminará con el anunciado *La tumba del relámpago*.

* * *

Dentro de estos cantares o baladas de Scorza en que lo fantástico y maravilloso se trenza con la realidad, también parece cosa de magia esa voz que emite un programa en quechua desde el Primer Territorio Libre de América. Los personeros de diversas comunidades sentados en torno de una radio a transistores, escuchan verdades como puños sobre su propia lucha. Esa voz se dirige a ellos y objetivamente va analizando la situación agraria de su patria, donde el cinco por ciento de los propietarios acaparan el noventa y cinco por ciento de las tierras cultivables. A las cifras implacablemente exactas se suman los testimonios de la explotación, los atropellos, escarnios y humillaciones. La voz venida de tan lejos que «se oye como si estuviera al lado», les da a conocer una visión más amplia de la lucha que libran sus demás hermanos en otros puntos del país. Pero no sólo se enteran en profundidad de la situación que están viviendo. También saben que en todos los continentes se combate contra el enemigo común. Ese programa radial, resultante de la solidaridad internacionalista, les corrobora lo que su propia experiencia acumulada a lo largo de generaciones les fue enseñando.

La obra de Scorza es la superior expresión artística de la epopeya de un pueblo determinado. Pero los mismos sufrimientos, luchas y experiencias se dan a través de todo el continente. Las dramáticas vivencias de los comuneros peruanos, narradas de modo magistral por Manuel Scorza, no sólo son acercamiento, sino también lección y ejemplo.





HUMBERTO DIAZ-CASANUEVA

El Cartero Pierde sus Pisadas

Homenaje a Guillermo Atías

Quebrado, triturado el corazón de Guillermo Atías como una pequeña cúpula roja, de sentido y de pensamiento creador, que de pronto se derrumbara sobre nosotros. Nuestras manos tiemblan, allí en esa húmeda callejuela de París para contener el chorro de sangre que nos moja, y que sigue, sigue, por debajo de la tierra y del mar, hasta llegar a Chile, fecundar ese suelo en primavera, tierna, furiosa, fabulosa. «Guillermo, despierta; tu corazón se enraiza tanto entre los hombres. ¿Puede la muerte ser la más implacable de las experiencias? La muerte es una luz de plata que te oscurece. Nada hay de lúgubre. Sólo es una pesadilla pasajera.» «¿Tú? ¿Divinizándote? No, no; tienes que contarnos tantas cosas, descubrirnos los signos de una realidad esquiva, la agonía de los sueños, el destino del hombre acosado.» Guillermo ya no habla, pero lo escucho. «Mi corazón ha sido sólo la mitad de una granada. Mira como saltan, saltan, los granos entre los niños. ¿Por qué llega la Policía? Ya no sé de mi identidad engañosa. Soy uno de tantos y apenas. Además, ¿yo, un exiliado? No. Voy entrando en el verdadero exilio, nado entre oscuros hielos, más allá del nacimiento y de la muerte, y me duele ver cómo se disuelve mi forma humana.» «Guillermo, te rodean jadeantes tus personajes grises, dudosos, frenéticos, nobles, valerosos, combatientes. Te presentiste. ¿Por

qué llamaste a tu último libro **La sangre en la calle?**» Me dice: «No es mi sangre, es la sangre de mis hermanos en una terrible y amarga mortalidad. Lo que estoy sintiendo no es una transfiguración; sólo lo que humaniza, transfigura. ¿Por qué me siento un minero chileno, rompiendo formas y sustancias? Un minero de carbones blancos?»

Sobre París cae una lluvia fría y tiritamos, se agrupa gente curiosa e incommovible, en la Universidad los estudiantes esperan y esperan al profesor chileno que ha de dictarles la primera clase. ¿Quién ha de transmitir el mensaje a María? No, yo no estoy en la **rue des Aca-cias**, sino en la calle Bandera. Corren hombres y mujeres portando estandartes y teas. Han pasado los años pero todo vive larvado. Lo que miro me parece fulgente y atronador. Allí viene Guillermo, pero no es Guillermo totalmente. Trato de explicarme, bañado de sudor. El Tiempo, el Espacio, el Verbo, la Altura de los seres y las cosas, incluso el Hombre en el extraño acto de ser vivo, parece que se cubriera de membranas. Sí, viene Guillermo, lo toco, pero no puedo asirlo. Nos miramos estupefactos; hemos dejado la transparencia de la verdad común. Guillermo tiene cierto balanceo de oso; le estorba una argolla de bronce al cuello. Un poco corpulento, con cierta energía contenida, consciente de ser corporal, pero sin ostentación, no quisiera ser notado,

está allí, pero exactamente no está allí, su mirada es de precavida inspección, aparentemente monótono, pero irradiando masculinidad, siempre regresando a su ensimismamiento, recogido como un fraile, y de pronto, hercúleo. Camina como resbalándose, como si tuviera que tirar de su cuerpo y su cuerpo se le deslizara más allá de él. Camina lentamente, pero tiene gran control de sus ritmos, sin que nada altere su paso firme, ni aspavientos ni hosquedades. Lo saludan y sonríe. Cuando su sonrisa es más tajante parecen que le brotara su cara de recién nacido. No hay duda que es urbano y que la ciudad le es intercambiable, a pesar de que lo he visto ufano junto al mar o en medio del campo. No hay duda que es metropolitano y me cuesta imaginarlo con manta de huaso. En su obra habla del campo, pero sin mayor convencimiento; apenas roza los pájaros y las sementeras. En cambio sabe de las callejuelas sordidas, de la basura, de los mendigos y también de los palacios. Me cuesta acompañarlo. Sería interesante comparar los pasos de los escritores chilenos: el aletargamiento procesional de Neruda, la longitud y gravitación de De Rokha, la nerviosidad de canario de Huidobro, la majestad estatuaría de Gabriela. Los pasos se pierden, queda la figura rígida y acostada, pero los pasos ¿no aluden a ciertas sacudidas sísmicas interiores?

Fuimos muy amigos. Nuestras discordancias, a veces hondas, fueron expresadas con liviandad y respeto. Hablaba como un recitador del Corán en el desierto, pausadamente, en adagio, y este palmo a palmo de su voz, impedía el loco hervor de las discusiones. Gran voz anchurosa que le salía de entrañas ancestrales, salmodiando, sin negarle a cada palabra su propia sonoridad conforme a su sentido. Rezongo extraño que calmaba al oyente y lo obligaba a hablar con unidad de sentido y sonido. Su voz era inseparable de su mano cálida y generosa. Coz manual, mano oral. Interpretar la voz es reducir la persona a cierto fundamento esencial. La

mudez de la muerte ¿no deja retumbar un trueno helado? Retraído, serio, honesto, jamás dogmatizante, siempre ecuánime, con una alegría serena, contenida; costaba hacerle brillar los ojos y más aún, incitarlo al grito. Todo en él denotaba pudor y nunca le sorprendí ambiciones de figuración o de fama. Su obra no es conocida en la medida que lo merece. Su revista «Plan» no le sirvió de plataforma, sino de ámbito para la expresión de todos aquellos unidos por un impulso de justicia y de renovación social. La última vez que lo vi en París fue junto a la cama de mi hijo, ya agotado por la lucha contra la muerte. Hijo mío, luchador tronchado en plena juventud y ardor, estremecido por un Incansable sacrificio. Guillermo me mintió piadosamente: «Estoy seguro de que se va a mejorar» y me llevó al Beaubourg y luego a tomar una botella de vino triste. ¡Salud! ¿Por qué el vino tiene color plomizo? ¿Y por qué hierve? ¿Y por qué los agujeros en los vasos? Hay gente que se aproxima como imantada. Le digo: «Mejor sería que nos fuéramos a otra parte.» Guillermo me contesta: «No puedo.» Me muestra sus pies hundidos en un espeso alquitrán. (Perdónenme; tal vez estoy escribiendo desde una fuente secreta y me sale cierta sombra onírica, pero no busco la ejemplificación de la verdad ni creo que lo inteligible equivale a lo objetivo y claro cuando uno está solo junto a la muerte de su amigo, su hermano. La iniciación de la muerte, el crepitar del fuego, la estatua de ceniza. Busco lo humano que perdura.) De súbito me encuentro hojeando su primer libro, **El tiempo banal** y pienso que Guillermo puede ser el «cartero», incorporado definitivamente a la literatura chilena como prototipo de una pequeña clase media, enclenque y gris. Pero el cartero, este hombre grande, exacto, pesado, matrimonial, es impelido a participar en una huelga y luego a dirigirla. Primeramente lo hace como un sonámbulo; luego entiende. Y la huelga lo exalta, lo saca de su rutina, descubre en sí poderes humanos dormidos. Tiempo ba-

nal, horas inútiles. En su libro, Guillermo escribe: «Pero hay una germinación oculta, más allá de la conciencia del hombre, de la representación de las cosas.» «Entonces, inesperados sucesos, cambios que nadie se explicaba, apoyados en hechos impalpables, creaban una súbita, nueva situación.» La mujer del cartero lo abandona en plena huelga. En una pieza de pensión barata, el cartero llora desconsoladamente. El tiene algo de grotesco, dentro de la dramaticidad de su persona. Es muy tarde en la noche, pero decide salir a caminar, entrar a los bares. Ha dejado su gorra de cartero y se ha puesto un sombrero viejo, arrugado, de alas muy cortas «y se lo echó a la cabeza sin saber cómo le quedaba». Sombrero, metáfora angustiada de una vida sobrada de ternura, ternura que de pronto equivale al ridículo. ¿Por qué Atías le otorga al cartero un poder de visualización propio de una imagen cinematográfica? El cartero se hunde en su humillación, pero hilvana ideas y llega a ciertas conclusiones. «Si luchamos es para salir de las tinieblas, para saber para qué vivimos. Yo no sé para qué vivo.» Creo que algunos analistas han dicho que **El tiempo banal** es una novela «existencialista» y que después Atías se va alejando del laberinto de la subjetividad, del individualismo, para aproximarse cada vez más al hombre sumido en una situación social y política que lo determina. Simplista pudiera parecer esta apreciación, pero si recorremos las posteriores novelas de este autor, vemos que destaca los acontecimientos colectivos e históricos dentro de los cuales los hombres actúan como dejándose arrastrar. Así, repercute en la obra entera de Atías, la historia de las luchas sociales de Chile en este siglo: la organización de los trabajadores, el naciismo criollo, la matanza del «Seguro Obrero», el Frente Popular, la represión de González Videla, las maniobras de la derecha y del imperialismo, la Unidad Popular. En su esfuerzo por penetrar en los acontecimientos, como sucede en su reciente libro, llega a sacrificar

la trama novelística para transmitirnos, en forma más pura, la crónica, vista con su máxima lucidez. No se trata de un escritor simplemente «comprometido» porque ejerce una crítica despiadada, tanto a las fuerzas reaccionarias como a aquellas progresistas que se inflaman con el espíritu sectario, y en forma compulsiva, terminan por facilitar el fracaso porque pierden el nivel de los fenómenos de una realidad social llena de complejidad. Este rigor de Atías no lo lleva al escepticismo sino a una verdadera moral práctica del hombre combatientes. Pero yo no quiero indagar ni valorizar. «¿Qué piensas Guillermo?» El me dice: «Corre tu silla, allí viene el cartero, tú sabes que le gusta la cerveza...»

Entonces me las quiero dar por enterado. Sí, el basamento de las estructuras sociales, pero a la vez, la conciencia oscura del hombre. Se puede, al mismo tiempo, enfocar los fenómenos sociales y explorar los motivos recónditos de la conducta humana. Al realismo naturalista, puede enfrentarse un realismo integral. Veo el sombrero del cartero que me recuerda, por su intensidad, las cosas humildes —una silla, un par de zapatos viejos— de Van Gogh. El relato de los sucesos, la alienación, la frustración, pueden facilitar el hambre de la conciencia de ser, el sentido de identidad, la búsqueda de una nueva realidad, de un nuevo hombre, de nuevos valores, para un mundo angustiado, cercado por la malignidad y deshumanización. (Leo un trozo de **La sangre en la calle.**) El cartero se entusiasma. Guillermo había ahondado su escritura llenándola de tensiones y enriqueciendo la narración con un lenguaje más firme y depurado. Surgen y chocan nuestras mutuas preocupaciones. «¿Cuál es la naturaleza del mundo «real», mejor dicho de la existencia?» «Bravo, dice Guillermo, te haremos una entrevista para "Plan"» Le digo: «Aquí están mis mitos y mis sueños; te toca extender las posibilidades de la comedia y jamás apartarte del acontecer histórico.» «Es extraño

—me dice— ya no tengo historia; estoy perdiendo el contacto con el Tiempo; nada avanza ni retrocede, sólo una extensión marchita.» Pero su lección perdura, su valiosa contribución a una época turbada, pero jamás exenta de futuro y esperanza. No sé lo que París le dio a Guillermo, fuera de sensibilizarlo aún más y crearle una mayor urgencia. Vivía muy apremiado. El destino quiso que desapareciera el mismo día en que una nueva y honrosa ocupación le daría un pequeño alivio. No nos hagamos ilusiones. Nuestro diálogo se torna ceniciento. No hay cartero ni Guillermo. Estoy solo y estoy angustiado. Pienso en los versos de Hölderlin que Guillermo me pedía le recitara:

«Pero, amigo, llegamos tarde.
Sin duda los dioses viven aún sobre
[nuestras cabezas, en lo alto
De otro mundo.
Y allí actúan sin cesar,
Sin preocuparse mucho de nuestra
suerte.
¡Tal cuidado ponen en evitarnos!»

Salgo a la calle. A lo lejos distingo al cartero; ha dejado su sombrero y se ha puesto su gorra, sombría a la vez que fulgurante. Allí transita en Santiago, golpeando en cada casa, le abren y entrega una carta. ¿Por qué temblamos al abrirla? ¿Por qué nos resistimos a descifrar la esperanza? No hay nada escrito, pero nos repercuten palabras fraternas. ¿Quién firma? ¡Guillermo!

JOSE MIGUEL VARAS

Los Toros de Moscú

Dicen que en el norte de Siberia, en la frígida Yakutia, el espectáculo típico, el que todo turista que se respete debe ver, son las carreras de renos. Algo así como las topeaduras o el rodeo, en los campos chilenos de otrora. Como los toros en España.

En Moscú, este invierno, he asistido a un espectáculo típico de Rusia, que se conserva vivo y lozano, pese al tiempo que transcurre y otros detalles.

Desde las 6 de la tarde, la estación «Sportivnaia» del Metro vomita sin cesar una masa humana oscura y densa, a la manera de una fábrica metalúrgica apurada por cumplir el plan del año. La multitud avanza sobre la nieve, por entre árboles que parecen de cristal, con paso resuelto, rumbo a la mole de cemento y cristal del Palacio de

los Deportes. Los moscovitas caminan de manera determinada y veloz, sin mirar a izquierda ni a derecha, **no nonsense.**

¿Espectáculo típico, Palacio de los Deportes... Hockey sobre hielo, patinaje artístico, circo de invierno?

¡Niet! Es algo más típico aún. ¿O debería decir exótico?

Doce mil personas repletan el estadio cubierto, salvo en el sector de tribunas que se encuentra detrás del enorme escenario, que está completamente vacío. Al fondo hay un telón liso, blanco, una estepa bajo la nieve. Al centro hay un micrófono en un pedestal, diminuto en comparación al marco. A su lado, una pequeña mesa sobre la cual se ven algunos libros. Mientras esperamos, se nos hielan los pies. Nuestro frío aumenta al percatarnos de que bajo nuestros

asientos está la pista congelada donde se disputa el torneo oficial de hockey sobre hielo, de la que sólo nos separa una alfombra de fieltro de color musgo.

A las siete y media en punto, sin previo aviso, un hombre esbelto —lo sabemos alto, pero desde la platea lo vemos pequeño en relación al escenario— entra de perfil a paso rápido. Es el paso moscovita, ritmo de gente ocupada, que no tiene tiempo que perder y que va directamente a sus ocupaciones o a sus compras. Viste un pantalón gris oscuro, un sweater negro, una camisa abierta a cuadros rojos y blancos.

El hombre se detiene ante el micrófono, mira seriamente a la masa humana que lo aguarda, espera hasta que se hace el silencio. Espera todavía hasta que se sienten ganas de gritar algo, y habla.

Es el poeta Evgueni Evtushenko iniciando el recital con que celebra treinta años de poesía. Desde este instante hasta más allá de las 11 de la noche, con un solo, breve entreacto, estos doce mil espectadores van a seguir con la más concentrada atención la recitación de unos treinta poemas. Espectáculo típico de Moscú. O de Rusia. Ciento por ciento poético (¿o teatral?) en el que no hay otro elemento visual que el poeta recitando, ni otro elemento auditivo que su voz. No hay música, no hay escenografía, no hay juegos de luces —sufriríamos todo el tiempo una iluminación blanca «a giorno», implacable—, no hay proyecciones de cine ni de diapositivas, no hay actores. Salvo, claro está, el Actor Evtushenko.

Palabras iniciales a media voz, escasas, titubeantes. Hace treinta años publicó por primera vez algunos de sus versos en el periódico «Sovietski Sport»: hay motivo para hacer este recital en un estadio. Pero no es un jubileo, porque sienten que todavía le queda cuerda para rato. Dice algo sobre la gran tradición ciudadana de los grandes poetas rusos del pasado, que decían sus versos en público y que participaban de todos los dolores y las inquietudes del pueblo. Ines-

peradamente, rinde homenaje a Luis Corvalán (que está presente en el estadio) y reitera su convicción ya expresada hace años en un poema, de que la lámpara minera de la libertad de Chile ha seguido y seguirá brillando en Chile, por oscuros socavones.

Después viene el gran espectáculo. Los toros de Moscú. El poeta diciendo su poesía. Siguiendo con todo el cuerpo ritmos quebrados, danzando, alzando los brazos repentinamente con energía, o lanzando de pronto un puño hacia adelante como un púgil, desafiando, implorando, burlándose, clamando, sucesivamente trágico, iracundo, melancólico, tierno, agresivo, crítico, cómico, irónico; y todo ello, con diversas voces, con múltiples expresiones, con ojos azules infantiles muy abiertos o con ceño fruncido, con multiplicidad de matices, y con un estado físico y una energía fantásticos.

Evtushenko nos lleva a su Siberia natal, nos hace compartir las emociones del nacimiento de su hijo menor en una maternidad de Londres, nos cuenta su encuentro cargado de presentimientos sombríos con un caballero de anteojos llamado Salvador Allende, nos habla de los problemas de abastecimiento de las nuevas ciudades siberianas, de la fosa colmada de los judíos fusilados por los nazis en Babí Yar, de Pablo Neruda en Valparaíso, nos invita a visitar su propia tumba, aunque nos advierte que él no estará adentro. Hay cierta ironía amarga en su descripción del tren nocturno a Ivanovo, que pasa de lo banal y cotidiano a una profunda meditación sobre el destino del ser humano y hay una seriedad mortal en su advertencia sobre el peligro de los nuevos 500 cohetes atómicos norteamericanos emplazados en Europa occidental que apuntan a los niños de la Unión Soviética. El poema «Lágrimas Italianas» hace correr lágrimas rusas. Se trata de Vanía, el soldado soviético prisionero que se une en Italia a los batallones guerrilleros y que es recordado como un héroe. En Monterotondo, lo recuerdan y preguntan: «¿Cómo esta Vanía?»

El poeta responde: «¿Vania? Está muy bien». Pero calla que a su regreso, al término de la guerra, tropezó en su patria (son los tiempos negros del «culto») con la torva sospecha policial, fue sometido a largos interrogatorios, se le miró como un agente enemigo. Hoy Vania trabaja en la central eléctrica de Bratsk, frontera del futuro. «Vania está bien... Lo recordará Rusia y lo recordará Italia».

Después nos habla de ese tema tan prosaico, que ha motivado y motiva tanta crítica: las colas. La insuficiencia de artículos esenciales o no. «He nacido en un país donde siempre faltaba algo...» Y, sin embargo, «no nos faltó un trapo rojo para izarlo sobre el Reichstag», a la caída de Berlín y si bien «pueden faltarnos naranjas / no nos falta una camisa para el amigo». El poema finaliza con un canto de amor al paisaje, a la tradición, al aire, a la vida de este país, «que si alguna vez llegara a estar saciado y ávido / ya no sería mi país. / Yo amo este país donde siempre falta algo.»

El espectáculo no consiste sólo en el poeta. Después de cada poema, entre cataratas de aplausos, hay gente que corre hacia el escenario. Generalmente mujeres, generalmente jóvenes, que corren con los cabellos y los senos sueltos a entregarle flores. Casi todas le dan además un sobre, un pedacito de papel doblado y redoblado. Un niño

le lleva una gran cartulina enrollada. ¿Tal vez un dibujo? Evtushenko lo desenrolla, lo contempla unos segundos, vuelve a enrollarlo y no dice nada. Más flores. Se escuchan aplausos para una viejecita muy encorvada, que camina apenas apoyada en un bastón y que deja en manos del poeta unos pocos claveles. Ritual del poeta y del público, que hace pensar, no sé, en Gardel, en el doctor Castillo en sus buenos tiempos, en Jorge Negrete, Pedro Vargas. O en Pablo Neruda.

Chile está muy presente. En los poemas dedicados a Neruda, a Allende, en varios de los breves discursos de Evtushenko. El poeta cedió íntegro al Fondo de Solidaridad con Chile, el valor de las entradas pagadas por doce mil personas para este recital de sus treinta años de poesía.

No son muchos los países del mundo donde la poesía puede llenar estadios. Uno de ellos es la Unión Soviética. Otro es, o fue, Chile, por lo menos cuando el poeta se llamaba Neruda. Ya se sabe que Pinochet prefiere dedicar los estadios a otros fines.

Espectáculo típico ruso (o soviético), que nos ha hecho sentir una viva añoranza del futuro. Tal vez haremos que la poesía vuelva a llenar estadios en Chile. Podremos decir entonces que este espectáculo típicamente ruso es también típicamente chileno.



LUIS ALBERTO MANSILLA

Notas en Blanco y en Negro

¿DONDE ESTAN?

En apretados siete volúmenes que suman más de 1.500 páginas, la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago ha dado cuenta de la ficha de 500 chilenos que figuran en sus listas de detenidos-desaparecidos. Nombre por nombre, casi todos con la respectiva fotografía, con los datos exactos de su edad, actividades, trayectoria profesional y política, circunstancias detalladas de cómo y cuándo fueron detenidos, sus noticias desde entonces, las gestiones judiciales que se han emprendido para establecer inútilmente su paradero.

Cada uno de los tomos ostenta un título que atraviesa en las portadas unas fotografías y una pregunta: ¿Dónde están? Es una interrogación dramática, indicativa del objetivo de estos volúmenes, cuya lectura es dolorosa y apasionante. Todos ellos constituyen actas indiscutibles de acusación al régimen de Pinochet con el nombre, el rostro y el itinerario de sus víctimas. El coraje, el anhelo de justicia, el verdadero amor al prójimo, el respeto a la vida, las pruebas que no admiten dudas y la exigencia de la verdad, se expresan en estos libros, que han leído ya millares de personas.

Los siete tomos están precedidos de una presentación escrita por obispos chilenos, sin retórica de ninguna clase, como una crónica de

hechos que no pueden ser olvidados o callados. En el prólogo del tomo cuarto, el arzobispo de Concepción, Monseñor Manuel Sánchez, dice: «El hecho de que estos desaparecimientos hayan ocurrido en distintos lugares de nuestro territorio constituye un elemento más para considerar que este gravísimo problema tiene una dimensión nacional que gravita sobre la responsabilidad y la conciencia de todos los chilenos que tienen el derecho, igual que los familiares de los detenidos desaparecidos, a conocer la verdad. Mientras ello no ocurra y mientras no se haga justicia no podrá existir una verdadera pacificación en nuestra patria.»

Todos los datos publicados están en poder de la justicia. Las fichas de los desaparecidos les fueron entregadas oportunamente a los respectivos tribunales, incluso con una carta del Cardenal Silva Henríquez en la que solicitaba a nombre de la iglesia que cada caso fuera investigado. Ninguna de las formalidades jurídicas ha sido omitida. Se han presentado centenares de recursos de amparo y han sido acogidos no más de cinco. Las investigaciones han sido rutinarias y terminaron por naufragar en el papeleo de la burocracia judicial. Los desaparecidos les penan a los jueces y a los ministros de la Corte de Apelaciones y de la Corte Suprema, aunque éstos quieren desentenderse de ellos, hacer como si no

existieran. Cuando un periodista europeo le preguntó a Israel Bórquez, Presidente de la Corte Suprema, sobre el tema éste respondió: «los desaparecidos ya me tienen curcuncho».

La batalla por saber de ellos que sostienen con tenacidad indoblegable sus parientes y la Vicaría de la Solidaridad, tropieza con murallas de piedra, oídos sordos, puertas cerradas. El régimen de Pinochet querría que el asunto se olvidase, se hiciese con él borrón y cuenta nueva. El Obispo auxiliar de Santiago, Monseñor Jorge Hourton, se hace cargo de esta realidad y responde: «¡Borrón y cuenta nueva! Borrón sí y harto más que borrón en la historia nacional: es una herida abierta en el flanco de Chile. Un sobresalto de la conciencia cristiana horrorizada. Vanos han sido los esfuerzos por cauterizar esta herida con el constante recurso de la palabra "presuntos" que ha danzado mórbidamente en torno a la otra palabra "desaparecidos", apareciendo y desapareciendo en las explicaciones oficiales y oficiosas como guiñando un ojo voluptuoso de "inteligencia" o de devaneo casquivano. Una y otra vez se han mostrado a la conciencia nacional las pruebas irredargüibles de la detención por los servicios de seguridad o la policía política, la ineficacia de los recursos de amparo presentados ante la justicia y el silencio pesado y tenebroso que ha seguido oprimiendo las esperanzas de los familiares. ¡Qué puertas no se han golpeado! ¡Qué riesgos no se han enfrentado! ¡Qué sacrificios no se han hecho! ¡Qué clamores, qué sufrimientos, qué paciencias, qué gestos les quedan todavía por hacer para que se restañe y cierre la herida abierta en el flanco de Chile?»

Obligado por las huelgas de hambre en Chile y en 23 países del mundo y por los requerimientos sobre los desaparecidos de la conciencia internacional en junio de 1978 el Ministro del Interior de la dictadura, Sergio Fernández, expresó en una declaración pública que estaba dispuesto a ordenar una investigación si se presentaban nom-

bres y casos concretos. La Vicaría entregó de inmediato 500 nombres con todos los antecedentes que ahora se publican en estos libros. Desde entonces Fernández no ha vuelto a decir media palabra. El gobierno, coludido con la justicia, espera que el paso del tiempo erosione las denuncias, que la iglesia, los familiares, las organizaciones sindicales y humanitarias, las Naciones Unidas terminen por agotarse y olvidar el asunto. La acción de la iglesia católica de Chile y la de los familiares está dirigida también, entonces, contra el olvido.

En el prólogo al tomo 5 el Vicario Episcopal de la zona sur, Gustavo Ferraris, señala: «Los desaparecidos son protagonistas de un capítulo horroroso que pulveriza no sólo la vida terrenal de un ser humano sino su nombre, su reputación, su recuerdo y hasta el hecho de haber existido (porque se llegó hasta afirmar que por el posible juego de la doble identidad los desaparecidos eran personajes ficticios agregando así al dolor la burla para los estremecidos familiares sobrevivientes y para todos los que mirábamos horrorizados el sucederse de los hechos».

Con la publicación de estos siete tomos, la Vicaría de la Solidaridad ha entregado no sólo los documentos indispensables para la búsqueda de estos centenares de chilenos, sino la prueba irrefutable de uno de los peores horrores perpetrados por la dictadura. Pero estos libros van más allá de la simple denuncia; son testimonios históricos que hablan de un afán sin desmayos por sostener la justicia, la verdad, la libertad y la vida.

AUTORRETRATO DE PINOCHET

El general Pinochet dice que mucha gente le preguntaba sobre los entretelones del Golpe de septiembre de 1973, y le pedían que fuera él —su principal protagonista— quien narrara los hechos tal como fueron. Por eso decidió escribir en sus ratos libres una obra que no ocultara su ambición de ser considerada como un «documento para la his-

toría». El general declara que siempre ha vivido en los cuarteles y que no tiene dotes de escritor, cuestión innecesaria de advertir, puesto que el lector lo advierte sin esfuerzo casi de inmediato. Por eso, para compensar sus carencias, recurrió a la ayuda de un secretario-redactor (**ghost-writer** lo llaman en Estados Unidos, **nègre** en Francia; en Chile, para hablar con la macabra nomenclatura a la moda, habría que aludir quizás a un «**escritor-desaparecido**»), y con él organizó estas memorias, recuento de algunos de los hechos más sinlestros de que ha sido protagonista.

El libro se llama **El día decisivo: 11 de septiembre de 1973**. En 279 páginas, con catorce anexos, diversas fotografías, Pinochet trata con prolijos detalles su autorretrato. Cuenta cómo engañó a su jefe inmediato, el general Prats, y al Presidente Allende. Se jacta de ello sin la menor sombra de rubor. Relata cómo desde junio de 1972 se dedicó a preparar el golpe. Entonces fue designado jefe del Estado Mayor del Ejército, y junto con recibir el esperado nombramiento despachó de inmediato instrucciones sobre un Plan Secreto que estaba destinado a derribar por la fuerza al gobierno legítimo de Chile. El Plan dividía Santiago en diversos sectores, cada uno de los cuales estaba a cargo de una unidad militar. Había oficiales que tenían escrúpulos, que vacilaban; que habían tomado —parece— demasiado en serio su papel de no-deliberantes; en una palabra, no eran de confiar. A todos ellos, el jefe del Estado Mayor los sometió a vigilancia, se propuso neutralizarlos o dejarlos directamente fuera del juego y de la carrera militar en la primera oportunidad que se presentara. Para ello alentó intrigas, inventó misiones aparentemente honrosas, sembró dudas sobre su capacidad profesional.

El odio contra el gobierno de la Unidad Popular le quitó el sueño desde el momento mismo en que Allende fue elegido presidente. Ese mismo día —cuenta— le dijo a un senador derechista que el Ejército estaba dispuesto a apoyar una

decisión que favoreciera al derrotado candidato Jorge Alessandri, y aconsejó que el triunfo de Allende fuera desbaratado con maniobras parlamentarias. Con desesperación comprobó que sus consejos no eran atendidos, que hasta sus compañeros de armas más inmediatos no estaban por embarcarse en una aventura; que el general Schneider, aún sin sentir simpatías por Allende, se inclinaba decididamente por una salida constitucionalista.

Empezó entonces a jugar el juego de las intrigas de **Macbeth**. Apareció como el más fiel subalterno del general Prats, siempre dispuesto al halago y a cumplir sus órdenes. Al propio presidente Allende le hizo protestas extremas de su fidelidad. Miraba pasar bajo las ventanas de su despacho los grandes desfiles de la Unidad Popular, las banderas de los sindicatos, de los «partidos marxistas»; oía los gritos, los cantos. Su odio a todo eso se enmascaraba con una ancha y modesta sonrisa de obsecuencia cuando recibía a algunas autoridades de gobierno, o cuando Prats lo llamaba para encomendarle alguna misión. Al mismo tiempo, su otro yo, el verdadero, se dedicaba a conspirar. Hasta ese momento el golpe era una «utopía», pero se iba abriendo paso a paso. Hasta que llegó la fecha en que fue designado jefe del Estado Mayor y tuvo entonces amplias posibilidades para movilizarse, dar órdenes, poner realmente en marcha su «Plan Secreto».

Cuenta que un día creyó que había sido descubierto. En plenos trajes golpistas fue llamado a la Moneda para que explicara cuáles eran sus actividades militares en ese momento. Creyó que había llegado a su fin, que había sido «traicionado». Pero allí estaban sus mentiras y sus bien probadas dotes histriónicas para salvarlo. Le dijo al Presidente que estaba preparando «un juego de guerra», unas simples maniobras militares a las que el mandatario sería posteriormente invitado. Allende era incapaz de imaginarse cuánta deshonestedad y perfidia ocultaba el general, y creyó en su palabra. Pino-

chet ahora la historia casi alegremente, convencido de que su felonía es una verdadera hazaña. Con razón el general Prats lo calificó en sus memorias de «traidor agazapado».

Todo el libro está lleno de este tipo de jactancias.

Pinochet relata en otra parte, que él fue, en 1948, jefe del primer campo de concentración que hubo en Chile, el campo de Pisagua, levantado por González Videla. Cuenta que cumplió esas funciones con satisfacción y firmeza; y agrega que allí conoció directamente a los comunistas. Cuando una delegación parlamentaria, presidida por el entonces senador Salvador Allende, quiso visitar a los prisioneros, Pinochet se negó, calificó la petición de «desacato insoportable» a su autoridad, y llegó incluso hasta la amenaza, diciendo que «si cumplían con su visita ordenaría disparar».

Como se sabe, Pinochet representó su comedia hasta el acto final. Los hechos que cuenta son una confesión en toda la línea. Un día antes del golpe, le aseguró al ministro de Defensa, Orlando Letelier, «su más completa fidelidad». Agrega, sin miedo al cinismo: «El encubrimiento hasta ese momento resultaba perfecto». Al día siguiente se desataba —bajo su mando— la más sangrienta y peor agresión que haya sufrido el pueblo chileno en toda su historia. Pinochet se regocija contando su diablura: el Presidente Allende lo llamó esa mañana por teléfono a innumerables sitios; en ninguno de ellos estaba, porque el general preparaba en ese instante el incendio y bombardeo de La Moneda, el asesinato de miles de chilenos, la muerte del propio mandatario.

La lectura de *El día decisivo* es, a fin de cuentas, útil. Pinochet se desprende de una de sus numerosas máscaras y muestra rasgos de su rostro verdadero, el mismo que lo ha convertido en sinónimo de traición, felonía y crimen.

Es el rostro que le ha visto el mundo entero y del cual no podrá zafarse, por más que lo intente. Y es lo que le ha valido el desprecio universal.

«REENCUENTRO DE LA UNIVERSIDAD CON SU PUREZA»

Un centenar de profesores y de empleados administrativos calificados de las Universidades de Chile, Técnica del Estado, Católica y Universidad de Concepción, fueron expulsados de sus cargos antes de iniciarse el año académico 1980. La mayoría de ellos trabajaba allí desde hace más de veinte años; son académicos de prestigio, difícilmente reemplazables algunos. La degollina afectó especialmente a la sede Oriente de la Universidad de Chile, a la Universidad Técnica, donde fueron destituidos cuarenta y un docentes, al Liceo Manuel de Salas, dependiente de la Universidad de Chile, donde fueron despedidos veintidós profesores.

Aunque la única explicación de estas medidas fue: «razones de adecuación presupuestaria», el verdadero motivo quedó al descubierto al ser expulsado de su cargo Manuel Sanhueza, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Concepción, ex-ministro de Justicia, miembro de la Academia Internacional de Derecho con sede en La Haya, y presidente del llamado «Grupo de los 24», que elabora un proyecto constitucional como réplica al denominado «proyecto Ortúzar». El nuevo rector de la Universidad de Concepción, Guillermo Clericus, explicó que la exoneración de Sanhueza se debía simplemente a «motivos políticos». Tres días antes, Pinochet había atacado a «Los 24», llamándolos «encubridores del marxismo».

Se trata de una nueva etapa en la ya dilatada cacería de brujas que han vivido las universidades chilenas en diversos periodos, con posterioridad al golpe militar. Los despedidos son profesores y funcionarios de diversas tendencias ideológicas, pero, sin excepción, partidarios del diálogo, de formas mínimas de convivencia en la actividad académica. De cada uno de ellos hay una minuciosa «hoja de servicio», en la que se consignan, fuera de los datos propiamente universitarios, Informaciones sobre sus po-

siciones políticas, sus opiniones sobre el gobierno, todo esto basado en las expresiones que el profesor pueda haber tenido alguna vez en clase, las conversaciones con alumnos o colegas, etc. En suma, verdaderas fichas policiales, cuya existencia les conta a todos los despedidos, como les consta el papel que han jugado en su elaboración, los numerosos soplones que, con diversas fachadas, actúan en la universidad: directores de departamentos, inspectores, alumnos, funcionarios menores, etc.

No son pocos los signos que prueban la falacia de la explicación de que los despidos se han producido por razones de presupuesto y no por motivos político-policiales. Se encargó de decirlo sin ambages, como ya hemos señalado, el nuevo rector Clericus, pero hay que agregar que es **su propio nombramiento** como rector uno de los signos más elocuentes del carácter de la «política universitaria» que el gobierno se propone seguir este año.

Clericus, como ha informado la prensa, es un ex-mayor de ejército que tiene fama de «hombre duro». Así es, en efecto. Porque lo que la prensa no ha podido contar es que Clericus fue, antes del golpe, profesor en la Sede de Concepción de la Universidad Técnica del Estado. En ella fue elegido por la derecha miembro del Consejo Superior de la UTE. En este organismo no se le vio jamás pedir la palabra para nada: ni para discutir con «los marxistas», ni para proponer ningún tipo de iniciativa. Es-

cuchaba, simplemente. Hasta que llegó el golpe y Clericus no sólo sacó la voz sino sus credenciales de agente del Servicio de Inteligencia Militar. En ese carácter dirigió personalmente pesquisas policiales, como la que significó, por ejemplo, la prisión del antiguo Secretario General de la Universidad, Ricardo Núñez, y autoridades docentes y administrativas como Felipe Richardson, Luis Isamit y otros. Instalado el nuevo régimen universitario, Clericus hizo lo imposible por mantenerse en la primera fila de la dirección de la UTE. Querellas oscuras, intrigas y celos entre militares retirados y en servicio activo, hicieron fracasar sus ambiciones, y el agente del SIM tuvo que volverse a su provincia. Allí fue, en 1976, prorector por un brevísimo período, de la Universidad de Concepción. Hoy entra a ella a la primera magistratura, y este ex-mayor, ex-policía y ex-soplón, declara a la prensa —es inútil mostrarse incrédulo; la frase es textual— que su administración tendrá una divisa: el «**reencuentro de la universidad con su pureza**».

Pero no en vano han pasado muchas cosas estos años. Porque a diferencia de los despidos masivos que se produjeron en las universidades, primero en los meses de marzo-abril de 1974, y luego en 1976, los despidos de ahora, aún si han podido ser consumados, han dado origen a innumerables protestas, todas ellas hechas públicas. No le será fácil a Pinochet consolidar la «universidad depurada y renovada» con que sueña.



Varia Intención

COLOQUIO SOBRE EL INDIGENISMO

Un siglo cumplirán, dentro de pocos años, los propósitos enunciados por Manuel González Prada, propósitos que aún en la actualidad pueden servir como punto de partida para una reflexión sobre el indigenismo: «No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Océano y los Andes. La verdadera nación está formada por los millones de indios que habitan diseminados en la vertiente oriental de la cordillera». Y si durante la misma época Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner plantean también en sus producciones literarias el problema indígena, es innegable que el movimiento indigenista cobra nuevos bríos, se renueva y se precisa gracias a la labor de José Carlos Mariátegui y la publicación de la revista *Amauta* en 1926. Ni la reflexión teórica ni los intentos por mejorar las condiciones de vida de las poblaciones autóctonas han impedido que, hasta la fecha, se pueda decir que el problema está solucionado. Baste señalar que en la actualidad, varias decenas de millones de indígenas siguen viviendo en situación precaria, una población que, diseminada y oprimida por los regímenes autoritarios ha sabido, no sin dificultad, guardar su iden-

tidad cultural, su lengua y sus costumbres.

Medio centenar de investigadores y críticos de distintas latitudes se dieron cita en Grenoble (Francia), los primeros días de diciembre del año pasado, en un Coloquio sobre el Indigenismo Andino. Este complejo problema fue abordado desde distintas perspectivas, con diferente intencionalidad e intensidad. Puede señalarse en todo caso que los participantes dedicaron una mayor atención al examen del aspecto literario del indigenismo: se realizó un novedoso enfoque de una de las obras clásicas del tema —*Raza de Bronce*, de Alcides Arguedas— (Pedro Lastra) y de la conciencia de la historia en la novela indigenista (Antonio Cornejo Polar); también se realizaron aproximaciones a los personajes de la obra de Ciro Alegría (Tomás Escjadillo), mientras que otros trabajos se situaron en una óptica marginal: la literatura peruana de la negritud (Estuardo Núñez), la imagen de la hacienda en la literatura indigenista (G. Siebemman). Tampoco faltaron los comentarios sobre obras poco conocidas: el antiindigenismo de Gonzalo Zaldumbide (Bernard Lavallé), la novela *Sal* del ecuatoriano Gonzalo H. Matto (R. Richard). Los problemas lingüísticos, políticos e ideológicos fueron abordados a través de las comunicaciones sobre la oficialización del quechua (Alberto Escobar),

un enfoque sociolingüístico sobre el futuro del indigenismo (Donald Solá), las concepciones de González Prada (Bruno Podestá), la temática indigenista en la revista **Amauta** (Antonio Melis) y sobre el postulado del indigenismo como regionalismo (R. Gutiérrez Girardot). Tampoco fueron olvidados los problemas económicos y geográficos (en especial a través de las colaboraciones de J. P. Lavaud y H. Favre).

PRESENCIA Y LAURELES EN PARÍS

En un período de breves semanas se han producido en París varios acontecimientos que muestran la vitalidad de la cultura chilena; su vigencia, en dominios tan variados como la literatura, el cine, la música y la pintura, y el eco e interés que tiene en un continente que se resiste a perder su condición de centro de decisión cultural.

Enumerados en orden de sucesión cronológica, los hechos son los siguientes: En primer lugar, la publicación por la editorial Gallimard de la novela **Sofíe que la nieve ardía**, de Antonio Skarmeta, que aparece con el sugestivo título **Beaux enfants, vous perdez la plus belle rose**. Publicada inicialmente en España en 1975, la novela exhibe, cinco años después, un itinerario que no puede decirse que sea frecuente para una obra literaria chilena: antes de esta edición francesa que aparece ahora, se han publicado, sucesivamente, ediciones en italiano, alemán (una edición en la RDA y otra en la RFA), danés, holandés, ruso, búlgaro; y está en preparación la edición checa. Skarmeta, colaborador habitual de nuestra revista, vive en Berlín Occidental.

El segundo hecho afecta a Raúl Ruiz, cuya película **Diálogo de perros**, recibió el César de la Academia de Artes y ciencias cinematográficas de Francia, a la mejor película de ficción en corto metraje del año 1979. Ruiz, que vive en el exilio en París, ha desarrollado estos años una intensa faena fílmica,

con **Diálogo de exiliados**, **La vocación suspendida**, **La hipótesis del cuadro robado**, y otras obras. De su labor, así como de lo que, también en el exilio, han realizado otros cineastas chilenos como Miguel Littin, Patricio Guzmán y Helvio Soto, se ocupará **Araucaria** en uno de sus próximos números.

En seguida, el conjunto Quillapayún, que tuvo que quedarse en el exilio porque el golpe del 73 lo sorprendió en Europa, apareció a fines de febrero en el programa «Le grand échiquier» de la Televisión Francesa, que es el programa de mayor categoría artística que se transmite en ese país. De frecuencia mensual y tres horas y media de duración, en él desfilan siempre una veintena de artistas, cuya presentación se organiza en torno a un hilo conductor: la presencia de un invitado principal, que actúa, dialoga con el director del programa, introduce muchos de los números, etc. Algunos nombres que han jugado este papel en el último tiempo: Yves Montand, Jean Louis Barrault, Herbert von Karayan. Esta vez fueron los Quillapayún, que culminan así seis años de éxito sostenido en Francia y otros países, y cuya presencia rubrica una cierta perennidad en el interés por lo mejor de la cultura chilena. El programa se presentó con una escenografía diseñada por Roberto Matta, y en él aparecieron, entre otros, el pianista Roberto Bravo, el escritor Julio Cortázar, Juliette Greco, Caen él actuaron, entre otros, los therine Ribeyro, Catherine Sauvage, etcétera. Hubo una nota emotiva inesperada con la exhibición de un corto cinematográfico que mostraba por primera vez en la Televisión francesa parte de un recital de Víctor Jara.

Finalmente, dos hechos subrayaron la presencia en Francia —más o menos constante estos seis años últimos— de la plástica chilena. El primero de ellos es una feliz tentativa de creación interdisciplinaria: pintores y poetas, que se presentaron en Bobigny (Seine Saint-Denis) en una exposición en que los primeros mostraron un conjunto de cuadros inspirados en com-

posiciones de los segundos. Así, Irene Domínguez ilustró a Efraín Barquero, Gracia Barrios a Omar Lara, José Balmes a Gonzalo Rojas, José María Martínez a Gonzalo Millán, Raúl Schneider a Waldo Rojas, Carlos Solano a Eric Polhammer, Raúl Sotelo a Manuel Silvecedo, Concepción Balmes a José María Memet, Mario Murúa a Gustavo Mujica (hijo) y Guillermo Núñez a un poeta anónimo de la resistencia.

Poco antes de clausurarse esta exposición, se abrió otra, en la que los pintores Gracia Barrios y José Balmes mostraron su producción más reciente, dentro del marco mayor de la plástica latinoamericana. En **Le Balcon des Arts**, galería situada frente al Centro Pompidou, exhibieron también, en efecto, Luis Caballero (colombiano), José Gamarra (uruguayo), Alejandro Marcos (argentino), Gontrán G. Netto (brasileño) y Luis Felipe Noé (argentino). Es decir, algunos de los nombres claves de la pintura latinoamericana de hoy.

LIBROS DE PRO Y DE LOS OTROS

Alicia Vega y un grupo de cineastas jóvenes integrado por Ignacio Agüero, Carlos Besa, Gerardo Cáceres, Cristián Lorca y Roberto Roth, realizaron una investigación sobre el cine chileno auspiciada por el CENECA (Centro de Investigación y Expresión Cultural y Artística). De allí nació el libro **Revisión del cine chileno** que, según juicio generalizado, es uno de los enfoques más serios y profundos de la historia cinematográfica nacional. Comentándolo, un diario agrega: «Los investigadores lamentan no haber podido revisar todas las películas chilenas realizadas hasta el momento...» por estarles negado el acceso a la producción fílmica del exilio, muy extensa e importante. Más aún —agregamos

nosotros— por los miles de metros que fueron secuestrados de las bodegas de Chile-Films y quemados, después del golpe militar.

El libro, publicado por Ediciones Aconcagua, ha tenido además una buena acogida de público.

Menos suerte han tenido otros autores, como Alfonso Vásquez, miembro de la Unión de Escritores Jóvenes, autor del libro de poemas **Persona a Persona**, que fue editado por Ediciones Nueva Universidad pero nunca pudo salir a la venta. Las autoridades de la Universidad Católica, propietaria del centro editor mencionado, juzgaron que la obra atentaba contra el espíritu de la institución y prohibieron su circulación.

Una suerte similar tuvo Jaime Hagel con su libro de cuentos **En los más espesos bosques**, editado también por Nueva Universidad. Aunque había pasado todas las barreras y estaba por lo tanto impreso y listo para circular, la obra cayó casualmente en manos del rector de la Universidad Católica, el marino Swett. Según relata la revista **Hoy**, al vicealmirante no le gustaron los cuentos por ser muy «escabrosos y crudos». Prohibida entonces su circulación.

UN ACCIDENTE DE JULIO CORTÁZAR

El novelista argentino acaba de sufrir un accidente en una supercarretera italiana. En efecto, los espectadores latinoamericanos y europeos tuvieron la sorpresa de comprobar que la película de Luigi Comencini, **El gran embotellamiento**, coincidía con la idea, el tema y situaciones con el conocido cuento «Autopista del Sur», del volumen **Todos los fuegos, el fuego**, que data ya de una veintena de años. La sorpresa fue ingrata cuando los admiradores de nuestro colaborador no encontraron en los créditos ni el nombre ni la más mínima alusión al autor de **Rayuela**. Parece extraño, porque Cortázar es bien conocido en Italia, donde

sus obras han sido publicadas por Einaudi, y más extraño aún porque todos recuerdan que otro cuento de Cortázar fue llevado a la pantalla por un realizador italiano, Antonioni, con el título de **Blow-Up**, y que esa vez el nombre del escritor no quedó abandonado en las carreteras.

ENCUENTRO CULTURAL EN CALIFORNIA

En la semana del 4 al 10 de febrero de este año se realizó en la ciudad de Los Angeles, Estados Unidos, un Congreso sobre literatura chilena en el exilio, que se transformó, en los hechos, en una Semana de la Cultura Chilena, ya que incluyó otras manifestaciones culturales de similar importancia y valor: una exposición sobre plástica chilena, una Peña folklórica, una sesión de cine documental, la presentación de la conocida Compañía de los Cuatro, y un programa dedicado a la música chilena, que comprendió una conferencia sobre música chilena contemporánea del destacado compositor y director de la Escuela de Música de la Universidad de Indiana, Juan Orrego Salas.

Este encuentro cultural, convocado con ocasión del tercer aniversario de la revista **Literatura chilena en el exilio**, fue patrocinado por la California State University y varios centros ligados a esa universidad.

El symposium, en la parte propiamente literaria, tuvo seis paneles, dedicados al ensayo, la poesía, la narrativa, el teatro, la literatura-testimonio y la Nueva Canción chilena. Los trabajos presentados fueron:

1. **Ensayo.** Guillermo Araya, «Destierro y autodesmierro en la literatura hispanoamericana»; Armando Cassigoli, «Claves para un reconocimiento de Chile»; Víctor M. Valenzuela, «Dos novelas del golpe militar en Chile: **El paso de los gansos**, de Fernando Alegría, y

Sweet Country, de Caroline Richards».

2. **Poesía.** Marcelo Coddou, «La poesía chilena en el exilio»; Jaime Concha, «**La ciudad**, de Gonzalo Millán: exilio y conciencia»; Naim Nómez, «La poesía chilena actual: poesía vigilada y vigilante».

3. **Teatro.** Pedro Bravo-Elizondo, «El teatro aficionado en Chile, 1973-1979»; Teresa Cajiao Salas, «Las claves del exilio interno en el teatro de Marco Antonio de la Parra»; Ramón Layera, «La dinámica del enfrentamiento en **Igual que antes**, de Sergio Vodanovic».

4. **Narrativa.** Juan Armando Epple, «Temas y perspectivas de la narrativa chilena del exilio»; Luis Eyzaguirre, «El cuento chileno, 1973-1979: las muchas caras del exilio»; Grinor Rojo, «Notas sobre **Nopasónada** (¡Chileno!), una novela del exilio, de Antonio Skármeta».

5. **Nueva canción chilena.** Pedro Bravo-Elizondo, «Contexto histórico y social de la Nueva Canción chilena»; Juan Orrego Salas, «La nueva canción, espíritu y contenido de su música»; Bernardo Subercaseaux, «El canto nuevo, 1973-1979».

6. **Literatura-testimonio.** Juan Carlos García, «Concepto de testimonio: el aporte chileno», y Manuel Jofré, «Ideología y democracia y la literatura chilena de testimonio».

Algunos de los trabajos presentados, se proponen situar la realidad específica del exilio chileno de estos años, y las expresiones culturales que define, en una perspectiva histórica, señalando símiles con otras experiencias anteriores de la historia cultural del país. Esta confrontación constituye una base muy útil y necesaria que permitiría, en un segundo acercamiento al tema, caracterizar los rasgos diferenciales del exilio actual y las motivaciones que singularizan la producción cultural y literaria de estos años.

Otros coincidieron en un objetivo que sin duda se manifestaba como preocupación dominante: señalar, en un análisis que es necesariamente panorámico, con lagunas que pueden llenarse sin mayores problemas, en la medida en que se

consiga la Información adicional, las líneas de evolución que se han dado en algunas manifestaciones genéricas, como la poesía, la narrativa, la Nueva Canción.

Los trabajos dedicados al teatro se concentraron de preferencia en el teatro que se desarrolla en el país y han tenido que centrarse en el análisis de los textos, con una natural dificultad para establecer afirmaciones sobre los referentes específicos a que aluden algunas situaciones. Tarea que podrán acoger si tienen acceso, desde una privilegiada posición de espectador que comparte la realidad de la representación, a sus claves directas. (Resulta muy valioso y significativo, en este aspecto, el trabajo que realiza la Compañía de los Cuatro, que se ha propuesto dar a conocer en el extranjero las obras que se están montando en el interior, como es el caso, por ejemplo, de **Los Payasos de la Esperanza**.)

Uno de los rasgos significativos de las jornadas, fue la manifesta-

ción del deseo urgente de promover el reencuentro (no el mero conocimiento mutuo, que se ha conseguido dando) entre los autores y la producción literaria que se desarrolla en el país y en el exilio. En la conferencia se destacó, entre las muchas cartas de apoyo recibidas, un texto enviado por la Unión de Escritores Jóvenes de Chile, que junto con valorar la colaboración y el apoyo recibido por los escritores chilenos exiliados, destaca la necesidad de conquistar ese paso decisivo que constituye la reunión de estos dos modos de desarrollarse la literatura chilena actual, de llevar adelante esa tarea propuesta en 1979, y que fuera prohibida por la Junta. El encuentro sobre literatura chilena en el exilio culminó con una declaración similar, haciendo un llamado para que los escritores chilenos realicen, en un plazo breve, un congreso en que participen tanto los que viven en el país como los que están en el extranjero.

FERNANDO GARCIA

La Musicología en América

El panorama de la musicología en América Latina y el Caribe, excepción hecha de Cuba, es bastante sombrío. Las posibilidades de formación profesional en los países del área son escasas y, por tanto, el número de personas que se dedican seriamente a la investigación musical son pocas y casi todas ellas se han tenido que perfeccionar en medios geográfica y culturalmente distantes al nuestro.

Asimismo, las expectativas de puestos de trabajo en este campo en el continente son prácticamente nulas y cuando se encuentra uno, éste no se caracteriza por su estabilidad. Por otra parte, no se ve en quienes corresponde —corrientemente autoridades universitarias y estatales— un verdadero interés por impulsar el desarrollo en nuestros países de esta ciencia relativamente joven, de cuya importancia y

trascendencia en el desenvolvimiento de la vida musical de las naciones es reconocida por todos.

La labor musicológica, en efecto, debe alcanzar al creador musical y a su producto, al intérprete y a los mecanismos de transmisión de la obra, al receptor de ella y, obviamente, al medio en que el fenómeno musical está inserto. Tal vez sea en esta multifacética función de la musicología donde hay que buscar la razón de su magro desarrollo en nuestros países de la América empobrecida y explotada por el imperialismo, cuya acción contra nuestro patrimonio musical, es justamente la musicología la que está capacitada para descubrir y denunciar.

Una muy sencilla observación nos muestra el bombardeo sistemático a que se encuentra sometida nuestra América por parte de los grandes monopolios internacionales de la música en su intento por destruir todo vestigio de personalidad nacional e imponer patrones culturales que le permitan la máxima ganancia con la mínima inversión. No olvidemos, por ejemplo, que las poderosas compañías fonoelectricas transnacionales tienen sus grandes mercados en los países capitalistas desarrollados de América del Norte y Europa Occidental, y para ellos producen, entre otras mercancías, millones de discos. El público consumidor de esos países tiene sus preferencias que casi siempre son distintas a las de la población de los países eufemísticamente llamados «en vías de desarrollo». Esta diversidad no conviene al mercantilismo intrínseco del sistema capitalista y el problema es resuelto por los «trusts» homogeneizando el gusto musical del público de las naciones subdesarrolladas y desarrolladas mediante el sofisticado aparato de presión psicológica que maneja.

Como es lógico suponer, los patrones musicales que imponen los «trusts» internacionales son aquellos ante los cuales son más permeables los consumidores de los países desarrollados, los que tienen un mercado más amplio, más fuerte, de tal modo que los países en desarrollo, con mercados restrin-

gidos, débiles, como los latinoamericanos, se ven sometidos, como hemos dicho, a una invasión de fórmulas rítmicas, melódicas, armónicas, etc., muchas de las cuales les son extrañas. Pero los monopolios económicos del imperio, al lograr imponer los mismos gustos musicales en varios continentes, abaratarán considerablemente los costos de producción disquera, si de ésta se trata, teniendo para un mismo fonograma una mayor masa consumidora.

Tomando en cuenta lo dicho, no nos deben extrañar las cifras que aparecen en estudios de la Corporación Andina de Fomento relacionados con la cantidad de discos «folklóricos» —es decir, los que tienen, de una u otra manera, una connotación local— impresos en los países del Pacto Andino. Esas cifras indican que en 1972 los porcentajes de fonogramas folklóricos producidos fueron: Bolivia, 40 por 100; Colombia, 24,98 por 100; Chile, 30 por 100; Ecuador, 30 por 100; Perú, 19,36 por 100, y Venezuela, 22,02 por 100¹. De lo anterior se puede desprender que el número de discos editados con un lenguaje «internacional» resulta ser muchísimo mayor que aquel con un lenguaje local².

Si meditamos un instante, concluiremos que la edición de discos es sólo una parte de la intrincada cadena de penetración musical imperialista. Son también eslabones de ella las emisoras de radio y TV, las fábricas de radiorreceptores y aparatos de televisión, las empresas de conciertos y toda esa larga lista de actividades que

¹ Rosa A. Vidal y Julio A. Jurado V.: *El folklore dentro de la industria fonográfica y su participación dentro del Acuerdo de Cartagena (Pacto Andino)*. Lima (c. 1973), Ms. inédito.

² Es inútil recordar que la política del Gobierno de la U. P. respecto de este aspecto de la difusión musical, apuntaba al aumento de la cantidad de fonogramas folklóricos; y de acuerdo a la proyección hecha de los datos de la C. A. F. por los estudiosos peruanos, Rosa A. Vidal y Julio A. Jurado, en la investigación señalada, Chile se había colocado en primer lugar en la producción «folklórica» en 1976, con 4.807.517 discos. Hay que advertir que nuestro país, en 1970, se encontraba en el penúltimo lugar con 900.000 discos, sólo 10.000 más que Ecuador.

giran en torno a la «Industria» de la música, en la que juegan un tan importante papel las compañías comerciales de publicidad. Planteadas así las cosas, es interesante observar qué pasa con las emisoras de radio y TV en Latinoamérica. Según estadísticas de 1972 el número total de emisoras, entre oficiales, privadas y de carácter mixto, era: radiales, 3.591, y televisivas, 300³. Hay que hacer notar que la gran mayoría de los programas de estas emisoras se nutren de materiales y patrones venidos de la metrópoli imperial; por tanto, el mensaje que transmiten es impuesto desde allá, con las consecuencias fáciles de imaginar, máxime, si consideramos que casi todas las estaciones de radio y TV pertenecen a la empresa privada o a quienes defienden los intereses de clase de los sectores dominantes. Que sirva de ejemplo una encuesta del Instituto Uruguayo de la Opinión Pública, de 1964, con respecto a la programación de los cuatro canales de televisión existentes en esa época en Montevideo, panorama que, con pequeñas variantes se repite actualmente a lo largo y ancho de nuestro continente a pesar de los años transcurridos desde que se realizó la encuesta. Esta indica el destino del tiempo de transmisión musical de las emisoras, que es el siguiente: Canal 4, música «clásica» y «semiclásica», 1,0 por 100; música «popular», 1,4 por 100; música «folklórica», 1,2 por 100; variedades (Show), 12,4 por 100; Canal 5 (oficial), en los mismos rubros de porcentajes son: 5,2, 7,0, 7,3 y 1,3 por 100; Canal 10: 2,3, 2,7, 0 y 11,2 por 100; Canal 12: 0, 3,4, 0 y 8,7 por 100⁴. Lo señalado no puede ser más desolador, pues, como se ve, la música «folklórica»⁵ ocupa una parte ínfima del tiempo de transmisión de los canales de TV y en al-

gunos de ellos simplemente no se toca.

Es fácil entender que los responsables de la situación arriba descrita traten de mantenerla oculta y eviten todo estudio serio y profundo del problema. Es comprensible entonces que, en general, el desarrollo de la investigación musicológica no sea impulsado por los sectores dominantes de la sociedad latinoamericana, y si le dan algún apoyo, éste será para trabajos que no afecten sus intereses.

Pero no sólo el estudio de la «Industria» de la música es un buen ejemplo para entender la oposición de los sectores reaccionarios al desarrollo de la musicología latinoamericana; también hay otros fenómenos dignos de ser señalados. Tal vez el más saltante sea la investigación del folklore musical. Curiosamente este campo pareciera ser hoy en día el preferido de los investigadores más retardatarios, los que bajo las banderas «nacionalistas» de una supuesta «defensa del folklore» nos tratan de convencer —con criterios absolutamente anticientíficos— que estas expresiones del pueblo son inmutables, son algo así como piezas de museo que deben ser mantenidas a toda costa si deseamos conservar las características esenciales de nuestras nacionalidades, y como dichas expresiones folklóricas son producto de determinadas circunstancias, habiendo nacido aquéllas, muchas veces, en comunidades explotadas, subalimentadas, mal vestidas, insalubres, sin habitación adecuada, analfabetas, etc., es decir, sin las condiciones mínimas que puede y debe dar la sociedad contemporánea, plantean, sin decirlo, que para que no desaparezcan esas expresiones folklóricas —tan importantes, repiten, para la existencia de una tradición nacional— nuestros pueblos deben seguir viviendo en la miseria, en la ignorancia y en el subdesarrollo. Es aleccionador, también, observar cómo en casi todos los proyectos específicos en este campo de la investigación musicológica en nuestros países, se excluye a los investigadores de pensamiento pro-

³ Walter Guído: «Interignorancia» musical en América Latina», en *América Latina en su música*, México, UNESCO, Siglo XXI Editores, S. A., 1977, pp. 290-91.

⁴ *Ibid.*, pp. 291-92.

⁵ Este término, como los de música «clásica», «semiclásica» y «popular», debe ser entendido en su uso corriente en los medios radiales y televisivos.

gresista y éstos se ven forzados a trabajar prácticamente sin recursos, encontrándose impedidos para dar a conocer los resultados de sus investigaciones.

Todo lo anotado, sin duda, fue tomado en cuenta por la Casa de las Américas cuando recogió la idea que el compositor mexicano Mario Lavista sugirió en un Mesa Redonda sobre la música en nuestra América⁶ y resolvió convocar al Premio de Musicología, transformándose así, hasta donde tenemos noticias, en la primera institución que organiza un concurso de esta especie en América Latina y el Caribe⁷.

Las bases del torneo permitían concursar libros de temática muy diversa, lo que facilitó en este Premio de Musicología 1979 la participación de un crecido número de trabajos de musicólogos argentinos, dominicanos, colombianos, costarricenses, cubanos, chilenos, peruanos y venezolanos. Todos los trabajos presentados contribuían, en mayor o menor medida, al conocimiento musicológico de nuestra América.

Las obras unánimemente premiadas fueron: **Alfonso de Silva**, de la

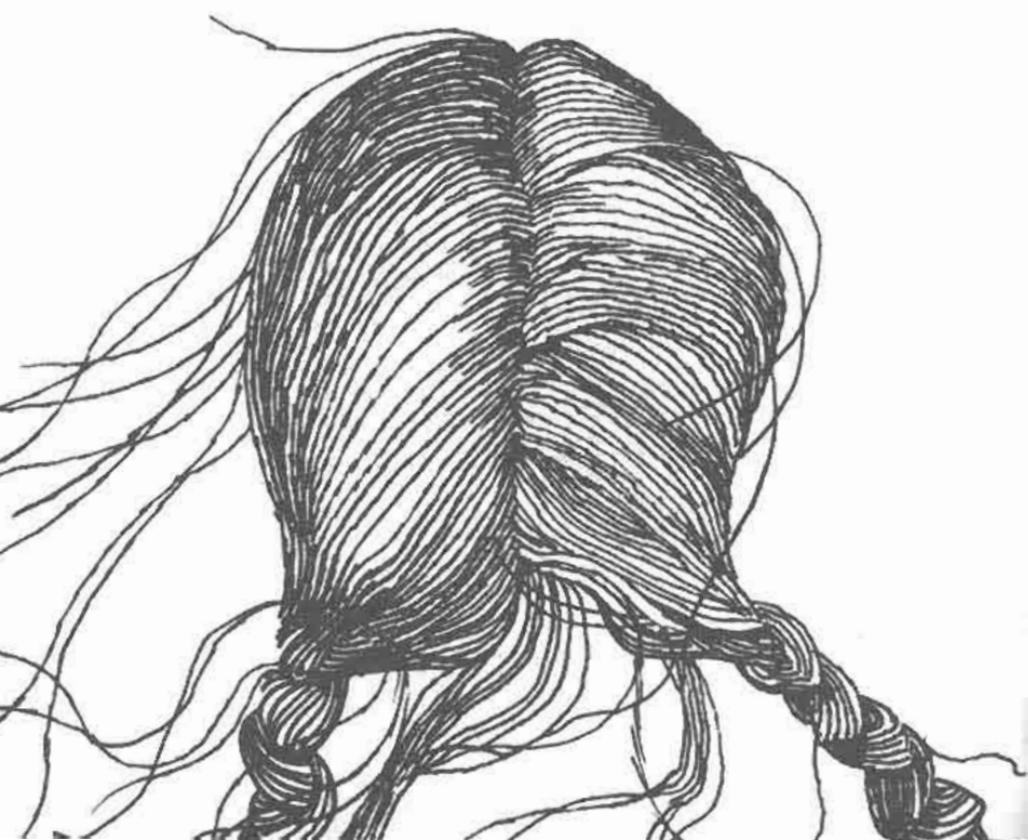
peruana Rosa Alarco, en que se plantea el problema de la enajenación que sufre el músico latinoamericano por la estructura clasista imperante en el continente; **Problemática de la música de la población negra en el Perú. Descripción y análisis de la Danza de Negritos de El Carmen**, de Rosa Elena Vásquez, también del Perú, donde se establece una adecuada valoración y proyección crítica de una diferenciación entre la música de tradición popular y la comercial en el marco de la interrelación entre cultura dominante y dominada; y **La música de las sociedades de Tumbas Francesas de Cuba**, del cubano Olavo Alén, quien aporta procedimientos fundamentales objetivos para el análisis de los comportamientos rítmicos y de la interpretación. Todos estos trabajos, como se comprende, son un importante aporte a la investigación musical en nuestro continente.

Simultáneamente al trabajo del Jurado del Premio de Musicología 1979, se efectuó un Encuentro de Músicos de América Latina y el Caribe en el cual se intercambiaron ideas sobre la formación del músico en la región.

Sin duda, los análisis hechos de la problemática planteada a través de las ponencias leídas en el Encuentro y las diversas intervenciones en torno a ellas, serán una ayuda para encontrar un camino que conduzca a un conjunto de soluciones adecuadas a nuestros medios musicales particulares. Ahora, sólo resta esperar que las cosas propuestas se hagan realidad, como lo ha sido el Premio de Musicología, que con su carácter bienal —el próximo será en 1981— contribuye, indiscutiblemente, a que la musicología latinoamericana entre en una nueva etapa de su desarrollo.

⁶ La Casa de las Américas invitó a músicos de Brasil, Cuba, Chile y México a participar en una Mesa Redonda sobre Música Contemporánea en América Latina, el año 1977, entre los días 12 y 14 de septiembre. En una de sus intervenciones en ese evento, el compositor Mario Lavista propuso la creación del Premio de Musicología Casa de las Américas. Para mayor información sobre esto, ver *Boletín de Música*, La Habana, Casa de las Américas, núm. 66, septiembre-octubre y núm. 67, noviembre-diciembre, 1977.

⁷ Al sumarse el Premio al Boletín de Música que dirige el compositor y musicólogo Argeliers León, Casa de las Américas se convierte en un importantísimo puntal para el impulso y desarrollo de la musicología en el continente, teniendo muchos investigadores latinoamericanos y caribeños la posibilidad, ahora, de ver sus estudios publicados.



ECONOMIA

Fernando Dahse

Mapa de la extrema riqueza

Ediciones Aconcagua,
Santiago, 1979

Durante dos años, esta investigación —que culminó en diciembre de 1978— estuvo dirigida hacia el análisis del control financiero existente sobre las 250 empresas privadas más grandes de Chile. Demostró que sólo cinco grupos financieros controlan el 53,2 por 100 de las empresas estudiadas y que tres empresarios, Manuel Cruzat, Fernando Larraín y Javier Vial, tienen en sus manos el 49,2 por 100 de su control financiero total.

La dimensión de estos grupos cambió los parámetros de dirección de los clanes económicos chilenos y es expresión del grado de desarrollo alcanzado, bajo el régimen de Pinochet, del capital financiero, que refunde el capital bancario con el industrial.

El número de grupos económicos se ha incrementado a costa de una fuerte disminución de los empresarios individuales. Ahora la mayoría de los grupos están organizados en clanes familiares. Sus empresas utilizan la forma jurídica de Sociedad Anónima de responsabilidad limitada. Antes la atención de los clanes se concentraba en cada una de las empresas que dominaban por separado; ahora sus resoluciones se adoptan a partir de los intereses del conjunto de los bienes que poseen. Las determinaciones económicas de estos clanes rebalsan las empresas de su propiedad y tienen una fuerte incidencia en toda la economía nacional. Por ello han establecido lazos directos con el régimen de Pinochet hasta el punto que sus ejecutivos son autoridades en los bancos, en los mi-

nisterios y en todos los más importantes aparatos de decisión de la dictadura. Defienden su «modelo económico» porque está hecho a la medida de sus inversiones y especulaciones.

El estudio de Dahse establece el increíble poderío, por ejemplo, del empresario Manuel Cruzat Infante y su socio Fernando Larraín, privilegiados en la extrema riqueza. El patrimonio de las empresas que controlan asciende a mil millones de dólares. Sigue en importancia el capital de Javier Vial Castillo cuyas empresas tienen un patrimonio de 530 millones de dólares. El imperio de Agustín Edwards, que en el pasado era uno de los más importantes, ha sido desplazado a un quinto lugar, aunque no ha perdido su gran poder de presión política a través de la empresa «El Mercurio». Los Edwards son los consejeros más influyentes de la política económica del gobierno y de los pasos que debe dar la aplicación «consecuente» de su modelo económico.

Dahse afirma que no hay grupos económicos sin el control total o compartido de uno o más bancos privados o de financieras. A través de ellos controlan totalmente el mercado financiero y el crédito externo. La banca privada es dominada en estos días por no más de 50 personas. Una de las funciones que cumplen los bancos y financieras es la de acumular capital financiero. La acumulación de dicho capital en estos años se ha producido por la diferencia entre las tasas de interés de captación y la colocación de dinero en los mercados financieros nacionales y extranjeros. Los beneficios que han obtenido las instituciones financieras por la diferencia entre la tasa de captación de dinero del público, de empresas nacionales y la colocación de los mismos no ha sido muy espectacular. En cambio, por los créditos que han contratado en la banca mundial —a tasas de interés que fluctúan entre un 10 y un 15 por ciento anual

en moneda nacional— y que han colocado en el interior del país habrían obtenido en los últimos años beneficios del orden de los **mil millones de dólares**. Así, la riqueza de un grupo de personas jamás ha sido tan espectacular y tan rápida en toda la historia del país.

En 1978 el patrimonio bancario de los grupos económicos aumentó en un 37 por 100 respecto a 1977. Por otra parte —dice Dahse— durante 1978 el Banco del Estado disminuyó significativamente su participación en el total del crédito bancario: del casi 30 por 100 de las colocaciones que controlaba en 1977 bajó a 22,5 en 1978. Recordemos que a fines de la década del 60 el Banco del Estado controlaba más de la mitad del crédito bancario. Lo mismo ocurre en la bolsa de comercio, en el mercado de fondos mutuos y en las compañías de seguros. El mercado de las acciones está controlado básicamente por los siete grupos económicos más grandes. De las treinta acciones más transadas en la bolsa de comercio, veintisiete pertenecen a los grupos que ostentan la extrema riqueza en Chile y para los cuales el gobierno de Pinochet crea una institucionalidad *ad-hoc* en el campo laboral, educacional y agrario.

Para ayudar a esta explosión de enorme riqueza privada, el régimen sostiene con intransigencia la política de traspasar a capitales privados las empresas que eran del Estado chileno. En 1973 eran de propiedad del país 600 grandes empresas de utilidad pública. Al finalizar 1979 sólo 31 permanecen en poder del Estado. El propio Presidente de la Corfo, general Luis Danús, declaró en junio de 1979 que tal Corporación —en otros tiempos palanca de la industrialización del país— quedaría reducida a sólo 13 empresas consideradas «estratégicas».

El estudio de Fernando Dahse señala que la presencia del capital extranjero en la propiedad empresarial es inferior a lo que normalmente se supone. Hasta ahora el proceso de ampliación del control empresarial, por capitales extranjeros ha ido más lento que la vio-

lenta expansión de los grupos económicos internos. De ello no debe deducirse que la dependencia del país ha disminuido. El control de las multinacionales ha aumentado por otros conductos, en primer lugar por la dependencia que se ha establecido en el terreno financiero.

La investigación de Dahse ha causado cierta conmoción en Chile. Ha interesado a los partidos políticos proscritos, al movimiento sindical, a la iglesia, a las organizaciones estudiantiles, a una gran masa de público, según se desprende del éxito espectacular alcanzado en su difusión: trece mil ejemplares (ocho ediciones) vendidos en cincuenta días.

Es la otra cara del «mapa de la extrema pobreza», publicado en 1977 por Odeplan, que estableció que el 20 por 100 de la población chilena —más de tres millones de personas— sufre de carencias extremas en áreas vitales: alimentación, salud, salario, vivienda y educación. El estudio de Dahse establece, con acopio de documentación abrumadora, que nunca el abismo entre ricos y pobres había sido tan enorme, tan dramático, tan monstruoso como en el Chile de la «democracia dirigida» de Pinochet.

L. A. M.

ENSAYO

Pablo González Casanova

Imperialismo y liberación en América Latina. Una introducción a la historia contemporánea

México. Siglo XXI Editores, 1978, 297 pp.

El dominio creciente ejercido por el imperialismo norteamericano en América Latina, durante este último siglo, y las luchas de liberación

nacional que se efectúan al sur del Río Grande —vinculadas progresivamente a una perspectiva de construcción socialista— constituyen el tema central desarrollado por González Casanova en su síntesis histórica, «Imperialismo y Liberación en América Latina».

Construido en dos partes, la primera resumirá brevemente la gradual infiltración ejercida por el capital americano, su vinculación con las burguesías nacionales, las intervenciones —sean éstas militares o diplomáticas— que asegurarán las inversiones coloniales, la penetración cultural; en suma, «el sistema de dominación y su historia».

Una segunda parte, más desarrollada, intentará sintetizar en 250 páginas el multifacético proceso liberador latinoamericano. El autor centrará su atención en el rol jugado por la clase obrera y la conjugación de su combate antiimperialista con su proyecto de construcción socialista, sin por ello menoscabar los diversos movimientos populares democráticos y nacionales desarrollados en este siglo. En ella alternerà la síntesis de las grandes etapas liberadoras y la de los movimientos de liberación más influyentes, con la inclusión de algunos episodios históricos de importancia relevante, intentando distinguir en éstos, «aquellos que lograron constituir una historia acumulativa, progresiva de fuerzas crecientes», de otras que poseen «un carácter más aislado, más episódico, con rupturas y repeticiones propias de una historia cíclica».

En ambas síntesis, González Casanova realiza una periodización que intenta establecer unidades temporales «con características comunes en cuanto a estructuras y relaciones o luchas sociales predominantes». La intervención imperialista norteamericana presenta tres períodos bien característicos. El primer período, que va de 1880 a 1933, se caracteriza por una política de expansión marítima y de ocupación militar. En el segundo período, de 1934 a 1959, el imperialismo consolida su posición dominante, mediante una penetración

pacífica, de integración económica y de coordinación de las fuerzas políticas y militares dentro de un sistema «panamericano». El tercer período, de 1959 hasta nuestros días, se particulariza «por un replanteamiento de la acción contrarrevolucionaria de las clases dominantes, en todos los campos...».

En cuanto a la periodización de las luchas de liberación: «En América Latina la historia de las masas corresponde por lo menos a cinco etapas significativas. La primera va de 1880 a 1905, la segunda de 1905 a 1920, la tercera de 1920 a 1935, la cuarta de 1935 a 1959 y la quinta de 1959 a nuestros días. Es posible que hacia 1973 se haya iniciado otra etapa más» (p. 50).

El libro no puede eludir las dificultades propias de un intento de síntesis histórica. Necesariamente, el querer resumir la historia de nuestras luchas, desde Martí y Balmaceda, hasta el retroceso parcial de los movimientos populares, a mediados de los años 70, en 250 páginas, conlleva la imposibilidad de entregar toda la riqueza y la complejidad de aquéllas. Inicialmente previsto como una introducción a la obra colectiva, **América Latina: Historia de medio siglo (1925-1975)**, de la que Pablo González Casanova fue coordinador, y que fue auspiciada por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de México, el libro adquirió, según su autor, «un grosor y un carácter propios, que llevaron a imprimirlo en libro aparte». Hay que tener presente este hecho, para entender la falta de una armazón más estructurada.

Pero al margen de lo anterior el balance de la obra deja un saldo positivo. Primeramente, el hecho que se prosiga construyendo una historia colectiva de América Latina es fundamental. Al margen de nuestras especificidades y desarrollos particulares, reconocer que, además de nuestras raíces comunes, el rasgo fundamental que nos une es nuestra situación colonial, dependiente, es también importante, ya que a partir de esta constatación, se impone la necesidad de escribir otra historia, una historia

polifónica que desborde los estrechos límites de nuestras fronteras y que dé cuenta de nuestra comunidad de intereses tanto de ayer como de hoy. El libro se inscribe netamente en esta perspectiva.

Además, **Imperialismo y Liberación en América Latina** posee un notable carácter divulgador, y ésta es su principal cualidad. Revelar toda una historia encubierta y olvidada, recuperar la memoria de antiguas luchas, la continuidad de ellas, extrayendo las lecciones que estos fracasos parciales fueron dejando cada vez a los sectores populares, es una importante tarea a realizar por nuestros científicos sociales. Este conocimiento histórico es, además, un deber esencial para los sectores populares y sus vanguardias; la importancia de las luchas que se avecinan así lo exige.

Jorge FERNANDOIS

HISTORIOGRAFIA

Gerónimo de Vivar

Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)

Edición de Leopoldo Sáez Godoy. Colloquium Verlag, Berlín (Bibliotheca Ibero-Americana, Bd. 27), 1979, XVII+343 pp.

La obra del burgalés Gerónimo de Vivar no ha gozado hasta la fecha de la atención crítica que sin duda merece. Esta situación se explica en parte por el descubrimiento tardío de esta Crónica —a comienzos de siglo— y por la escasa difusión de la poco cuidada transcripción de Irving Leonard (publicada en 1966 por el fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina). La edición del profesor Leopoldo

Sáez Godoy viene a remediar tal carencia.

Gerónimo de Vivar integró las huestes conquistadoras de Pedro de Valdivia y su narración, coetánea de los acontecimientos que comenta y explica, se sustenta en aquella concepción de la realidad tan cara a Bernal Díaz del Castillo, la de «lo visto y lo vivido»: «e hecho y rrecopilado esta rrelaçion de lo que yo por mis ojos vi y por mis pies anduve» (p. 3); «y porque no me alargaré más de lo que vi, y por yiformaçion çierta de personas de credito me ynformé, y por rrelaçion çierta alcançé de lo que yo no viesé» (p. 4). La Crónica tiene como protagonista a don Pedro de Valdivia y, después de haber pasado revista a la carrera militar europea del ilustre capitán, refiere sus actividades en el Perú y en especial, como es lógico, sus actividades como gobernador de Chile: descubrimiento y exploración de aquellas apartadas regiones, fundación de ciudades, sus batallas en contra de los indomables aborígenes. La relación finaliza con la llegada de don García Hurtado de Mendoza como nuevo gobernador.

Pero el interés de la Crónica de Gerónimo de Vivar no sólo reside en el relato de los acontecimientos concernientes a Valdivia, sino también en la descripción de la población autóctona, de la flora y de la fauna de esas tierras desconocidas para el europeo. Observador avisado, Vivar entrega prolijos comentarios acerca de las instituciones y del modo de vida de los indígenas, acerca de las posibilidades económicas de los suelos, acerca del clima y la importancia estratégica de ciertas regiones de Chile. Los propios conquistadores se ven retratados en las páginas del cronista: sus normas de conducta, sus hábitos, sus móviles y aspiraciones aparecen también ya sea de modo directo o indirecto.

Este breve resumen puede ya entregar una idea del valor de este documento. No sólo por su extensión, por su temprana redacción o por su valor testimonial. También, y especialmente, porque diversas ciencias encuentran allí un magní-

fico e inestimable material de estudio: la historia de Chile y América en primer lugar, pero también la geografía, la etnología, la lingüística, la sociología... De ahí que no podamos sino elogiar la iniciativa del profesor Sáez Godoy cuya edición facilitará el conocimiento y la utilización de este sorprendente documento. La transcripción del investigador chileno, basada en la reproducción del manuscrito y en versión de I. Leonard, se caracteriza esencialmente por: 1) la identificación de los signos gráficos empleados en el manuscrito y su reconocimiento como realizaciones de grafemas diferentes; 2) la agrupación de los grafemas obtenidos a través del trabajo anterior con el objetivo de configurar «palabras gráficas» de acuerdo con las normas del español actual; 3) la reconstitución de abreviaturas, siglas y síncopas; 4) la incorporación de los signos de puntuación en vigencia; 5) la presentación de los errores más notorios del copista, tales como omisiones, repeticiones, metátesis, u otros y la proposición de soluciones para los mismos, así como también para aquellos momentos del texto en los cuales la lectura se torna difícil a causa de cortes o borrones. También se ha normalizado el uso de las mayúsculas y se ha agregado la acentuación para evitar la confusión en el caso de los homónimos. Es nece-

sario también señalar que la edición que comentamos cuenta con imponente número de notas explicativas de diversa índole: unas se refieren al texto en su aspecto material, otras aluden a la distinta transcripción de Leonard y otras, en fin, son esclarecedores comentarios acerca del léxico y otros elementos idiomáticos.

Aunque el profesor Sáez Godoy señala que esta transcripción no es el objetivo final de su investigación, pues está empeñado en someter el texto de la Crónica a una serie de investigaciones por medio de computadoras, es indudable que no podemos sino felicitarlo por el trabajo hasta ahora realizado. Un trabajo reguroso, coherente, esmerado. Una labor tanto más meritosa cuanto que está dedicada «A los viajeros del buque inmóvil. A los colonos de la Isla en la montaña», es decir, a sus compañeros de prisión que lo alentaron «Intuyendo el sentido de una labor que estaba en total contraposición con las miserables y degradantes circunstancias en que nos encontrábamos y que contribuyó a dominarlas». Desde este punto de vista, este libro es un homenaje y un testimonio. Un testimonio de la resistencia cultural frente a la arbitrariedad y a la injusticia.

Fernando MORENO



Enrique Lihn

A partir de Manhattan

Valparaíso, Chile.

Ediciones Ganymedes, 1979
(67 pp.)

Cuando un poeta escribe sobre o a partir de Manhattan, inmediatamente nos imaginamos la descripción de un infierno, de un lugar vacío pese a los millones de personas (cadáveres, en realidad), lugar de la apoteosis o de lo desconocido e incomprensible, anticipación del apocalipsis. Enrique Lihn no es una excepción. Nueva York como la encarnación extrema de la sociedad de masas, del impersonalismo y la frialdad mercantil, ha sido un viejo tema de la poesía. Desde *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca, hasta *A partir de Manhattan*, de Enrique Lihn, esta visión de la ciudad sigue siendo en el fondo similar, aunque ha ganado en sutileza, en sobriedad y en calma: Lihn simplemente constata, reafirma. No hay en él el tono de sorpresa de quien encuentra lo que no esperaba encontrar.

La geografía de este libro no se limita a Manhattan. París es una «ciudad irreal»; Dallas es la nada («no vi nada en Dallas»); San Francisco es un simple punto de referencia; Madrid, aunque «es hermosa ciertamente», tiene que ser inventada para poderse recordar, para afirmar por último que «no sé qué mierda estoy haciendo aquí». Texas está descrita con adjetivos como «grande» («Todo es más grande en Texas»), «inmensos», «gigantescos», «más grande» («la luna de Texas»), «vasta», el «cielo no alcanza a cubrir esa región»; pero debajo de esa grandeza puramente cuantitativa lo que hay es «nada», es «horroroso» («horroroso motel»), es igual, nada cambia («la otra orilla idéntica de una carretera sin hitos»), los «inmensos avisos luminosos» son «para nadie». El úl-

timo poema, «El otoño de Long Island», zona suburbana al este de Nueva York, no es tampoco un final feliz, pese «al buen reloj de la naturaleza»: Long Island es el «lejano país de todo o nada», hasta la primavera es «disecada», «las hojas son ahora las flores de la muerte», y palabras como «apariencia» y «falsas» cierran esta visión otoñal.

Uno pudiera pensar que Chile, entonces, resultaría un punto positivo en el mapa: el origen, la realidad que nos es familiar, lo nuestro. Pero no hay ilusión que sobreviva en la geografía poética de Lihn: «Nunca salí del horroroso Chile» es el título de un poema en que se reconocen lazos fundamentales con este país que los viajes no alcanzan a destruir. Chile es «el eriazó remoto y presuntuoso» del cual, en verdad, nunca ha salido («Nunca salí de nada»).

Estos soliloquios logran transmitir su tono deprecatorio y deprimente. Lihn todavía sigue monologando con la muerte. Su poesía continúa siendo de tono estrictamente confidencial, con un tono de peroraciones desprendidas de un desencanto. Incluso el poema «Versos para ilustrar unas fotografías de San Antonio de Atitlán», que podría enfrentarnos con un lugar maravilloso (un espacio absoluto), un idilio, enfatiza la inminente construcción de una carretera por la que penetrará la invasión de la civilización destructora («La carretera les ahorrará el trabajo de ser. / Eso ocurrirá al principio poco a poco, sin que ellos lo perciban y luego / tan rápidamente que nadie conseguirá recordarlo»). Otros mundos aparentemente salvadores en esta poesía son los de la pintura, pero esto tampoco es así: Edward Hopper pintó «un mundo de cosas frías»; Monet, viejo, «alcanzó su verdad escurridiza» en un cuadro («Water Lilies, 1920») donde los nenúfares son «actores solitarios de la nada en que flotan»; Gerard David pinta «como en cuento de hadas» donde la Anunciación se describe con un hermoso escepticismo; J. M. W. Turner, «el maestro de la puesta de sol» nos enfrenta ante una quemante luminosidad



que el poeta describe como «el rescoldo del Ser».

El poema «Para Andrea», en el centro del libro, es un reconfortante intermedio donde la relación mariposa-oruga adquiere dimensión de parábola aleccionadora. La oruga destruye y la mariposa baila sin conciencia del vínculo que hay entre ellas. Hay, pues, dimensiones salvadoras que en el plano amplio de la realidad son visibles para otros, pero que nosotros jamás vislumbraremos, «porque los extremos del mismo ser no se tocan».

Este tono desencantado de la poesía de Enrique Lihn puede extremarse en un lenguaje blasfemo y decadente, como el que abre el libro, o, por el contrario, en un íntimo silencio como de medrosa cohibición. El poema «Poetas jóvenes» es como otro «monólogo», pero esta vez no con «su hijo de meses», sino con los «poetas de veinte años»:

Es incoercible la obstinación
de esto que no es una necesidad
sino la forma misma del deseo: pa-
[labras
una y otra vez arrojadas desde esas
[honduras al viento
capaces, las menos, de germinar en
[el aire
porque no hay tierra para la poesía.

Como en otros poemas, Lihn se asombra de que todavía exista el asombro. De la exaltación de la poesía y de lo poético que se vivió durante el romanticismo y el modernismo hispanoamericanos, se ha llegado a un grado cero donde la intensidad es lo único capaz de definirla. La poesía, para Lihn, es «un mero temblor en el lenguaje / que nadie puede ya confundir con el cielo».

Muchos de los poemas de este libro confirman que Enrique Lihn está entre los mejores poetas actuales de Chile y de Hispanoamérica. De febrero a diciembre de 1978 estuvo en distintos lugares, pero especialmente en Nueva York, «haciendo uso de una beca otorgada el año anterior por la Fundación John Simon Guggenheim». A fines de noviembre de 1979, celebró su

cincuentenario en un acto donde la mayor parte de los amigos invitados se encontraban ausentes, hablándole a través de fotografías, diapositivas, cintas magnetofónicas, cartas. Este acto debe haber sido un símbolo de la diáspora, pero, al mismo tiempo, de esa vocación artística e intelectual que es siempre algo desbordante e irreprimible en nuestro «horroroso Chile».

Jaime GIORDANO

REVISTAS

El barco de papel

París, Ediciones «Camilo»
Torres» (46, rue Vaugirard.
75006 París, Francia)

Imaginado y concebido como un «homenaje poético al séptimo aniversario» de la Izquierda Cristiana, nace en 1978 **El barco de papel** que sigue navegando después de un año de existencia con la aparición de su cuarto número en París, puerto-exilio pasajero.

Una nueva revista chilena que se une y colabora con las ya existentes, sirviendo de unión entre el Chile disperso, acercándolo, también, a los chilenos que están en la patria. **El barco de papel** dedica la casi totalidad de sus páginas a la creación literaria, siendo, probablemente, la única publicación del Chile exiliado con estas características.

El barco de papel núm. 2 «simultáneamente es testimonio, es resistencia y es documento» porque recopila los diez poemas ganadores del «Festival de la Poesía y la Canción de Chacabuco». El número 3, «Morir por los amigos», cuya publicación coincidió con la reunión Episcopal de Puebla, conmemora los trece años de la muerte del sacerdote colombiano Camilo Torres reuniendo textos de poetas revolucionarios cristianos y latinoamericanos que murieron en com-

bate. El último volumen, dedicado al exilio, se abre con un diálogo con Rafael Agustín Gumucio, cuya trayectoria política ha sido ejemplo para toda una generación de jóvenes. Don Rafa intenta penetrar en la problemática creada por la lejanía del país sin triunfalismos ni pretensiones teóricas y habla del exilio como un hecho doloroso que afecta a personas y, consecuente, se niega a dictar normas generales. Acompañan esta conversación textos literarios que no hacen más que evidenciar en otras formas y lenguajes los sentimientos de ajenedad y desarraigo que ya se mencionaban en la entrevista. En torno a los detenidos-desaparecidos se centrará la próxima revista. Aunque cada número ha sido concebido con un tema central, desgraciadamente a veces se pierde la homogeneidad y el sentido unitario

por la incorporación de temas o textos anexos.

Poemas y cuentos de Latinoamérica, escritos en prisión o en libertad, la mayoría de estos escritos busca un objetivo preciso expresado en uno de los poemas publicados en el primer número:

«... escribo,
compañero,
porque
tengo un mensaje que entregar,
porque el lápiz es un arma militante
e insurrecto el verbo.»

Paralelamente a la revista han comenzado a aparecer sus «suplementos». Inauguró esta serie «A la reconquista de Chile» en que Julio Cortázar habla de la cultura chilena democrática.

Soledad BIANCHI L.

LECTURAS DISPERSAS

● La editorial española Selx-Barral ha publicado la segunda edición de la novela de Carlos Droguett, **Patas de Perro**. Ahora, más que nunca, se comprende y se vuelve actual la persecución sufrida por Bobi, el niño con patas de perro que frente al poder institucionalizado se pregunta «... ¿Por qué tengo que esconderme, qué tenemos que esconder tú y yo?...» Ignacio Valente utiliza en *El Mercurio* esta nueva aparición de la novela de Droguett, para criticar la ausencia de miles y miles de chilenos: «... La presencia de este libro entre nosotros hace también más sensible y doloroso el olvido en que hoy tenemos a no pocos autores importantes de nuestro país, por razones a menudo ideológicas y políticas, extraliterarias. Casi no se ha pronunciado el nombre de Droguett en los últimos años... Cabe recordar aquí que Droguett recibió el Premio Nacional de Literatura en 1970, en aquellos días ya remotos cuando este galardón se concedía habitualmente a escritores.»

● **Sobre todo Madrid**, de Luis Enrique Délano, sale también en segunda edición, esta vez en México, con prólogo del poeta español Juan Rejano. Como se recordará, este libro es la memoria del escritor de los tres años que vivió en España (1934 al 36): la vida universitaria, semblanzas de Unamuno, García Lorca, Altolaguirre, de los chilenos Augusto D'Halmar, Isaias Cabezón, Acario Cotapos, Neruda y la Mistral; su testimonio, en fin, de los seis primeros meses de la Guerra Civil Española. Una buena muestra del gran talento de Délano en el género memorialístico, tan poco explotado por él, lamentablemente.

● Pedaleando con gran seguridad y cuesta arriba, apareció el número 5 de **La Bicicleta**. Variada, con lenguaje y enfoques novedosos, buena y profunda información, esta «revista chilena de la actividad artística» resulta indispensable —tanto en Chile como el exterior— para imponerse de la situación que vive la cultura chilena y la riqueza de sus manifestaciones.

Por otra parte, la Unión de Escritores Jóvenes publicó su órgano de expresión, **Pazquín**. Periódico de Literatura, Artes y Ciencias. Principal relieve y calidad tiene la sección «cuento». La revista consta, además, de partes dedicadas a «entrevista», «ensayo» y «poesía». En su editorial «Buenos (?) días», junto con llamar a unirse a la organización patrocinante, los escritores jóvenes plantean que esta publicación «... no se trata sólo de gusto y empeño: escribir, publicar, reunirse, asociarse, trabajar juntos para que pasen cosas, para que la vida mejore, son asuntos importantes, son compromisos comunes que compartimos todos los que somos miembros de la UEJ y que estamos detrás de esta revista.»

● Editorial Aconcagua publicó **Bajo amenaza**, selección de poemas de José María Memet (1957), uno de los escritores jóvenes más destacados del momento. Uno de los rasgos característicos de su obra es la concisión en el lenguaje: concentrando al máximo logra una tensión que grita el sufrimiento del hombre de hoy. Desgraciadamente, excelentes poemas fueron dejados fuera de esta edición prologada por Hugo Montes.

Escritor joven también —por la energía de su ímpetu creador y porque, que sepamos, es la primera vez que publica un libro— Carlos Hermosilla Alvarez, a los setenta y cinco años sale ahora a buscar la verdad y la belleza con un tomito de poesía, **Junto a cierto anhelo**. Poemas transparentes, dignos de este alto maestro del grabado, que como «el Viejo», el pescador hemingwayano —al que canta— «sólo persiste en vivir» con «un fantasma aferrado a (sus) cuadernas» (su arte), «que rebulle, que tiembla y se estremece». Como para subrayar que la incursión en esta nueva veta no es casual o gratuita, Hermosilla Alvarez publica, poco tiempo después del libro anterior, nuevos poemas, en una plaqueta editada en Barcelona por el Cuaderno Literario «Azor», número XXIV.

● Sergio Macías es uno de los poetas chilenos activos en el exilio. Activo en poesía y activo también, justo es decirlo, en sus responsabilidades civiles. Ha publicado obra propia y ajena (en más de una antología) y ha reclamado el interés por el trabajo poético de los chilenos en tres o cuatro lenguas diferentes. Sus poemas más recientes los agrupa en un pulcro cuaderno bilingüe, editado en Rostock, RDA, con el título de **Mecklenburgo, canción de un desterrado**. Ilustrado por Víctor Tapia, el volumen («En el exilio una llama de amor enciendes / a las orillas del Báltico») es, ciertamente, un canto de amor pero también de dolor por la patria enajenada.

Una vertiente diferente representa el libro **El Jardín de la Amistad**, antología que Macías acaba de publicar en España. Concebida como un homenaje al niño latinoamericano (está ilustrada, por lo demás, justamente por niños), reúne en sus casi trescientas páginas poemas de Gabriela Mistral, Neruda, Martí, Asturias, De Rocka, Guillén, Darío y muchos más. La intención programática del libro se subraya, al final, con la inclusión de poemas de cinco niños chilenos que cantan, en el exilio, su desconcierto frente a una patria que no conocen.

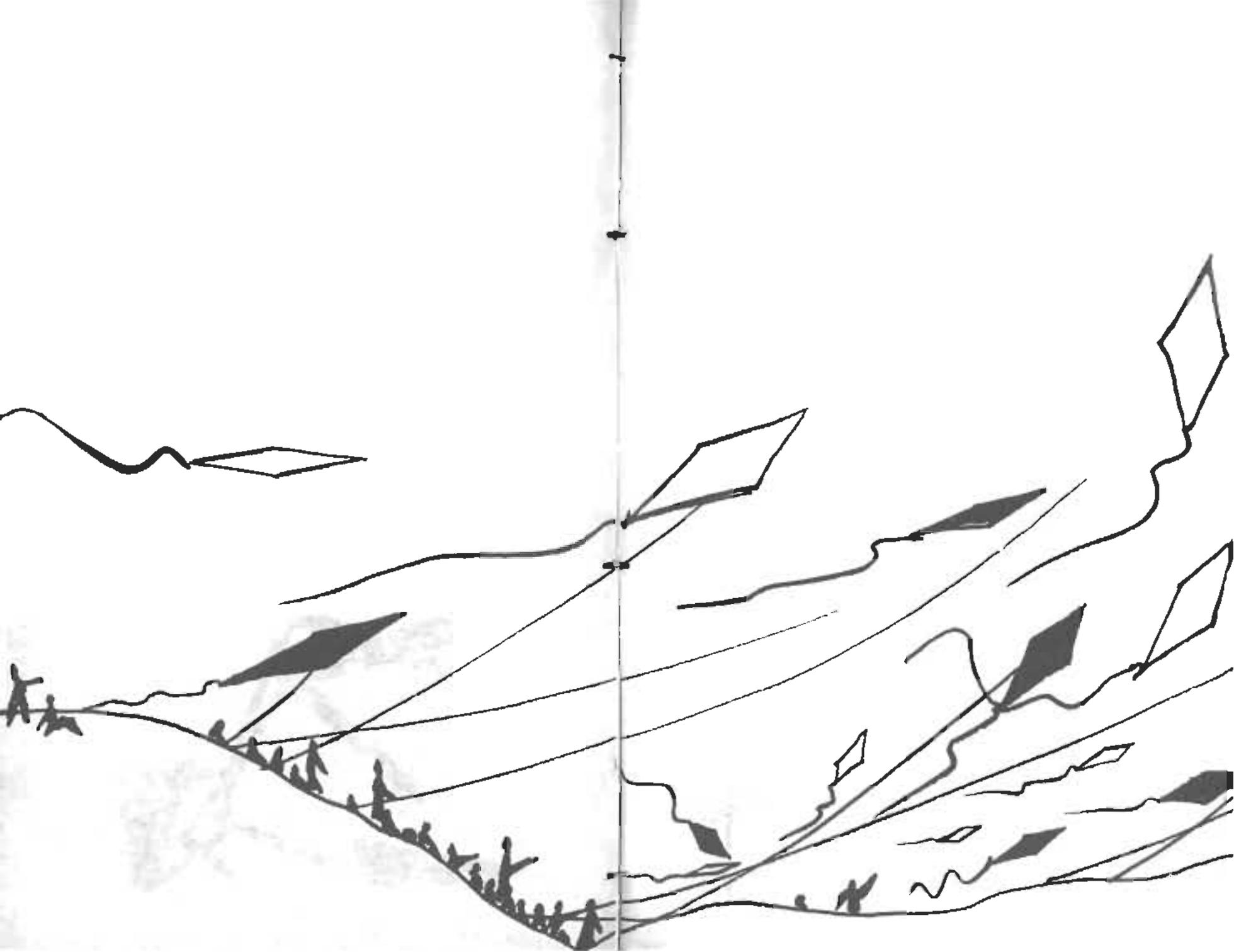
Acaba de aparecer
LA GUERRA INTERNA

novela de
VOLODIA TEITELBOIM

Precio: US \$ 9.—

Pedidos a
JOAQUIN MORTIZ, Editor
Tabasco, 106
México 7, D. F.
MEXICO





PARTICIPANTES EN ESTE NUMERO

● ARRIET, Juan: Ver pág. 89. ● CARMAGNANI, Marcello: Ver pág. 89. ● DIAZ CASANUEVA, Humberto: Poeta, autor de *Réquiem*, *La hija vertiginosa* y otros libros. Vive en Estados Unidos. ● DORFMAN, Ariel: Ensayista, narrador y poeta, autor de *Imaginación y violencia en América Latina*, *Cria ojos*, *Pruebas al canto* y otros títulos. Vive en Holanda. ● FERMANDOIS, Jorge: Profesor de Historia. Vive en Francia. ● FERNANDEZ, Osvaldo: Ver pág. 89. ● GIACONI, Claudio: Cuentista, autor de *La difícil juventud* y *El sueño de Amadeo*. Vive en Estados Unidos. ● GIORDANO, Jaime: Ensayista, poeta y profesor de Literatura. Vive en Estados Unidos. ● MARTINEZ, Alberto: Ver pág. 88. ● MONTERO, Cecilia: Ver página 89. ● MULCHEN, Alvaro (seud.): Escritor y periodista. Vive en Chile. ● OSSANDON, Carlos: Ensayista y profesor. Vive en Chile. ● QUEZADA, Jaime: Poeta y crítico literario. Vive en Chile.

Las ilustraciones del número pertenecen a Nemesio ANTUNEZ, pintor, ex-Director del Museo Nacional de Bellas Artes, establecido en la actualidad en Inglaterra. Las fotografías que aparecen entre las páginas 148 y 177 reproducen esculturas de Mónica BUNSTER, ex-profesora de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Vive en París.

La referencia de los autores no citados figura en números anteriores de la revista.



LITERATURA CHILENA en el EXILIO



Suscripción: US. \$ 10 anual
Se publica cuatro veces al año:
enero, abril, julio y octubre
P.O. Box 3013 Hollywood, Cal. 90028 U.S.A.

Director: Fernando Alegria

Editor: David Valjalo

Pres. del Comité Internacional: Gabriel García Márquez

CHILE-AMERICA

**Publicación periódica del Centro de Estudios
y Documentación Chile - América**

Suscripción por 12 núms. (6 ejs.): US. \$ 24

Suscripción por 6 núms. (3 ejs.): US. \$ 12

Ejemplares dobles (fuera de Italia): US. \$ 6

Via di Torre Argentina 18/3 - 00186 ROMA - ITALIA

araucaria

de Chile

Campaña de suscripciones 1980

Asegure cuanto antes la suscripción suya y las de sus amigos y conocidos, dirigiéndose a su distribuidor o agente habitual o escribiendo directamente a nuestras oficinas.

Los envíos se hacen a todos los países del mundo por vía aérea.

Los pagos pueden realizarse en cualquier moneda dura convertible en España utilizando alguno de los siguientes procedimientos: Giro postal internacional; Transferencia u orden de pago bancario; Giro o cheque bancario.

Correspondencia y envío de valores a nombre de:

EDICIONES MICHAY

**Carrera de San Francisco, 13
Apartado de Correos 5.056
MADRID-5 (España)**







Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)

© CEME web productions 1999 -2010 